EL ORIGEN DE LAS TORMENTAS EN EL MAR

GAIA JIMÉNEZ

El origen
de las tormentas en el mar

Gaia Jiménez

COLLECTION
MINIMOVES

El origen de las tormentas en el mar

ISBN: 9788419542779
ISBN ebook: 9788419542298

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Gaia Jiménez
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A todas las tormentas que llegaron para cambiar el mapa de coordinadas de mi propia existencia.

Nota de la autora

La ubicación del lugar exacto al que llegó Santiago es un completo misterio, porque, como ya saben mis lectores, me encanta crear lugares que, en realidad, no existen, pero que aúnan todo aquello que creo necesario para la aventura de nuestros personajes.

Si eres de esas personas que necesitan localizarse en un mapa, sitúa tus pies virtuales en el Pacífico Norte, desplázate hacia las islas Salomón, el norte de Australia y Papúa Nueva Guinea, lugares de los que he cogido rasgos a mi absoluto antojo. Pero sigamos, porque si has llegado hasta aquí es porque estás esperando que te revele el lugar exacto al que la tormenta arrojó a nuestro protagonista: ese lugar no existe, aunque aparece en el mapa.

Se trata de la isla de Sandy, o la llamada Isla Fantasma, un error del cartógrafo tal vez, una marca de identidad para el *copywrite* de un mapa o, si eres escritora, y por tanto tienes la cabeza llena de fantasía, una isla mágica que desaparece a la vista de todo ser humano. Un emplazamiento ideal para una historia de ficción donde hay tribus aborígenes, misiones humanitarias, conflictos étnicos, desigualdad, saqueo, naturaleza, aventuras y amor, mucho amor.

Porque esta es una historia que solo persigue el objetivo de sacarte del mundo real en el que vives y trasladarte a lugares perdidos que nunca tendremos la ocasión de visitar. Yo escribo, tú viajas, ¿no te parece un plan genial?

El origen

El taxi me ha dejado a las puertas de la galería hace apenas unos minutos, pero aún no he tenido valor para subir la escalera y entrar en la sala de exposiciones. No estoy muy segura de qué es lo que voy a decirle cuando lo tenga delante y, sinceramente, empiezo a cuestionarme los motivos por los que he viajado hasta aquí.

Grandes pancartas ondean sobre la fachada del edificio; en ellas, su nombre y su rostro anuncian la exposición financiada por la misma fundación que lo sacó a tiempo de la isla. Me fijo en sus ojos y en el semblante casi inexpresivo, sombrío y cansado. Desde que llegué no he hecho otra cosa que buscarlo entre la gente, en la prensa, en las noticias o en cualquier medio que pudiera acercarme al hombre que llegó hasta mí y al que ahora me cuesta reconocer en la imagen que mira, distante, a través de un trozo de lona. Está apoyado sobre una mesa de cristal que expone la cámara de fotos con la que logró documentar la vida de las tribus, su mano izquierda agarra con fuerza la empuñadura de un bastón con el que corrige su irregular forma de andar. La culpa me atraviesa el pecho, como siempre que recuerdo que pude haberlo hecho mejor.

Mi mente no ha dejado de buscarlo en los recuerdos de los meses que pasamos juntos, y no consigo encontrarlo en las entrevistas en las que deja vagas pinceladas de su vida, ni en las noticias que cuentan la aventura que vivió en el mar, sino en el recuerdo de un amor que viajó hasta a mí arrastrado por las corrientes y las tormentas.

Abro y cierro los puños con determinación; respirando profundo, tomo la decisión que ir a su encuentro y alzo una mano para empujar las puertas de cristal que separan la sala del rellano en el que me encuentro parada. Un ambiente caldeado por las personas que se mueven en su interior me da la bienvenida, y aprovecho el impulso de la valentía que no siento para dar un paso más y mezclarme entre los rostros maravillados que contemplan el mundo a través de la lente de su cámara de fotos. Desvío la mirada, tratando de no enfrentarme a los rostros de los que antaño fueron mi familia en aquellos retratos que recogen la historia de un pueblo condenado al olvido.

Me desplazo por el espacio abierto y encuentro un anexo a la sala principal, donde se exponen otro tipo de imágenes, unas que nada tienen que ver con el magnetismo de lo salvaje y desconocido. Las contemplo en soledad, pues apenas hay tres o cuatro personas que han logrado traspasar las paredes de colores atrayentes para aterrizar aquí, justo donde el color, la luz y las sonrisas dan paso a una serie de

retratos que conozco muy bien. Me fijo en ellos, en las sonrisas de mis niños traviesos rodeándome bajo la lluvia y, sin darme cuenta, acabo parada frente a la fotografía de una mujer desnuda, amparada por las sombras de un atardecer que se proyectan sobre su cuerpo. La miro a los ojos y encuentro todo lo que he venido a buscar: la prueba de que he amado al hombre que se encuentra tras el objetivo, la prueba de que sigo amándolo como la primera vez que lo vi.

—El juego de luces es muy interesante, a pesar de romper con la estética del resto de la sala. Me atrevería a decir que es como un pequeño homenaje hacia la mujer de las fotos. Rezuma cierta tristeza, como a despedida. Awina, curioso nombre —dice una señora que se ha acercado para mirar la imagen que tengo delante y se ha tomado la molestia de leer el título de la colección—. Me pregunto por qué todas las imágenes del autor tienen esa marca, es como un pequeño halo de luz.

—Es una aberración —la señora me mira con los ojos abiertos de par en par y me doy cuenta de que debo de parecer muy grosera, así que aclaro lo que he querido decir—, un defecto de la lente. La respuesta más sencilla es que trabajó con una cámara que estaba rota, la respuesta más larga conlleva a explicar cómo y por qué se rompió.

Nos miramos largo rato de frente, pero ella no añade nada más. Una mujer más joven irrumpe en la sala. La siento a mi espalda y me giro levemente. Su elegante figura proyecta una sombra que se detiene a mis pies y me mira, discreta, aguardando en un segundo plano a que le preste atención.

—Eres tú —dice, señalando hacia mi imagen al desnudo y sus labios se curvan en una mueca indescifrable.

Asiento en lugar de darle una respuesta que conlleve preguntas que no quiero responder y me giro para continuar caminando por la sala de exposiciones del Museo Internacional de Fotografía de Nueva York. Lo busco entre la gente que admira sus fotos, pero no hay rastro de Santiago.

Insegura y frustrada por no ser capaz de encontrarlo, salgo del museo y me siento en los escalones del edificio. Abro mi bolso y saco la imagen que Santiago me envió, y acaricio con los dedos sus labios a través del papel, repasando con hambre sus ojos brillantes, su sonrisa trémula y la percepción de haber encontrado la paz, la calma y algo más que hace que se me erice la piel. Fui yo la que hizo esta foto y me doy cuenta de por qué no ha querido compartirla con nadie más. Es

así como entiendo que mi búsqueda ha terminado, porque él no está aquí, sino en el lugar en el que capturé la imagen que tengo entre las manos.

—Es imposible...

La adrenalina burbujea en el centro de mi estómago y las cosquillas acuden a sacudirme desde los tobillos hasta la raíz de mis cabellos, poniéndome en movimiento. Bajo corriendo los escalones y me acerco a la avenida más próxima, levanto la mano y espero hasta que consigo parar a un taxi junto a la acera. Abro la puerta antes de que llegue a detenerse completamente y subo al asiento trasero.

—¿A dónde le llevo, señorita? —pregunta el hombre a través de la ventanilla.

—Al origen de las tormentas en el mar.

La tormenta

Australia News TV

Informativos

14 de abril de 2021

Interrumpimos la programación para anunciarles las últimas noticias que nos acaban de llegar procedentes de La Agencia Meteorológica de Japón (JMA), la cual informa de que ha procedido a poner nombre a la tormenta tropical que sacude la zona norte del Pacífico y que tiene su origen en la Micronesia. La intensidad de Surigae, como se le ha bautizado, amenaza con elevar de categoría en su desplazamiento hacia el norte, pudiendo llegar a convertirse en un tifón de gran magnitud.

Los Estados Federados de la Micronesia han activado las alarmas para las islas de Yap, Korol, Kayengel y Palaos, que ya han dado luz verde a los protocolos de evacuación de la población y de refuerzo de puntos estratégicos.

Así mismo, la Agencia de Transportes ha procedido a emitir un comunicado por el que se desaconseja cualquier tipo de desplazamiento aéreo o terrestre que interfiera con el paso de la tormenta en su ascenso hacia el mar de Filipinas.

Aunque la agencia meteorológica sitúa el centro de la tormenta lejos de nuestras costas, desde Australia News TV queremos mantenerles informados de todo cuanto acontezca con Surigae, que promete convertirse en un fenómeno natural sin precedentes.

Sin más, les dejamos disfrutar del documental sobre la vida de la cantante Lorena Blossom, nacida en Brisbane, ganadora del *talent show* producido por su futuro esposo, el magnate musical Ricardo Diosdado, y nominada en la pasada entrega de los Oscar por su interpretación de la banda sonorosa original de *Mi vida por un sueño*.

Los Ángeles, Estados Unidos

Santiago

13 de abril

La gente bailaba, reía o trataba de hablar a voces para entablar una conversación por encima del ruido de la música. Un tipo, del que nunca recordaba su nombre, no dejaba de hablar sobre el *loft* que había comprado en Tribeca y yo sostenía mi copa, intentando no bostezar por tercera o cuarta vez en lo que iba de noche. Vincent, sí, creo que era Vincent, uno de los hijos del fundador del grupo editorial que había comprado la revista para la que entonces trabajaba. Arqueé las cejas en cuanto se ofreció a ir a por otra copa y aproveché para darme la vuelta y largarme antes de que siguiera enseñándome más fotos de su casa.

No había llegado solo a la fiesta, Bella me había acompañado después de la sesión de fotos. No teníamos una relación al uso, pero éramos amigos y, a veces, algo más. Ninguno de los dos parecía querer ir más lejos, era práctico, cómodo y sin dramas.

La había perdido de vista al principio de la noche, en cuanto reconoció a algunas de las otras modelos con las solíamos trabajar. Andaba en busca y captura de una oportunidad para dar el salto de la pasarela al cine y yo, a veces, la acompañaba a los locales donde sabíamos que podía encontrarse con alguien importante en ese mundillo. «Dejarse ver», decía siempre y eso era exactamente lo que hacíamos aquella noche. De vez en cuando me encontraba ella a mí, hacía unos cuantos selfis para sus redes sociales y volvía a desaparecer.

Decidí dar una vuelta, usando las historias que colgaba en su cuenta como guía para encontrarla por la discoteca y avisarle de que iba a regresar a mi casa. Me abrí paso entre la gente, respondiendo a las sonrisas sensuales de algunas de las chicas más bellas de Los Ángeles.

Una modelo de piernas kilométricas, con la que había coincidido en algún que otro reportaje, me abordó y me robó un beso descarado antes de seguir su camino; la miré marcharse, decidiendo que no me importaría demasiado volver acompañado. Pero entonces encontré a Bella; estaba tomando una copa con un tío que no dejaba de hablarle a su escote cuando me vio, buscándola, y decidió que era la excusa perfecta para escabullirse con elegancia.

—Oh, por favor, menos mal que has aparecido —dijo, soltando su vaso en la bandeja de un camarero que pasaba a mi espalda—. Un segundo más y se me habría dormido directamente sobre las tetas.

—¿No habías venido a encontrar a alguien interesante? —pregunté.

Me eché a reír cuando empezó a refunfuñar por lo bajo, poniendo los ojos en blanco. Entonces se fijó en algo que estaba sobre nuestras cabezas.

—¡Oh! Mira —me dio un codazo, señalándome un pequeño reservado de la planta superior—, ese de ahí es el productor de cine del que te hablé. ¡Deséame suerte!

—¡Suerte! Y… oye, me voy a casa —le dije, pero creo que no me escuchó.

Movió los dedos en el aire, despidiéndose de mí y se perdió entre la gente que seguía bailando por la pista. Di varias vueltas buscando a la ladrona de besos, pero no la encontré y acepté la idea de que volvería solo a mi apartamento.

Cerca de la puerta principal estaba el tipo de la revista que tanto esfuerzo me había costado quitarme de encima, así que busqué una alternativa para salir sin ser visto o no lo haría nunca. Me acerqué a la puerta de servicio que usaban los trabajadores del local sin que ninguno de ellos se diera cuenta de que pretendía escabullirme por ahí, pero un escolta personal con la espalda tan ancha como un armario se interpuso en mi camino y abrió los brazos para crear una barrera que protegiera a la mujer que salía corriendo del palco vip y se colaba por la misma puerta por la que pretendía marcharme a hurtadillas. Era Lorena Blossom, la prometida de mi mejor amigo. Esperé para verlo salir detrás de ella, pero el escolta le cubrió la espalda y nadie más bajó las escaleras.

La puerta principal se abrió, dejando pasar a nuevos clientes, y una lluvia de *flashes* cegó al portero que se disponía a cerrarle el paso a la prensa. No esperé a que se repusiera de las luces que lo habían cegado, abrí la puerta trasera y salí a la calle. Vi marcharse a Lorena

en la limusina en la que acostumbraba a trasladarse por la ciudad y la saludé con dos dedos mientras ella apretaba el botón para elevar la ventanilla oscura que la salvaguardaba de las cámaras de la prensa.

Cuando me quedé solo en el callejón, me apoyé contra la pared, saqué un cigarro del bolsillo de mi chaqueta y me lo llevé a los labios, resoplé de placer y le di una calada antes de estamparlo contra el suelo y apagarlo con la suela del zapato. Silbando, salí a la avenida principal con la intención de encontrar un taxi que estuviera dispuesto a devolverme a casa.

Justo en la acera de enfrente me encontré de nuevo con Bella. Parecía decaída y enfadada. Se le había enganchado el vestido de Valentino que tanto esfuerzo le había costado conseguir y el pelo hacía horas que había perdido los bucles con los que salió del estudio.

—¿Todo bien? —pregunté, aunque la respuesta parecía obvia.

—¿A ti qué te parece? Ese estúpido ya le ha dado el papel a Svetlana Novikov, dice que sus rasgos son más elegantes para un primer plano. Seguro que se han estado acostando; si no, no me explico cómo ha logrado el papel si apenas la conoce nadie en esta ciudad. —Chascó la lengua y entornó los ojos—. Ahora tendré que conformarme con cuatro fotos manidas para la revista esa en la que trabajas

La miré, abriendo la boca para rebatirle que mis fotos no eran manidas, pero estaba enfadada y, en el fondo, la comprendía. La había conocido fregando platos en el Hills mientras trabajaba de modelo de lencería y asistía a clases de interpretación que no podía permitirse. Su verdadero nombre era Antonella y la mitad de su familia todavía residía en un pueblo humilde de San Luis, al norte de Argentina. Supongo que esa era la clave de nuestra extraña amistad, que los dos habíamos nacido en mundos que nada tenían que ver con ese en el que nos movíamos como si fuéramos inmortales.

—¿Quieres venir a casa conmigo? Se me ha ocurrido una idea para mejorar la noche —le dije, y aunque pareció dudar, al final se rindió a mis encantos.

Antes de cruzar la calle, una limusina oscura con los cristales tintados y una clave de sol dibujada en el capó pasó por delante de nosotros como si la persiguiera una corte de demonios enfurecidos y se perdió por el callejón que minutos antes había abandonado la propia Lorena Blossom.

—¿Ese no es el coche de Ricardo? —preguntó Bella con las cejas

alzadas—. Ya podría ahorrarnos el viaje en taxi. Unas cuantas fotos con él en su limusina y el número de seguidores de mi cuenta se habría disparado como la espuma.

—Puedo hacerte algunas por la calle de camino a casa.

—Vives en edificio de apartamentos cutres en Pasadena, no flipes.

—He vivido en sitios peores, y tú también. Anda, vamos —dije y ella levantó el dedo corazón, dedicándome un gesto muy grosero.

El teléfono sonó en el bolsillo trasero de mis vaqueros; lo saqué para ver quién llamaba y lo devolví a su lugar. Era mi madre, seguro que preocupada porque hacía varios días que no le devolvía las llamadas. Decidí que lo haría por la mañana, cuando Bella volviera a su casa y tuviera tiempo para hablar. Ojalá alguien me hubiera dicho que pasarían meses hasta que pudiera volver a escuchar su voz.

#

Apenas logré cerrar la puerta de mi apartamento cuando sentí el tirón del brazo de Bella, que me instaba a acercarme a ella. Me rodeó el cuello con las manos y yo las deslicé por la espalda, buscando la cremallera invisible de su vestido. Cuando conseguí quitárselo, la dejé deshacerse de mi camisa y la empujé contra la pared, haciéndola gemir contra mi oído. Me colé entre sus piernas y ella bajó las manos hasta mi trasero, apretándolo aún más. La besé en el cuello, en los labios gruesos, debajo del mentón, entre los pechos redondeados, sin embargo, algo no iba bien; era como ver a dos robots ejecutando una coreografía. Decidí probar algo diferente, acariciarle la cara, sembrar besos tiernos sobre su cuello y mirarle a los ojos, tal vez, buscando algún sentimiento que pudiera acelerarme el corazón, pero ella bufó, impaciente.

—¿Y si vamos a lo seguro? —preguntó al tiempo que se deshacía de su ropa interior.

Me rodeó con una pierna y yo la busqué de nuevo, pero el asunto parecía irrecuperable.

—Lo siento —susurré, avergonzado.

—No pasa nada —dijo, bostezando, moviendo la mano para quitarle importancia y se agachó para coger su ropa y vestirse—. De todas maneras, estoy muerta de sueño. Voy a llamar a un taxi.

—Oye, puedes quedarte a dormir, no me parece bien que regreses a casa a estas horas —le dije, porque no quería pasar la noche solo.

—No pasa nada Santiago, sé cuidarme sola, ¿vale? —Le puse cara de pena y ella sonrió, poniendo los ojos en blanco, otra vez—. Está bien, pero si te pones a roncar me voy al sofá.

Terminó de recoger sus cosas y me dio un beso en la mejilla antes de irse derecha hacia la cama de mi habitación. Yo la miré, avergonzado por lo que acaba de pasar y aparté, a manotazos, esa sensación extraña que venía a secuestrarme a veces, como un aluvión de preguntas sin responder que me hacían cuestionarme cosas en las que no quería pensar. Como en que no me parecía en nada a la persona que se despidió de su familia en Colima para venir en busca de un sueño, o que ese sueño se había recortado demasiadas veces, transformándolo en formas seguras y rápidas de ganar cuanto más dinero, mejor. O que a veces creía que era el peor hijo del mundo y no entendía por qué me estaba distanciando de la mujer que lo dio todo por mí, o lo solo que me sentía cuando apagaba la luz y nadie me daba las buenas noches.

Decidí darme una ducha y me preparé un café. Abrí la ventana del salón y me dejé caer sobre el descansillo de las escaleras de emergencia, intercalando sorbos de mi taza y caladas a un cigarro al que siempre le prometía que sería el último.

Me gustaban las noches en la ciudad, sobre todo el momento en el que los demás se iban a dormir y se oían los ruidos amortiguados de un gigante de hormigón que nunca descansaba; las luces de los neones se intuían por encima de los edificios apagados y solo se escuchaba el sonido de los grillos en algún seto lejano. La sirena de un coche de Policía sonó a dos manzanas de distancia y sonreí, porque era tan predecible como satisfactorio.

—Si tuviera a una mujer como esa esperándome en la cama, Santiago, no perdería el tiempo respirando esta porquería de aire.

Me giré hacia el descansillo de la ventana contigua a la mía y la sonrisa socarrona de Carlos Fonseca me hizo sonreír a mí también.

—¿Esta noche tampoco puedes dormir? —pregunté.

—Los viejos no necesitamos muchas horas de sueño. Anda, trae ese cigarro, yo ya tengo un pie en el otro barrio, no te estropees la vida fumando.

Giré el cigarrillo, ofreciéndoselo por el filtro, pero rechazó con una enérgica sacudida de cabeza el café que le tendí.

—¿Qué? ¿Mucho trabajo? —preguntó al cabo de un rato.

—Psss, como siempre.

—Lo dices como si no te gustara lo más mínimo pasar el día fotografiando a mujeres bonitas y estrellas de Hollywood.

—No es eso, es que…

Ni siquiera yo sabía cómo explicar la sensación que me asfixiaba por las noches, cuando conseguía llegar a la cama después de horas de interminable trabajo, encerrado en un estudio a las órdenes de una de las mujeres más retorcida de Los Ángeles, acudiendo a interminables fiestas y manteniendo conversaciones absurdas con gente que no me interesaba y a la que yo no le importaba, e intentaba cerrar los ojos y los oídos a esa voz que me decía que estaba completamente solo, que había dejado todo lo que me importaba para acabar siendo un fotógrafo más haciendo algo que cada vez disfrutaba menos, sobreviviendo en una vida que no me podía permitir, viviendo en el día de la marmota infinitas veces.

—Creo que debería irme a dormir, mañana será un día largo —dije; en cambio, traté de despejarme los ojos con las manos antes de traicionarme a mí mismo y acabar derrumbado delante de mi vecino.

—Como quieras, muchacho, yo me quedo un rato más. —Se ajustó el sombrero que siempre llevaba puesto, metió las manos en los bolsillos de los pantalones y agachó la cabeza, absorto en sus pensamientos. Justo cuando me di la vuelta para volver a entrar en el salón, me detuvo—. ¿Te queda un poco de ese café?

Le pasé le taza y me despedí de él mientras cerraba la ventana, corría las cortinas y me refugiaba en mi lado de la cama.

Los Ángeles, Estados Unidos

Los Ángeles News XXI
Informativos

18 de abril

Las autoridades californianas informan que desde las 20:00 la tarde de ayer se desconoce el paradero del *jet* privado en el que viajaba el afamado empresario hispano Ricardo Diosdado. El magnate de la música, conocido por promover a artistas tan importantes como el rapero Ray Meller y a su futura esposa, la cantante australiana Lorena Blossom, se encontraba viajando en su *avión* privado hacia la isla de Bali, lugar donde se sitúa la lujosa mansión en la que la pareja suele pasar las vacaciones y la que, al parecer, habían elegido como emplazamiento para la ceremonia civil.

Los motivos por los que viajaba sin Lorena siguen siendo fuente de polémica tras las declaraciones de un supuesto amante de la propia cantante y las imágenes de la discusión que mantuvo con el productor musical a las afueras de un afamado local de Malibú.

Fuentes del Gobierno de California han podido confirmar que en el interior del *jet* tan solo viajaba el empresario y su tripulación. Hasta este momento, no se ha podido esclarecer la situación en la que se encuentran.

Seguiremos informando a lo largo del día. Recuerden que pueden seguir esta noticia de forma simultánea en nuestra cuenta de Twitter.

Los Ángeles, Estados Unidos

Santiago

14 de abril.

> Una pared de cristal me impedía llegar al otro lado. Estaba encerrado en una pecera gigante, y el agua salada de su interior me mecía con fuerza, impidiendo que pudiera tomar una salida. Estaba exhausto por el esfuerzo de mantenerme a flote y cerré los ojos, dejando que el agua me llevara a la deriva; tal vez las olas podrían empujarme hacia el borde de cristal, entonces me agarraría a él y saltaría al otro lado. Me sobrevino un instante de calma en el que creí que todo había terminado, pero el golpeteo de un tambor en algún lugar de aquella maldita pesadilla marcaba el inicio de algo mucho más grande. Sentí la succión del agua enfurecida, formando un molino en el centro de la pecera, en el sentido contrario a las agujas del reloj, arrastrándome hacia el ojo, sumergiéndome hacia el interior.

Desperté, sudando por el horror de las pesadillas y me removí sobre las sábanas, llevándome las manos al rostro froté con desesperación, en un intento de quitarme el mar sabor que ese sueño me había dejado. Alargué la mano, estirándome en una cama vacía, aunque aún conservaba el calor de un cuerpo y recordé que no estaba solo.

—¿Bella? —pregunté.

—En el baño —respondió una voz amortiguada por el chorro de agua de la ducha.

Me senté en el filo de la cama y me agaché para buscar los pantalones que había dejado tirados por el suelo junto a unas braguitas de encaje en color champán. Fue entonces cuando recordé la bochornosa escena de la noche anterior y sentí una profunda vergüenza y pena por Bella.

En algún rincón de mi subconsciente, mi masculinidad herida creyó que podía arreglar las cosas y di un par de pasos firmes en dirección al baño. La luz que entraba por las ventanas era tenue y supe, sin mirar el reloj, que era demasiado temprano como para que ninguno de los dos estuviera despierto. Cuando atravesé la puerta, Bella estaba

envolviendo su cuerpo en una toalla minúscula que dejaba parte de su escultural trasero al aire. Sonreí, un poco más animado que la noche anterior, y me acerqué por la espalda. Una cascada de pelo castaño caía por sus hombros y lo aparté para dejar un beso cálido en el cuello, pero ella se hizo a un lado y apartó el rostro.

—¡No me mires!, aún no me he maquillado —bramó, ofendida.

—¿Qué importancia tiene eso? Vamos, siempre te vas antes de que me despierte, déjame que te mire —le dije mientras trataba de apartarle el pelo.

—Pero no quiero que lo hagas, ¿vale? —No podía verla de frente, porque extendió un brazo para impedir que me acercara y tenía la cabeza volteada hacia el lado contrario—. Por favor, sal del baño.

Alcé las palmas de las manos hacia arriba en son de paz y salí sin hacer ruido. Pasé por encima de la ropa que había tirada en el suelo y fui a la cocina a preparar café. Sobre el fregadero quedaban restos del desayuno del día anterior y mientras la cafetera se calentaba, comencé a fregar los platos.

Volví a pensar en aquel sueño y sonreí, aliviado, y un poco abochornado por haber sentido miedo a algo que en realidad no existía. Pero recordé el sonido de los tambores, el agua corriendo en dirección contraria al sentido natural y la asfixia. Cerré el grifo cuando la sensación del agua fría y cortante comenzó a resultar desagradable, y me di la vuelta para cargar la cafetera.

Bella tardó en salir del baño el tiempo que estuve entretenido en recoger un poco el salón, regar el pobre poto de la esquina que estaba a punto de palmarla y asomarme al descansillo de las escaleras de emergencia para ver si Carlos Fonseca se había despertado y le apetecía tomarse un café conmigo. Pero antes de que abriera los postigos de la ventana, la sentí dar unos pasos hacia la puerta y me giré para mirarla.

—¿Quieres que te lleve? —le dije.

—¿En tu moto? —preguntó y asentí, riendo porque ya sabía lo que vendría después—. ¿Con el aire colándose a través de la visera del casco, los ojos llorosos, el maquillaje corrido y el pelo enmarañado…? Paso. Además, tengo una audición. Creo que para anunciar una de esas pastillas vaginales contra el mal olor; un asco, pero es lo único que mi agente me ha conseguido.

—Como quieras. —Me encogí de hombros, riéndome y fui hacia la alacena para buscar galletas—. Oye, ¿quieres que comamos en el

Hills? Tengo una pausa de media hora sobre las doce.

—Vale, pero algo rápido, tengo que ir a esa tienda de Rodeo que siempre tiene ofertas a comprarme un vestido nuevo; esta noche tengo una fiesta privada. Puedes venir, si quieres.

—Creo que ya he cumplido el cupo de fiestas a las que puedo asistir en medio de la semana.

—Entonces nos vemos a las doce en Hills. Chao, abuelo. No llegues tarde.

Se echó a reír y me lanzó un beso antes de salir por la puerta, fue entonces cuando oí el postigo de la ventana contigua a la mía y me volví para coger una taza más de café.

#

Cambié la lente de la cámara y pedí a un asistente de la revista que encendiera el *softbox* para crear luz de contraste entre el fondo oscuro del decorado y la piel blanca de la modelo pelirroja que posaba para mí con un traje verde botella que flotaba sobre sus piernas, lleno de pliegues y capas de tul, aún así, la exposición no me parecía la adecuada.

Me gustaba la combinación entre el pelo rojo fuego, la piel traslúcida y ese tono de verde. Me habría encantado hacer aquel reportaje en un bosque de verdad, y no sobre un fondo sobrio y sin vida que tendría que retocar de forma digital para que pareciera que la modelo estaba en plena naturaleza.

—¿Puedes echar la cabeza un poco hacia atrás? Gracias, Sophie; oye, cuéntame, ¿vas a hacer algo en las vacaciones de Semana Santa? —empecé a darle conversación para conseguir que su rostro mostrara alguna expresión que no fuera la de reprimir un bostezo porque todas las fotos me parecían planas e insulsas, pero enseguida me di cuenta de cuál era el problema. Llamé a la editora, que estaba repartiendo instrucciones entre los asistentes y se acercó—. Cristine, esta chica parece agotada, lleva horas en el set, estas fotos no dicen nada, son planas, ¿ves? Creo que si le damos una pausa…

—Te agradecería que hicieras tu trabajo y me dejaras hacer el mío —respondió, con la cabeza en alto y decidí callarme—. Tú solo saca las fotos que te he pedido y déjate de improvisar, ¿de acuerdo? Iremos mucho más rápido y esa chica podrá irse a descansar. Mañana tenemos el reportaje de Rita Davis, tienes la dirección en el *mail* que

os he enviado a todos. Espero que no llegues tarde, la señora Davis ha sido muy clara a este respecto. Solo nos concederá una hora de su tiempo y eso ya es más de lo que le ha dado a la competencia.

—Creí que Stella se encargaría de ese reportaje —respondí, molesto por el ambiente enrarecido que dejaba a mi alrededor cada vez que se metía con mi trabajo y ella me miró a los ojos y sonrió.

—Darte ese reportaje es un privilegio, Santiago —dijo y se fijó en mí tanto tiempo que creí que le había sufrido un colapso—. ¿A qué te dedicabas cuando pediste trabajo en la revista? Ah, sí, malvivías en una habitación compartida y fregabas platos en el Hills. Qué bien que has progresado, ¿verdad? Ricardo siempre apostó por ti, y hasta ahora nunca he lamentado haberle hecho caso.

Me palmeó el brazo y asentí, agachando la cabeza hasta que ella se marchó, satisfecha al verme acatar sus órdenes. Cerré los ojos y los apreté hasta que empecé a ver puntos brillantes y los abrí otra vez. Aquel mal bicho tenía razón: si había logrado llegar hasta allí, era con la ayuda de mi mejor amigo y su familia; sin su dinero, nunca me podría haber permitido cruzar la frontera, terminar los estudios y llevar la vida que tenía.

Volví a centrarme en la modelo, pero cada vez me apetecía menos estar allí. Toda mi vida parecía una secuencia predecible de acontecimientos encadenados y estaba empezando a cansarme de aquello.

#

Miré el reloj otra vez solo para asegurarme de que no había llegado demasiado temprano al Hills. No había ni rastro de Bella y las tripas empezaban a sonar escandalosamente. Saludé a los camareros que llegaban para hacer su turno y saqué un cigarrillo mientras esperaba, o mientras decidía si debía entrar y buscar una mesa hasta que ella llegara.

Había estado dando vueltas a una idea en mi cabeza y andaba intentando convencerme de que era lo más razonable cuando la vi aparecer. Venía corriendo por la calle, dando saltitos porque estaba contenta y deduje que tenía algo que contarme, y yo lo interpreté como una señal para seguir adelante con mis planes.

Cuando estuvo a dos metros de mí, tiré el cigarrillo y lo aplasté antes de que se diera cuenta de lo que hacía, pero Bella torció el gesto

y miró al suelo, censurando mi conducta.

—¿No ibas a dejarlo?

Me encogí de hombros y me acerqué para besarla, pero ella se escabulló, dejándome a medias.

—Tengo algo que contarte y es… ¡no te lo vas a creer!

Bella me cogió del brazo, abrió la puerta del restaurante y buscó la mesa de la esquina en la que siempre nos sentábamos desde que nos conocimos trabajando allí. Los ojos le brillaban con fuerza, acentuando aún más su belleza. Eso también lo interpreté como una señal de que mis intenciones eran las correctas. Menudo imbécil.

—Bella, verás, yo también tengo algo que contarte o, más bien, tengo algo que pedirte. Verás, yo… yo creo que, bueno, llevamos un tiempo siendo más que amigos y…

—¿Estás tratando de pedirme que sea tu chica? ¿Tú? ¿El hombre sin ataduras? —dijo, alzando las cejas, burlona y solo me salió un tímido y tartamudo «sí»—. Hace mucho tiempo que dejé de creer en que eso pudiera suceder, Santiago. Mejor seguimos así, ¿no te parece? Tú no tienes que hacer algo que no quieres hacer y yo puedo seguir considerándote uno de mis mejores amigos.

Asentí, abochornado por haber abrazado una idea a la que había ido dando forma desde que me despertara aquella mañana. Quizá si hubiera dicho que sí, la historia habría sido diferente y no habría estado con Ricardo cuando el avión se estrelló.

—Oye, ¿habría cambiado algo si quisiera comprometerme? —pregunté y ella se echó a reír.

—Tú no eres de esos que se enamoran.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que no estoy enamorado de ti?

—Porque el amor, querido amigo, el amor es otra cosa, y tú eres demasiado práctico para dejarte llevar por el corazón. —La miré, instándola a seguir y ella suspiró, y los ojos le brillaron con tanta fuerza que deseé estar en el estudio detrás de la cámara y captar aquella emoción a flor de piel—. El amor no se planifica, no te levantas una mañana y decides que vas a enamorarte, ni de quién, ni cuándo sucederá. El amor es un viento que te sopla en contra y, a menudo, rompe todo lo que eres, todo lo que creías que querías y te transformas en otra cosa.

—Eso suena doloroso.

—Porque lo es, Santiago, pero también es lo más maravilloso que puedas experimentar.

Miré mis manos, apoyadas sobre la mesa, preguntándome si no sería una especie de abominación humana incapaz de sentir algo como aquello. Porque hacía tiempo que no sentía nada en absoluto, pero esos días empezaba a pasarme factura la opacidad emocional en la que se movía mi vida. Y como si Bella pudiera leerme la mente, continuó con su explicación.

—No es solo amor por una persona, es amor por lo que haces, sentir que la vida gira en un sentido, que serías capaz de dejarlo todo por hacer lo que hace que tu corazón explote de felicidad. Es romper con lo cómodo y apostarlo todo a la euforia de sentirte vivo. Por eso te cuesta entenderlo, porque vives en el mundo de lo seguro.

—Explica eso —le dije mientras arrugaba una servilleta de papel y le daba con ella en el hombro.

—Eres el hombre de hojalata. —Se echó a reír, esquivándola la bola y yo fingía que me enfadaba—. Te aferras a las cosas, aunque no te hagan feliz. Tu trabajo… nunca he visto a nadie bostezar tanto en una sesión en menos de una hora. Cualquiera diría que lo odias.

Abrí la boca para protestar, pero ella levantó la mano para callarme.

—Tus rollos; concibes el sexo como una necesidad, pero nunca te quedas después, y que conste que no soy la más adecuada para decirte esto, pero… ¿no te mueve nada aparte de la piel? Tus amigos: básicamente una servidora y Ricardo, y perdóname lo que voy a decirte, pero no te vendría nada mal hacer amigos nuevos. ¡No he terminado! —Me puso un dedo sobre los labios antes de que pudiera negarle lo que acaba de soltar—. Tu madre; nunca hablas de ella, apenas la llamas y en todos los años que llevas viviendo aquí no le has enviado un billete de avión para que venga a visitarte, ni siquiera en Acción de Gracias.

—No habla inglés, ¿qué iba a hacer todo el día sola en mi apartamento mientras trabajo? Además, ella está acostumbrada al pueblo, y traerla a la ciudad es como… es…

—¡Oh! Santiago, no me digas que te avergüenzas de tus orígenes, porque eso te elevaría a la categoría de hombre de acero.

—No es eso, de verdad, es… —Me rasqué la barba, penando en por qué parecía haber levantado una muralla entre mi madre y yo, pero no encontré una respuesta y eso me dolió más que todo lo que Bella parecía saber de mí—. Oye, ¿y si dejas de machacarme y me cuentas eso que tenías que decirme?

—¿Recuerdas la audición que hice hace unos meses en Nueva Era? Bien pues, la actriz que hacía de niñera en el parque se ha roto una pierna y yo ocuparé su lugar. No tengo diálogo, pero algo es algo. Además, comparto escena con Hero Smith, ¿te lo puedes creer?

—Estoy seguro de que lo vas a hacer genial. Felicidades, Bella, me alegro de que por fin te vayan bien las cosas.

—Son solo unos minutos en pantalla, pero…

La miré a los ojos y lo vi: un atisbo de aquello a lo que ella llamaba amor, una pulsión de vida instándola a continuar a pesar de tenerlo todo en contra, a pesar de que su esfuerzo no siempre era correspondido; sentí celos, de la valentía de poder elegir, de tener una meta, un sueño por cumplir sin que el miedo a perder te nublara el camino.

Se echó a reír, feliz, y se volvió hacia la camarera para pedirle la comida cuando esta llegó a la mesa. Yo miré por la ventana, asimilando todas las cosas que Bella parecía saber de mí, porque dolían, porque me había dejado chamuscado y confuso, con un peso indescriptible sobre los hombros y con un halo de tristeza molesta alojado entre las costillas.

Los Ángeles, Estados Unidos

Los Ángeles News XXI
Informativos

19 de abril de 2021

> Tres helicópteros de salvamento marítimo vigilan, desde la tarde de ayer, las costas del Mar de Filipinas a la espera de poder avistar cualquier resto del *jet* en el que viajaba el empresario Ricardo Diosdado. Fuentes estatales afirman que el avión pudo haberse visto sorprendido por el tifón que descargó una tormenta en el mar a su paso por los Estados Federados de la Micronesia el pasado 17 de abril sobre las 22:07. Aún se desconocen las causas por las que el oficial desoyó las recomendaciones de la torre de control de Honolulú sobre las condiciones meteorológicas adversas para poder volar hacia la isla de Bali.

Nuestro equipo se ha trasladado a la mansión que compartía con la cantante Lorena Blossom en la ciudad de Los Ángeles, que ha tenido que ser atendida por los equipos médicos a causa del *shock* ante la noticia de la desaparición y posible desenlace del que, hasta entonces, era su prometido.

Les seguiremos manteniendo informados.

Los Ángeles, Estados Unidos

Santiago

17 de abril

Di vueltas al teléfono entre mis manos, dudando si debía molestar a mi madre a aquellas horas. Había vuelto a perder la noción del tiempo en el estudio y volvía a ser tarde para llamar a casa.

Dejé el teléfono sobre la encimera y fui a darme una ducha. El agua fría me hizo pensar de nuevo en aquel sueño y en la sensación de estar ahogándome en una pecera de cristal. Sentí el sonido de los tambores al compás de mi ritmo cardíaco, aunque, si prestaba atención, se parecía más al sonido de un reloj marcando la cuenta atrás. Apagué la ducha y sacudí la cabeza para que las gotas de agua se llevaran aquella horrible sensación y me puse el pijama.

Calenté un *risotto* precocinado que guardaba en el congelador para casos de emergencia y abrí la ventana del salón dejándome caer sobre el descansillo de las escaleras. Removí un macetero vacío que tenía olvidado en el suelo y saqué la cajetilla de cigarros que había rescatado de la basura después del intento número mil para dejar de fumar. Le di vueltas a uno de ellos entre los dedos mientras miraba los coches pasar, veloces. El sonido conocido de la ventana de al lado me hizo torcer los labios en una sonrisa, y con rapidez, partí el cigarrillo en dos y lo dejé caer al suelo.

—¿Otra vez fumando a escondidas? —preguntó Carlos Fonseca.

—Ya te dije que lo había dejado —mentí.

No volvió a abrir la boca, solo apoyó los antebrazos sobre la barandilla de metal y se perdió en la gran luna llena que llenaba el cielo. Durante un buen rato ninguno de los dos habló, pero creo que, a veces, incluso el silencio está cargado con las cosas que no contamos.

—¿Va todo bien, muchacho? —preguntó antes de girarse para mirarme en la oscuridad que nos separaba.

—Como siempre, supongo.

—¿Hoy no te acompaña tu chica?

—No es mi chica, ella es solo una amiga —dije y él asintió—. Creo que voy a descansar, ha sido un día muy largo.

—Jumm —respondió, distraído, sin dejar de prestar atención al reflejo de la luna—. Hasta mañana, vecino.

Abrí la ventana y volví a colarme en el interior de mi casa, cuando se me ocurrió hacerle una pregunta.

—¿Alguna vez has sentido la necesidad de dejarlo todo y empezar de nuevo? Hacer otra cosa, salir de lo establecido; no sé, hacer caso al corazón, supongo.

Mi pregunta lo cogió tan desprevenido que se le congeló la sonrisa en los labios, pero se recuperó y abrió los brazos de forma teatral, abarcando el paisaje que teníamos delante.

—Estoy aquí, ¿no? —dijo, y supe a qué se refería, porque él también abandonó su Puerto Rico natal persiguiendo un sueño.

—¿Mereció la pena?

—A veces me pregunto lo mismo. —Sonrió, triste—. Buenas noches, Santiago, espero que puedas descansar.

Entré en casa después de oír cómo cerraba su ventana y me tumbé en el sofá, sin hacer nada más que retrasar la hora de quedarme dormido por si volvía aquel sueño.

#

Me desperté antes de que el despertador llegara a sonar. Había pasado la noche en el sofá, envuelto en pesadillas sobre llegar tarde a la maldita entrevista con Rita Davis y la cabeza me iba a explotar por el cansancio. Bostecé y fui a vestirme antes de que la profecía se cumpliera y la editora consiguiera que me pusieran de patitas en la calle.

Mientras preparaba café, encendí la televisión y puse las noticias. Me sorprendió ver a Ricardo en unas fotos a la salida del local de Malibú, al que llegó después de que Lorena lo abandonara por la puerta de atrás. En ellas, parecía golpear a un tipo al que no reconocí y me pregunté qué diablos le habría pasado por la cabeza para decidir llegar a los puños con él. El siguiente titular me sacó de dudas: al parecer, la noche en la que encontré a Lorena en la disco de Malibú no estaba sola, sino acompañada del hombre de las fotos al que Ricardo destrozaba la cara.

Pensé en aquella versión de él que no me acababa de convencer, porque yo conocía al real, al niño que jugaba conmigo en las calles de Colima hasta que nos caía la noche encima, al que me pidió que lo acompañara en su aventura por los Estados Unidos solo por probar si era cierto que era la tierra de las oportunidades, aquel que se dio con un canto en los dientes cuando nos tocó repartir comida a domicilio, fregar platos a cinco dólares la hora y vivir hacinados en uno de esos apartamentos compartidos de uno de los barrios más pobres de la ciudad.

Pero él estaba hecho del polvo de hadas del que se componen los sueños que se hacen realidad y, mientras aprendía a sobrevivir con lo que tenía, creaba las oportunidades que nadie quería darle. Fue así como consiguió el éxito que tanto perseguía; primero, representando a artistas independientes que conocía en bares cutres de la ciudad, convirtiéndolos en futuras estrellas, vendiendo sus maquetas a pequeñas compañías discográficas con el desparpajo y la simpatía con la que se movía por el mundo. Cuando consiguió hacer dinero y demostrar que podía ganarse la vida de esa manera, su padre le ayudó a fundar un modesto sello discográfico que no dejaba de acumular éxitos a medida que apostaba por artistas desconocidos, diamantes en bruto que nadie, salvo él, se molestaba en pulir. Yo intenté hacerme un hueco en la fotografía artística, pero, después de varios fracasos, acabé firmando contratos con revistas de moda y otro tipo de prensa centrado en el famoseo americano. Cuando comencé a ganar dinero, mis sueños se disiparon a medida que aumentaba la seguridad de mi cuenta corriente.

Cogí el teléfono para llamarlo y preguntarle cómo estaba, y recordé que tenía que llamar a casa, pero el tiempo se me había echado encima y no podía permitirme llegar tarde aquel día.

Saqué la moto del garaje para dirigirme hacia Beverly Hills, en un viaje de cuarenta minutos en el que trataría de convencerme de que aquel reportaje no era, ni de lejos, lo peor que podía hacer en aquella revista, aunque no me apeteciera lo más mínimo. Rita Davis tenía fama de frívola, excéntrica e impredecible.

Cuando llegué a la mansión, comprobé con horror como los coches de mis compañeros ya estaban estacionados en la zona reservada al personal. Busqué la puerta trasera que daba acceso a la mansión desde la cocina, tal como me había indicado Cristine en el *mail*, y una chica muy joven ataviada con una cofia anticuada y ridícula a juego con el

traje de sirvienta me abrió la puerta en cuanto me vio llegar.

—Buenos días, soy Santiago Rivera, fotógrafo de *The Vanguard*, ¿podría indicarme la sala donde se hará el reportaje a la señora Davis? —pregunté, pero me di cuenta, por el gesto de ansiedad de su rostro, que no entendía demasiado bien el idioma, así que lo repetí todo en español y ella sonrió.

—La señora Davis la espera en el salón principal, señor Rivera, pero debe saber que llega usted un poco tarde.

Me indicó la puerta a la que debía llamar y, por suerte para mí, ninguno de ellos se había acomodado aún en el sofá. Cristine me fulminó con la mirada, pero la señora Davis no pareció darse cuenta de nada.

La entrevista se basó en un discurso sobre sus años dorados en la meca del cine, y yo disparaba sobre su rostro acartonado por el bótox, tan inexpresivo que daban ganas de echarse a llorar. Eran las peores fotos que había hecho en toda mi carrera. Las revisé un par de veces, bajo la mirada inquisitoria de Cristine, pero ni siquiera el contexto de aquella habitación lujosa pudo arreglar aquel desastre.

—Puedes editarlas más tarde, Santiago, eres un profesional, deja de gimotear como un niño y aprovecha esta oportunidad —dijo en cuanto vio mi cara de desagrado.

La chica que me había abierto la puerta interrumpió la entrevista para ofrecer el té, despertando la furia de la señora Davis. Fue la forma en la que se dirigió a ella, con desagrado y violencia verbal, lo que consiguió que aquel dinosaurio mostrara alguna expresión en su rostro desfigurado.

Un impulso más grande que mi propia voluntad me hizo aprovechar que los demás tenían los ojos puestos sobre la pobre cría que aguantaba los insultos para borrar todo lo que había hecho hasta entonces y me esforcé por mostrar a la verdadera Rita. No era una venganza por su mal carácter ni una forma de desobedecer a Cristine, era simplemente que estaba embelesado con el cambio en el semblante, con la rigidez de la mandíbula y con la tensión en los músculos del cuello. Sentí ese palpitar en el corazón que me impulsaba a actuar por amor a lo que hacía, y las verdaderas emociones de Rita Davis eran una autentica obra de arte, aunque creo que las palabras exactas de Cristine fueron «puedes meterte las fotos por el culo», seguido de un «voy a encargarme personalmente de que vuelvas a fregar platos en lo que te queda de vida».

Dos horas más tarde, salía del despacho de ese tipo del *loft* en Tribeca, que no dudó un segundo en tenderme una preciosa carta de despido.

#

Tiré una bola de papel del tamaño de un puño por encima de mis pies con la idea de encestarla en la papelera al otro lado de la barra que separaba la cocina del salón. Desde mi posición en el sofá no podía ver si estaba consiguiendo el objetivo que me había marcado, pero ya llevaba, al menos, una docena de ellas y no veía que ninguna hiciera el recorrido de vuelta por el pasillo.

Era la primera vez que regresaba a casa antes del almuerzo y, salvo deforestar los bosques malgastando papel, no tenía nada mejor que hacer. Nunca había estado sin trabajo desde que llegara desde Colima y por primera vez sentía que me daba igual, que todo me importaba un rábano si podía seguir tirado en el sofá sin hacer nada. Aquellas fotos eran muy buenas, dijera lo que dijera la estirada de Cristine.

El sonido del timbre me obligó a despertar de la apatía, pero esperé sin moverme con la esperanza de que, quien fuera, se cansara de llamar y simplemente se largara. No sucedió, y después del quinto timbrazo no me quedó más remedio que abrir. Era Ricardo y no tenía buen aspecto.

—¿Estás bien? —pregunté, invitándolo a pasar dentro.

Ricardo aceptó la invitación cuando me hice a un lado y se dejó caer en el sofá, dejando un rastro de olor a *whisky* por el camino. Lo miré un tiempo prudencial sin parecer que lo estaba censurando, porque hacía tiempo que se había convertido en un tipo que no tenía nada que ver con el amigo con el que me crie y sí con alguien que se comportaba como si le creciera dinero entre los dedos con solo chascarlos. Ciertamente tenía una máquina de hacer dinero, pero parecía que, a medida que crecía su patrimonio, también lo hacía su mala fama, su desdicha y sus innumerables adicciones.

—De fábula, hermano —dijo, frotándose los ojos.

—Oye… lo de ese tío y Lorena…

—Eso ya es pasado. No quiero saber nada de esa zorra, y al imbécil de su amante ya le ajusté las cuentas. —Se levantó para ir a la cocina a buscar la única botella de licor que tenía en casa y se sirvió un vaso generoso.

—¿No has tomado ya demasiado? —dije; sin embargo, sabía que la mejor manera de tratar con Ricardo era dando un rodeo, así que eso fue lo que hice—. ¡Eh! Vamos a esa cafetería del cruce de Hudson con la calle Green que tanto te gusta y tomamos unos gofres, ¿quieres?

Lo vi apurarse los restos del vaso de un solo trago y rellenarlo de nuevo, encogiéndose de hombros, como si todo le diera igual.

—Tengo que ir a Bali, estoy deseando quitarme ese monumento a la mentira de en medio y continuar con mi vida. —Dejó el vaso sobre la mesa sin llegar a tocarlo con los labios y rompió a llorar de forma silenciosa, fue así como me di cuenta de que estaba realmente jodido por lo que había pasado con Lorena.

—¿Qué quieres haga por ti? Pídeme lo que sea, lo que necesites.

—Quiero que vengas conmigo. Puedes traer a tu amiga contigo ¡Bella! Eh, muñeca, sal a saludarme. —Se limpió la cara con la manga de su chaqueta y sorbió por la nariz antes de girarse en todas direcciones buscando a alguien que no estaba—. No dejo de recibir llamadas de la organizadora de la boda, me está volviendo loco con el color de las rosas y la maldita figura de hielo de tres metros que encargó y que aún no he pagado.

Rompió a carcajadas amargas con las que trataba de ocultar los sollozos y le quité el vaso de la mano.

—Oye, ¿y si te olvidas por un momento de Bali y te quedas unos días en casa? Al menos la prensa no parece haberte seguido hasta aquí. Puedes desaparecer, desconectar, pensar en lo que harás cuando todo esto pase.

Ricardo se levantó y dio vueltas sin un destino definido. Negaba con la cabeza, torpemente, porque los efectos del alcohol empezaban a ralentizar sus movimientos y, al mismo tiempo, alzó el puño, amenazante, con un arrojo de agresividad que nunca había tenido antes.

—No lo entiendes, compré esa casa como regalo de bodas. Tengo que romper el contrato de compra cuanto antes, no quiero nada que me recuerde a ella. Y si no consigo quitármela de encima, al menos, me daré la satisfacción de pegarle fuego y mearme sobre sus cenizas. Haremos una fiesta primero, con tías buenas, alcohol, música y orgías. Cuando llegue el amanecer la quemamos juntos. —Empezó a reírse, desvariando—. Y tú puedes grabarlo todo para que esa zorra vea lo que he hecho con su capricho de bodas.

Apretó el puño mucho más furioso y, al tratar de dar un par de

pasos hacia mí, resbaló y se dio de bruces contra el suelo. Se quedó tirado a mis pies, con las manos en alto para que no intentara ayudarlo y llorando como un niño enrabietado.

—Anda, levanta, iré contigo. También me han echado del trabajo así que…

—¿A ti? Imposible, ¿tanto la has cagado?

—Bueno, decidí seguir una corazonada e improvisar y… ya ves cómo ha salido.

—¡Menudos desgraciados estamos hechos, hermano! —Subió los ojos para mirarme y esta vez rompió en carcajadas, tendiendo los brazos para dejarse ayudar—. Bueno, antes de destrozar la casa, también podemos nadar un rato en la piscina o hacer una barbacoa, ¿no te lo he dicho? Encargué uno de esos huevos que ahúman la comida para la fiesta de después de la boda. Ya verás, será como en los viejos tiempos; solos tú, yo y el paraíso.

Empezó a dar vueltas sobre sí mismo, riendo y casi se cae otra vez. Cuando conseguí que se quedara quieto sobre el sofá, me fui hacia mi dormitorio y cogí un macuto que guardaba en el armario. Saqué un par de pantalones vaqueros, un par de camisetas, algo de aseo y ropa interior. Iba a cerrar la puerta del armario cuando la tentación fue más fuerte que las prisas de Ricardo, que no dejaba de vociferar en el salón, y cogí, como por impulso, la bolsa protectora donde guardaba dos de mis mejores equipos de fotografía, algunas lentes específicas y un par de baterías de repuesto. Si conseguía sacar buenas fotos y vender la casa, tal vez no hiciera falta quemarla después de todo.

Los Ángeles, Estados Unidos

Los Ángeles News XXI
Informativos

20 de abril

La guardia costera filipina ha localizado, esta mañana, restos del fuselaje de un avión, aún sin identificar, a 250 millas de la costa de Cabo San Agustín, situada al sur de Filipinas, a más de dos mil kilómetros de la isla de Bali, lugar al que se dirigía el jet de Ricardo Diosdado. La distancia a la que se han encontrado los restos hace suponer que el avión pudo entrar en contacto con la tormenta tropical que alcanzó la categoría de tifón en su ascendencia por el Pacífico Norte.

Estos hallazgos han caído como un jarro de agua fría sobre la familia del magnate de la música y de su tripulación, que han visto mermadas sus esperanzas de encontrarlos con vida.

Un equipo de investigación analizará los restos encontrados para tratar de determinar si, tal como se teme, forma parte del fuselaje del avión desaparecido, así como hallar una hipótesis que les ayude a esclarecer el posible paradero de sus viajeros.

Recordaremos ahora la trayectoria del productor Ricardo Diosdado, que, con tan solo treinta y cinco años, ya amasa una nada desdeñosa fortuna que lo sitúa en los puestos intermedios de la lista Forbes, habiendo representado estrellas de la talla de Naomí Blake, Jessi-B o el propio Leonard Wiken. Natural de Colima, México, se graduó *cum laude* en Comunicación Audiovisual en la universidad del DF, decidiendo probar suerte en los Estados Unidos junto con su mejor amigo, el fotógrafo de la revista *The Vanguard*, Santiago Rivera.

Tras trabajar como representante de algunos grupos de *rock indie*, saltó a la fama con el descubrimiento del rapero Ray Meller, gracias al cual acabaría metiéndose de lleno en la industria musical y en los derroteros del mundo de la noche y las adicciones que han ido mermando su reputación estos últimos

meses.

Queremos recordarles que pueden seguir atentos a las noticias que nos llegan procedentes del otro lado del Pacífico y que encontrarán en nuestro canal 24 horas.

Los Ángeles, Estados Unidos

Santiago

17 de abril

Muchas veces en mi vida me he preguntado por el sentido de mi propia existencia, por los caminos inciertos de un destino que nunca alcanzamos a comprender. He tratado de analizar el vacío que se me colaba entre los huecos de las costillas, oprimiendo el corazón y bloqueando el aire que entraba en mis pulmones, comprender qué era aquello que me susurraba al oído que saliera corriendo, que buscara algo más allá de la vida apacible y resuelta que viví hasta ese diecisiete de abril.

Bella tenía razón, me había conformado con pasar de puntillas por el escenario de mi propia vida, por la cómoda monotonía de no sentir nada por evitar el miedo a sentirlo todo. Había silenciado la voz interna que se cuestionaba el sentido de mi vida, si los caminos que había elegido eran los que realmente quería seguir. Ahora sé que hay dos tipos de personas en el mundo, los que se lanzan sin paracaídas en busca de la felicidad y aquellos a los que la vida tiene que arrojar al corazón de una tormenta para que consigan ponerse en el camino de las cosas que están por venir. ¿Cuánto tiempo creemos tener? ¿Cuántos años nos dará el destino? ¿Y si mañana fuera la última vez que despiertas en el mundo perfectamente prediseñado en el que vives? Imagina que lo pierdes todo, imagina que tienes que empezar de cero, imagina que despiertas.

Ricardo arrastraba los pies al bajarse de la limusina que nos dejó aquella mañana en el Aeropuerto Hansen, cerca del hangar donde estacionaba su avión privado. A menudo olvidaba que poseía su propio *jet*, pero es que nunca lo llegué a ver como el magnate de la industria musical en el que se había convertido. Yo solo lo veía a él y esa decadencia que lo acompañaba a todas partes y que se lo estaba comiendo por momentos.

Yo quería recuperar al amigo que me había acompañado en mi aventura desde Colima, sentado, feliz, en el asiento de clase turista del primer avión que habíamos cogido en toda nuestra vida, soñando con las cosas que conseguiríamos al llegar a los Estados Unidos de América. Las grandes oportunidades que la vida tenía reservadas para nosotros y que convirtieron al tímido y sensible Riqui en el hombre que intentaba sostenerse en pie agarrado a la barandilla de las escaleras de su avión privado.

Lo miré disimuladamente mientras parecía discutir con el piloto, al que, al parecer, había molestado durante las únicas vacaciones que se había tomado ese año. Esa versión de Ricardo que tenía delante tendía a entrar en bucle cada vez que no conseguía salirse con la suya, pero, una vez que alcanzaba sus objetivos, se volvía tan almidonado y suave que decirle que no resultaba una tarea imposible. Sacó un fajo de billetes del bolsillo de sus pantalones y se lo tendió al piloto mientras este le recordaba que sería la última vez que accedía a sus caprichos. Supongo que en el mundo de Ricardo las cosas funcionaban así, pero a mí no me gustaba su actitud, no me gustaba verlo pisar el mundo como si una parte de él le cupiese en el bolsillo, como si el dinero que tenía lo pudiera elevar a la categoría de Dios en la Tierra.

Lo vi regresar con una mueca similar a una sonrisa, pero enturbiada por los vapores del alcohol que todavía le hacían efecto. Por acto reflejo, abrí la maleta donde llevaba las cámaras, saqué la Nikon D750 y le hice unas cuantas fotos. Era una manía que no había conseguido suavizar con el tiempo, algo que aprendí mientras fotografiaba a parejas de enamorados en bodas y aniversarios, esa necesidad de capturar las emociones a través de la lente, de robar ese pedazo de alma que cuenta las cosas que no contamos a nadie más.

—Deja en paz tus juguetitos, Santiago, que no eres un niño —dijo, pasando por mi lado y apartando el objetivo con la mano—. Sube, despegamos en media hora, o ¿quieres que te enseñe lo que hago con los *paparazzis*?

Negué con la cabeza, sonriendo, y metí la mano en el bolsillo de mis vaqueros para sacar el móvil. Marqué el teléfono de mi madre, pero no obtuve respuesta. Recordé que Bella tenía su debut en aquella película con Hero Smith y decidí llamarla para desearle suerte.

—¿Sí? —La oí decir.

—¿Bella? Te llamo para… solo, solo quería desearte suerte… —Las turbinas del avión empezaron a funcionar en ese momento y

silenciaron cualquier intento de comunicación entre ella y yo—. Estoy seguro de que lo vas a hacer bien.

—¿Qué? ¿Santiago? Oye, no entiendo nada de lo que quieres decir. Llámame cuando no haya tanto alboroto, ¿quieres?

Colgó antes de que pudiera retirarme de las turbinas y volví a marcar el teléfono de mi madre, pero, de nuevo, nadie respondió al otro lado.

—Deja el móvil y sube, nos vamos en breve —dijo Ricardo subiendo al avión—. Ya tendrás tiempo hablar con la chica a la que te estés tirando ahora cuando paremos en Hawái.

No le hice caso, seguí intentando llamar a casa, aunque con el mismo éxito que las veces anteriores. Cuando la azafata se asomó para darme un toque de atención, guardé el móvil y subí las escaleras hasta el interior del avión; entonces me dio la bienvenida con una sonrisa amable y me indicó que tomara asiento donde quisiera. Elegí el último, junto a la cabina del piloto, el único lugar que me pareció un poco más a salvo de un mundo de lujo en el que no me sentía del todo cómodo.

Eran apenas las doce de la mañana, pero mi cuerpo se rindió al cansancio que conlleva la apatía de no saber qué hacer con mi vida.

Lo último que alcancé a ver antes de quedarme dormido fue a Ricardo inclinándose sobre la pequeña mesita que había delante de su asiento, con un billete enrollado para aspirar el polvo de la felicidad que lograra aplacar sus nervios.

Sidney, Australia

Australian Golden News
Informativos

21 de abril

Una cuadrilla de buzos de salvamento marítimo ha comenzado esta tarde las tareas de inmersión frente a la costa de Cabo de San Agustín, Filipinas, en la primera búsqueda de los restos biológicos del empresario Ricardo Diosdado y los miembros de su tripulación tras detectarse, cerca de la orilla de formación rocosa, nuevos restos del avión en el que viajaban.

El equipo de investigación forense encargado de analizar el fuselaje ha concluido que se trata del avión propiedad del productor musical y que las primeras hipótesis apuntan a que realmente pudo ser abducido por el tifón que descargó sobre el Pacífico y que ya eleva a doscientos treinta y dos las víctimas, entre fallecidos y desaparecidos en toda la cadena de islas de la Micronesia, donde continúan las tareas de rescate, así como de evacuación y recuento de pérdidas económicas y humanas. Las características geológicas del lugar están haciendo que la búsqueda sea más complicada y lenta, y se espera que, hacia las doce del mediodía de mañana, se sumen nuevos operativos de la brigada de salvamento marítimo especializado en terrenos de difícil acceso.

Por otro lado, la presidenta de Filipinas, Lía Connor, planea reunirse vía telemática con las autoridades californianas para compartir información sobre el trascurso de la investigación y las tareas de rescate llevadas a cabo en el caso del avión privado de Ricardo Diosdado.

Esta tragedia, que ha conmocionado al mundo, sigue a la espera del desarrollo de los acontecimientos y de los hallazgos de los cadáveres, y desde *Australian Golden News* queremos mantenerles informados.

Nueva Era, Los Ángeles

Bella

Apagó el móvil después del intento fallido de Santiago de hablar con ella y lo guardó en el fondo de su equipaje de mano. No le había contado toda la verdad a su mejor amigo, pero había decidido poner distancia antes de que lo que sentía por él pudiera estropearlo todo.

Se estaba enamorando de Santiago y le resultaba demasiado doloroso saber que él nunca la querría, aunque lo intentara, aunque le tuviera el suficiente cariño como para pensar que a eso se le podía llamar amor; y aunque durante una milésima de segundo se planteó que tal vez pudiera funcionar, su orgullo y amor propio la convencieron de que merecía a alguien que la amara mucho más que como a su mejor amiga.

Sin embargo, no se sentía bien después de haberle mentido. No era verdad que fuera a hacer una escena de niñera en aquella película: había conseguido un papel secundario con cierta relevancia que cambiaría completamente el rumbo de su carrera; además, se iba a rodar en Montana, lo que la tendría lejos de él durante los tres meses que duraría el rodaje. Había decidido usar la distancia y el tiempo para cortar los lazos emocionales que la arrastraban una y otra vez a traspasar la línea de la amistad y acabar en la cama con Santiago y así tener el camino libre para encontrar el amor verdadero, solo que no fue capaz de decirle adiós a la cara y había apagado el móvil como una prueba de voluntad para desengancharse de la necesidad de sentirlo, aunque fuera al otro lado de la línea.

—Salimos en veinte minutos —le recordó Stefany McAdams, la directora.

Se apresuró a meter su equipaje en el maletero de la furgoneta que la llevaría a ella y a parte del elenco y ocupó un asiento junto a uno de los hijos de Hero Smith.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó la mujer pelirroja que se sentaba enfrente y le regaló una sonrisa tranquilizadora que le hizo soltar el nudo de los nervios que se acomodaban en su vientre—. Vas a hacerlo

genial; Stefany confía en ti y Hero también.

—¿Hablando de mí, cariño? —dijo el propio Hero, dándole un beso en los labios a la mujer del pelo rojo antes de sentarse al lado de su hijo pequeño—. Bienvenida, espero que te encuentres a gusto trabajando con nosotros.

Bella sonrió, matando cualquier desaliento que la impulsara a llorar la ausencia de Santiago, y miró distraída por la ventana mientras el coche se ponía en marcha y la ciudad de Los Ángeles se perdía veloz a través de ella.

Tal vez cuando regresara, el amor que había empezado a sentir por Santiago habría muerto para siempre.

Los Ángeles, Estados Unidos

Santiago

17 de abril

Desperté unas horas después para encontrarme con el rostro de Ricardo al otro lado de mis párpados. Estaba sentado en el asiento frente a mí, con el codo apoyado sobre la ventanilla y la mirada perdida más allá de ella. Reprimí el impulso de disparar sobre las sombras de su rostro, sobre la tristeza, abandono y sentido de irrealidad que dejaba surcos bajo sus ojos verdes. Me fijé detenidamente en los gestos de su cara, que, en otro tiempo, había sido como un libro abierto para mí, pero que entonces tan solo podía leer a través de la lente de mi cámara, la misma que me había prohibido usar con ese fin.

Sus pupilas parecían moverse, dislocadas, dentro de sus ojos, analizando, rumiando, imaginando y rebatiendo cualquiera de los múltiples problemas que parecía tener últimamente. Podría haberle enfrentado en ese mismo momento, darle una charla sobre su alcoholismo y el resto de las cosas de las que realmente no quería ser consciente, pero yo conocía a mi amigo: abordarlo directamente era igual que atacar a una manada de osos furiosos, con la dificultad añadida del espacio limitado en el que nos encontrábamos y que solo hacía empeorar su estado de ansiedad y nerviosismo. Cogí una revista olvidada en el asiento de al lado y simulé que leía el primer artículo que aparecía entre las páginas que abrí al azar.

—Nunca me acostumbraré a montar en uno de estos —dijo al cabo de un rato, sin apartar la vista de la ventanilla y yo dejé la revista sobre mis rodillas para mirarlo—. Cuanto antes lleguemos, antes podré respirar tranquilo.

Parecía un poco más relajado, aletargado tal vez, después de la euforia que le procuraba aquello que todavía descansaba tirado sobre la mesa. Me pregunté, como tantas veces antes, hacia dónde nos

dirigía la vida, que se empeñaba en empujarnos por caminos diferentes. Bella siempre hablaba de Ricardo como un hombre que supo ver su valía y apostar por ella, con todas las consecuencias. Yo, sin embargo, parecía haber echado el freno de mano en algún momento de mi vida. Me dejé arrastrar, me acomodé a las cosas como venían.

Saqué la maleta acolchada en la que guardaba las cámaras de foto y empecé a limpiar y ordenar las lentes, una tarea que me ayudaba a pensar en el trabajo que tendría que realizar con ellas. Había convencido a Ricardo para fotografiarlo en la casa, sacando a relucir las luces de aquella mansión paradisíaca frente a las sombras que la acechaban desde que se cancelara la boda. Podría vender el reportaje a las mejores revistas del país y conseguir un precio por la casa muy superior a lo que había pagado por ella. Al fin y al cabo, la gente que se lo podía permitir no pagaba una casa, sino los escándalos que estaban asociados a ella, porque la fama llama a la fama, aunque no siempre sea de la mejor manera.

—Así que te dijo que no—dijo Ricardo, sacándome de mi ensimismamiento—. Bella no ha querido ser tu chica.

—Me temo que no, dice que no estoy enamorado de ella, y creo que tiene razón.

—Que alguien me explique qué cojones quieren las mujeres. ¿Cómo estás tú?

Quise darle una respuesta que no me hiciera parecer el tipo frío y sin sangre que sentía que era, pero entonces el avión dio una pequeña sacudida que hizo que Riqui se asiera al reposabrazos con las uñas clavadas en el cuero. La azafata se acercó para preguntar si necesitaba algo y lo hizo con una sonrisa serena que logró que se relajara al instante. Supuse que la chica tenía experiencia calmando sus nervios y sonreí, porque su vulnerabilidad contrastaba con la fachada de tío duro e importante que pretendía imponer.

—Turbulencias. Parece que viajamos con viento fuerte —dijo Ricardo cuando ella se hubo marchado. Después, se reclinó en su asiento y cerró los ojos, haciendo caso omiso de las pequeñas sacudidas que parecían querer desplazar el avión. Reparó en la revista de viajes que había cogido prestada del asiento de al lado y me la quitó de las manos—. «Las últimas tribus caníbales del Pacífico»… Puf, ¿quién ha escrito esta basura?

Me encogí de hombros y él la tiró al suelo, entre nuestros pies, y la

foto de un montón de hombres armados con lanzas nos miraban, amenazantes, a través de las páginas abiertas de aquella revista desmadejada.

Lo observé durante un tiempo prudente y, con cautela, y esperé el momento en el que su pecho comenzó a subir y bajar acompasando el sueño. Con cuidado de no hacer ruido, saqué la cámara para inmortalizar el rostro de mi mejor amigo en una foto. Nunca imaginé que esa sería la última.

Sídney, Australia

Australian Golden News
Informativos

17 de abril

—¿Qué cojones hace ese avión? —gritó el jefe de control después de comprobar la trayectoria.

—N1294H, le habla Anais desde la torre de control del aeropuerto internacional de Honolulu, ¿me recibe? —Anais esperó la respuesta; sin embargo, esta nunca llegó—. Llevo toda la mañana informando al N1294H sobre la tormenta. Les he dado indicaciones para que tomen tierra en el aeropuerto, pero han pasado de largo.

—Es un avión privado, menuda novedad —respondió el jefe de control—. Esa gente siempre cree que puede hacer lo que les venga en gana.

—Pero van en dirección a la tormenta —comentó, aterrada, la controladora del aeropuerto—. Hay que informar a las autoridades.

Anais miraba con terror el panel digital que tenía delante. El espacio aéreo había quedado despejado, ningún vuelo se había aventurado a surcar el cielo con bandera amarilla, porque todos sabían ya que la tormenta tropical se había convertido en un desastre de la naturaleza. Tan solo un avión se dirigía hacia ella bajo la mirada impotente de los controladores que le seguían la pista y que rezaban en silencio para que fueran capaces de dar la vuelta a tiempo.

Cuando fueron capaces de dar parte a las autoridades pertinentes, ya era demasiado tarde.

Pacífico Norte

Santiago

17 de abril

Había vuelto a quedarme dormido, después de una comida copiosa y un par de horas ojeando aquella revista que Ricardo había dejado abandonada a los pies del asiento. No me habría despertado de no ser porque me estaba clavando la mochila de las cámaras en el costado; aun así, no me la descolgué del hombro. Había tenido una idea: quería fotografiarlo en su *jet*, unirlas a las fotos de su mansión y así crear una mayor expectación por hacerse con la casa. Los ricos funcionan así, siempre quieren el juguete más caro del niño que juega cerca.

Ricardo ya se había levantado, lo veía de espaldas a mí, hablando con la tripulación cerca de la cabina del piloto. Decidí levantarme y estirar las piernas, caminar un poco por el pasillo del avión más impresionante que había visto en mi vida, preguntándome si mi amigo realmente necesitaba un cacharro tan grande y lujoso. Repasé con los dedos el papel pintado que forraba el interior, intentando no hacer una mueca burlona ante las extravagancias de Riqui; estaba seguro de que él había elegido la decoración, porque ese papel en concreto formaba parte del interior de su propia mansión.

Curioseé entre los asientos y descubrí, cerca de la cola, un espacio privado con cama de matrimonio y un aseo pequeño, aunque suficiente, y tan lujoso como el resto de la tapicería y decorados. Saqué la cámara y me dediqué a disparar sobre la habitación sin mucho entusiasmo; fotografiar el lujo era algo que detestaba por encima de todas las cosas, pero ese era, precisamente, mi trabajo.

Escuché a Ricardo vociferar en la otra punta del pasillo, cerca de la cabina de mandos. Estuve a punto de gritarle que me quedaba con la cama para mí solo cuando una nueva sacudida me hizo caer al suelo. Sabía perfectamente que las turbulencias formaban parte normal de cualquier vuelo, pero aquella parecía decidida a tirarnos de encima de

las nubes. Las luces parpadearon levemente; aun así, fue suficiente para que comenzara a asustarme.

Las voces de Ricardo parecían ir en aumento y me acerqué para ver qué era aquello que lo tenía en ese estado de alteración. Estaba de espaldas a mí, con su cuerpo grande y musculoso taponando la puerta de la cabina. Mantenía una discusión acalorada con el piloto comandante y la curiosidad me hizo pegarme a su lado para prevenir las consecuencias de una situación que parecía a punto de desbordarse.

—Hace horas que deberíamos haber tomado tierra —gritaba el piloto al mando—. Parece que no te entra en la cabeza que tu estúpido dinero no está por encima de todo en este mundo, pero estoy dispuesto a cambiar la trayectoria y a dejar que te emberrinches como el crío que eres. Estamos lejos de Hawái, pero voy a tratar de aterrizar en alguna otra isla.

—No, no vas a hacer eso, vas a llevar este maldito avión hasta Bali y lo vas a llevar ahora. No es la primera vez que volamos con tormenta, así que inventa otra excusa.

—Tenemos el combustible justo para dieciséis horas de vuelo, y me refiero a uno sin imprevistos, sabes que necesitamos tomar tierra y sabes que esta tormenta no es una simple tormenta. No sé qué hago dándole explicaciones a este… este… —El piloto hizo una mueca de desdén antes de girarse hacia el copiloto con instrucciones para dar la vuelta y agarró el intercomunicador para intentar establecer contacto con la torre de control—. Nausori-Torre, le habla el comandante del N1294H; solicito…

—Suelta eso ahora mismo.

Me acerqué a su altura justo a tiempo para ver el pequeño revólver que sostenía entre las manos, pero mentiría si dijera que hice lo más mínimo por intervenir y hacerme con él. Me quedé tan congelado mirando aquel objeto entre las manos de Ricardo que, por un momento, me sorprendí pensando en quién era ese tipo y qué hacía yo con él.

—Si me disparas, si nos haces daño, el avión se estrellará contigo dentro. No, no eres tan estúpido.

El piloto comandante seguía dando instrucciones para cambiar la trayectoria en busca del aeropuerto más cercano y evitar la tormenta que llenaba de espeluznantes truenos el cielo que se veía a través de la ventana del avión.

—He dicho que continúes —ordenó Ricardo y por el olor de su aliento supe que estaba lo suficientemente borracho para hacer cualquier tontería.

—¡Ricardo! —grité, pero un rayo sonó con fuerza, solapando mi voz.

Al parecer Ricardo sí era lo suficientemente estúpido como para disparar al comandante o, al menos, para hacer presión sobre su cabeza con el revolver. De cualquier manera, no hubo tiempo para comprobar hasta dónde estaba dispuesto a llegar mi amigo, porque la tormenta volvió a sacudir el avión con fuerza.

Caí al suelo, pero antes de poder agarrarme al asiento más cercano para ponerme de pie, Riqui cayó de costado sobre mí. El alcohol y la violencia que sacudía el avión hacían que sus intentos de levantarse resultaran inútiles, y sus actos se volvieron erráticos, aletargados y peligrosos. Ya no tenía la pistola en las manos y rogué para que hubiera caído debajo de los asientos y no pudiera dar con ella. No entendía su actitud, no entendía quién era el hombre caprichoso y engreído que batallaba por ponerse de pie agarrándose a mis piernas, en medio de los azotes del viento sobre su avión de papel, pero distaba mucho del hermano con el que había compartido toda mi vida.

Desde el suelo escuchaba los gritos de los pilotos, que libraban una batalla contra la tormenta por hacerse con el control de avión. Trataron de llamar a la torre de control de nuevo, pero no hubo respuesta. El avión volaba completamente a la deriva. Conseguí quitarme las piernas de Ricardo de encima y agarrarme al asiento, pero, antes de poder incorporarme, el viento arrancó la puerta de su sitio.

Tenía el cielo abierto delante de mí y un trueno partió el cielo en dos mitades, cegándome los ojos. Recuerdo que pensé que era lo más hermoso que había visto en mi vida, recuerdo que, inconscientemente, me giré buscando capturar aquella crudeza de la naturaleza con mi cámara, pero tropecé con la visión de uno de los extintores del avión que rodaba directo a mi cabeza, golpeándome la sien y llenado mis ojos de pequeñas e innumerables motas negras. Lo que vino después hubo de ser la antesala del infierno, porque, cuando desperté, mi cuerpo flotaba a la deriva de un mar revuelto por las olas. Estaba solo, el avión había desaparecido y, con él, lo que quedaba de mi antigua vida.

Manila, Filipinas

The Philippine Bulletin
Informativos

23 de abril

El avión privado con matrícula N1294H perteneciente al magnate de la industria musical Ricardo Diosdado ha sido encontrado esta madrugada en el fondo del mar a 400 millas de la costa de Cabo de San Agustín. Lamentamos comunicarles que Salvamento Marítimo ha procedido esta misma mañana al rescate de los cuerpos sin vida del empresario y la tripulación que viajaba a bordo del avión, y que serán repatriados a los Estados Unidos en cuando las autoridades determinen las causas de la muerte de los pasajeros.

El Gobierno estadounidense ha abierto una investigación para tratar de esclarecer los hechos acontecidos durante la tarde-noche del 17 de abril, que, junto con los datos de la caja negra del aparato, que aún no ha sido encontrada, pueda arrojar luz sobre la conducta suicida del piloto que le llevó a desoír las advertencias de la torre de control del Aeropuerto Internacional de Honolulú.

El Gobierno de Filipinas ha decretado tres días de luto oficial en memoria a las víctimas de la devastadora tormenta tropical que alcanzó la categoría de tifón a su paso por las islas de la Micronesia y que ha dejado decenas de heridos y fallecidos, entre los que ya se incluyen Ricardo Diosdado y la tripulación del N1294H.

Desde *The Philippine Bulletin* queremos expresar nuestras condolencias con los familiares de las víctimas y transmitir palabras de esperanza a las personas que siguen tratando de recuperarse de la tragedia.

Así mismo, varias ONG han habilitado una cuenta corriente en la que los ciudadanos pueden depositar donativos destinados a la ayuda humanitaria para las personas que han sufrido pérdidas personales y económicas. También queremos recordarles que pueden donar mantas, toallas, ropa, alimentos no perecederos y medicinas en los distintos puntos de recogida que se han

habilitado en todo el país.

Esto ha sido todo por el momento, seguiremos informando.

Colima, México

Leonor

La madre de Ricardo había perdido el conocimiento en los brazos de su marido, que lloraba desconsolado y gritaba, tratando de echar a la gente que miraba por la ventana entreabierta de su casa. Las autoridades mexicanas debían de haber cometido un tremendo error, porque su hijo no podía estar en la morgue de ninguna isla del Pacífico, sino en Los Ángeles, desempeñando un trabajo para el que se había preparado toda su vida.

Leonor, la madre de su mejor amigo, agudizaba el oído, tratando de comprender lo que la Policía decía acerca de la suerte que había corrido Ricardo, preguntándose, una vez más, por qué su hijo no respondía a sus llamadas.

El tiempo para ella se había quedado detenido aquella misma mañana, tal como aquel día hace ya muchos años en el que vinieron a anunciarle que el cuerpo de su marido había aparecido tiroteado cerca de la frontera con los Estados Unidos, y un mal presentimiento llenó de inquietud su pecho.

«Santiago, ¿dónde estás?» se preguntaba en silencio, mirando con disimulo a los agentes que trataban de poner orden al gentío que se lamentaba de la desgracia de los Diosdado y corría por las calles llevando la noticia a todo el vecindario. Antes de que decidieran desaparecer de la vivienda, Leonor cogió a uno de ellos del brazo, reteniéndolo para hacerle la pregunta que empezaba a rondarle el corazón.

—Disculpe, ¿podría decirme los nombres de los pasajeros del avión?

El agente, apesadumbrado, volvió a leer la lista de los pasajeros del *jet* con matrícula N1294H, mientras Leonor cerraba los ojos, moviendo los labios en una repetición cadenciosa de cada uno de los nombres que oía, sintiendo una mezcla de pena y alivio cada vez que comprobaba que Santiago no se encontraba entre ellos.

Pero si su hijo no estaba en ese avión, entonces, ¿dónde estaba

Santiago Rivera?

Pacífico Norte

Santiago

18 de abril

Abrí la boca expulsando una bocanada de agua salada que había tragado procedente de las inmensas olas que me rodeaban y que me llevaban, en volandas, a la deriva en el mar. No sentía mi cuerpo, no podía mover mis piernas, lo único que podía hacer era mirar hacia el cielo oscuro de la noche, impidiendo que el agua me taponara la boca, y bracear con la esperanza de mantenerme a flote el tiempo suficiente como para poder pensar en cómo salir de allí. Pero estaba nadando en mar abierto, sin nada estable a lo que poder agarrarme más allá de los pequeños trozos de fuselaje del avión que emergían a la superficie, y la bolsa acolchada en la que guardaba mis cámaras y que aún estaba sujeta a mi espalda.

Pensé en Ricardo y mis lágrimas calientes se fusionaron con el agua fría del mar. Todavía sentía el tacto de sus dedos rodeando mi tobillo con fuerza, tratando de ponerse de pie, cuando aquel estúpido extintor impactó con mi frente. Llevé los dedos a mi cabeza y traté de tantear la gravedad de la brecha que se había abierto con el golpe, pero el movimiento de las olas y el frío que me había dejado el cuerpo entumecido y me hacía tiritar me impedían hacerlo.

Una plancha de poliestireno recubierto de acero perteneciente a alguna parte del avión que debía descansar bajo mis pies salió a flote empujado por la corriente del mar. Estaba una distancia insalvable y el movimiento del agua me hacía imposible nadar en una dirección determinada. Me sentía como un muñeco de goma flotando en una gran bañera, nada de lo que hiciera podría evitar que acabara ahogándome. Por un momento traté de asimilar mi destino, cerré los ojos y deseé que la muerte viniera pronto a por mí, dejando que el salvajismo del mar enfurecido me tragara.

Una ola inmensa cayó, despiadada, sobre mí y mi cuerpo quedó

sumergido lo que me pareció una eternidad. Abrí los ojos bajo el agua y no encontré el punto que separaba aquella masa salada de la superficie en la que poder coger una bocanada de aire. Moví mis piernas y mis brazos para intentar subir, pero estaba demasiado cansado y mi objetivo quedaba muy lejos. Fue entonces cuando entendí que todo iba a terminar para mí.

Volví a cerrar los ojos, tratando de aceptarlo, pero había algo atado a mi cuerpo que me impedía hundirme del todo, era como si este se resistiera a dejarse tragar y el miedo a morir ahogado me impulsó a sacar fuerzas y a buscar la superficie de nuevo.

Guiándome por la luz de la luna, que se intuía sobre la cúpula de agua que me cubría la cabeza, moví los brazos y las piernas, y no me rendí hasta que sentí el frío del aire golpeándome en la cara. Quemaba, el aire en mis pulmones quemaba y comencé a toser, con tanta violencia que creí que volvería a hundirme. Miré a mi alrededor mientras luchaba con mis brazos para que no dejaran de nadar y comprobé con horror que la plancha de acero había desaparecido de mi vista; había perdido la única oportunidad que tenía de agarrarme a algo que me diera estabilidad y que me permitiera tener un breve momento de descanso entre aquella quimera de agua salada y violentas sacudidas.

Giré sobre mi cuerpo, buscando algo que pudiera sustituir la plancha que se había perdido entre las olas, pero solo encontré la mochila con las cámaras que tenía la capacidad de salir a flote y que seguía rodeando mi cuerpo. Decidí que podía servirme para mantener la cabeza lejos del agua, y, abarcándola con los brazos, acosté la barbilla sobre la tela de neopreno. Sabía que quedarme dormido podría ser peligroso, pero, de todas formas, no tenía alternativas: o me dejaba llevar o moría ahogado.

Cerré los ojos y pensé en todas las cosas bonitas que ya nunca podría volver a ver, en todas las cosas que dejaría de experimentar, en que esa búsqueda infructuosa de aquello que me faltaba se iba a quedar sin respuestas. Pensé en mi madre y en esa llamada que no había podido tener con ella, pensé en Bella y en cómo reaccionaría ante mi muerte, pensé en Ricardo y en todas las personas que iban a echarlo de menos, como sus padres, sus hermanos… y Lorena.

Visualicé a nuestras madres abrazadas, llorando, dándose consuelo, amparándose en el dolor y la pérdida, y de repente abrí los ojos, asustado, aterrado porque acaba de comprender que nadie me estaría

buscando. Ricardo no había registrado mi nombre en ninguna parte, no había una lista de pasajeros del avión porque él nunca daba explicaciones sobre lo que hacía o dejaba de hacer. Tardarían demasiado tiempo en comprobar que yo también iba en el interior de su avión y, por tanto, cualquier posibilidad remota de que acudieran a rescatarme se había desvanecido de mi mente.

Estaba solo en medio del océano, a punto de morir, y nadie sabría qué había pasado conmigo.

#

Nunca he tenido la capacidad de recordar las cosas que sueño, ni he sido de esas personas que despiertan apretados por la añoranza de una historia que se ha quedado sin final. Nunca he sentido la magia de los recuerdos en ese espacio seguro y aislado al que vamos cuando estamos dormidos. Tan solo aquella espantosa pesadilla en la que no conseguía salir de una pecera de agua salada había conseguido alterarme hasta el punto de no poder dejar de pensar en ella aun estando despierto. Fue precisamente ese recuerdo y la ansiedad que lo acompañaba lo que me sacó del sopor con el que la muerte me estaba abrazando, y los pinchazos de las piernas se hicieron insoportables.

Fue la primera señal de un cuerpo que se negaba a dejar este mundo, y con ella vinieron el resto de las sensaciones a sacudirme, como la sangre en los labios secos, el sol ardiente sobre mi cabeza, el agotamiento de mis brazos rígidos sobre la bolsa, el ardor de mi garganta o el banco de arena contra el que estaba rozando los pies. Estaba agotado, embotado por el vaivén del agua, adormecido y, aun así, saqué fuerzas de la nada para alzar la cabeza y mirar esa ínfima línea de tierra que se avistaba lejos, pero cerca de cualquier esperanza de poder salvarme del mar.

Logré esbozar una estúpida sonrisa, aun danzando en el duermevela de quien no sabe si está vivo o muerto, deseando que aquello fuera mi versión del paraíso. Nunca imaginé que estaba a punto de adentrarme en el infierno.

La isla

En algún lugar del Pacífico Norte

Santiago

Tenía que despertarme del letargo en el que la deshidratación me estaba sumiendo, pero abrir los ojos dolía. Un aluvión de manchas amarillas me cegaba, haciéndome entornarlos, regresando de nuevo al duermevela en el que me encontraba atrapado. Sentía el sol despiadado sobre mi espalda y los granos de arena fina se me clavaban en la piel como cabezas de alfileres. No tenía claro si había conseguido llegar a la orilla o si aún flotaba en la deriva de un mar que había recuperado la calma; solo sentía cansancio, dolor y tristeza.

Tenía vagos recuerdos de lo que había pasado en el avión y, a menudo, se me colaban por los resquicios de la memoria los gritos de la tripulación, la desesperación de Ricardo por lograr incorporarse agarrado a mí, el rayo que partió el cielo en dos y el dolor que sentí en la sien, que me sumió en la oscuridad y que me salvó de ver el final de mis compañeros de vuelo.

En mi fuero interno seguía considerando la posibilidad de estar muerto, porque había sobrevivido a una tragedia y al mar, que me había escupido a la orilla de una masa de tierra donde no parecía haber rastro alguno de presencia humana. Sí, debía de estar muerto, esa era la única explicación.

Pero el dolor era real, la sed era real, y cada uno de los músculos de mi cuerpo gritaban reclamando por el maltrato al que habían sido sometidos. Hice el grandísimo esfuerzo de levantar la cabeza de la bolsa de neopreno en la que estaba apoyada y, abriendo y cerrando los ojos, quise deshacerme de la ceguera que me llenaba los ojos de motas de sol. Recuerdo sentir pánico ante la posibilidad de haberme quedado ciego, y fue ese miedo el que terminó de zarandearme por completo.

Me incorporé sobre la arena y llevé mis manos a los ojos. Sentía la sangre reseca de la sien deshaciéndose con el tacto de mis dedos y me atreví a subirlos e indagar que tan profunda era la brecha que me cruzaba la frente. Estaba abultada y dolorida; sin embargo, parecía una herida superficial curada con la sal del agua en la que había

estado naufragando. Restregué suavemente los párpados, tratando de recuperar la nitidez que me impedía ver lo que tenía a mi alrededor, pero los ojos me escocían como el fuego del infierno.

Dejé caer los brazos hacia la orilla y las suaves olas del mar acudieron a refrescar la piel tirante y quemada. Miré hacia el horizonte por el que había venido, preguntándome dónde estaba y cómo lograría salir de allí. Nadie me estaba buscando, podrían pasar semanas e incluso meses o años hasta que alguien averiguara mi paradero.

Me quedé sentado en aquella orilla hasta que la crudeza del sol comenzó a darme dolor de cabeza. Estaba deshidratado, machacado por las vueltas que había dado a la deriva, pero, al menos, parecía que estaba entero, eso fue lo que creí hasta que traté de incorporarme y el pie izquierdo se negó a seguir la orden del resto del cuerpo. El dolor en ese punto no era mucho mayor que el del resto, pero, al tocarlo con cuidado, me di cuenta de que estaba partido, doblado en un ángulo antinatural que lo convertía en un objeto inerte.

Me giré hacia el lado opuesto al mar y me puse de rodillas, apuntando hacia la fina masa verde que se extendía a unos metros más allá. Sabía que podía ser peligroso adentrarse en la vegetación salvaje sin visión y sin la posibilidad de ponerme de pie y caminar, pero necesitaba urgentemente alejarme del calor abrasador de la tarde y buscar un refugio. También tendría que solucionar el detalle de la falta de agua, pero, por el momento, lo único que podía hacer era arrastrarme, gatear por la arena caliente en busca de la sombra prometida por esas palmeras que se inclinaban horizontal a la tierra, como si quisieran besar la arena.

Avancé apenas unos metros cuando me di cuenta de que la bolsa con las cámaras de fotos seguía colgada de mis hombros, convirtiéndose en un obstáculo que me impedía moverme más rápido. La palpé con las manos, sospesando mis posibilidades; dejarla abandonada en la playa supondría perder una extensión misma de mi cuerpo, así como la posibilidad de regresar al *jet* y ver a Ricardo por última vez, inmortalizado en contra de su voluntad.

Me dejé caer hasta sentarme de nuevo, apretando los dientes ante la sacudida de dolor que me hizo plenamente consciente del pie roto y, abriendo la bolsa, cogí las cámaras entre mis manos. El recubrimiento impermeable las había salvado del agua, y las lentes seguían intactas dentro de su compartimento acolchado.

Lo metí todo de nuevo en la mochila que las había salvado de la destrucción y decidí dejarla allí hasta que estuviera en condiciones de regresar a por ella, a salvo de las mareas. Volví a ejecutar la machacante coreografía con la que conseguí volver a ponerme de rodillas y gatear hasta la sombra prometida. Miré atrás un par de veces y me prometí regresar a por ella más tarde, cuando encontrara una solución a mi pie desarticulado y a las motas de luz amarilla que me habían dejado ciego.

Mientras me arrastraba, agradecí que la marea no me hubiera arrancado los pantalones vaqueros, porque esa fue la suerte que corrieron mis zapatos y parte de mi camisa, que pendía hecha girones sobre mis brazos, abierta por el torso e imposible de rehacer para cubrirme del sol. Sentía la piel expuesta palpitar con furia y las palmas de las manos comenzaron a adormecerse y a doler. Apreté los dientes de nuevo y me apresuré a gatear con más rapidez, haciendo uso de mis escasas reservas de energía. Tan solo unos pasos más y acabaría mi aventura en busca de la sombra del árbol más extraño que había visto en mi vida.

No conseguí protegerme por completo, porque, en cuanto noté el frescor de la arena protegida por la vegetación, me dejé caer y cerré los ojos, exhausto.

#

Desperté cuando las sombras lo cubrían todo con el manto oscuro de una noche cerrada. No tenía forma de averiguar cuántas horas había permanecido echado sobre el suave lecho de hierva que se fundía con la arena de la playa. Apoyé las manos sobre el suelo, a la altura de mis hombros, e intenté incorporarme; dolía, pero necesitaba darme la vuelta y comprobar si había recuperado la visión.

Logré girar sobre mi cuerpo y, con un grito de dolor, me dejé caer de espaldas. Cerré los ojos un instante, deseando que mi torpeza no hubiera puesto en alerta a algún animal salvaje deseoso de llevarse un trozo de mí a la boca, y abriéndolos con cautela, contemplé el pedazo de cielo que se colaba entre las ramas de lo que en un principio creí que eran palmeras; eran simples árboles, de hojas anchas y troncos retorcidos que se inclinaban buscando el suelo.

Entre las hojas vislumbré cientos de puntos luminosos en el cielo oscuro sobre mi cabeza, como si alguien hubiera tendido sobre mí un

millón de bombillas. Las motas de mis ojos habían empezado a desaparecer; sin embargo, aún no había logrado la nitidez necesaria para ver lo que tenía alrededor sin tener que agudizar la vista.

El recuerdo de otro cielo lleno de estrellas vino a sacudirme con dureza, haciendo que, por unos minutos, pudiera volar lejos de allí y hacia atrás en el tiempo, hacia otra noche despejada, hacia otro cielo cuajado de estrellas.

> —Te prometo que no dejaré que nos pase nada. Ahora yo seré el hombre de la casa, trabajé duro, ganaré dinero, tanto que nunca tendrás que volver a la fábrica. Seremos ricos, tendremos una casa más grande en un lugar mejor, allá, en los Estados. Tú crees que es posible, ¿verdad?
>
> Estábamos sentados sobre el murete de piedras que delimitaba nuestra casa de la carretera polvorienta que atravesaba el pueblo en el que me crie. Hacía dos semanas que habíamos conseguido averiguar la suerte que había corrido mi padre, y mi madre lloraba, desconsolada, dejando escapar sus sueños de conseguir un futuro mejor para todos, como había prometido mi padre antes de lanzarse al espejismo del sueño americano. Había tratado de entrar en el país de forma ilegal para colocarse a trabajar en el taller de un primo que le había prometido la prosperidad con la que no vivíamos en una casa destartalada de solo dos habitaciones, mi madre, mi padre, mis abuelas y yo. No tenía un contrato que le ayudara a legalizar su entrada en el país, pero tampoco tenía nada que perder. Hacía muchos meses que buscaba trabajo sin encontrarlo, y con lo que ganaba mi madre en la fábrica solo podíamos sobrevivir.
>
> No podía hacer nada por consolarla, porque no sabía lo que era perder al amor de tu vida, a tu compañero, al padre de tu hijo de la manera más salvaje y cruel que se pueda imaginar. Tan solo podía pedirle mirar juntos las estrellas; yo, embelesado por una belleza *única*, ella como última súplica a un Dios que hacía mucho que nos había dado la espalda.
>
> No tuvo valor para contradecir mis sueños, y las preguntas de ese niño que fui a los nueve años habrían de tardar unos cuantos más en encontrar respuestas.

Con la ayuda de mis manos doloridas, logré incorporarme, quedando sentado de cara a la playa por la que me había arrastrado.

Quería inspeccionar un poco más lo que tenía a mi alrededor, sobre todo porque necesitaba con urgencia un poco de agua, pero el dolor de mi pie roto ocupaba mis pensamientos. Tenía que hacer algo para

lograr enderezarlo hacia su posición natural, buscar la manera de volver a ponerme en pie y encontrar una salida que me devolviera al mundo real.

Un ruido a detrás de mí me hizo contener un grito y me quedé muy quieto, a la espera de que mis sentidos, embotados por la aventura, fueran capaces de descifrar qué podía ser aquello que parecía arrastrarse, revolviendo las hojas del suelo, haciendo crujir pequeñas ramas y emitiendo una serie de chillidos que conseguían ponerme los pelos de punta. Arrastrando las piernas, pegué mi espalda al tronco del árbol más cercano, y rebuscando con las manos logré alcanzar una caña podrida con la que traté inútilmente de hacerme el valiente. Debía de estar muy ridículo blandiendo mi improvisada espada en el aire húmedo de la noche, haciendo frente a un enemigo invisible, temblando de miedo y preguntándome a dónde diablos había ido a parar.

El *jet* sobrevolaba el Pacífico Norte cuando nos sorprendió la tormenta, pero esta pudo haber arrastrado el avión a su antojo hacia cualquier punto del enorme océano. A eso tenía que sumarle las corrientes marinas y el fuerte oleaje que me había estado transportando a la deriva de los caprichos del mar, lo que hacía difícil, por no decir imposible, establecer un punto terrestre de referencia. Con la caña, tracé una especie de mapa sobre la tierra arenosa, pero lo cierto era que podía estar perdido en cualquiera de las islas que se repartían por Indonesia y de las cuales no tenía ni la más remota noción.

Miré la franja que se extendía delante de mis ojos, en la oscuridad de la noche no se veía el mar, pero podía oír el sonido de las olas rompiendo contra la orilla. Me parecía increíble haber sobrevivido a algo tan monstruoso… y a los peligros de los que nunca sería plenamente consciente.

—De todos los escenarios terribles que imaginé para mi final, este ni se acercaba —dije, sonriendo con esfuerzo, haciendo estallar la piel cuarteada de mis labios.

Me sorprendió oír la cavernosidad de mi propia voz, rota por la sed y la sal que había estado tragando. No tenía ni idea de qué iba a hacer a partir de aquel primer día en un lugar remoto del planeta, pero, de momento, mis fuerzas se concentraron en no quedarme dormido, porque hacerlo me convertiría en un objetivo fácil para cualquier animal que pudiera estar acechando en la noche.

Tenía una sed horrible, pero por la vegetación frondosa y los animales que merodeaban cerca, sabía que debía de haber agua potable no muy lejos de allí, pero ni en un millón de años me movería del tronco en el que me había recostado, y por muy valiente y decidido que fuera, tenía el pie roto, y pendía, inútil, sujetado al tobillo tan solo por los músculos y la piel.

Jugué con la caña entre los dedos, dándole vueltas a la idea de buscar una más larga que pudiera servirme de muletas; estaba tan absorto en las posibilidades que me daría tener algo más de movilidad que no me percaté del pequeño roedor que pasó, corriendo, por encima de mis pies, emitiendo una sarta de chillidos estridentes. Empecé a reírme de manera incontrolable, porque por fin había dado con el intruso que había decidido venir a asustarme, pero enseguida traté de controlarme, pues me dio por pensar en que en algún lugar de aquella selva había un animal más grande que podía estar persiguiendo a su cena.

Me rehíce un poco más sobre el tronco del árbol, de manera que tanto la selva como la playa estuvieran dentro de mi campo de visión, y alcé inútilmente la caña, apretándola con la escasa fuerza que me quedaba, dispuesto a noquear a lo que fuera que estuviera persiguiendo a la pequeña alimaña. La miré con disimulo, la muy incauta se había quedado rezagada en el límite entre la playa y el verde selvático, lamiéndose sus patitas y observándome con descaro. Lo que en un principio confundí con un ratón ahora se asemejaba más a una ardilla de ojos saltones y nariz rosa. Si en aquel entonces hubiera sabido lo que era, sabría que la respuesta a mis necesidades más urgentes no debía de andar muy lejos.

La visión se fue emborronando a medida que se me cerraban los ojos. Sentí el peso de las horas sobre mis párpados, y los brazos, que había mantenido alzados tanto tiempo, descendieron con el peso del cansancio. Comencé a dar cabezadas, amenazado por el sopor de la noche, el silencio de la jungla y el arrullo de las olas en la orilla, y en el duermevela de mi cansancio, la voz de Ricardo me hizo levantar la cabeza, sobresaltado.

—No te quedes dormido —dijo su voz a mi espalda y me estremecí, como quien ha visto un fantasma.

Pasé el resto de la noche deseando que llegara el día, con una acuciante sed que hacía que todo a mi alrededor me diera vueltas. El pie estaba tan hinchado, que tratar de colocarlo de nuevo en su sitio

parecía imposible, entre otras cosas porque no podía determinar en qué lugar de aquella masa informe se encontraba mi tobillo. Por suerte, el hambre no había comenzado a ser un problema, porque no tenía ni la más remota idea de qué podría comer en aquel lugar. Si se parecía al roedor que me había asustado, auguraba un desayuno a base de todas las hojas que pudieran pasar el control de poco sospechosas.

Cuando por fin vislumbré los primeros rayos de sol naciendo sobre el mar, cerré los ojos, rendido al cansancio y al miedo que sentía de haber sobrevivido a una catástrofe para morir en la más absoluta indiferencia.

En algún lugar del Pacífico Norte

Santiago

Durante toda mi vida había estado rodeado de gente, familia, amigos, compañeros, gente anónima que compartía los días conmigo, caminando por calles bulliciosas, viviendo en ciudades que nunca parecían descansar. Mi mente no estaba acostumbrada al silencio, sino a los sonidos urbanos que me acompañaban desde el momento exacto en el que salía el sol. La risa de la gente, el ruido de las ruedas de los coches, los gritos de los niños jugando a la pelota en cualquier esquina del pueblo en el que nací, las calles de Los Ángeles, coloridas, burbujeantes, atestadas... Y fue precisamente la ausencia de todo aquello lo que logró despertarme tan solo unos minutos después de haber cerrado los ojos.

El amanecer había obrado el milagro del silencio más absoluto, como si el murmullo de la selva le rindiera pleitesía a la salida del sol. A la tenue luz del día, comprobé con alivio que mis ojos habían perdido el paño de luces diminutas que enturbiaban la nitidez con que la miraba el mundo. Si hubiera tenido un solo centímetro cúbico de agua en el cuerpo, habría llorado de alivio, pero solucionado el problema de ver lo que tenía delante, los demás empezaron a gritarme de forma atropellada, en una lucha encarnecida por hacerse con mi plena atención.

Pasé la lengua por los labios resquebrajados, manchados de sangre seca y cuarteados por la falta de líquido. Ni siquiera era capaz de tragar, y sentía la garganta pegada, dolorida. Sabía que el agua era mi principal problema, pero también que, si había vegetación, debía de esconderse en alguna parte. Miré hacia la derecha, observando lo que horas antes, amparado por las sombras de la noche, no pude ver: una maraña de vegetación que se mezclaba, entrelazando ramas de extraños árboles con todo tipo de arbustos y plantas del tamaño de un niño. No había caminos trazados, ningún sendero que pareciera conducir hacia algún lugar habitado por el ser humano. Todo lo que tenía delante de mis ojos era el misterio de una tierra salvaje que no

me necesitaba allí.

Cogiendo aire, me coloqué de rodillas, obviando el grito de desesperado dolor de cada uno de mis músculos. Como suponía, el suelo estaba lleno de cañas y pequeñas ramas que podía usar como rudimentaria muleta. Alcancé la que me pareció que aguantaría el peso de mi cuerpo e, hincando la rodilla de la pierna derecha y ayudándome con las manos, me levanté y eché el peso de la pierna inerte sobre la rama que había elegido. Lo único que podía hacer era arrastrar el pie roto sobre el manto de hierbas que cubría el suelo, haciendo que cada paso que daba se convirtiera en un infierno.

Avanzados unos pocos metros, me di cuenta de que no sabía cómo buscar, dónde hacerlo o a qué exactamente tenía que prestar atención. Toqué los troncos de los árboles, por si pudiera sentir el frío de la humedad en ellos, pero todo lo que sentí era la rudeza de la corteza seca de aquellos extraños troncos arrugados. Se me pasó por la cabeza la idea de arrancar un puñado de hierbas del suelo y masticarlas hasta sacarles el jugo, pero desconocía todo cuanto tenía alrededor. No había nada que me sonara vagamente familiar, ningún fruto más allá de unas vainas aplastadas y marrones que pendían colgadas de entre algunos arbustos de hojas frágiles que apenas levantaban un palmo del suelo.

Lo que tenía delante de mí me aterraba demasiado como para correr el riesgo de adentrarme en la espesura; ni siquiera el hecho de encontrar una fuente de la que beber podría hacer que mi cuerpo dejara de mirar hacia delante, paralizado por las cosas que podían ocultarse en esa masa que tendía a tragarse la luz a medida que se hacía más profunda.

El canto de un pájaro me hizo mirar hacia las ramas de los árboles más altos. Era grande, con plumas de colores brillantes en tonos marrones y una cola larga de plumas rojas que se mecía con la brisa. Repetía su canto una y otra vez, como si estuviera retándome a adentrarme en un territorio que no era el mío, o como si quisiera demostrarme que el problema siempre había sido yo y mi miedo a que las cosas cambiaran.

—Tú tampoco me crees capaz, ¿verdad? —Me apoyé sobre la caña y lo miré, como un estúpido, esperando una respuesta que no iba recibir. Encima, cambió su canto armonioso por un estruendoso cacareo—. Ahora te vas a enterar.

Gracias a Dios, fui lo suficientemente estúpido como para retarme

con un pájaro, porque con solo adentrarme unos metros más, tropecé con un pequeño charco de agua, fruto quizá, de la tormenta que me había arrastrado hasta allí. Me tiré al suelo obviando todas y cada una de mis magulladuras y, sin pararme a analizar el asqueroso color café que tenía, comencé a beber como si ese fuera el ultimo charco de agua del planeta. Solo cuando estuve saciado se me ocurrió la idea de que, tal vez, lo más sensato habría sido probar un pequeño sorbo primero. En lugar de pararme a analizar las posibilidades de que aquella agua estuviera contaminada, deshice mis pasos hasta el árbol donde mi amigo volvía a entonar su canto exótico.

—Chúpate esa, pájaro imbécil.

#

Fue hacia el anochecer cuando comencé a sentir la sacudida del hambre, el bailoteo de tripas que me recordaba que hacía más de dos días que no probaba bocado, y eso sí que podía llegar a ser un problema, porque, aparte de abrir la nevera y sacar un plato precocinado de ella, no tenía la más remota idea de cómo conseguir alimentos; mucho menos, de cómo llegar a prepararlos en el hipotético caso de que fuera capaz de cazar algo.

Recordé las vainas marrones de los arbustos y me hice con un buen puñado que enterré a los pies del árbol sobre el que había pasado la noche y que había decidido convertir en mi campamento base. Me senté en el suelo, con el pie extendido en una postura en la que el dolor constante y perpetuo me dejara descansar, y me llevé la primera vaina a la boca. El sabor me recordó tanto a los frijoles de mi madre que decidí que podía confiar en ellas. Estaban algo duras, pero, de momento, eso era lo único con lo que contaba.

Miré hacia la orilla de la playa, porque se me ocurrió que tal vez pudiera buscar cangrejos, erizos de mar o alguna alga comestible. Aunque lo cierto era que no tenía ni idea de qué cosas se podían comer de forma segura y, para ser sincero, tampoco es que me preocupara demasiado. De todas maneras, estaba perdido en aquella isla sin posibilidad de regresar a la civilización, que era lo mismo que estar muerto. Solo tenía dos opciones: morir de verdad o intentar sobrevivir con lo que tuviera, y yo opté por la segunda.

Mientras imaginaba que comía un plato de legumbres para engañar al estómago, pensé en mi madre. Cerré los ojos y deseé tener el poder

de comunicarme de alguna manera con ella, decirle que estaba vivo y que encontraría la forma de regresar a casa. Pensé en la angustia que sentiría al no saber dónde estaba, pero también recordé que era de la clase de hijo desagradecido que nunca tenía tiempo para hacer una llamada. Probablemente, ni siquiera le extrañaría que el teléfono de casa permaneciera en silencio y no quería pensar en la cantidad de llamadas que me dejaría en el móvil antes de rendirse a la evidencia de que me había olvidado de ella.

Es curioso cómo la conciencia parece encontrar siempre el momento ideal para acudir a zarandearte y en aquella isla, solo y sin a posibilidad de volver, lloré, arrepentido porque las cosas más importantes para mí las había tenido siempre delante y nunca les di el valor adecuado. Tuve que perderlas para saber cuánto las necesitaba y me di cuenta de que no era el hombre de hojalata, sino un puñetero muñeco de nieve.

Un sonido de ramitas partidas al otro lado de un arbusto me puso en alerta, pero recordé la visita de la noche anterior y casi sonreí de alivio cuando vi, de nuevo, aquella extraña ardilla con cara de ratón y tamaño de rata que volvía a pararse justo en el mismo lugar de entonces.

—No irás a decirme que este árbol es tu casa, ¿no? Porque no pienso marcharme de aquí y, al parecer, no tengo otro sitio al que ir. —Cogí una de las vainas y le lancé una, haciendo que se asustara y se desplazara unos metros más lejos, sin dejar de mirarme—. Pero si prometes portarte bien, podemos ser compañeros de piso. Tal vez hasta nos convirtamos en buenos amigos, ¿no crees? Anda, come un poco, está rico.

Contuve la risa cuando la vi olisquear el trozo de comida que le había lanzado y hacer mohínes de desdén que dejaban bien claro que no estaba dispuesto a comerse aquello. Seguí observando sus movimientos, absorto en el intento infructuoso de averiguar a qué especie pertenecía aquel animal, cuando un graznido seguido de un alarido humano en algún lugar lejano de aquella selva consiguió congelarme la sangre. Una bandada de pájaros voló despavorida desde el punto exacto del que provenían las voces humanas.

Hice el amago de levantarme; si había humanos en aquella isla, yo tenía que llegar hasta ellos, pero el pie me dolía lo suficiente como para no ser capaz de dar ni un mísero paso en ninguna de las direcciones en las que podía empezar a buscar ayuda. Abrí la boca con

intención de gritar hasta que lograran localizarme, pero la extraña sensación de no saber quién o quiénes se encontraban al otro lado me hizo cerrarla de nuevo. Comencé a sudar, por la humedad que lo impregnaba todo de gotas de rocío y por el miedo de no saber a qué lugar recóndito del planeta había ido a parar.

#

La noche fue la continuación de la tortura mental que había dado comienzo con aquel alarido en medio de la selva. Por mi cabeza desfilaban tantas preguntas como posibles respuestas en las que yo siempre acababa con la cabeza cortada en algún encuentro casual con los que estaban al otro lado. Las imágenes de aquella revista que había visto en el avión no dejaban de proyectar sombras sobre mi imaginación, haciéndome ver lanzas y flechas donde no las había.

No sabía cuántos eran, puede que uno, puede que cientos o puede que solo estuviera desvariando. No sería descabellado que me hubiera vuelto loco después de haber contemplado cómo el ojo de un huracán engullía al avión en el que viajaba, ni al comprender que mi mejor amigo estaba muerto y yo, completamente solo. Por un segundo llegué a plantearme que alguien más en ese avión había sobrevivido, pero los recuerdos de lo que viví no me dejaron dudas de que había sido el único que había caído al mar a través de la puerta abierta.

Hice cábalas de todas las posibilidades que podían existir, pero en mi imaginación, aquel alarido pertenecía a algún nativo de las tribus caníbales del artículo que había estado leyendo en el avión. Y estaba seguro de que acabaría encontrándome y dándome caza, y con un pie en aquel estado no sería difícil hacerlo. Fue entonces cuando comprendí que mis días junto al árbol habían llegado a su fin. Necesitaba moverme, desplazarme a otro punto de la playa donde la vegetación no pudiera esconder a ningún intruso, aunque estaba claro que, para ellos, el intruso era yo.

Con la intención de mantenerme despierto, comencé a buscar palos y cañas cortas para hacerme un armazón que lograra fijar el pie en su lugar y que el hueso pudiera encontrar la forma de soldarse de nuevo. Lo miré por encima de mis manos, que estaban atareadas en comprobar la resistencia de todos los palos que encontraba. Tenía un aspecto aún peor que el día anterior, de un color grisáceo que llegaba hasta los dedos del pie. Sabía que tendría que luchar contra el dolor

para colocarlo en su sitio y sabía que no podía permitirme gritar cuando lo hiciera.

Durante las largas horas en las que me mantuve despierto, me pregunté muchas veces si aquel alarido no habría sido fruto de mi imaginación, pero el amanecer me sorprendió atando los palos que había reunido para colocarlos alrededor de mi pie con algunas hebras de hierba recia con la intención de huir cuanto antes de un posible cazador. Ya tendría tiempo de reírme de mí mismo cuando llegara a la playa y estuviera a salvo.

—Pareces un niño de tres años asustado porque las sombras no lo dejan dormir —me burlé—. Seguro que tu imaginación te ha jugado una mala pasada. Si hubiera humanos en esta isla, esta playa estaría llena de chiringuitos y gente haciéndose selfis, no de ratas de ojos saltones y pájaros que no saben cantar.

Mi discurso de empoderamiento se vino abajo cuando llegué a la playa y descubrí que la maleta con las cámaras de fotos no estaba en el lugar en el que las había dejado a la espera de regresar a por ellas. Miré hacia la orilla, pero, a la distancia a la que las había dejado, era imposible que la marea se la hubiese llevado, y tampoco había animales en aquel lugar capaces de arrastrarla. Caminé por la arena, agachándome sobre cualquier tumulto sospechoso para escarbar con las manos, porque quizá el viento y la lluvia intermitente la habían ocultado, pero, después de una búsqueda infructuosa que me llevó más tiempo del que me podía permitir, llegué a la conclusión de que alguien la había robado.

El corazón comenzó a latir con fuerza dentro de mi pecho y volví a mirar hacia la selva en la que me había estado resguardando del sol. Sí que había humanos en aquel lugar, pero, fueran quienes fueran, no querían ser descubiertos por el intruso que había llegado con las corrientes del mar.

Colima, México

Leonor

Seguía en la sala de espera, sentada en una silla de tapizado desvaído aguardando el momento de que alguien se dignara a atenderla. Leonor tuvo que desplazarse hasta la oficina de la Policía Federal porque nadie había querido prestar atención a su historia.

Se removía, nerviosa, pensando si debería insistir y hacer una última llamada al teléfono de su hijo, pero llevaba una veintena y el resultado siempre era el mismo: apagado o fuera de cobertura.

Cuando estaba a punto de levantarse para dar un paseo por la sala y estirar las piernas, una oficial de la Policía se acercó hasta ella. No dijo nada, tan solo la miraba con la sonrisa de indulgencia con la que se mira a una madre que busca a su hijo mayor de edad e independiente, o eso es lo que Leonor pensó al verla aparecer con su porte elegante y segura de sí misma.

—Buenos días, soy la inspectora Laura Buenafuente.

—Leonor Quintana, mucho gusto.—La madre de Santiago le tendió una mano temblorosa, que se vio atrapada al instante en un apretón que trataba de calmar sus miedos.

—Por favor, acompáñeme a mi mesa. —La inspectora Buenafuente le indicó el camino que debía seguir y Leonor se apresuró hasta el pequeño cubículo donde ocupó la silla que retiró para ella.

El oficial de la Policía que llevaba varios días dándole largas se asomó a través de la pantalla que separa su cubículo del de su superiora. Miró a Leonor con el ceño fruncido antes de dirigirse a la inspectora con tono reprobatorio.

—Ya le dije a la señora que su hijo había desaparecido en los Estados Unidos, no está dentro de nuestra jurisdicción atender su caso, inspectora, usted lo sabe. Nosotros tenemos nuestros propios problemas, que ellos resuelvan los suyos.

—Señora Quintana, voy a hacerle algunas preguntas acerca de su hijo, ¿de acuerdo? —dijo la inspectora, ignorando a su compañero y Leonor asintió, esperanzada en encontrar respuestas—. ¿Cómo llegó su

hijo a los Estados Unidos?

—Esto no es lo que parece, inspectora, no estoy buscando a mi hijo porque crea que se ha perdido en algún punto de la frontera. Mi hijo Santiago lleva más de diez años viviendo allí, desde que terminó los estudios y los padres de Ricardo Diosdado los ayudaron a él y a su hijo a encontrar trabajo y a preparar los documentos para que entraran en el país de forma legal. Si hasta tiene solicitada la nacionalidad, ¡fíjese!

—Me temo que mi compañero está en lo cierto. No podemos iniciar un protocolo de búsqueda de una persona que vive en los Estados Unidos de forma legal. ¿Ha intentado ponerse en contacto con la Policía de Los Ángeles?

—Verá, yo no hablo más idioma que el nuestro, nunca he estado allí, ¿me entiende? No sé si atenderían a mi llamada.

La inspectora miró a Leonor detenidamente, entonces se dio cuenta de la humildad con la que se dirigía a ella, la forma en la que la derrota encorvaba sus hombros y sus manos agarraban fuerte el bolso que descansaba sobre las rodillas tratando de calmar sus nervios, o cómo desviaba la mirada para no tener que enfrentarse directamente a la de la inspectora. Sí, reconocía esa mujer, porque se parecía demasiado a los miles de padres que acudían cada año a denunciar una desaparición.

—No le prometo nada, pero voy a tratar de ponerme en contacto con ellos. Si es tan amable, ¿podría contarme cómo cree que ha desaparecido su hijo?

En algún lugar del Pacífico Norte

Santiago

Pasé los días siguientes al hallazgo de la existencia de los otros planeando la forma de salir de aquella playa, con la esperanza de encontrar un lugar en el que refugiarme de la mirada silenciosa de los que me observaban sin ser vistos.

Dormía alerta, despertando antes de que el sueño profundo me hiciera perder el sentido de la realidad en la que estaba. Había empezado a almacenar aquellas habas, que eran la única fuente de alimento de la que disponía por el momento. No tenía intención de ponerme a cazar animales, que obviamente me superaban en agilidad cuando se trataba de esconderse en aquella selva; no sabía pescar y tampoco había encontrado frutos para recolectar más allá de aquellas vainas. Pero había empezado a llover con regularidad y, al menos, el tema del agua no volvió ser un problema. El hambre que me perseguía a todas horas se estaba convirtiendo en una molestia que apenas podía paliarse con lo que tenía para comer y, por mucho que pensara en los frijoles de mi madre, aquello no se parecía a nada comestible que hubiera conocido antes. Al menos tenía la seguridad de que no eran venenosas.

Conseguí enderezar el pie, mordiendo un palo para ahogar los gritos y haciendo uso del agua fría del mar para calmar el dolor. Lo había fijado con aquella especie de soporte que hice con las cañas que encontré, y, aunque no podía apoyarlo, al menos no tendría que seguir arrastrándolo por el suelo irregular y despiadado. El color morado de los primeros días había empezado a transitar hacia otro indeterminado y preocupante, y seguía inflamado. El dolor era tan intenso e insistente que acabé por acostumbrarme a él, aunque solía meterlo en el agua fría del mar cuando las punzadas se hacían insoportables.

Y mientras reunía alimentos, investigaba la playa a lo largo de la orilla y me adentraba en pequeños claros del bosque para coger agua potable de los pequeños charcos de lluvia, pensaba en ellos y en qué demonios pretendían hacer con las cámaras que me habían robado. En

quiénes eran y qué serían capaces de hacer conmigo; evitaba pensar a toda costa.

Fue en el amanecer de mi quinto día en la isla cuando decidí que había llegado la hora de abandonar mi sitio junto al árbol. Me quité lo que quedaba de mi camisa hecha jirones, la puse en el suelo y amontoné sobre ella todos los recursos con los que contaba: unas cincuenta vainas marrones de las que estaba más que harto.

Cogiendo los extremos que antes habían formado las mangas, hice un hatillo que me colgué del brazo y, haciendo uso de las pocas energías que me quedaban, comencé a desplazarme con lentitud hacia la playa. Mi plan era permanecer el mayor tiempo posible junto a la orilla, donde podría avistar sin problemas cualquier peligro que pudiera venir a buscarme desde la jungla.

#

Caminar por la orilla me hizo descubrir tres cosas: que la playa no era infinita, sino que terminaba a escasos kilómetros de donde me había refugiado para acabar convirtiéndose en manglares pantanosos, que los erizos de mar son una delicia y que el pie había empeorado de forma alarmante. Ya ni siquiera conseguía que el dolor bajara un poco de intensidad al meterlo entre las olas frías del mar; caminaba más despacio, más torpe y la preocupación por saber cómo acabaría aquello me presionaba sobre las costillas hasta dejarme sin aire.

A mitad del día, cuando el sol se colocaba sobre mi cabeza, tenía que buscar un refugio que diera un respiro a mi piel dolorida, y eso suponía seguir aventurándome en la jungla. Ponía límites a mi exploración, evitando las zonas frondosas que se alejaran demasiado de la arena, y eso me ayudó a descubrir pequeños frutos que crecía en algunos árboles y arbustos dispersos por toda la jungla. Mis favoritos eran unos con forma de plátanos diminutos y sabor tan dulce como si estuvieran hechos con miel. Ni siquiera dudé a la hora de atiborrarme de todo lo novedoso que encontraba a mi alcance; de todas maneras, moriría en aquella isla y, si tenía que elegir entre ser cazado por posibles caníbales, el hambre y el envenenamiento, sin duda me quedaba con la última.

Las noches las pasaba echado sobre la arena fría, lejos de la vegetación y de todo aquello que pudiera colarse en mi campo de visión sin que yo me diera cuenta. Pero siempre volvía a preguntarme

si no habría sido tan solo producto de mi imaginación, si mi necesidad de encontrar a alguien más en aquel trozo de tierra me había llevado a imaginar voces humanas, y dado el carácter particular de aquel paraíso, tampoco me parecía descabellado que aquel sonido pudiera provenir de algún animal. Sin embargo, alguien se había llevado la bolsa con las cámaras de foto dentro, y dudaba mucho de que eso lo hubiera hecho un pequeño roedor.

La segunda noche desde mi traslado fue cuando todas mis preguntas encontraron una respuesta. Un ruido cóncavo dio el pistoletazo de salida a una serie de sonidos rítmicos que me sacaron de un sueño profundo, el primero que había podido permitirme desde la tormenta. En aquella selva se oían tambores, y ya no me quedó ninguna duda de que no estaba solo.

El murmullo de la fiesta tribal se notaba lejano, quizá estuvieran a muchos kilómetros de la playa en la que me encontraba, pero en aquella noche silenciosa en un lugar donde los ruidos de la ciudad no existían, había poco margen de error sobre lo que estaba oyendo.

Me incorporé hasta quedar sentado sobre la arena y un repentino mareo me hizo cerrar los ojos de golpe y agarrarme al suelo, desconcertado. Me dolían los músculos, como si miles de abejas hubieran dejado sus aguijones clavados en ellos y sentía el cerebro embotado, perdido en una realidad paralela y delirante. Temí haberme envenenado con las bayas rojas y grasientas que había encontrado en la linde de la selva, pero solo necesité llevarme las manos a la cabeza para descubrir que estaba ardiendo de fiebre.

Por encima de las copas de los árboles, llenando el cielo oscuro con una luz anaranjada, surgió la lengua de una gran fogata que avivó el ritmo de los tambores y, sin pensar demasiado en todos los dolores de mi cuerpo, me puse de pie y eché a andar lejos de aquel sonido que parecía acercarse cada vez más, reclamándome, celebrando mi encuentro, quizá, preparando mi muerte.

En la oscuridad de la noche tan solo iluminada por el reflejo de la luna en el mar y todas las estrellas del universo que se puedan imaginar, mi caminar tortuoso y errático podía alertar a cualquiera que estuviera vigilándome, dándole una idea clara sobre la localización en la que me encontraba, así que me esforcé por acelerar el paso.

Sin darme tiempo a pensar a dónde ir, me estaba adentrando peligrosamente en la zona de los manglares, y si estos no eran muy

diferentes a los de Hispanoamérica, sabía que lo más probable era que estuvieran cuajados de cocodrilos y otros animales peligrosos. No tenía otro lugar en el que esconderme y aquel sonido de tambores había comenzado a moverse en la dirección en la que también me movía yo.

—Hijos de puta, no vais a cogerme vivo.

Aceleré aún más el paso, comencé a trotar con la torpeza de un potro recién nacido y el armatoste que me sostenía el pie se rompió. Grité con toda la fuerza de mi vientre cuando este volvió a doblarse sobre sí mismo, haciendo que trastabillara sobre la arena y diera de bruces contra el suelo. Casi había logrado mi objetivo de llegar a los manglares, pero en ese momento era incapaz de levantarme de nuevo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas por la frustración de no poder hacerlo mejor y por haber tenido la osadía de celebrar mi supervivencia después de que el avión me arrojara al mar. Rodé sobre la arena mojada haciéndome un ovillo, encogiéndome sobre mi cuerpo en un intento absurdo de consolarme a mí mismo y paliar el dolor delirante que sentía. Con las manos, palpé un abultamiento sobre la arena contra el que había ido a parar y descubrí que no era más que una enorme raíz de árbol que se retorcía, grotesca, formando nudos y pequeños recovecos en los que podía ocultar parte de mi cuerpo. Sin pensarlo rodé hasta quedar encajado debajo de aquel pequeño refugio. Las lágrimas que salían de mis ojos estaban ardiendo y recé para que mi madre nunca tuviera que reconocer lo que quedara de mi cuerpo.

En el nublado de mi mente la contemplé a ella, y ahogué un grito sobre mi puño cerrado por la impotencia de no volver a verla, de no poder seguir siendo para ella el refugio y la seguridad que le había aportado durante los duros años que siguieron a la muerte de mi padre.

El sonido de los tambores estaba cada vez más cerca, y a ellos se unían voces humanas en una secuencia de alaridos similares a los que oí la primera vez. Eran guerreros, cazadores en busca de presas, y estaba seguro de que habían logrado encontrarme. Cerré los ojos y deseé que todo terminara pronto para mí.

Colima, México

Leonor

Habían pasado días desde que aquella mujer tan amable había jurado que la ayudaría a ponerse en contacto con la Policía de Los Ángeles, pero seguía sin tener noticias de ella. Empezó a temer que se tratara, tan solo, de una estrategia para conseguir que dejara de insistir acudiendo a la comisaría y sintió el dolor de los que son olvidados a su suerte.

Había seguido llamando a Santiago, pero el teléfono siempre decía las mismas cosas incomprensibles, que intuía que no eran buenas noticias. Nadie del mundo moderno podía estar tantos días con el móvil fuera de servicio, sobre todo Santiago.

Cabía la posibilidad de que lo hubiera perdido o se lo hubieran robado, pero pensó que él habría encontrado la forma de llamarla, aunque a menudo le costara dar el paso, aunque a menudo no respondiera a sus llamadas.

Pensar en ese pobre niño y la suerte que había corrido en el accidente del avión le hizo llorar de nuevo y la certeza de que Santiago podía haberlo acompañado en aquel viaje no dejaba de atormentarla. Sabía que los padres de Ricardo estaban preparándose para ir a los Estados Unidos con la intención de resolver los asuntos de su hijo con sus abogados, y el deseo de acompañarlos y comprobar por ella misma qué había sucedido con Santiago empezaba a obsesionarla.

Nunca había salido de la ciudad de Colima más que para visitar a sus hermanas en Jalisco, no conocía más idioma que el suyo natal y tenía un miedo terrible a cruzar aquella frontera, aunque fuera a bordo de un avión en asientos de primera clase junto a los padres de uno de los mayores productores musicales del país vecino.

Siempre sería una extraña en un país extraño que no los quería allí, pero era su hijo y su paradero desconocido lo que estaba en juego, y ella estaba dispuesta a llegar hasta donde hiciera falta con tal de saber qué le había pasado.

El dolor de su pecho y la intranquilidad de su alma habían

activados todas sus alarmas y sabía que algo muy malo había ocurrido con Santiago, de la misma manera en la que supo que su marido nunca volvería a casa.

En algún lugar del Pacífico Norte

Santiago

Mi madre se aproximó buscándome el rostro con las manos. Enmarcándolo con cariño, me miró a los ojos con tanto amor que el dolor de mi pecho se volvió insoportable. La iba a dejar sola en aquella ciudad donde ya no nos quedaba nadie, pero tenía que intentar sacarla de las fábricas y darle la vida que mi padre no pudo.

—Santiago, tu padre estaría muy orgulloso del hombre en el que te has convertido. Volvería a hacer todos los sacrificios del mundo para verte alcanzar tus metas. Vuela hijo, haz las cosas que nosotros no pudimos. Ojalá tuviera algunos ahorros que darte para que no te vayas con las manos vacías.

—Ricardo me va a ayudar hasta que encuentre algo, ya sabes que su situación es diferente a la nuestra.

—Tampoco me parece que tengamos que aceptar el dinero de los Diosdado, mi hijo.

—Pero se lo voy a devolver, mamá. Ya verás, seré el mejor fotógrafo de todo el mundo, mis obras serán expuestas en todas las galerías importantes del país y tendremos tanto dinero o más que los Diosdado, y podré devolverles todo lo que están haciendo por mí, y comprarte una casa más grande, y tal vez unos vestidos nuevos. Te llevaré a bailar y a comer a los mejores restaurantes de Nueva York, y al teatro y…

Rodeé a mi madre con los brazos y la levanté del suelo, haciéndola volar por los aires, riendo con mis castillos de naipes y mis fantasías. Porque solo se trataba de soñar despierto, porque al llegar al otro lado de la frontera, las cosas no serían tan fáciles, ni tan románticas como las había soñado.

La visión de mi madre se emborronó de mis ojos nublados por la calentura y el recuerdo de esos últimos días con ella se esfumaron tal como habían venido, envueltos en convulsiones febriles, miedo y tristeza.

Los tambores habían dejado de sonar y en el murmullo de la noche tan solo se distinguían las olas del mar rompiendo contra las ramas y las raíces protuberantes de los manglares cercanos. No sabía cuánto tiempo me quedaría con vida, pero sabía perfectamente que aquella fiebre que me sacudía el cuerpo no se parecía en nada a otras fiebres. Sufría espasmos por el dolor constante y me quedé suspendido en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia, sometido al tormento de las alucinaciones que me traían recuerdos de personas a las que nunca volvería a ver.

Oí la voz de Ricardo retumbando en mis oídos minutos antes de que el piloto perdiera el control del aparato y recordé el rayo y la tormenta, y por un momento me pareció que estaba allí, intentando cubrirme la cabeza para evitar el impacto del extintor.

Ya no estábamos en el avión, sino en las calles del pueblo en el que nos criamos los dos, jugando a la pelota o comiendo helados de chocolate en la parada de autobús en la que me sentaba cada tarde a esperar a que mi madre regresara del trabajo. Estudiando juntos en mi habitación con la música a tope sonando de fondo, en el funeral de mi padre, agarrado a mi mano para que dejara de llorar, o mirando por la ventanilla del primer avión que cogíamos juntos hacia el mundo de oportunidades que nos estaba esperando.

—Esto no es lo que esperabas, ¿verdad?

Ricardo miraba el sobre con el dinero que le habían dado en el restaurante en el que trabajábamos limpiando platos al llegar a los Estados Unidos. Apenas nos alcanzaba para pagar una habitación en un piso compartido con otros jóvenes que se habían aventurado a cruzar la frontera.

—Bueno, ya iremos tirando, Santiago. —Me tendió el dinero para que me encargara de la compra y se agachó hacia mi oído, lo justo para hablar sin que los demás lo escucharan—. Escucha, tengo un plan, esta semana ha empezado a hacer sus bolos un chico en el pub del final de la calle, puro talento, amigo; hazme caso, ese tío apesta a éxito, solo tengo que convencerlo para que confíe en mí y ¡pum! Directo a las estrellas.

—Todo eso pinta bien bonito, Riqui, pero, *mírate… ¡Míranos! ¿Quién va a hacerle caso a un par como nosotros?*

—Pienso aporrear cada puerta, hermano, voy a ganarme el *«sí»*, pero te juro que saldremos de aquí, no tengo nada que perder y mucho que ganar, y

tú deberías hacer lo mismo, muestra al mundo de lo que eres capaz con tu cámara, gánate el «sí». Y, ¿sabes? Cuando seamos famosos, dejaré que me hagas una foto así, como te gustan a ti, con toda la chorrada esa que te traes con capturar el alma humana y la belleza interior.

Empezó a reírse viendo el futuro delante de sus ojos, soñando como solo sueñan los que saben que están llamados a hacer grandes cosas. Entonces me miró y, con una mano sobre mi hombro, me sacudió para que despertara.

—Santiago.

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte tirado en esta playa?

Abrí los ojos y tomé una bocanada de aire. Había empezado a amanecer sobre el mar en calma y supe, por las gotas de agua que cubrían mi cuerpo, que había estado lloviendo. La fiebre había remitido un poco, lo justo para que dejara de tener todas aquellas alucinaciones. Me incorporé agarrándome a la raíz del árbol y me quedé sentado evaluando el penoso estado en el que me encontraba.

Una de las cañas que sujetaban el pie debía de haberse clavado en él cuando se rompió el armatoste en mi aparatosa huida, dejando un corte profundo en la piel de lo que antes era el tobillo. Me acerqué para mirarla de cerca y me di cuenta de que supuraba una cantidad exagerada de pus y un líquido transparente y apestoso que me hizo vomitar saliva sobre la arena. No quise volver a mirarlo.

Tenía los pantalones vaqueros rajados a lo largo de las rodillas, supuse que de andar en gatas por la arena. Había perdido la camisa en la carrera hacia los manglares y, con ella, todas las provisiones que había logrado reunir. Miré hacia la selva, que ahora estaba tan cerca del mar que adentrarse en ella no me llevaría demasiado tiempo, pero por alguna extraña razón no tenía hambre.

Solo quería dormir, hacerme un ovillo en el suelo y cerrar los ojos. La fiebre no me hacía convulsionar, pero había dejado mi cuerpo atormentado de dolor y cansancio. La sentía latente, calentando mis ojos cerrados, ardiéndome en la boca, levantándome el vello con cada escalofrío que me recorría desde la columna hacia los dedos de los pies.

La sed empezó a ser cada vez más molesta y sentía la lengua

pegada al paladar, buscando cualquier resquicio de mi boca donde pudiera quedar saliva almacenada. No pensaba prestarle atención, pero era justo en eso en lo que no podía dejar de pensar: una gota de agua, fresca y limpia deslizándose por mi garganta.

Levanté los ojos en dirección a la selva, buscando las hojas con forma de oreja de elefante en la que tan fácilmente se almacenaba el agua de lluvia. Estaban a escasos metros de mí, reclamándome, ofreciéndose, preparada para que yo me incorporase sobre mi cuerpo e hiciera el esfuerzo necesario para cogerla. Me arrastré por la arena y alcé las manos varias veces tratando de alcanzarlas y beber, pero todo parecía irreal, como un oasis en medio de un desierto. Estaba tan desorientado por la fiebre que no podía calcular la distancia que me separaba de aquel manjar de los dioses.

A duras penas logré tirar de la punta de una de las hojas y las pocas gotas que almacenaba se perdieron en el suelo antes de rozar siquiera mi boca. Fue entonces cuando empecé a gritar con toda la impotencia que sentía en mi pecho. Ya no me importaba que me encontraran y cerré los ojos, deseando no volver a abrirlos nunca más.

#

El sonido de los tambores volvió aquella noche de pesadilla y, con él, los alaridos de animales con voces humanas que me sacaron del sueño. Me había quedado muy cerca de las hojas con forma de oreja de elefante, pero no había conseguido extraer ni una mísera gota más. Estaba tan exhausto, que me di la vuelta y quedé boca arriba, porque quería que el manto de estrellas fuera lo último que viera antes de morir.

Los tambores resonaron mucho más cerca, tanto que estaba seguro de que estaban detrás de mí. No me moví de mi sitio, no busqué refugio en ningún lugar, porque ni siquiera me importaba que los otros me encontraran, ni me sorprendí cuando mi campo de visión se llenó de cabeza gigantes que me miraban desde arriba.

No podían ser humanos, porque sus cabezas eran grotescamente grandes y sus ojos demasiado pequeños para observarme con tanta atención. Habían hecho un corro a mi alrededor que me encerraba y me dejaba a su merced, y exhibían las manos delante de mi cara, señalándome con sus uñas de proporciones desconsideradas. Observé las pieles grises de aquellos seres y una vez más me pregunté quiénes

eran y qué querían de mí.

Uno de ellos, el portador de la cabeza más grande que había visto en mi vida se agachó para mirarme más de cerca, oliéndome, tocando mi ropa con aquellas uñas rojas, enroscando los mechones de mi pelo sobre uno de sus dedos y tirando después de él. Lo sentí desplazarse a lo largo de mi cuerpo hasta que llegó a mi pie lesionado y, para mi sorpresa, apenas lo rozó con las yemas de los dedos, pero cuando lo hizo, suave y casi con miedo, se levantó con un brinco y dio órdenes a los demás en una lengua que parecía alejarse miles de años atrás en el tiempo.

Al contacto de mi cuerpo con todas aquellas manos que me alzaron en el aire y me transportaban en volandas hacia el corazón de la selva, mi mente decidió que no podía soportarlo más y apretó el interruptor de apagado. Tal vez fuera esa mi última arma de defensa frente a lo que estaba por venir.

Colima, México

Inspectora Laura Buenafuente

Una mujer aporreaba la puerta de la casa donde vivía Leonor Quintana, que ocupaba la esquina de una pequeña calle sin asfaltar donde los niños jugaban a la pelota. Tenía las ventanas cerradas y, salvo por el buzón lleno, nadie diría que estaba habitada.

Una pelota de futbol se coló entre las piernas de la inspectora, que daba la vuelta a la esquina, buscando alguna otra puerta por la que asomarse o llamar. La inspectora se giró, sobresaltada y tropezó con los ojos de un chiquillo que la miraba con curiosidad.

—Buenas tardes, señorita; si busca a la señora Leonor, no la encontrará aquí.

—¿Hay por aquí algún sitio donde pueda esperarla? —preguntó la inspectora Laura Buenafuente haciendo visera con la mano para que el sol de la tarde no le hiciera cerrar los ojos.

—Me temo que no vendrá hoy, señorita. Se marchó esta mañana.

—¿Sabes a dónde ha ido?

—Se ha ido a los Estados Unidos con los señores Diosdado.

—No puede ser…

Laura Buenafuente sonrió al niño que tenía delante antes de que se perdiera de vista y contempló de nuevo el documento que llevaba entre las manos. Había logrado que un amigo del Departamento de Desaparecidos de Los Ángeles tratara de localizar la ubicación de Santiago usando el rastro de su teléfono móvil y había concluido que la señal se había perdido a veintiocho kilómetros de la costa californiana, pero la señora Quintana se había marchado hacía demasiadas horas y no tenía cómo localizarla para decirle que sus temores, probablemente, no fueran infundados.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Evelyn

En la camilla de mi enfermería había un hombre completamente desnudo, los Asaro le quitaron la ropa en su particular investigación sobre el hombre que vino del mar y que tanto esfuerzo costó rescatar del poblado. Estaban convencidos que se trataba de una ofrenda traída por la tormenta y no querían desprenderse de su «regalo». Alertados por el olor de su herida abierta, decidieron acudir en busca de ayuda para ese dios que tanto profetizaban en sus leyendas. Si hubieran llevado a ese hombre un día antes, habría tenido un pronóstico mucho más favorable.

Había administrado antibióticos para la sepsis que casi le cuesta la amputación del pie izquierdo, había logrado recolocar el hueso después de limpiar la herida, y una sutura irregular le cruzaba el tobillo con un aspecto mucho más tosco que el que habría logrado si estuviera en un hospital y dispusiera de un equipo quirúrgico en condiciones. No estaba segura de hasta qué punto su cuerpo agotado por lo que fuera que lo había hecho llegar hasta allí lograría sobrevivir a una infección como aquella, pero lo que sí sabía era que, si despertaba, su movilidad no volvería a ser la misma.

Pasé los dedos por el mentón de mi paciente, bajando por su cuello hasta llegar al lugar donde el latido de su corazón podía arrojar algo de luz sobre su supervivencia. Era rítmico y regular, y me hizo soltar un suspiro de alivio, entonces me dediqué a observarlo en su sueño. ¿Cómo habría ido a parar a aquella isla perdida de la mano de Dios?

Tenía el pelo castaño enmarañado sobre la frente, largo hasta la nuca y lleno de ondas. Las cejas, gruesas y masculinas estaban relajadas sobre sus párpados cerrados y una barba espesa le cubría la cara, escondiendo unos labios gruesos y resecos por la falta de agua y la crueldad del sol. Me giré sobre el taburete en el que estaba sentada y busqué el ungüento de grasa de palma que los habitantes del poblado elaboraban como remedio para todo. Comencé a untar las zonas que habían estado más expuestas al sol, cubriendo las ampollas

de los hombros y el torso.

Con el dedo índice, llevé un poco de aquella grasa hacia los labios, dejando una generosa cantidad de pasta sobre ellos. Al contacto con mi piel, el paciente se revolvió y me aparté de él, esperanzada en verlo despertar.

Murmuró algunas palabras en español antes de volver a sumirse en un sueño profundo. Sonreí, porque era una buena señal, aunque avivó mucho más el fuego de mi curiosidad. Era un completo misterio y estaba segura de que me costaría lágrimas, sudor y sangre convencer a la tribu vecina de que mi paciente eran tan solo un náufrago.

Recordé la tormenta que había asolado la isla hacía apenas una semana, pero no se me ocurría que alguien pudiera estar tan loco y ser tan irresponsable como para aventurarse en el mar en medio de aquel desastre de la naturaleza. Solo esperaba que no se tratara de uno de esos aventureros temerarios que se lanzaban a la locura de conocer islas inhabitadas del Pacífico. Si hubiera ido a parar a los manglares y a las tribus que se enconden en ellos… Bueno, entonces no habría habido paciente al que atender, y puede que tampoco cuerpo que enterrar.

—Awina, ¿ha despertado ya el dios del mar? —Un montón de cabecitas rizadas asomaron por la puerta de la cabaña, curioseando con cierto miedo, al hombre que descansaba sobre la camilla.

—No es un dios y vosotros deberíais estar en la escuela. ¡Corred! O se lo cuento a sor María —me apresuré a cubrir el cuerpo desnudo con una fina sábana antes de levantarme y salir corriendo detrás de mis gamberros favoritos.

—¡No! Sor María ¡no! —gritaban los pilluelos provocándome para que fuera a buscarlos.

Solían esconderse entre las cabañas de adobe, o tras las espaldas de sus madres que, sentadas en corro, preparaban los granos de cacao de la cosecha para guardarlos en el almacén. Entonces yo comenzaba a contar hasta diez e iba en su búsqueda, aunque sus risas infantiles siempre me daban pistas del lugar exacto en el que se escondía cada uno.

Una cabecita de extraños rizos dorados apretados en un montón de coletas que yo misma había hecho esa mañana asomó de entre los sacos de cacao que estaban apilados sobre la fachada de la casa de su familia, esperando a que Alain pasara a recogerlos. Me acerqué tratando de no hacer ruido y rodeé el montón para sorprender a la

niña por la espalda. La miré, tapándose la boca con las manitas de dedos pequeños y morenos, segura de que nunca la encontraría.

—Anne —susurré, canturreando, y la niña se dio la vuelta riendo, sin poder hacer nada por evitar que la cogiera sobre el hombro y diera vueltas con ella a través del poblado—. Los demás, sé dónde estáis escondidos, y… ¡mi venganza será terrible!

Bramé detrás de ellos haciendo oídos sordos a sus súplicas, pero la visión de un *jeep* entrando por el noroeste de la aldea me hizo bajar a Anne de mi hombro y observar a sus ocupantes. Eran Alain y sus acompañantes.

Saltó del *jeep* antes de que este se detuviera por completo y me miró con su sonrisa de enamorado que tanto me molestaba. Sus acompañantes, los nuevos misioneros que la organización había enviado para conocer las islas de la Micronesia y que se dirigían a la mañana siguiente en helicóptero hacia Papúa Nueva Guinea descendieron del vehículo observándolo todo con los ojos de los que pisan el corazón de la selva por primera vez.

—Evelyn, querida…

Me cogió la mano entre las suyas e hice un esfuerzo por poner distancia entre él y yo. No me gustaba que me tratara como si sus sentimientos tuvieran que ser correspondidos con los míos, como si fuera evidente que no habría nadie más para mí en el mundo que él y, aunque mi mundo era pequeño y solitario, era lo que yo había elegido. Casarme no entraba en mis planes, y mucho menos con él, por muchas veces que me lo pidiera sin mostrar el más mínimo desánimo ante mis más que rotundas negativas.

Andrés, el piloto del helicóptero que hacía de puente entre la isla y la sede de la Fundación, me salvó de tener que responderle. Venía a buscar nuestros sacos de cacao, nuestra única posibilidad de obtener más recursos que aquellos que nos enviaban en cada visita.

—¿Qué tal está la doctora más bonita de todo el Pacífico? —dijo, sonriendo, y yo también le respondí con una sonrisa sincera que hizo que Alain lo mirara con desprecio.

—Tengo a un náufrago en la consulta —dije y él abrió los ojos, sorprendido—. El mar lo ha traído hasta la isla, no está grave, solo un poco magullado. Toda la aldea está deseando que despierte para saber qué le ha pasado.

—Eso tengo que verlo. —Giró su cuerpo en dirección a la consulta y echó a correr, olvidando los sacos de arpillera y Alain se apresuró a

ofrecerse para transportarlos hasta el jeep.

—Detrás de la consulta hay algunos más; la producción no ha dado para mucho, pero al menos podréis comprar algunas cosas que necesito en la consulta

—Siempre dije que era un error que la organización gastara tanto dinero y esfuerzo en tratar de recuperar una plantación abandonada. Si otros la dejaron atrás era por esto: no es rentable: no se puede cultivar cacao en el Pacífico.

—En otras islas ha funcionado.

—Esto no es Vanuatu —dijo, mirándome con esa condescendencia que de tan mala leche me ponía—. Seguro que reconoces la diferencia.

Solté la mano que seguía reteniendo entre las suyas y me di la vuelta para ir hacia la cabaña en la que vivía y atendía a mis pacientes. Tenía la fe absurda de que no me seguiría, pero el resonar de sus botas sobre la tierra me indicó que era justo eso lo que estaba haciendo, como siempre que lo tenía cerca.

Entré en la consulta y me centré en revisar al hombre que había llegado con las tormentas y que había estado atendiendo hacía tan solo unos minutos, pero cualquier excusa era buena para darle la espalda a Alain. Con solo una mirada logró que Andrés dejara de observar al náufrago y se disculpara para dejarnos solos y yo rogué en silencio para que Alain se aburriera de verme trabajar y se fuera.

Por desgracia, era un bocazas sin cura ni arrepentimiento, y no dejó de hablar de sus viajes a través de la selva en su estúpida misión personal de estudiar a las tribus más ocultas, aisladas y peligrosas de la isla. La organización le había puesto numerosos avisos para que dejara de hacerlo, pero su afán de héroe descubridor lo impulsaba a cometer tremendas meteduras de pata que casi le cuestan la vida más de una vez. Si hay algo más pedante en este mundo, es un antropólogo que cree que tiene una misión divina que cumplir.

—¿Es este? —dijo, y por el tono de su voz supe que no le agradaba la idea de que mis manos estuvieran paseando a lo largo del precioso torso desnudo que tenía delante, afanándome en la tarea de restregar ungüento por la piel morena de aquel naufrago.

—Lo encontraron los Asaro en la playa, cerca de los manglares donde casi te meriendan una vez —dije, con un tono más retorcido de la cuenta, rememorando una de sus estúpidas incursiones con resultado desastroso, aunque él no pareció darle importancia.

—Lo llevaré en el helicóptero con nosotros, en Puerto Moresby se

encargarán de él —dijo, asumiendo un control de la situación que nadie le había dado.

—Es mi paciente y se quedará sobre esta camilla mientras yo diga que se queda. No es conveniente trasladarlo ahora y menos en helicóptero; además, no hay plazas libres para él.

—Puedo cederle mi sitio, ya regresaré a Papúa el próximo mes, así podremos tener tiempo para hablar de nuestro futuro.

Solté la mano sobre el brazo del náufrago con un golpe seco e inconsciente y vi cómo su cuerpo se revolvía en sueños. El pobre hombre había sufrido las consecuencias de las palabras de Alain.

—No hay nada «nuestro» ni ahora ni en el futuro, Alain. Ya es hora de que lo asumas y pases página. Dale una oportunidad a cualquiera de las muchas compañeras de la organización que suspiran por ti, y que estoy segura de que te harían tremendamente feliz.

Alain se sentó sobre la camilla, aprisionando, con su trasero, las piernas del pobre espectador inconsciente y, abriendo las suyas, atrajo el taburete donde estaba sentada para dejarme encajada entre ellas. Su voz se volvió miel y sus ojos se entornaron mirando mis labios con tanto deseo que sentí ganas de vomitar.

—Te doy la oportunidad de salir de esta isla, de trasladarte a un hospital de verdad, donde las provisiones no se agotan y donde puedas enfrentarte a verdaderos retos, más allá de vacunar a los mocosos y curar sus resfriados.

Di gracias al mismísimo Dios porque sor Esperanza hiciera su aparición justo en ese momento, porque estoy segura de que habría sido capaz de abofetearlo. Llevaba al pequeño Mateo apoyado sobre su costado, llorando porque se había raspado las rodillas.

—Si no te importa, Alain, querido, tengo trabajo. Regresa a Papúa, es urgente vender el cacao. Ya sabes que la organización no escatima en esfuerzos por conseguir ingresos para la aldea —dije las palabras mágicas, las que lo hacían transformarse en un guerrero por la causa, cuadrarse de hombros y mirar, con orgullo, a una risueña sor Esperanza, que no parecía enterarse de nada—. Nos vemos dentro de unos meses, entonces mi paciente podrá regresar en el helicóptero… y espero que por su propio pie.

#

Tres rodillas raspadas, un corte superficial con una piedra afilada,

una insolación, dos controles de embarazo y un náufrago moribundo habían pasado aquel día por mi pequeña consulta, el único lugar en la Tierra al que consideraba mi hogar. En realidad, era mi hogar porque nací justamente allí, en la cabaña que, entonces, había pertenecido a mi madre. Tan solo había abandonado la isla una vez, para trasladarme a Australia a estudiar Medicina. Fueron los años más duros de mi vida, y lo único que me ayudaba aguantar en una sociedad donde no encajaba era la posibilidad de adelantar cursos universitarios y volver cuanto antes a mi amada aldea.

Mi padre fue el primer antropólogo que pisó la isla hacía más de cuarenta años, financiado por una fundación de misioneros católicos que había creado una pequeña aldea dedicada a la educación, evangelización y ayuda humanitaria.

Yo había nacido a la par que el padre Clemente bautizaba a los niños en el río Paraíso, dándoles nombres cristianos. Esos niños y niñas con los que había crecido eran mi familia, y los chiquillos que correteaban por la aldea haciéndome trastadas eran sus hijos.

Sus vidas habían ido desarrollándose delante de mis ojos, pero la mía se había quedado detenida en el tiempo, sin un futuro al que dirigirme y sin más ambición que la de evitar que mis niños se contagiaran de gastroenteritis.

Terminé de comer el arroz con coco pasado que preparaban en la cantina y dejé el plato sobre mi escritorio. Me lavé los dientes delante del pequeño espejito que colgaba de la pared y tiré del borde de mi camiseta para cambiarme de ropa. Entonces fue cuando recordé que no estaba sola y procuré ocultarme detrás del biombo de bambú que usaba para dar intimidad a las mujeres que venían a parir a mi consulta. No es que me importara que me vieran sin ropa, pero no quería que la primera impresión del náufrago cuando abriera los ojos fuera encontrarse con una mujer desnuda.

Lo miré por encima del biombo cuando comenzó a removerse en sueños y corrí a acercarle una cuchara para darle a beber. Había estado mostrando signos de mejora durante todo el día y había empezado a tomar agua con ganas. Hacía algunas horas que no tenía fiebre y sus constantes eran normales. No tenía ni idea de por qué seguía sin abrir los ojos, pero, después de haber sido secuestrado por una tribu que usaba grotescas máscaras para asustar a sus enemigos, podía imaginármelo.

La tercera cucharada de agua que le acerqué a los labios salió

disparada cuando comenzó a revolverse, nervioso, y supe que estaba a punto de despertar. Lo hizo, se incorporó en la camilla como si alguien le hubiera puesto un resorte en la espalda y me miró, con las pupilas dilatadas por el miedo. Tenía los ojos castaños más bonitos que había visto en la vida y me enfocaba, sin entender qué era lo que tenía delante, entonces, como si hubiera comprendido que estaba a salvo, cerró los ojos y se dejó caer de nuevo sobre la camilla.

Lo observé recuperar el ritmo del sueño y reí bajito ante la extraña reacción de mi paciente. Una vez que pude comprobar que era capaz de despertarse, me centré en comprobar cómo iba la herida de la pierna. El calor había desaparecido casi por completo y la coloración de la herida había mejorado, lo que me hacía pensar que la infección estaba controlada. Procedí a limpiar la zona con antiséptico, apliqué la pomada antibiótica y la tapé con una venda que la mantuviera alejada de los insectos de la noche. Si por la mañana no había despertado por sí solo, yo misma tendría que hacerlo.

Lo contemplé, tranquilo, con el semblante relajado por el alivio; parecía un niño perdido. Alargué la mano y puse orden a su flequillo revuelto, despejándole la frente. Al tacto con mi piel, hizo una mueca y se encogió; estaba asustado, intranquilo y la tensión de su cuerpo era mucho más que palpable. Dudando, deslicé la palma de mi mano hacia el mentón, acariciándolo, recogiéndole el pelo detrás de las orejas, procurándole consuelo en su estado de sueño alterado y su cuerpo volvió a relajarse, sumiéndose en un sueño más profundo.

—Evelyn —la voz de Alain me cogió por sorpresa y me apresuré a retirar la mano del rostro del náufrago; sin embargo, no fui tan rápida como para que él no advirtiera lo que estaba haciendo—. ¿Siempre tratas a tus pacientes con tanto cariño?

—¿Qué haces aquí a estas horas, Alain?

—Tranquila, mi amor, las hermanas ya se han ido a dormir. —Se acercó un poco más, como si entre los dos hubiera una complicidad que no existía y yo me refugié más junto a la camilla.

—No es adecuado que estés aquí, podrías molestar a mi paciente y necesita descanso.

—No me llevará mucho tiempo, cariño, solo he venido a despedirme de ti. Mañana por la tarde saldremos hacia Puerto Moresby y no nos veremos hasta dentro de unos meses, cuando la Fundación envíe las provisiones que estáis esperando. —Me revolví, inquieta, por el tono de voz que había usado. Siempre hacía lo mismo,

hablaba de ellos como si tuviera planes de abandonar a la aldea—. Cuando llegue el momento, me gustaría que hubieras tomado una decisión con respecto a mi oferta.

Lo miré, tratando de imaginar si era tan retorcido que mi negativa le daba lo mismo o si realmente era tan estúpido que no oía a nadie que no fuera él mismo. Decidí darle la espalda y me concentré en la persona que tenía delante, durmiendo como si el mundo se hubiera parado para él.

—No tengo nada que pensar, Alain. Este es mi sitio.

—Te estoy dando la oportunidad de vivir tranquila, alejada de las penurias de la vida salvaje, evolucionando como profesional y formando una familia… conmigo.

—Si es eso lo que tanto ansías, te diré que no tengo pensado tener hijos, y mucho menos contigo, así que creo que deberías replantearte, de una vez por todas, que no tienes nada que hacer y date por vencido.

Lo sentí dar un breve respingo detrás de mí porque quizá estaba tratando de controlar su lengua calladita y dejar de atosigarme con su pedantería, y lo dejé marcharse, aliviada por no tener que aguantarlo más, pero a menudo me preguntaba si no estaba cometiendo un error, si no estaría dejando pasar las últimas oportunidades que la vida me estaba ofreciendo. Pero amaba demasiado mi trabajo como para plantearme abandonarlo todo y marcharme de allí. No, yo no era de esas mujeres que necesitan un príncipe azul que acudiera a rescatarlas, pero me sentía lo suficientemente sola como para que las palabras de Alain calaran donde debían hacerlo.

Helipuerto de la Isla Sandy

Andrés

Andrés había empezado a preparar el helicóptero en el pequeño descampado que servía como helipuerto para volar aquella tarde de regreso a Papúa Nueva Guinea; al día siguiente saldrían de nuevo hacia otra de las islas del Pacífico a las que la Fundación prestaba ayuda humanitaria y esperaba, impaciente, a que apareciese míster Alain con el resto de los voluntarios. No le gustaba permanecer demasiado tiempo en aquella isla y el simple hecho de quedarse solo mientras se preparaba para partir era más que suficiente como para que se echara a sudar pensando en la posibilidad de encontrarse con algunas de las tribus hostiles que se escondían al otro lado de la línea del tratado.

Lo vio llegar, treinta minutos antes de la hora a la que habían acordado encontrarse, pero, en lugar de los sacos de arpillera con los granos de cacao, traía las manos completamente vacías.

—¿No ha habido suerte este mes tampoco con la cosecha?

—Pues parece que necesitan algo más de tiempo. Los sacos que tenían no son suficientes para vender. —Alain se sacó del bolsillo un sobre cerrado y se lo tendió al piloto al tiempo que daba indicaciones a los voluntarios para subir al helicóptero—. Entrega esta carta al director de la Fundación, es de sor Consuelo.

—Si ya estamos todos, partimos de inmediato —dijo, guardándose la carta en el bolsillo de su chaqueta y mirando a la comitiva que viajaba con él—. ¿El náufrago no viene?

—En el próximo vuelo, cuando tenga fuerzas para levantarse de la camilla. Yo me hago responsable, no te preocupes.

—Eso quiere decir que no vienes con nosotros.

—Quería hablarte de eso; verás, vas a tener que regresar solo. Hemos decidido quedarnos a echar una mano en la cosecha, volveremos en el siguiente viaje, ya sabes.

El piloto sacudió la cabeza, asintiendo, porque cualquier tipo de ayuda en aquella isla era más que necesaria, y se preparó para volver

a Puerto Moresby. Entonces se despidió de míster Alain, al que no volvería a ver hasta que las provisiones en la aldea empezaran a escasear.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Santiago

A veces dormía, a veces solo cerraba los ojos. Las voces sobre mi cabeza parecían una algarabía de confusas palabras pronunciadas en idiomas extraños y familiares al mismo tiempo. A ratos creía estar en casa, como si aquello no hubiera sido más que una pesadilla y al despertar cupiera la posibilidad de encontrarme con el rostro siempre amable de mi madre. Otras veces volvía al mar, y las olas gigantes de una tempestad despiadada me llevaban a la deriva, navegando a su antojo en un océano tan inmenso que no le costaría lo más mínimo tragarme y nadie se enteraría. A veces regresaba al avión y contemplaba con disimulo el rostro de Ricardo, dormido, pasivo, lleno de arrugas de preocupación y sombras recogidas a través de la lente de mi cámara. A veces, permanecía despierto un tiempo indefinido, el suficiente como para notar las manos de alguien más acariciando mi rostro o el olor a antiséptico que tanto me confundía, o las palabras de un hombre que parecía escupirlas en un idioma que no alcanzaba a reconocer del todo, pero que tampoco me era indiferente.

Había pequeños momentos de silencio y soledad en los que podría haber abierto los ojos, mandar una orden al resto de mi cuerpo y salir huyendo, pero ¿hacia dónde podía ir? Las imágenes fugaces de aquellos seres de cabezas gigantes me mantenían paralizado, incapaz de mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Desconocía si todo había sido fruto de un sueño o si aquellas manos que no se apartaban demasiado de mi cuerpo pertenecían a ellos, si estaban planeando la mejor manera de acabar conmigo o si realmente había alguien al otro lado de mis párpados a quien le importara mi suerte.

Era de noche cuando me atreví a hacerlo. Fuera, no se oía más que el leve murmullo de una jungla que duerme mientras otros despiertan. Arrugué la frente, cerrándolos de nuevo, adaptándolos a la suave penumbra que se colaba por un ventanuco sin cristales. Una fina tela de tul me envolvía y aislaba. Observé mi cuerpo, tapado con una sábana de algodón que me cubría desde la cintura hasta la punta de

los pies. Alcé la mano en el aire, decidido a apartarlas a sabiendas de que debía de estar desnudo, pero una duda súbita me dejó paralizado, con los dedos alzados al aire, jugando a adivinar antes de comprobar con mis propios ojos aquello que tanto me aterraba descubrir. ¿Y si al levantar las sábanas mi pie izquierdo ya no seguía allí?

Me lamí los labios resecos por la sed y contando hasta tres tiré de ellas, suspiré aliviado al ver el pie en su sitio, cubierto por una venda limpia. Fue entonces cuando reparé en que dolía, en que emitía pequeños fogonazos de dolor intermitente a los que di las gracias por confirmar que lo que veían mis ojos no era una simple ilusión. Traté de ponerme de pie y un leve quejido se escapó de mis labios antes de poder impedirlo. Un sonido al otro lado de la habitación me hizo permanecer en guardia; miré a mi alrededor, pero lo único que tenía cerca era una cuchara de latón que alguien había dejado abandonada dentro de un cuenco de sopa en un taburete cerca de mi camilla. La cogí; sin embargo, al menos podría lanzarla a lo que fuera que estuviera al otro lado del tul.

Detrás de aquella red que me separaba del mundo volvió a reinar el silencio, y por un instante creí que lo había imaginado, así que, cogiendo impulso, aparté la tela de mi campo de visión y me enfrenté al miedo de no saber a dónde había ido a parar esa vez. Estaba una cabaña angosta y anodina, de paredes de bambú cubiertas de barro y techo de paja con una sola ventana pequeña y mal encuadrada; debajo, un bulto permanecía atento, alerta, sobre un colchón bajo y estrecho. Aquella masa informe trató de levantarse de la cama y se cayó, formando un estruendo al tirar, a su paso, todo lo que tenía sobre una mesilla de noche.

—¡Mierda!

La voz que salía de debajo de la cama pertenecía a una mujer de habla hispana y eso me hizo volver a replantearme todas las teorías que había formado en mi cabeza sobre el lugar al que había ido a parar.

La mujer se incorporó con una rapidez inusual y, blandiendo un objeto alargado en su mano, encorvó el cuerpo, en posición de ataque. Tan solo cuando pareció enfocarme, incorporado sobre la camilla y asomando la cabeza a través de la red antimosquitos, relajó los hombros, soltó lo que sostenía con tanta agresividad y rebuscó algo que había tirado por el suelo. Un segundo después, la luz de un candil llenó la habitación de luces y sombras.

—Estás despierto… ¡Estás despierto! —volvió a repetir, haciendo énfasis en lo que veía. Solo entonces comprendí que no daba del todo por hecho que lo hiciera.

La observé con los ojos entornados. Vestía una camiseta negra que le llegaba por debajo de las rodillas, y llevaba el pelo suelto, ondeando alrededor de sus hombros. Como si fuera consciente de mi observación, se dio la vuelta y comenzó a vestirse de forma discreta.

—Será mejor que no trates de levantarte, ese pie va a necesitar reposo durante una buena temporada. —Me miró por encima del hombro, creo que debió de notar mi confusión, porque se giró, estudiándome de cerca, preocupada tal vez por la idea de que pudiera desmayarme.

—¿Dónde estoy? —pregunté y la sentí dar un paso hacia atrás.

Vaciló unos segundos, después, abrió la cortina mosquitera que envolvía su propia cama, y con pasos un poco más seguros se acercó a la camilla para quedarse parada a unos metros de mí. Fue entonces cuando vi su rostro de duende, con aquellos ojos verdes que me estudiaban con detenimiento. Tenía la piel ligeramente tostada y una melena llena de ondas suaves de un rubio atigrado, como si el sol se hubiera dedicado a pintar mechas sobre el lienzo oscuro de sus raíces. Una sensación de debilidad me hizo cosquillas en el estómago y, sin recordar que ya no estaba allí, deslicé las manos buscando la bolsa donde guardaba las cámaras de foto que me habían robado.

Gruñí de impotencia, contrariado por la urgente necesidad de inmortalizar un rostro que parecía un libro abierto. Ella arrugó el entrecejo y dio un par de pasos hacia mí; creo que confundió mi frustración con dolor, pero le hice un gesto con las manos para indicarle que estaba bien y ella pareció recordar que le había hecho una pregunta.

—Estás en la isla de Sandy, en el Pacífico Norte, en una aldea cristiana en el corazón de la selva. Mi nombre es Evelyn y soy doctora.

Me miró, despacio, tomándose su tiempo y yo me dediqué a hacer lo mismo. Se había colocado unos pantalones color camel encima de la camiseta que le iba enorme dejando parte de ella fuera, arrugada sobre la cintura. Pareció reparar en lo que hacía y, disimuladamente, remetió la tela sobrante por la cinturilla del pantalón. Supuse que tendría que decir algo, pero estaba muy confundido. Traté de ponerme en pie de nuevo, y ella se apresuró a meter el hombro bajo mi axila y a empujarme suavemente hasta dejarme caer de nuevo en la camilla.

—No deberías intentarlo todavía —La miré, asustado, con una interrogación en el rostro y ella carraspeó y desvió la mirada—. Has estado a punto de perder el pie. Cuando los Asaro te trajeron a la consulta, la infección estaba tan extendida que tuve que dudas sobre si debería o no amputarlo. Doy gracias a Dios por haber esperado a ver cómo reaccionabas a los antibióticos, aunque algunos de mis colegas me habrían tachado de irresponsable; sé lo que es perder un miembro en un lugar en el que no te lo puedes permitir.

Asentí solo para ganar tiempo y asimilar toda la información que la doctora me había dado en tan poco tiempo. «La isla de Sandy», no recordaba ninguna isla con ese nombre dentro del cinturón de pequeños islotes que salpicaban el Pacífico, pero eso era lo que me menos me importaba. Lo único que realmente quería saber era cómo podía salir de allí y regresar a Los Ángeles; tenía que informar a las autoridades de lo que había pasado con el avión de Ricardo, tenía que buscar a mi madre, tenía que recuperar mi vida.

—Ricardo… —murmuré y la tristeza me arrugó el corazón.

—¿Te llamas Ricardo? —preguntó.

—No, Santiago. Ricardo es, era… —intenté darle una explicación, pero se quedó en un intento que acabó en un sollozo que me atravesó el pecho.

La doctora me dio espacio para que me tomara mi tiempo y, desviando su atención de mi rostro cubierto de lágrimas, retiró el plato con sopa de un taburete que descansaba a un lado de la camilla y se ocupó de revisar el vendaje. Entonces se atrevió a preguntar lo que creo que estaba deseando saber desde el momento en el que abrí los ojos.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? Es decir…

—Salimos desde Los Ángeles en el *jet* privado de mi mejor amigo cuando nos sorprendió la tormenta.

—¿A dónde os dirigíais?

—A la isla de Bali.

—El resto de la tripulación…

—Creo que se hundieron junto al avión.

Dejó de hacer preguntas y volvió a dejarme respirar, asimilando todo lo que había pasado hasta llegar allí. Bajó los ojos y continuó deshaciéndose de la venda; intentaba enseñarme el estado en el que había quedado mi pie y noté cierta vergüenza cuando miré, alarmado, el entramado de puntos irregulares que me cruzaba el tobillo como si

fuera un alambre de espinos. La carne estaba tirante, enrojecida y un poco inflamada, pero el color de la piel había vuelto a tener una apariencia casi normal. Con un algodón y unas pinzas, roció un líquido ambarino sobre la herida y comenzó a dar suaves toquecitos sobre los puntos, antes de volver a poner una venda limpia sobre ellos.

—Si hubieras ido a parar a un hospital… yo… bueno, he hecho lo que he podido.

—¿Podré…? —comencé a decir, pero ella me cortó, adivinando mi preocupación.

—Sí, tranquilo, puedes moverlo si quieres. Te he visto hacerlo mientras dormías.

Lo hice, moví los dedos del pie y, aunque dolía, una pequeña carcajada de alivio salió disparada por mi garganta.

—Gracias, doctora, gracias por no cortarlo.

Se quedó callada, con las manos sobre las rodillas, un poco aturdida por mis palabras y un poco incómoda por no saber qué hacer conmigo ahora que estaba despierto. No quería mostrarme desagradecido, pero tenía que saber cómo y cuándo podría salir de aquella isla.

—¿Cuándo podré regresar a casa?

—Pues la Fundación envía un helicóptero cada pocos meses con víveres y recursos para la aldea. Hace unos días salió el último de regreso hacia Papúa Nueva Guinea, desde donde podrías coger un avión de vuelta a Los Ángeles. En este tiempo te recuperarás lo suficiente como para volver sin correr el riesgo de que tu pie empeore.

—¿Voy a estar en esta isla unos meses más? —dije, horrorizado por la idea de que nadie supiera lo que había ocurrido con nosotros y creo que ella lo malinterpretó, porque respondió sarcástica, casi enfada.

—Sí, es horrible, lo sé. No tenemos wifi ni red móvil, la única pantalla que existe es la que evita que te frían los mosquitos por la noche y la comida se hace a fuego lento. Casi siempre es arroz y carne de caza. Tendrás que cavar tu propia letrina en el límite de la aldea y es probable por no decir, seguro, que pilles una gastroenteritis antes de acabar la semana. Estamos rodeados de tribus hostiles que se pelean cada fin de semana por cosas como las fronteras de sus tierras, los recursos o las mujeres. Algunos, hasta por cazar y cocinar a la tribu vecina.

Sin dejarme replicar, alargó la mano y cogió una pequeña nevera azul que descansaba en el suelo. Sacó tres viales, limpió la zona del

brazo en la que pretendía clavar las agujas de tres jeringuillas estrechas y comenzó la tarea de rellenarlas con el líquido de los frasquitos.

—Ahora que veo que estas bien, no se me ocurre una excusa para retrasar las vacunas. Solo espero que ya tengas puestas las del Covid-19, aquí no han llegado los refuerzos. —Me miró, con una mezcla de diversión y enfado y, sin pensarlo o dejarme contar hasta tres, clavó la primera de las agujas en la piel de mi muslo—. Tranquilo, en unos días serás inmune al tifus y a la hepatitis. De la tontería occidental se ocupará la jungla. Bienvenido al paraíso.

En algún lugar entre la aldea y Tierra Prohibida, Isla de Sandy

Alain

El hombre blanco llegó al punto de encuentro antes de lo previsto, y traía con él a los nuevos mercenarios rescatados de entre los maleantes que merodeaban en busca de trabajo por Puerto Moresby. Los otros, los que quedaban con vida, permanecían escondidos en los confines de las tierras cristianizadas a la espera de poder pasar a la acción. El hombre blanco carraspeó con fuerza y escupió al suelo de forma despectiva, pensando en la cantidad de intentos de negociación con las tribus que habían salido mal; no era fácil comprar a un pueblo que solo quiere que lo dejen en paz.

En Papúa Nueva Guinea, un cargamento de maquinarias, hombres y armas aguardaban a que se resolvieran las negociaciones con los habitantes de Tierra Prohibida, aunque el hombre blanco sabía que solo se trataba de meras formalidades: si Tierra Prohibida se cerraba en banda, entonces ellos harían lo que tuvieran que hacer.

Había logrado concertar una reunión con el jefe del clan del norte de la mina, aunque la actitud hostil de los nativos que lo acompañaban y que apuntaban con sus arcos hacia los hombres blancos le hizo prever cual había sido la decisión que habían tomado con respecto al acuerdo al que esperaban llegar.

—Jefe Wasako —se presentó el hombre blanco con una leve inclinación, mezcla de burla y cortesía—. Y bien, ¿han tomado una decisión?

El nativo que ejercía de intérprete tradujo el idioma del hombre blanco para que la tribu pudiera entender sus palabras, pero la respuesta parecía tardar en llegar. Más nativos aguardaban, semi escondidos, entre los árboles, cargados con sus arcos, sus lanzas y machetes, y la tensión creció hasta que pudo notarse en el ambiente lo cerca que estaban de no salir con vida de aquel encuentro. Los hombres blancos dieron un imperceptible paso hacia atrás, porque no

estaban preparados para atacar en ese momento, aunque el riesgo mereciera la pena. Cuando el intérprete quedó satisfecho con la información de vuelta, se giró hacia el hombre blanco, que esperaba con el rostro demudado el desenlace de los acontecimientos.

—Gran jefe Wasako dice que no quiere tus armas. Dice que cojas tus juguetes y desaparezcas de sus tierras o dará la orden para que los suyos nos atraviesen como si fuéramos ganado.

El hombre blanco frunció el ceño en un gesto de frustración que casi le hizo perder el control. Casi.

Había dado por hecho que aquellos miserables aceptarían el cargamento de escopetas como una ventaja frente a los clanes enemigos contra los que estaban constantemente en guerra, pero aquel sucio salvaje lo miraba con el desprecio propio que se le daría a una rata.

Sin ese acuerdo, acercarse a las minas sin levantar sospechas en la aldea era una misión imposible. Solo contaban con las tierras del Norte para entrar sin ser vistos, pero ahora que habían rechazado los acuerdos, la búsqueda de contacto con las tribus enemigas le llevaría un tiempo con el que no contaba. Tenía previsto regresar aquella misma tarde a Puerto Moresby, pero, después de aquel giro, tendría que permanecer escondido en la selva, a salvo de preguntas que no estaba dispuesto a responder.

Su mente trabajaba a marchas forzadas mientras asentía con la cabeza y se despedía del jefe Wasako. Ya tendría tiempo de vengarse de ese viejo decrépito cuando los suyos penetrasen en sus tierras.

La posibilidad de llegar hasta las minas atravesando la plantación de cacao era realmente la forma más sencilla de entrar, pero entonces tendría problemas con la Fundación para la que trabajaba antes de tiempo y, si eso llegaba a ocurrir, perderían la oportunidad de hacerse con el yacimiento de oro más valioso del planeta.

La tribu había abandonado la frontera de Tierra Prohibida para adentrarse en la espesura de una jungla mucho más peligrosa de lo que se podía intuir y el hombre blanco permanecía quieto, a la espera de que el peligro de sus flechas le permitiera soltar el aire que está reteniendo. El nativo de la aldea al que había prometido una vida cómoda fuera de la isla se acercó con preocupación, admirándolo como al héroe que creía que era.

—Míster Alain, ¿qué vamos a hacer ahora? Si entramos por la plantación, tendremos problemas con sor Consuelo y ella puede poner

en alerta a la Fundación.

—¡Oh, vamos! La Fundación lleva años sin aparecer por estas tierras, y por las hermanas, no te preocupes; son tan ancianas que es probable que se extingan antes de que se den cuenta de lo que pretendemos.

—¿Y qué hacemos con Awina?

Alain lo miró, con los ojos concentrados en algo que no tenía delante pero que ocupaba el cien por cien de sus preocupaciones.

—Yo me encargo de Awina.

Los Ángeles, California, Estados Unidos

Leonor

A Leonor Quintana le apenaba haber tenido que asistir a la repatriación de los restos del que fuera el mejor amigo de Santiago, pero, en un lugar de su conciencia del que no se sentía muy orgullosa, emergió un profundo alivio al comprobar que de la bodega de aquel avión no descendía un féretro con los restos de su hijo, porque lo sabía, cada vez estaba más convencida de que en ese vuelo también viajaba él. Se quedó en un segundo plano, observando con impotencia el dolor de unos padres que lo habían perdido todo, al igual que los familiares de los demás ocupantes del *jet*.

Una mujer se mantenía impasible a cierta distancia de ella; con una entereza inusual, agarraba la mano de una niña de cabellos rubios y vestido de tafetán negro. El piloto que transportó los restos se acercó a estrecharle la mano, pero ella se mantenía firme, casi como si estuviera pegada al suelo. Antonio Diosdado se percató de su presencia y, con grandes zancadas, cubrió el espacio que los separaba hasta ponerse a su altura.

—Usted debe de ser la esposa del asesino de mi hijo —bramó, casi escupiendo las palabras en español, y, aunque la señora no entendía a Antonio, intuía que no se trataba de nada bueno, pues agarró a su hija con más fuerza e interpuso su cuerpo entre él y la pequeña—. Mire lo que ha hecho ese hombre, mire a cuántos se ha llevado por delante con su imprudencia.

Leonor apartó la mirada, concentrada en los féretros que descansaban en el suelo. Cinco, para ser exactos: el piloto, el copiloto, las dos azafatas y Ricardo, sobre el que su madre se había derrumbado entre lágrimas. Le hubiera gustado ofrecerle algún tipo de consuelo, pero sintió que no debía interponerse entre ella y lo que quedaba de su hijo.

Las autoridades de Los Ángeles también estaban allí: policías,

inspectores y algunos hombres de traje caro y aspecto de ser importantes. También los abogados de Ricardo. Allí era donde Leonor debía buscar las respuestas a las preguntas que habían viajado con ella desde México, pero el temblor de sus piernas se lo impedía. Leonor no sabía hablar inglés y ese no parecía el momento más adecuado para molestar a don Antonio.

Los Diosdado habían prometido ayudarla a encontrar a Santiago, y Leonor se agarraba a esa promesa como si su vida dependiera de ello, porque era así: su vida, su hijo, dependía de que los padres de Ricardo la ayudasen a encontrarlo.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Santiago

Me hacía el dormido, pero notaba en los brazos los dedos pequeñitos hundiendo la yema en la piel. Sus risas pícaras me hacían muy complicado mantener la compostura y permanecer impasible, pero no quería asustarlos.

—Vámonos ya, o sor María vendrá a buscarnos —decía una de las voces sobre mi cabeza en un español chapurreado con acento.

—Mi padre dice que vino del mar, pero el viejo Atola afirma que nació de la tormenta. —Se oía un poco más cerca de mis brazos.

—No digáis tonterías, en las tormentas solo hay electricidad. Es un náufrago, ¿no lo veis? Si fuera un dios, no estaría aquí tumbado sin poder moverse —una niña intentaba llamar a la cordura en aquel batiburrillo de supersticiones con el que trataban de descubrir quién era yo.

Sentí los dedos firmes de alguno de aquellos chiquillos arrancar un mechón de mi pelo y se me escapó un leve gruñido al que le siguieron gritos de miedo y unos pasos acelerados hacia la puerta. Abrí los ojos lo justo para ver a través de las pestañas y me encontré con sus caras morenas asomando por el dintel. Supuse que la curiosidad era más fuerte que el miedo que pudieran tenerme.

—¿Qué haces, David? ¿Estás loco?

—Quiero un recuerdo.

—¿Y si se enfada y lanza una maldición contra la aldea? Como Awina se entere, estamos perdidos…

—¿Qué estáis haciendo aquí? —Una voz severa apareció detrás de ellos y solo alcancé a ver la tela del hábito celeste de una religiosa que simulaba dureza y enfado con aquellos gamberros que no me quitaban los ojos de encima—. Este hombre ha pasado un calvario y necesita descanso, y vosotros tenéis que regresar a clase. El recreo ha terminado.

Los vi enfilar cabizbajos el camino que la religiosa había señalado para ellos y sonreí, porque no era la primera vez, en aquellos días, que

venían a hacerme una visita. Sin embargo, nunca pasaron de los susurros a unos cuantos pasos de seguridad de mi camilla.

Un torbellino traspasó el umbral y abrí los ojos de golpe. Era Evelyn, que, ataviada con su bata de médico, traía sobre sus manos una bandeja con un cuenco lleno de aquel líquido pastoso y dulzón con el que había estado alimentándome antes de que decidiera despertar. Me incorporé en la camilla hasta quedar apoyado sobre mis codos y la miré. En el tiempo que trascurrió desde que entró por la puerta hasta que se encontró con mi mirada había cambiado una sonrisa radiante por una expresión neutra, imperturbable, que no le pegaba nada a aquella cara pequeña y pecosa.

Comenzó a moverse por la sala, inquieta y me fijé en todos los detalles de aquella muchacha que se disfrazaba de doctora. Debajo de la bata blanca llevaba una enorme camiseta en tonos tierra con un eslogan publicitario de una marca de patatas fritas y conjuntaba su atuendo con unos vaqueros que le llegaba muy por encima de los tobillos, casi como si se los hubiera robado a su hermana pequeña. En los pies, calzaba unas robustas botas negras de cordones que la mantenían aislada de la tierra apisonada y se había peinado la melena en dos trenzas espiga que tenían la capacidad de enfatizar aún más su rostro de niña.

—Te he traído sopa de raíces y un poco de fruta.

Asentí y ella rodeó la camilla para accionar un mecanismo que la elevaba para que pudiera recostarme sin necesidad de usar los brazos. Entonces puso la bandeja sobre mis muslos y me dejó comer tranquilo mientras inspeccionaba el vendaje de mi pie izquierdo.

—No está mal, no está nada mal…—La oí decir y por un momento, solo un instante, me pareció que sonreía—. Ya puedes empezar a levantarte con ayuda de las muletas, quizá, hasta puedas cenar hoy en la cantina. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, creo. —Me llevé la mano hacia la cabeza, rozando con los dedos el lugar en el que aquellos críos habían arrancado un poco de pelo y fruncí el ceño—. Aburrido, pero sobreviviré.

No dijo nada, solo se esmeró por untar los puntos con aquella grasa que ya conocía bien y me ignoró el resto del tiempo. Durante los días que habían pasado desde mi resurrección apenas la había visto aparecer por la cabaña más que para traerme la comida, cambiar mi vendaje y dormir. Había trasladado temporalmente su consulta a la carpa en la que comía toda la comunidad con la excusa de dejarme

descansar, pero yo creo que estaba tratando de darme largas y, dado que era la única adulta con la que podía comunicarme, mis esfuerzos por romper su mutismo eran inversamente proporcionales a su silencio.

—He tenido visita —dije, y ella solo levantó los ojos, curiosa—. Los niños.

Un leve destello de luz brilló en sus ojos y sentí de nuevo ese deseo de tener una cámara entre las manos. Aquella mujer no necesitaba las palabras para comunicarse, su rostro se leía solo.

—Entonces, con más razón, creo que deberías empezar a moverte por la aldea. Aunque antes habrá que conseguirte algo de ropa —dijo y, con disimulo, arregló las sábanas que habían quedado arrugadas con mis movimientos y que dejaban parte de mis muslos al descubierto.

Una chiquilla de apenas cinco años irrumpió de manera escandalosa en la cabaña y ella se giró para mirarla a la cara. Me deleité en los cambios sutiles de la expresión de su cuerpo, en los rasgos dulces de un rostro que había dejado de arrugar el entrecejo y miraba con ternura a la pequeña de rizos apretados en pequeños moños de colores que la había seguido hasta allí.

—Anne, te he dicho un montón de veces que no puedes venir detrás de mí todo el tiempo. Tu sitio está en la escuela.

—Pero yo quiero ser tu ayudante, Awina —respondió la niña mostrando una sonrisa a la que le faltaban dos dientes.

—Por supuesto, enfermera Anne. —El rostro de Evelyn volvió a cambiar y miró a la pequeña con el respeto que se le daría a un igual, tomándola tan enserio que ni ella misma creía su papel—. Pero no podrás administrar una vacuna si primero no aprendes a leer las etiquetas, ¿no te parece?

La niña solo asintió con la cabeza antes de volverse a mirar aquello que realmente la había hecho salir a hurtadillas de la escuela. Me encontré con sus ojos temerosos en la breve distancia que había desde la camilla hasta la puerta y le sonreí, lo que hizo que se le escapara una risita que tapó con sus manos. Levanté la mía y le dije «hola» con los dedos y su cuerpo tembló visiblemente con la risa que se escapaba entre sus manos apretadas.

—Hola, me llamo Anne —dijo al fin, armándose de valor— y no te tengo miedo.

—Hola Anne, mi nombre es Santiago y… —me presenté con la

misma solemnidad que ella mostraba— ¿por qué habrías de tenerme miedo?

—Todos creen que eres el dios de la tormenta, aunque mi abuelo dice que eres el hijo del mar. Nadie se pone de acuerdo. —Se encogió de hombros, divertida, y me dedicó una sonrisa que hizo un agujero en el centro de mi pecho.

—Y tú, ¿quién crees que soy? —pregunté y ella se puso seria.

—Santiago, un bucanero en busca de tesoros —respondió, como si aquello fuera obvio, y yo asentí, encantado con la idea.

Alguien llamó a la pequeña en el exterior de la cabaña y ella dio un respingo antes de desaparecer por donde había llegado, diciéndome adiós con la mano y lanzando un beso voladizo a Evelyn que hizo que esta soltase una sonora carcajada. La observé, con los brazos en jarras y la sonrisa radiante, dedicarle a aquella niña una despedida cariñosa y el reflejo de su felicidad me hizo sonreír, aunque no sé bien por qué. Supongo que, porque era un ejemplo de todo lo que me estaba perdiendo acostado en aquella camilla, y mi deseo de conocer el mundo que se escondía detrás de aquellas paredes hizo que moviera los dedos de los pies, inquieto, atrayendo de nuevo su atención.

—Santiago de los mares, temible pirata que surca el océano en busca de tesoros. Tu leyenda no deja de crecer —dijo, reprimiendo una sonrisa—. Sí, definitivamente, ya es hora de que te dejes conocer, que vean que solo eres un hombre.

Me puse de pie y la sábana resbaló hasta caer al suelo. Sin pudor o emoción que delatara qué estaba pensando en ese momento tan incómodo, se agachó hasta hacerse con ella y, sin mucho preámbulo, me rodeó la cintura y la anudó sobre mis caderas.

—Espera aquí, Tarzán, voy a ver si encuentro algo que pueda valerte.

#

Caminar sobre una muleta es más difícil de lo que puede parecer a simple vista, sobre todo si no tienes zapatos y el terreno es tan irregular que los tropiezos te hacen ir mucho más lento de lo que ya lo hacía cuando arrastraba el pie por la playa. Apoyarlo no era una opción y, de hecho, fue la única condición que Evelyn me puso para poder abandonar aquella camilla que estuvo a punto de acabar con mi cordura. Pero mereció la pena, desde luego que la mereció.

Si tuviera que describir lo que encontré en aquella aldea, no sería capaz de hacerlo con palabras, porque nunca las encontraba cuando se trataba de expresar lo que sentía. Fue como vivir dentro de un documental del *National Geographic*, tan auténtico y a la vez tan desconcertante, que me pregunté si no estaba siendo víctima de una cámara oculta.

Ataviado con un pantalón que me iba algo grande de cintura y algo corto de los bajos y una camisa blanca de tallaje indefinido, me adentré en la aldea ante la observación atenta y algo cohibida de sus habitantes. Hasta la mirada de las religiosas denotaba cierta preocupación o desconfianza. Estaban ocupados, enfrascados en terminar sus tareas cotidianas; sin embargo, no despegan los ojos de mí.

Los niños que habían venido a visitarme todos esos días se mantenían sospechosamente alejados, como si temieran ser reprendidos por aquello que se habían llevado hacía tan solo unas horas. Los saludé, sonriendo y todos se echaron a reír antes de salir corriendo, dispersos, por la aldea.

Las mujeres trabajan sobre una mesa de madera donde los pescadores habían dejado la captura del día, limpiando las tripas del pescado que, seguramente, sería nuestra cena. Hablaban una mezcla de español y otro idioma que se deslizaba, cantarín y atropellado entre sus labios, pero estaban tensas, pendientes de los ojos del intruso que había venido del mar. Reían más alto de lo normal, se movían más rápidamente y sus movimientos se volvían torpes.

Los hombres limpiaban y guardaban sus herramientas de trabajo, que tan solo consistía en rudimentarios arpones y pequeñas redes. Ninguno de ellos reparó en mi presencia, como si no existiera o como si ya supieran que estaba ahí y no tuvieran ni el más mínimo interés en mí; supuse que era su forma de mandarme un mensaje: esta es nuestra aldea y tú solo eres un intruso.

En un enorme horno parecido a un iglú de barro, un anciano preparaba leña para cocinar y me sonrió, mostrando una encía sin dientes que hizo que el resto de su rostro se plegara como un abanico. Solo vestía un taparrabos, pero eso no parecía importarle a nadie.

A dos metros a la izquierda tropecé con los pechos voluminosos y semi descubiertos de varias mujeres jóvenes que me miraban con total descaro, pero el rostro de Evelyn se interpuso entre aquella visión angelical y yo. Chascó los dedos llamando mi atención y se giró para

ver qué era lo que hacía que me hubiera quedado atontado; cuando volvió a mirarme, en sus ojos se leían demasiadas cosas a la vez: vergüenza, diversión, curiosidad y algo más que no pude descifrar en el breve lapsus de tiempo que permaneció esperando a que le hiciera caso antes de apuntarme con el dedo índice y empujarme hacia delante, poniéndome en marcha.

—Buenas tardes Awina, y… —saludó la religiosa que se encargaba de la escuela en cuanto Evelyn me ayudó a cruzar el umbral.

La escuela era la segunda cabaña más grande de la aldea, después de la cantina. De paredes redondeadas y mismo techo de cañas que el resto de las casitas, tenía hileras de mesas y bancos repartidos frente a una pizarra negra llena de garabatos que la hermana limpiaba con brío con un trapo humedecido. Dejó su tarea a un lado, esperando mi respuesta, pero yo me había quedado absorto en todo cuanto me rodeaba, desde el globo terráqueo suspendido en el techo, sobre mi cabeza, hasta la pequeña biblioteca llena de libros y novelas juveniles. Había un ejemplar de Viaje al centro de la Tierra sacado de su sitio y sonreí por la ironía.

Evelyn carraspeó y regresé mi atención a ellas. Sor María, que así se llamaba la maestra, era una apacible anciana de piel arrugada y gafas ahumadas que escondían unos ojos llenos de paz, calma y sabiduría. Reparé en su rostro un poco contraído y me di cuenta de que no había respondido a su pregunta.

—¡Oh!, perdón. Soy Santiago, de Colima, México —le extendí la mano sin saber muy bien si era lo correcto, pero ella se aproximó para completar el saludo sonriendo, amable —, aunque llevo muchos años viviendo en Los Ángeles.

—Estoy deseando conocer tu historia, Santiago. Supongo que esta noche nos deleitarás a todos durante la cena. Aquí no hay nada más valioso que una persona que tiene una historia que contar, sobre todo, tratándose de una aventura como la tuya.

La historia del accidente me producía un dolor insoportable que hacía que no pudiera pensar con claridad en la serie de acontecimientos que dieron como resultado a la tragedia a la que había sobrevivido; lo único que tenía claro era que mi mejor amigo estaba muerto y yo, perdido en un lugar desconocido sin saber cuándo podría regresar a casa. La mía no era una historia que yo quisiera escuchar, pero supuse que allí las cosas se veían de otra manera.

Asentí sin mucho ánimo y me dejé arrastrar de nuevo por Evelyn, a

la que parecía que hacer de guía turística no le entusiasmaba demasiado. La sentía resoplar de forma casi inadvertida y me indicó el camino que llevaba de la escuela a la cantina para que la siguiera.

Cuando terminé de recorrer la pequeña aldea y de saludar a las cuatro hermanas que la capitaneaban, Evelyn me acompañó de regreso a la camilla en la que pasaría el resto del día pensando en la historia que ellos querrían escuchar, porque, aunque me atraía sentirme como un dios o un pirata, necesitaba que vieran lo que realmente había: un náufrago que apenas podía caminar y al que no le habrían venido nada mal unos cuantos kilos extras.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Evelyn

Ayudé a Santiago a llegar hasta la cantina, donde sor Esperanza ya esperaba su turno para conocer al nuevo, pero temporal, integrante de nuestra comunidad. Yo lo miraba de reojo, haciendo un esfuerzo por desplazarse por todos los lugares que pudiera ser de interés para él en la aldea.

La ropa le quedaba demasiado grande, pero era lo único que había encontrado dentro de la pila de donativos que nos llegaba de cuando en cuando, cada vez que alguien de la Fundación se acordaba de que seguíamos existiendo. Estaba empapado de sudor, supuse que del esfuerzo por mantenerse entero en una actividad que aún le costaba, y por la humedad pegajosa que nunca nos abandonaba, pero parecía tranquilo.

No parecía que le desagradara lo que veía mientras recorríamos juntos la aldea; por el contrario, parecía absorto en la peculiaridad de nuestro mundo, como si todo aquello fuera sumamente interesante. Sonreí, haciendo una apuesta conmigo misma sobre el tiempo que tardaría en empezar a quejarse de las condiciones en las que vivíamos y llorar porque echaba de menos su *smartphone* o cualquiera de los juguetes que seguramente tenía. Si algo parecía Santiago era un hombre de mundo, de un mundo demasiado diferente a aquel en el que nos encontrábamos nosotros, como si viviera en una realidad paralela y nosotros solo fuéramos seres de otro planeta.

Pero me di cuenta de que Santiago intentaba memorizar todos los nombres de la gente que se había ido presentando de camino a la cantina, rompiendo el hielo en una situación a la que ninguno estaba acostumbrado, prestando atención a cada persona que se le acercaba, intentando asimilar la falta de normas sociales que los obligara a usar ropa, calzado o una distancia social que estuviera dentro de los límites de la normalidad. Me reí a carcajadas, tomando la precaución de amortiguar la risa con las manos, cuando la anciana Cora le metió los dedos en la boca para ver si conservaba todos los dientes y él

obedeció, contrariado. La fascinación parecía mutua y yo lo observaba todo en un segundo plano, haciéndome ideas precipitadas que me costaba ir tachando a medida que lo contemplaba.

El mar arrojaba muchas cosas a la orilla, sobre todo basura, peces muertos y toneladas de plástico, pero nunca había dejado marchar a nadie, mucho menos, después de una tormenta. De ahí la expectación que causaba en los habitantes de la aldea, sobre todo, de los más mayores, personas que aún recordaban lo que era formar parte de una tribu que no había tenido contacto alguno con el mundo moderno. El halo supersticioso recaía sobre él contra todo esfuerzo por mostrarlo humano, y su aspecto de conquistador español animaba a aumentar el misterio sobre el hombre pirata que se movía con torpeza, tratando de aceptar los apretones de mano de un barullo de gente cada vez mayor.

—Ha venido a recuperar su barco de los manglares, estoy segura de que en su interior se oculta un tesoro y él sabe dónde está. —Anne apareció por sorpresa, y, situándose a mi lado, contemplaba con admiración al hombre del mar.

En los manglares del Este de la isla, en el límite con la Tierra Prohibida había encallado un barco de madera donde los niños solían ir a jugar. Nadie sabe a ciencia cierta de qué época puede datar aquel navío, pero su existencia fue dando lugar a historias sobre piratas y tesoros que hacían las delicias de muchas de nuestras noches alrededor de las fogatas de la aldea. Sonreí y entendí que lo único que podía hacer por Santiago era dejar que se desenvolviera él solo con los aldeanos y, a juzgar por la comodidad con la se movía entre ellos, estuve segura de que todo ese halo caería en poco tiempo.

Sor Esperanza se cansó de esperar a que la gente lo acorralara de camino a la cantina y rodeó a Santiago con uno de sus brazos, atrayéndolo hacia el interior de la carpa donde se servían las comidas, mientras imponía un poco de orden a la barahúnda que se había formado en la puerta.

—¿El nuevo?

Me giré despacio, como siempre que me encontraba con Otowe y, aunque traté con todas mis fuerzas mirarle a los ojos, mi mirada siempre acaba desplazándose hacia su brazo tullido, porque la visión del pliegue de su camisa donde antaño había un brazo sano siempre me castigaría por mis errores.

—Has regresado —le dije, avergonzada por mi indiscreción.

—No había mucho que hacer en las tierras del norte, Awina. Los

Tolai están tranquilos, aunque los Yali y los Moni tuvieron una disputa hace solo unos días por unos casuarios que habían cazado en el límite con sus tierras. Nada grave, no hubo que mediar entre ellos. Parecen haber aceptado los acuerdos de no agresión y, desde luego, no tienen en mente meterse con la gente de la aldea. El jefe Wasako lo dejó bien claro: solo quieren que los dejemos en paz.

Asentí, tranquila por las palabras de Otowe, aliviada de tener a alguien que pudiera interceder entre nosotros y los clanes que se repartían por la jungla y cuyas lenguas él parecía dominar. Miré de nuevo su brazo, fue precisamente su condición la que lo convirtió en el intermediario de la fundación, en la mano derecha de Alain en sus expediciones y en la persona en la que todo el mundo podía confiar su vida si se veía sorprendido, de repente, por uno de los clanes salvajes que viven al margen de la aldea. Era un hombre respetado y querido en nuestra comunidad, apenas un chico joven que había sabido desenvolverse dentro de sus circunstancias. Fue, junto a Makena, de las pocas personas de la aldea a las que sus padres no quisieron bautizar, conservando sus nombres tribales originales.

Lo miré, tratando de verlo solo a él, pero no me resultaba fácil hacerlo sin recordar su mirada cuando descubrió que le había cortado el brazo después del ataque de un cocodrilo. Ese día, pese a haberle salvado la vida, fui testigo de cómo la luz de sus ojos moría para siempre, naciendo, dentro de mí, una sensación de impotencia y fracaso que a veces me hacía replantearme dejarlo todo y volver a Australia, a la casa a la que mi madre se había retirado después de la muerte de mi padre. Si hubiera esperado un poco más, si hubiera confiado más en mí, podría haber salvado su brazo, pero tomé decisiones para las que no estaba preparada, y él sería la prueba viviente de todos mis errores.

—Gracias, Otowe, gracias por todo lo que haces en la isla —le dije, pero lejos de sentirle alagado, retiró la mirada de la mía, se puso en alerta y se apresuró a despedirse.

—No tiene importancia, Awina, este es mi hogar, el bienestar de los míos es mi recompensa —dijo, antes de dejarme sola.

Lo miré alejarse, mezclándose con el grupo de pescadores con el que solía ir a veces. Era un hombre apuesto, alto y de buen porte que, sin embargo, no había querido tomar esposa de entre todas las mujeres de la aldea que le habían declarado sus intenciones, y solo yo sabía por qué, porque sin ese brazo que le permitiera cazar o pescar,

sentía que no tenía nada que ofrecer.

Había oído leyendas de cuando la tribu aún era virgen, de hombres que, habiendo sufrido una lesión permanente, se adentraban en la selva para vivir en soledad y permitir que el destino marcase el desenlace de sus vidas. No había un solo día en el que no rezara para que Otowe no decidiera internarse en la selva para dejarse morir en ella, y sentía que su vida siempre sería mi responsabilidad.

—Así que Awina, ¿eh?

Me giré, sobresaltada, y la risa pirata de Santiago me tomó desprevenida. Quise fruncir el ceño, enfadarme con él por haberme asustado, pero él no tenía la culpa de los miedos que aguardaban en mi conciencia.

—¿No estabas en la cantina? —le dije, tragando saliva.

—He aprovechado un despiste de sor Esperanza para volver a buscarte. No puedo retener más nombres en mi cabeza —dijo, sosteniéndola como si le fuera a explotar—. Pero no has respondido a mi pregunta.

—Ah, eso, bueno… —Me encogí de hombros, restándole importancia—. Awina significa «la que ayuda», era el nombre que los nativos le pusieron a mi madre cuando llegó a la isla. Al marcharse ella, supongo que lo heredé.

Oculté la mirada en los niños que gritaban y reían más allá de las últimas casas de la aldea, en el pequeño terreno despejado de vegetación en el que solían jugar a la pelota. Cuando creí que podría volver a mirar al náufrago sin que ninguna emoción me empañara los ojos, me centré en su pie izquierdo, en lo sucia que estaba la venda por apoyarlo en el suelo, pese a que le pedí que no lo hiciera, y en la postura de incomodidad con la que se apoyaba en la muleta. Estaba exhausto, pero sé que, si no le ponía remedio, no lo haría él por voluntad propia.

—Creo que deberías volver a la camilla y descansar, vas a necesitar todas tus fuerzas para volver aquí esta noche y regalarles a todos la historia que están esperando. Santiago, temible pirata o hijo de un dios —dije, con una voz teatralizada, simulando blandir una espada.

—Santiago, un hombre simple y corriente que tuvo la suerte de sobrevivir a una tormenta en el mar —dijo, moviendo la cabeza.

—Como si haber salido ileso del mar no fuera una hazaña increíble.

—Antes de llegar al mar perdí a mi mejor amigo —dijo, y su rostro se envolvió en sombras—. Todavía no entiendo cómo he logrado

llegar hasta aquí. Quizá sea verdad que me ha traído la tormenta.

Ladeó la cabeza para mirarme a los ojos y un escalofrío recorrió mi espalda. No era mi intención perder el tiempo mirando sus ojos castaños, mucho menos, reparar en la curva de sus labios gruesos. Me reprendí por mi debilidad y sacudí la cabeza, borrando aquella sensación.

—Pues más te vale recuperarte pronto para regresar a tu hogar, ¿no?

Le rodeé la cintura con un brazo, dejado que pusiera parte de su peso sobre mi hombro, y emprendimos el regreso hacia mi cabaña. Pronto tendría que buscarle una solución a su estancia en la aldea; tal vez podría compartir espacio con los hombres que quedaban solteros, o tal vez Otowe quisiera hacerle un hueco en la suya. Cualquier solución me parecía perfecta si dejaba de encontrarme con el escrutinio de sus ojos abiertos cada amanecer.

Dejó caer una mano sobre mi brazo y el calor que desprendía me hizo removerme, incómoda. Había algo en el náufrago que despertaba en mí sensaciones que llevaban demasiado tiempo dormidas, que me recordaban que una vez amé y fui correspondida, que una vez fui capaz de mirar más allá de la aldea hasta casi olvidarme de ella y querer perseguir a alguien más fuera de los confines de lo que era mi hogar.

Tenía que mantener a raya los recuerdos, tenía que revestir la barrera que me aislaba de todo lo que me hacía dudar de mis decisiones, y Santiago tenía que marcharse en el próximo helicóptero con destino a la civilización, porque las tormentas tienen la capacidad de sacudir la tierra, removiendo todo lo que se esconde en ella y yo solo quería vivir en paz.

#

Sorprendí a Makena remendando las suelas de unas sandalias que Anne había destrozado en alguna de sus aventuras. Estaba sentada sobre un taburete bajo de madera, dando puntadas al cuero cuarteado. Tarareaba una canción tradicional, una que hablaba del dios Sol y la diosa Luna, y esperé a que terminara antes de carraspear para que se diera cuenta de que estaba allí.

—Así que tenemos un hombre guapo dando vueltas por la aldea.—Arqueó las cejas, divertida y yo me ruboricé—. Espero que Alain no se

sienta amenazado.

Se echó a reír y yo le saqué la lengua, como una niña enfurruñada porque su hermana le hace rabiar. Makena nació el mismo día que yo, y desde que ambas fuimos capaces de sostenernos sobre nuestras piernas, nada ni nadie había podido separarnos. Ni siquiera la universidad pudo hacerlo, porque ella me acompañó hasta aquel mundo extraño para el que ninguna había nacido. Regresó tan solo un par de años después de empezar sus estudios de enfermería, pero para entonces, ya llevaba a la pequeña Anne creciendo en su vientre y un paño de añoranza en la mirada del que nunca más pudo deshacerse. Jamás hablaba del padre de Anne, pero sé que todavía lo ama.

—Lo último que necesito es a Alain marcando su territorio. —Di un bufido, aliviada por tenerlo lejos de mí en ese momento y hastiada porque sabía que volvería en solo unos meses—. Ese hombre es insufrible.

—¿Y qué vas a hacer? Si no llegan voluntarios dispuestos a quedarse, el día que Dios acoja a las hermanas en su seno, tú te quedarás sola y mucho me temo que la aldea y el motivo por el que se fundó desaparecerán para siempre.

—Esta es mi casa, Makena. Y te recuerdo que tú también volviste; a pesar de que ahora estas sola, tú también elegiste esto… —la corté y ella asintió, ahorrándome oír lo que todo el mundo pensaba, que ese no era mi sitio, que yo no pertenecía a él, que debía regresar antes de que la Fundación me dejara abandonada a mi suerte. No lo hizo, solo continuó con su costura, dando el tema por zanjado y yo se lo agradecí.

—A lo mejor me quedo con el náufrago. Tal vez lo convenzo para casarse conmigo y le doy a Anne el padre que necesita —dijo, pero su sonrisa apretada delataba las ganas que tenía de volver a echarse a reír.

Al final lo hizo, con un sonido escandaloso que hizo que se le saltaran las lágrimas y yo sonreí. No se me ocurría ninguna razón por la que aquel hombre quisiera quedarse con nosotros. Ni él, ni nadie.

—Oye —dijo de nuevo y yo levanté la cabeza para mirarla de nuevo—, mañana tengo que madrugar para ir a la plantación de cacao con las demás, ¿te importa si Anne duerme contigo esta noche?

—Ya sabes que no; después de la cena, cogeré sus cosas. Por cierto, necesito alojar al náufrago en alguna de las cabañas. Tengo que pasar consulta a las embarazadas y no me gustaría hacerlo en la cantina.

Dime si se te ocurre algo que no sea meterlo en tu cama y que sirva para sacarlo de mi casa.

—Cuanto más lejos mejor, ¿eh? —dijo, riendo de nuevo—. La doctora de hielo resulta que también se derrite.

Le sonreí, seca, y ella me dio un abrazo del que traté de zafarme solo por el placer de hacerme rabiar, pero sus palabras dejaron un regusto amargo con el que no terminaba de sentirme cómoda, como si alguien hubiera activado la cuenta atrás para que el mundo, tal y como lo conocía, girase tan rápido, tan rápido, que todo cuanto amaba acabara destruido por la fuerza centrífuga de las cosas que están llamadas a cambiar.

Los Ángeles, California, Estados Unidos

Leonor.

El funeral revolvió la sociedad de Los Ángeles convirtiéndose en un evento multitudinario al que acudió toda la prensa del país, además de muchos de los cantantes, compositores y demás personajes del mundo musical que quisieron acercarse a darle el último adiós a Ricardo. Sus padres habían decidido separar el funeral de su hijo de el del resto de la tripulación, al que no acudieron tantas personas y casi ningún medio pareció darle demasiada importancia.

Leonor permaneció todo ese tiempo en segundo plano, acudiendo a los lugares a los que la llevaban los Diosdado, esperando a que estos resolvieran la situación en la que se encontraba, esperando, con paciencia, que tuvieran un momento para preguntar por su hijo, para indagar sobre su paradero. Pero pasaban los días y todo se reducía a un silencio que le hacía preguntarse demasiado a menudo qué hacía allí.

El funeral de Ricardo ponía punto final a las gestiones de los Diosdado, pues regresarían al día siguiente a México con los restos de su hijo para darle sepultura en el panteón familiar, y ella esperaba con ansias el momento en el que Antonio pudiera atenderla, darle alguna pista, algún indicio con el que empezar a moverse.

Porque lo había decidido: no regresaría a Colima con ellos. No sin encontrar a Santiago, con o sin la ayuda de los Diosdado.

Fue al día siguiente cuando encontró las fuerzas para armarse de valor e ir a hablar con Antonio. Todo estaba preparado para regresar a casa, los Diosdado ya habían recogido sus pertenencias de la que fuera la mansión de su hijo en Los Ángeles y un cartel anunciando la venta del inmueble franqueaba el jardín delantero de la vivienda; volvían a casa con todas sus cosas.

Así que Leonor no tuvo más remedio que tragarse la pena, cuadrarse de hombros y caminar, sigilosa, hasta la puerta entreabierta

del despacho tras la que se ocultaba el padre de Ricardo. Podía ver el codo apoyado sobre la mesa escritorio, pero no fue consciente de que hablaba con alguien más hasta que se acercó sin hacer ruido y contempló el lateral derecho de una persona que respondía en susurros en un español casi perfecto.

—No es posible —decía Antonio—. Tiene que tratarse de un error.

—Lo siento, todo ha quedado registrado en la caja negra del avión, ya lo has oído, Ricardo cometió una negligencia, él fue quien condujo al piloto hacia la tormenta que les costó la vida. La viuda…

—Esto no debe saberse, bajo ningún concepto, ¿me entiendes? Mi hijo se merece descansar y su madre ya ha sufrido lo necesario. No, dejemos las cosas estar, nada de lo que diga esa caja los va a devolver a la vida.

—Pero la viuda no se va a quedar con los brazos cruzados; de hecho, ya ha declarado su intención de abrir una investigación particular y…

—Averigua cuánto quiere. Todo el mundo tiene un precio, y ella tiene una hija pequeña; estoy seguro de que solo quiere que todo esto termine.

Leonor se dio la vuelta, alterada por lo que acababa de oír y reprendiéndose por su atrevimiento. Temblando, dio un par de pasos en dirección a las escaleras y se apresuró a quitarse de en medio antes de que el señor Diosdado y su acompañante abandonaran el despacho. Si hubiera esperado solo un poco más, habría sido testigo de sus palabras, pero no lo hizo.

—¿Qué hacemos con el pasajero número seis?

Antonio Diosdado se rascó la barbilla recién afeitada y, con pesar, cerró los ojos ante la avalancha de problemas que no dejaban de caer encima de sus hombros. Sabía que Leonor estaba esperando una ayuda de su parte, algo a lo que poder agarrarse para encontrar a su hijo.

La caja negra del avión había detectado la voz de un sexto pasajero, una que él conocía bien. Sin embargo, no tenía pruebas de que Santiago viajara realmente en el *jet* de Ricardo y, dado que las autoridades filipinas no encontraron su cuerpo, seguía manteniendo la esperanza de que todo aquello fuera solo un malentendido y Santiago estuviera sano y salvo dentro de los Estados Unidos de América. De cualquier manera, no podía seguir perdiendo el tiempo en California, le urgía volver a casa a encargarse de los negocios que su hijo había dejado huérfanos, de sus pertenencias y del dolor de su mujer. Soltó el

aire, despacio, apesadumbrado por sus pensamientos y respondió.

—Solo espero que el mar se lo devuelva pronto a su madre.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Santiago

Evelyn regresó tarde a la cabaña, justo cuando los rayos del sol empezaban a esconderse por encima de la copa de los árboles que poblaban la selva a nuestro alrededor. Había pasado el resto de la tarde solo, tumbado en la camilla, aburrido, esperando la visita de algún curioso o la vuelta de aquella mujer que tanto se esforzaba por mostrar una neutralidad que en realidad no sentía. Lo sabía, porque, si de algo entiendo en esta vida, es de las cosas que no se dicen pero que anidan los ojos de los que callan. De nuevo, pensé en mi cámara y en la necesidad que sentía de recuperarla de donde quiera que hubiera ido a parar.

El sonido de los flecos de la cortina que franqueaba la puerta de la cabaña me sacó de ese estado de letargo en el que los ojos pesan y el sueño amenaza con hacerte caer. Venía cargada con una bandeja llena de utensilios que no reconocí y que dejó, con más o menos cuidado, sobre una pequeña encimera de acero que descansaba junto a mi camilla. Aunque su rostro se esforzaba por recuperar la seriedad que creía que le correspondía como profesional, sus ojos seguían bailando en el recuerdo de algo sumamente divertido que debía de haberle ocurrido en su ausencia.

—Por fin regresa, doctora —traté de bromear—, por un momento temí que la muerte me sorprendiera en esta consulta.

—Su estado de salud no corre peligro, que yo sepa —dijo, carraspeando, pero sé que trataba por todos los medios de ahogar una sonrisa.

—El aburrimiento ha hecho estragos en la población mundial, doctora; incluso se la considera la tercera causa de muerte más común en el mundo occidental.

Se dio la vuelta con rapidez, volcando una bandeja de metal a su paso y, con todo el esfuerzo del mundo, silenció una carcajada. Le temblaban los hombros por el esfuerzo, pero siguió ocultando el rostro para que no pudiera ver cómo sus defensas caían en picado.

—Y, ¿cuáles son las otras dos causas? —preguntó, un poco más serena.

—Pues está claro que las tormentas no son una de ellas, al parecer.

Ni dijo nada, tan solo cogió unas vendas nuevas y un poco de ese líquido ambarino con el que limpiaba la herida de mi pie y lo dejó todo junto a la camilla, antes de volverse de nuevo y alcanzar una caja llena de pastillas de jabón que descansaba en una repisa algo tosca que hacía equilibrios sobre la encimera, un cubo y unas toallas blancas.

—Hora del baño —dijo, acercándose hasta mí con la intención de quitarme la ropa.

Una respuesta involuntaria me cogió por sorpresa cuando sentí el tacto de sus dedos despojarme de la camisa y me apresuré a impedir que pusiera sus manos sobre el botón de mis pantalones.

—Si me dices dónde puedo hacerlo, yo mismo me daré ese baño —dije, rezando para que no se diera cuenta del abultamiento de mi entrepierna.

Evelyn resopló con fuerza, como si estuviera tratando con un crío caprichoso que se niega a seguir sus órdenes, pero se giró para coger la muleta con la que me desplazaba y, volcando todo lo que había cogido dentro del cubo, preparó las piernas para soportar parte de mi peso mientras me levantaba de la camilla.

En cuanto encajó su hombro bajo el mío, una sacudida me tembló en el estómago y cerré ligeramente los ojos, aspirando un aroma que no estaba enmascarado con perfumes caros y, aun así, me parecía el mejor olor del mundo. Evelyn olía a tierra, a frutos exóticos y a algo más que despertaba una parte de mí que no tenía cabida en aquella isla. Me miró, apremiándome a darme prisa y yo eché a andar, aturdido, hacia el exterior de la cabaña.

En nuestro lento caminar hacia donde quiera que estuvieran los baños, pasamos por delante de un grupo de hombres y mujeres que se afanaban en los preparativos de lo que parecía una pila de troncos en el centro de la aldea. Noté la sonrisa de Evelyn antes de que mi nerviosismo se manifestara en todo mi cuerpo.

—Esta noche prenderemos una gran fogata en honor al dios del mar; o sea, tú.

—Solo espero que no me elijan como ofrenda —dije, medio bromeando, medio preocupado.

—Tranquilo, las tribus salvajes se refugian en Tierra Prohibida.

Nosotros solo comemos humanos cabezotas que no quieren bañarse.

—Entonces es una suerte que quiera hacerlo yo mismo, ¿no? Oye… con respecto a esas tribus… —Me miró de reojo, aguantando la risa—. Los que me sacaron de la playa, ellos…

—Son inofensivos. La mayoría de los Asaro son ganaderos: crían cerdos y algunas aves pequeñas. Aunque en realidad solo son parientes de los Asaro de Nueva Guinea. Imagino lo que pensaste cuando viste esas máscaras tan grotescas que usan para asustar a sus enemigos.

Esta vez no fue tan rápida y no pudo hacer nada por evitar echarse a reír, y a mí se me erizó el vello de los brazos; no supe bien si por lo que acababa de decir o por la forma tan extraña de su risa, que se me coló por los oídos directo al corazón. Evelyn tenía mucho sentido del humor y no sabía por qué se esforzaba tanto por ser la reina de los glaciares cuando estaba conmigo. Era como si llevase la palabra «NO» escrita en la frente y esa fuera su respuesta a todo lo que veía en mí.

Guardamos silencio durante un camino que se me hizo lento y pesado para un pie que no dejaba de dar señales de maltrato a medida que nos alejábamos de la aldea, conduciéndonos hacia el interior de la selva. Evelyn volvió a hablar al cabo de mucho tiempo en el que el silencio parecía incapaz de marchase; estaba seria, como si hubiera llegado a una conclusión mientras pensaba hacia dentro.

—Los occidentales tenéis una idea absurda y un tanto preocupante acerca de las personas que viven en las tribus. No están envueltas en todo ese rollo de misterio y fantasía, ni son unos asesinos despiadados con sed de sangre y vísceras. Solo son personas normales que se dedican a sobrevivir cada día; cultivan su comida, protegen su entorno y viven en comunidad con la Madre Tierra. Así que ya ves, solo quieren que los dejemos en paz. Qué miedo, ¿verdad?

No dije nada, solo la miré de reojo. Se había puesto colorada por el esfuerzo de soportar parte de mi peso, pero también por una emoción que palpitaba debajo de aquella absurda máscara con la que se escondía de mí. Se detuvo tan solo unos pasos más adelante; soltándose de mi hombro, señaló delante de mí y me giré para mirar.

Una cascada de al menos tres metros rompía una roca en dos mitades simétricas, revestidas de verde musgo y otras enredaderas que ocultaban la masa de piedra que había debajo. A sus pies, se formaba una pequeña piscina natural en forma de medialuna que, al descansar bajo las dos mitades de roca, quedaba parcialmente oculta a ojos de

cualquiera que pudiera llegar caminando hasta allí.

—Ya hemos llegado. —La miré con los ojos muy abiertos, maravillado con la belleza de lo que teníamos delante, pero creo que ella interpretó, a su manera, lo que veía en mis ojos—. La bañera de hidromasajes está averiada y el váter recubierto de oro de veinticuatro quilates, también. Así que te recomiendo una fantástica y reconfortante ducha de agua fría, seguido de una íntima visita a las letrinas que están situadas a diez metros de la roca que está más a la derecha. Nadie te molestará a estas horas, porque todo el mundo está ocupado haciendo algo importante con sus vidas.

—¿Te vas? —pregunté, preocupado ante la idea de quedarme allí solo.

—Tranquilo, Tarzán, no me alejaré demasiado, pero creo que no quieres que te vea desnudo. —Se giró, dejando de mirarme de frente —. Aunque debería informarte de que ya lo he hecho y tampoco tienes nada que no haya visto antes.

Estuve tentado de responderle algo que hiciera que se le subiera un par de tonos al rojo de sus mejillas, pero me había quedado sobrecogido por la belleza del paisaje a mi alrededor. Ella aprovechó el momento para dejarme solo y, como si estuviera profanando un lugar sagrado, me adentré despacio en aquella poza de agua cristalina que me cubría hasta la cintura. Ni siquiera me molesté en quitarme la ropa, porque el corazón de aquella cascada me palpitaba tan fuerte en las sienes que solo podía obedecer sus órdenes: ven a mí, sumérgete.

#

Medio centenar de caras me observaban y las sombras de las llamas de la hoguera pintaban sus rostros de tonalidades rojizas que se mezclaban, de forma sutil, con la oscuridad de la noche. Guardaban silencio, sentados en el suelo, sujetándose las rodillas con los brazos, atentos a unas palabras que no lograba encontrar en mi interior. Estaba nervioso, aunque saberme limpio de nuevo mejoraba mi situación en general, pero la expectación que sentía palpitar a mi alrededor hacía que quisiera encogerme hasta desaparecer.

Los ancianos de la aldea, entre los que se encontraban las religiosas, estaban sentados en bancos de madera en el límite del círculo que se había cerrado en torno a mí, Evelyn estaba con ellos y acunaba en sus rodillas a la niña de gomillas de colores que me había

confundido con un pirata. Tragué saliva varias veces intentando ganar tiempo para pensar en cómo iba a contar mi historia, pero algunos comenzaron a bostezar y me apresuré a darles lo que querían.

—Pues, supongo que todo empezó el día que perdí mi trabajo como fotógrafo de una revista muy conocida en Los Ángeles y…

Hasta yo me aburrí con el comienzo de esa historia, así que, —y algunas veces tengo remordimientos por ello— comencé a desviarme, a adornar de misterio y aventura algo que solo había sido un trágico accidente. También exageré acerca de mis esfuerzos por sobrevivir a la tormenta en el mar y a los días que pasé escondido y solo en la playa les quité horas de aburrimiento y añadí pruebas difíciles de superar: árboles a los que escalar en busca de refugio o comida, sueños reveladores que me indicaban que la ayuda estaba cerca y alguna que otra lucha con algún animal salvaje.

Cuando terminé de contar la historia, los ancianos parecían satisfechos, los adultos sonreían, agradecidos por el rato de diversión, y los niños me miraban como el héroe que creían que era. Tan solo Evelyn parecía no dar crédito a lo que había oído, pero no fue hasta que nos llenamos la barriga con la cena y la gente comenzó a dispersarse en pequeños grupos, que se acercó para sentarse a mi lado en el suelo. Llevaba un líquido que desprendía olores cítricos dentro de un vaso hecho con una caña de bambú y me lo tendió.

—Así que tuviste que pelear contra un cocodrilo en los manglares… Eso explica los cortes de tus brazos. Menuda fiera tenía que estar hecho… —Alzó las cejas y yo aproveché para dar un trago a aquel líquido dulce y chispeante.

—La versión original, en la que lloré, recé por morir pronto y me hice pis cuando aparecieron las máscaras de los Asaro en mi campo de visión no me dejaba en buen lugar.

Evelyn dio una sonora carcajada que la hizo escupir el zumo que estaba bebiendo. La gente de la aldea nos miró, solo un segundo, antes de regresar a sus conversaciones. Tan solo una joven de cabellos largos y figura voluminosa observaba, sin quitar ojos a la escena que estábamos protagonizando los dos. Evelyn la saludó con la cabeza y ella sonrió, coqueta, en la dirección en la que me encontraba sentado.

—¿Eres fotógrafo? —preguntó, extrañada o concentrada en ver más de lo que veía en ese momento en mí.

—Sí, pero no del tipo que crees… Tan solo fotografío a modelos y viejas glorias del cine…

—Lo dices como si no tuvieras ningún tipo de mérito.

—Es más aburrido de lo que parece, créeme.

—¿Y por qué lo hacías? —dijo y yo la miré, esperando que continuara, pero ella no lo hizo y me quedé enganchado a sus pecas, a la curva de sus pestañas, a su nariz respingona y a las trenzas de las que escapaban pequeños mechones del color de la miel.

Conseguí que se pusiera nerviosa, aunque esa no era mi intención y dejé de focalizar sobre ella en cuanto la vi tantear la posibilidad de ponerse de pie y marcharse. Tamborileé con los dedos sobre mis piernas, distraído con la música, distrayendo las ansias irrefrenables por hacerme con mi cámara de fotos y captar toda la belleza que ni un millón de años soñé que podría encontrar en aquella isla. Unos rostros vírgenes, con la pátina inmaculada de la inocencia pintada en los ojos, con la curiosidad con la que me observaban, con la felicidad y el sentido de pertenencia que no hundía sus hombros ni encorvaba sus labios. Rostros nunca antes fotografiados, rostros hermosos, perfectos, intactos.

—Joder, cómo la echo de menos… —dije, y Evelyn se giró para mirarme, algo sobresaltada.

—¿A tu chica? —preguntó y yo me eché a reír.

—A mi cámara, aunque hay quien cree que tengo un lío con ella.

Ocultó el rostro levemente, mirando hacia los rescoldos de una hoguera que comenzaba a apagarse al ritmo con el que decaían las conversaciones y la gente se preparaba para regresar a sus cabañas. Quizá se había ruborizado, quizá solo fuera el reflejo de las brasas, solo sé que estaba preciosa. La pequeña que había llevado en brazos hacía unas horas, dormitaba sobre el banco que rodeaba la hoguera y ella se puso en pie, alejándose de mi observación indiscreta.

—Será mejor que vuelvas a la cabaña e intentes dormir, ¿crees que podrás llegar tú solo? Tengo que recoger algunas cosas, Anne dormirá hoy con nosotros y necesita su muñeca de trapo para hacerlo sin sufrir una de esas pesadillas que despiertan a media aldea —dijo, sonriendo. Se volvió para darme la espalda, pero, antes de llegar al camino que conducía a las cabañas de los nativos, se giró, recordando algo—. Y por tu cámara, no te preocupes, creo que sé quién la tiene.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Otowe

Un hombre aguardaba a que todos se fueran a dormir a sus cabañas para dejar atrás los rescoldos de la hoguera y atravesar el camino que conducía a las casitas de adobe de los nativos. Había pasado toda la noche rechazando los vasos de licor de fruta que algunos fermentaban de forma clandestina en el límite de la aldea con la playa; pese a que la Fundación no aprobaba la bebida alcohólica, las religiosas solía hacer la vista gorda de vez en cuando, sobre todo si la ocasión era especial.

Cuando los asistentes a la bienvenida de aquel náufrago comenzaron a buscar un refugio a su borrachera, él ya atravesaba el umbral de la casa en la que su amante lo esperaba, semidesnuda, bajo el claro de luna que se colaba por la puerta de la pequeña y humilde cabaña.

Con la prisa que solo el deseo conseguía desatar en él, se acercó para rodearla con el único de sus brazos que aún conservaba intacto. No sentía odio o rencor alguno por haberlo perdido, pero hacerlo le hizo entender que aquel no era su lugar. Había un mundo más grande en alguna parte lejos de la pobreza y austeridad con la que vivían en aquella isla, un lugar donde verte privado de movilidad no pudiera condenarte al exilio, a la inutilidad más humillante o incluso, a la muerte.

Otowe trató de concentrarse en el aroma de su acompañante, en la suavidad de la piel tersa bajo su mano, en la respuesta a la excitación de su propio cuerpo y en las caricias que ella le devolvía. Con los labios, buscó un punto bajo su oreja derecha y comenzó a acariciar la piel del cuello, arrancando sus gemidos. Sin embargo, su atención permanecía dividida entre dos mundos opuestos, haciendo que el estado placentero en el que se mantenía su cuerpo se disipara en cuanto sus pensamientos saltaban del pecho voluptuoso que tenía pegado al suyo, a la última conversación que había mantenido con Alain.

—¿Estás bien? —preguntó ella, apartándose para mirarlo a la cara e intentar comprender por qué su mente estaba tan lejos de allí—. ¿Ha habido acuerdo con el jefe Wasako?

—No, todo ha salido mal. Se niegan a firmar un tratado al margen de la aldea. No les interesa nada de lo que Alain les ofrece: ni armas, ni oro, ni tierras; nada.

Otowe se separó de su amante cuando comprendió que sus preocupaciones ocupaban el cien por cien de su mente y se dejó caer, sin mucha ceremonia, sobre un taburete de madera que ella sacó de debajo de la cama.

—Pero no lo entiendo, ¿por qué necesitamos a las tribus del norte para salir de la isla? Yo creí que Alain encontraría un trabajo para nosotros en Puerto Moresby y ahí podríamos ganar lo suficiente para irnos a Australia.

—Lo sé, lo sé, pero antes tengo que hacer algo por él, algo que… —Otowe la miró solo un segundo, decidiendo si ella sería capaz de traicionarlo si le contaba lo que sabía. Su amistad con Awina hizo inclinar la balanza y, con los ojos puestos en cualquier cosa que no fuera su rostro, le mintió—. Quiere contactar con los Khakhuas para estudiarlos desde el interior, y ya sabes que están completamente aislados. Son peligrosos, y en el caso de que no acepten a Alain y decidan atacarnos… Bueno, necesitamos esa alianza con las demás tribus para proteger nuestras vidas.

—¿Cómo que vuestras? ¿Tú también estás pensando en acompañarlo? —dijo ella, profundamente conmocionada.

Otowe miró asombrado las lágrimas que brotaron de los ojos de su amante, pero, lejos de acercarse para consolarla, se levantó del taburete y dio varios pasos hacia atrás, lejos de ella.

—¿Por qué sufres? No me amas, no te amo, esto es solo un pacto de mutua supervivencia.

—Porque si algo malo llegara a ocurrirte, perdería la oportunidad de sacar a Anne de la isla.

Makena ocultó su rostro entre las palmas de sus manos, ahogando el llanto que hacía bascular su cuerpo. Otowe la miraba sin atreverse a salvar los pasos que los separaban y concederle el abrazo que tanto necesitaba. Solo era un pacto entre amigos, entre dos amantes que se unen bajo la necesidad de cubrirse las espaldas. Tenía la esperanza de salir de la isla, regresar a Australia, encontrar al padre de Anne y darle la familia que la pequeña necesitaba en un lugar donde sus

posibilidades no fueran las de trabajar la tierra, criar ganado, casarse y parir media docena de hijos con la esperanza de no morir en el parto.

—Escúchame bien. —Otowe se acercó a Makena, y con los dedos corazón e índice de su única mano, le sostuvo el mentón para lograr que sus ojos se posaran en los suyos—. No pienso dejarte en esta isla, ni a ti, ni a Anne. Te lo prometo.

Y sellando una promesa que no estaba seguro de poder cumplir, hundió los labios entre los de ella, despojándola, después, de la fina túnica que apenas lograba esconder sus pechos desnudos.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Evelyn

La noche terminó con Santiago profundamente dormido sobre su camilla, preso de los efectos secundarios del alcohol de frutas, y con Anne maravillada con la historia que había contado delante de todos en la hoguera de bienvenida. Tenerlo a escasos metros de ella y saber que pasaría la noche en el mismo lugar que su nuevo héroe la mantenía en un estado de excitación que hacía muy difícil que se fuera a la cama temprano. Cuando lo hizo, apenas unas horas antes del amanecer, también lo hice yo, pero por alguna extraña razón, no podía conciliar el sueño.

En las horas en las que no dormí, había estado pensando cómo devolverle a Santiago aquello que más amaba, pero no era eso lo que había conseguido mantenerme en vilo, sino el cosquilleo que no dejaba de azotarme desde que él había aterrizado en la camilla en la que dormía a pierna suelta. Lo miré, recordando su voz cavernosa al contar aquella absurda historia, sus ojos brillantes por el reflejo de la hoguera en sus pupilas, sus labios suaves posados sobre el filo del vaso que le di, el aroma de su piel, sentado a mi lado junto al fuego, y esa forma en la que me miraba, intentando llegar hasta el centro mismo de mi propia existencia. El náufrago me gustaba, y eso no me lo podía permitir.

Yo pertenecía a aquella isla tanto como sus rocas, sus árboles o cada uno de los manantiales que la recorrían por dentro, y él tenía que marcharse; era tan simple como eso. Todos se iban al final y solo yo me quedaba.

Así que procuré salir antes de que Anne y él despertaran del sueño profundo en el que parecían estar sumidos y puse los pies en el camino que conducía a la cabaña de Otowe. Aunque era tan temprano que la luz del sol apenas había comenzado a colorear el cielo, sabía que casi toda la aldea andaba haciendo sus preparativos para comenzar a ocuparse de sus innumerables tareas. Otowe, sin embargo, pocas cosas podía hacer en aquel lugar si Alain no estaba cerca. Lo

encontré en el camino a la cantina, donde a veces ayudaba dispensando comida para sus vecinos. Aunque lo llamé varias veces, no fue hasta que estuve junto a su hombro cuando se dio la vuelta y me miró, de esa forma en la que siempre lo hacía, supongo que tratando de no odiarme por haber arruinado su vida.

—Buenos días, Evelyn, perdona, no te había oído —dijo, aunque yo sé que sí que lo había hecho.

—Buenos días, he venido a pedirte un favor. —Resoplé entre dientes por la pequeña carrera que había tenido que dar para llegar hasta él y cortarle el camino—. Te necesito.

—¿A mí? ¿Para qué habrías de necesitarme? —dijo, encogiendo el ceño.

—Necesito hacer una visita a los Asaro, y ya sabes que apenas chapurreo algunas palabras de su idioma.

—Puedes ir cuando quieras, son nuestra tribu vecina, no van a hacerte nada. Y por lo demás… seguro que encuentras la forma de hacerte entender —dijo, volviéndose hacia la cantina, tratando de deshacerse de mí.

—Espera, espera. —Le cogí justo por el lugar en el que terminaba el muñón y se giró para mirarme, tratando de no dejar que asomaran todas las emociones que bullían en su interior—. Santiago vendrá conmigo, y ya sabes lo supersticiosos que son; si lo ven allí, no querrán dejarlo volver. Por favor, Otowe… por favor.

—Está bien, dame un tiempo para preparar unas cosas y nos vemos en una hora en la cantina —dijo, después de emplear un tiempo excesivo en pensarse mi propuesta.

—Hay algo más… —decidí arriesgarme— el náufrago necesita un lugar donde vivir hasta que llegue el próximo helicóptero y había pensado…

—¡No! De ninguna manera, me niego —extendió el brazo, poniendo distancia entre él, mis ideas y yo—. Lo siento, Awina, pero eso sí que no; mi cabaña ya es demasiado pequeña incluso para mí y no estoy dispuesto a compartirla con un intruso. Nos vemos aquí en una hora, pero no vuelvas a pedirme nada como eso.

Se giró definitivamente, dejándome sola en medio de la aldea, junto a las cenizas de la fogata de la noche anterior. Había conseguido un guía para ir a la aldea de los Asaro, pero ahora tenía a un náufrago ocupando, de forma indefinida, mi propia cabaña.

Me acerqué despacio, tratando de no hacer ni el más mínimo ruido que pudiera ponerlos en alerta. A través del hueco de la puerta, una risita se escapaba sin control y una voz masculina narraba, de nuevo, una historia de aventuras cargada de piratas, monstruos marinos y terroríficos enemigos a los que tuvo que enfrentarse antes de acabar encontrando la aldea. Sonreí, porque sabía que eran las historias que más le gustaban a Anne. Estuve a punto de salir de detrás de la pared de la cabaña para entrar cuando su conversación me hizo detenerme, curiosa, en el mismo lugar en el que me había escondido. Solté el bulto que llevaba en los brazos despacio, y el leve crujido de las hojas sobre las que descansó me hizo aguantar el aliento, pero estaba claro que su atención estaba puesta en sus locas fantasías.

—Algún día te llevaré hasta tu barco, Santiago; entonces podrás enseñarme el tesoro que se esconde en las bodegas.

—El código pirata dice que, si un pirata ayuda a otro a llegar hasta su navío, lo justo es que compartan el botín— dijo Santiago y Anne volvió a reír—. Doblones de oro, collares de esmeralda, rubí o zafiro, lo que quieras.

—Escojo un collar de esmeraldas para mí y uno de rubíes para mamá, y una tiara de reina para Awina. —Rio y yo sonreí, complacida por las palabras de Anne—. ¡Oh! Pero ella no te dejará moverte de la aldea… y, además, seguro que te marchas antes de que podamos ver el tesoro.

Aunque no vi el rostro de Anne, el tono de su voz destilaba desilusión y tristeza por perder a alguien a quien consideraba especial, una fuente de entretenimiento que tanto escaseaba en la aldea.

—Pero aún quedan muchos días para eso, y Awina no puede dejarme tirado en esta camilla para siempre. Y si dice que no, ¡nos escapamos! —dijo, acompañando sus palabras de un acento pirata que hizo que Anne se desternillara de risa—. La asaltamos por sorpresa, la atamos a la camilla y huimos. Así no podrá seguirnos.

—Ejem —dije con fuerza en cuanto atravesé la puerta de la cabaña.

Los dos se giraron para verme entrar, pero permanecieron en silencio mientras desataba la cuerda que mantenía enrollado el colchón fino que había conseguido para que Santiago pudiera dormir por las noches.

Tratando de no ponerme nerviosa con aquellos cuatro ojos fijos en

mí, desplacé mi propia cama para dejar hueco a la suya. Cuando terminé, llevé mis manos a las caderas y, procurando no mirar al náufrago a los ojos, le di una explicación en cuanto a cómo serían las cosas a partir de ese momento.

—Ya he hablado con sor Consuelo para que prepare tu regreso en el próximo helicóptero; hasta entonces, y dado que necesito recuperar la camilla, dormirás en este colchón, en mi cabaña… —dije, y sentí las mejillas arder—. También creo que ha llegado la hora de que te muevas con soltura por la aldea. Los puntos del pie están casi curados, así que sería buena idea que fueras recuperando la movilidad. Necesitarás buscarte una ocupación mientras atiendo a mis pacientes, porque necesito intimidad en la cabaña y porque creo que te sentirás menos ansioso si tienes algo que hacer.

Santiago me miró, tratando de asimilar toda la información que le había soltado de golpe. Giré un poco mi cuerpo, simulando hacer cosas sumamente urgentes y necesarias, como mover trastos de la mesita de acero que no me servían para mucho más que para alejarme de sus ojos castaños.

—Anne, prepárate para ir a la cantina, los demás ya han empezado a desayunar y sor María os espera en media hora en la escuela.

—Pero, Awina, yo quiero quedarme contigo.

—Pero nada, ven a lavarte la cara y a peinarte.

—¡Jooooo! —protestó Anne dando un fuerte pisotón en el suelo.

Anne se aproximó hacia donde la estaba esperando con los coleteros en la mano, con los hombros abatidos en señal de disgusto, y yo me apresuré a prepararla antes de que entrara en un bucle de rabietas incontrolables. Le hice dos coletas a ambos lados de la cabeza, dejando que su pelo rizado formara pompones naturales alrededor de las gomillas de colores, le lavé la cara y dejé un beso en sus mofletes desinflados por la rabia antes de mandarla derechita a la cantina, donde sor Esperanza, alertada por sus continuos escapes, la esperaba para que no se escaqueara en busca de aventuras.

—Menudo carácter tienen las mujeres en esta isla —dijo, desafortunadamente, Santiago.

—Si no te gusta, puedes mudarte con los Kaikai; no tiene mujeres, las exilian de la tribu en cuanto alcanzan la pubertad. Los hombres te acogerían más que encantados —dije, batiendo las pestañas de forma coqueta, tratando de dar realismo a una tribu que no existía, pero que acababa de inventar en ese mismo momento.

Santiago se echó a reír, con las manos hacia arriba en señal de tregua; después, juntó las palmas y pidió perdón por su comentario. Me di la vuelta y seguí removiendo cosas, nerviosa por la compañía y por saber que tendría que dormir a escasos metros de él mientras durara su estancia en la isla.

—Hay una serie de normas que deberás cumplir si quieres dormir conmigo; es decir… aquí. —Me mordí el labio ruborizada por lo que había dicho y él tuvo que controlar sus ganas de reírse de mí, después levantó un dedo esperando a que le nombrara la primera norma—. Debes encargarte de la limpieza de la parte que te corresponde.

—Eso está hecho.

—Dos: nada de volver de madrugada o te quedas a dormir fuera —dije y asintió.

—¿Tres?

—Nada de ponerte tonto e intentar meterte en mi cama. Te advierto que tengo un mazo junto a la mesilla y que por las noches no atino a ver bien lo que tengo delante. Podría partirte la cabeza si lo intentas.

Abrió la boca y emitió una sonora carcajada que me molestó aún más, y no sé si fue por el hecho de que hubiera considerado esa posibilidad o porque me creía realmente capaz de abrirle el cráneo.

—Cuatro —dije—. Si roncas, te envío a dormir con Atola.

—Yo no ronco, ¿qué os pasa a todas? —dijo, encogiéndose de hombros— Está bien, está bien. Lo pillo y acepto todas tus normas, y como muestra de buena voluntad, empezaré por dejarte libre la consulta. Nos vemos después de comer, Evelyn.

Se levantó para buscar la muleta, dio un par de vueltas a la cinturilla de sus pantalones para evitar que se cayeran y se dispuso a salir de la cabaña.

—No tan rápido, forastero —dije y vi cómo sonreía, divertido. Me mordí el labio para no dejar salir una carcajada, y, haciendo un esfuerzo, lo miré sin mostrar la más mínima emoción—. Tú y yo tenemos planes hoy.

#

No sé qué se me había pasado por la cabeza para creer que Otowe me había tomado en serio cuando le pedí que nos acompañara a la tribu de los Asaro, pero lo cierto era que estuve tentada de darme la

vuelta y volver a mis tareas cuando, una hora más tarde de la acordada, apareció por el Este de la selva, donde estaban situados los campos de cacao, para decirme, con voz vacilante y sin apartar la mirada de Santiago, que tendríamos que ir adelantando camino porque él tenía un asunto que tratar antes de reunirse con nosotros. Ni siquiera me dejó recordarle que había prometido ayudarme, porque lo único que fui capaz de ver, segundos después de terminar su discurso, fue su espalda regresando por el lugar por el que había venido.

—¡Será capullo! —dije en inglés y entre dientes, con la mala suerte de que Santiago oyó mis palabras.

—Pues parece que nos ha dejado tirados… —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Quién es? No parece que te tenga mucha estima.

—Uno de mis mejores amigos hasta hace, tan solo, unos años. —Me miró, demandando la información que no le daba y haciendo acopio de algo de valor, le conté la historia de Otowe—. Yo le corté el brazo, así que supongo que destrocé su futuro. La verdad, yo tampoco me tendría demasiada estima.

—Le salvaste la vida, igual que hiciste conmigo.

—Lo he dejado lisiado para el resto de sus días y, por lo que has podido comprobar por ti mismo, sobrevivir a esta isla cuando no estás en plenas facultades puede hacer que tu vida sea demasiado corta. Mírate, tu pie nunca volverá a ser lo que era, ¿crees que no te observo cuando caminas? Probablemente he hecho un estropicio al unir los tendones y nunca recuperen su función correcta.

—Has hecho lo que has podido. —Santiago tuvo que dar una buena zancada para alcanzarme, pues ya habíamos puesto rumbo hacia el oeste, hacia el campamento de una de las primeras tribus que firmaron el acuerdo de no agresión. Me cogió el codo haciendo presión con dos dedos, y el calor y la sensación de cosquilleo fueron inmediatos. —Eh, no tienes un hospital en esa cabaña, deja de torturarte por algo que no puedes cambiar.

Moví el brazo, desplazándome hacia la derecha, poniendo espacio entre los dos antes de que se diera cuenta de cuánto me afectaba su tacto, pero él pareció no captar la sutileza del lenguaje de mi cuerpo, porque se situó más cerca de mí, mirándome con el ceño fruncido y los labios entreabiertos, como si hubiera hecho una pregunta y estuviera esperando a que yo le diera la respuesta.

—No voy a morirme por un poco de cojera —dijo, sonriendo—. Soy fotógrafo, no atleta.

—¿Qué habría pasado si te hubiera dejado ciego? —Agachó la cabeza, pensativo y asintió, dándome la razón—. Además, tú no tienes que preocuparte por sobrevivir en esta isla. Dentro de unas cuantas semanas regresarás a la vida que te está esperando en alguna parte y nosotros solo seremos una anécdota para ti.

Me giré, porque tenía la necesidad de dejar de mirarlo de frente y seguí abriéndome paso a través de la vegetación hacia la aldea vecina. Él me siguió, haciendo tanto ruido que no tuve que volverme para comprobar que seguía el sendero que yo iba trazando. Cada zancada de su pie izquierdo era una bala que se me clavaba en el centro del pecho, y recordé las palabras de Alain alentándome a abandonar la isla, a encontrar trabajo en un hospital donde la falta de recursos no me llevaran a cometer torpezas que pudieran poner en riesgo la capacidad de nadie, porque a veces, demasiadas veces, me preguntaba qué me seguía reteniendo allí cuando nadie parecía necesitarme, cuando todos funcionaban antes de llegar nosotros y probablemente también lo harían si no estuviéramos allí. Era la parte que nunca logré entender de todo eso: qué había llevado a mi padre a descubrir, alterar y cambiar la existencia de tantas personas en aquella alejada y remota isla.

Pensar en mi padre me impulsaba automáticamente a acordarme de mi madre, y en la insistencia con la que intentaba convencerme de reunirme con ella en Australia en las pocas ocasiones en las que habíamos logrado contactar a través de la radio del helicóptero. La muerte de mi padre y todo lo que ocurrió con los khakhuas fue el detonante para que cogiera sus cosas y decidiera abandonar la fundación que la había llevado hasta allí, y de la que cada vez quedaban menos voluntarios.

Sor Esperanza, sor María, sor Consuelo, sor Amparo, sor Lucía… Solo unas cuantas religiosas cabezotas empeñadas en luchar por la aldea, pero tan ancianas que estaba cada vez más convencida de que la Fundación y el proyecto que las había reunido allí estaban a punto de extinguirse. Los nuevos voluntarios regresaban a sus países a las pocas semanas de convivencia, esparciendo rumores sobre los crímenes atroces que, a veces, habían presenciado cuando alguien decidía, por voluntad propia o por inconsciencia, saltarse el tratado y atravesar la linde de Tierra Prohibida. Y yo me preguntaba cuánto faltaría para que la Fundación retirara los fondos, plegara velas y nos dejara a nuestra merced. Y si eso llegaba a ocurrir, ¿a dónde iría yo?

Había nacido en la Isla de Sandy, pero yo no era como ellos, y por mucho que yo no quisiera reconocerlo, la mayoría seguía tratándome como una extranjera. Ni siquiera los hombres solteros de la aldea habían tratado de acercarse a mí, pues hasta ellos parecían entender que mi sitio no estaba en ninguna parte. Tampoco lo encontré durante el tiempo que estudié en Australia; y si mi sitio no estaba allí, entonces ¿dónde?

Me volví despacio cuando noté que las pisadas de Santiago se habían detenido y sonreí de medio lado cuando lo vi enfrascado en la minuciosa tarea de observar las pequeñas flores de pétalos de color salmón que se cerraban en cuanto algún mosquito se posaba en ellas; era como un niño que ve el mundo por primera vez. El náufrago era, junto con las hermanas, el único habitante de la aldea que se parecía a mí, pero al contrario que yo, él sí tenía un lugar al que regresar.

Los Ángeles, California, Estados Unidos

Leonor

Despidió a los Diosdado en la estación de autobuses de Los Ángeles, donde la habían dejado junto a la maleta con las pocas cosas que había llevado con ella. En el bolsillo de sus pantalones vaqueros guardaba celosamente el sobre con un puñado de billetes de dólar que había prometido devolverles, y miraba, aterrada, hacia el andén donde descansaba el autobús que la había llevado a Pasadena.

Había decidido empezar la búsqueda en el apartamento de Santiago, porque se le ocurrió que quizá podría encontrar alguna pista entre sus cosas. Lo que nunca imaginó es que descubriría a otras personas viviendo en el domicilio que Santiago había dejado anotado en la primera de las postales que envió cuando se mudó a Pasadena.

Cualquier intento de entablar una conversación con aquellas personas que le miraban sin saber qué hacía al otro lado de la puerta fue en vano, y Leonor agarró su maleta con firmeza y puso sus pies fuera de aquel edificio con una mezcla de impotencia, rabia y miedo. Lo que ella no sabía era que alguien, a tan solo una puerta de distancia, la estaba observando. Solo se había alejado unos pasos cuando una voz masculina, que la llamaba por la espalda, la hizo detenerse.

—¿Es usted pariente de Santiago? —preguntó en español con acento puertorriqueño un hombre de avanzada edad y los labios arrugados por el hábito de agarrar entre ellos un cigarro apagado.

—Soy Leonor Quintana, y Santiago Rivera es mi hijo. Y usted es… —Leonor se acercó y le tendió una mano que el otro sacudió con energía.

—Carlos Fonseca, vecino de Santiago. Mucho gusto. Pero debe saber que su hijo lleva tiempo sin aparecer por aquí, y solo espero que no le toque encontrarse cara a cara con el casero. Verá, ha puesto una denuncia por impago y, si la ve a usted aquí, le sacará hasta las

muelas. —El hombre rio su propio chiste con una carcajada escandalosa, pero Leonor tan solo lo miraba.

—¿Sabe a dónde ha podido ir mi hijo? —se atrevió a decir.

—No tengo ni la más mínima idea —dijo el hombre sacudiendo la cabeza, haciendo oscilar el sombrero de ala pasado de moda con el que se cubría la cabeza.

Leonor agachó la mirada, asió de nuevo la maleta que había soltado en el suelo y giró sobre sus pasos dispuesta a regresar en el autobús de la tarde con destino a Los Ángeles, pero el hombre seguía observándola y sus palabras la detuvieron al instante.

— Pero solemos charlar cada noche y hace demasiado que no abre su ventana. Si quiere, puede echar un vistazo a sus cosas. Las guardo en el trastero del sótano por si Santiago decide regresar, aunque… no parece muy propio de él dejarlo todo y salir corriendo.

Leonor arrugó el entrecejo, curiosa, pero lo cierto era que no creía que un montón de ropa pudiera decirle dónde encontrar a su hijo. Dio media vuelta, inventando una excusa sobre la marcha, pero aquel hombre volvió a seguirla, impidiendo que pusiera rumbo a la estación de autobuses.

—Tengo que encontrar a mi hijo, tengo que buscarlo donde sea, mi hijo no ha podido irse por su propia voluntad y abandonarlo todo… esto es… —Leonor comenzó a hiperventilar, con una mano agarrada a su costado y doblada por la mitad por la falta de aire. La búsqueda infructuosa no hacía más que confirmar sus temores.

Carlos Fonseca la dejó sola en el aparcamiento delantero del edificio tan solo unos minutos, el tiempo que tardó en coger las llaves de un coche clásico de dos plazas que descansaba, aparcado, a solo unos metros de ella. Cuando regresó, cogió la maleta que Leonor había abandonado en el suelo y la agarró, suave, del codo.

—Vamos, señora Leonor, no perdamos más tiempo.

—¿A dónde vamos?

—A buscar a Santiago. Es imposible que a ese muchacho se lo haya tragado la tierra.

Leonor se dejó conducir, aturdida por las palabras de aquel pintoresco señor, porque estaba segura de que no se lo había tragado la tierra, pero era muy probable que sí lo hubiera hecho el mar.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Otowe

Hacer que Awina desistiera de su empeño en ir a la aldea de los Asaro fue una misión imposible, pues, pese a haberlos dejado abandonados a su suerte, los vio tomar el rumbo que los alejaba de la aldea y los conducía derechitos a la parte de la isla que controlaban sus vecinos.

Lo que ellos no sabían era que Otowe no estaría tan lejos, pues el lugar de encuentro que había fijado con Alain lo situaba entre las plantaciones de cacao y la frontera con los Asaro, en un espacio, tierra de nadie, donde a veces solían encontrarse para hablar sin ser escuchados.

Trataba de poner atención a las indicaciones que Alain repartía entre los pocos mercenarios que había logrado convencer para que lo acompañaran hasta las minas y que se mezclaban en aquel extraño grupo semioculto por la vegetación y silenciados por el borboteo del agua de una cascada. Parecía serio, pero el riesgo que corrían de ser descubiertos podía costarles la vida. Cuando el grupo se dispersó, Alain se acercó al lado de su más fiel amigo y confidente, la única pieza imprescindible para que las hermanas de la fundación no sospecharan lo que se traían entre manos, además de ser sus ojos allí donde él no podía ver.

—Otowe, ¿estás bien? —preguntó, haciendo presión con la palma de su mano sobre el hombro del nativo. Podría parecer un saludo entre camaradas, pero la presión que ejercía sobre el brazo mutilado estaba cargada de simbolismo—. Te noto distraído, ¿va todo bien por la aldea?

—Oh, sí, por la aldea todo funciona como siempre, las hermanas, Awina… Todo dentro de la normalidad. Salvo por el náufrago, que se pasea por allí como si estuviera en su casa —dijo y enseguida se arrepintió de sus palabras. Ese hombre era completamente ajeno a sus planes, un mero accidente que pronto desaparecería de sus vidas, pero no era su enemigo, no tenían nada en contra de él.

—Así que ha sobrevivido… esperaba que la ineptitud de Awina

hubiera acabado por mandarlo al otro mundo.

—Bueno, en unas semanas regresará por donde ha venido, así que no creo que sea importante para nosotros.

Alain sonrió, con esa prepotencia de los hombres blancos que saben que tienen poder para hacer y deshacer a su antojo, y sacó del bolsillo de su chaleco un fax que él mismo había enviado a la Fundación desde Puerto Moresby. Lo desdobló con cuidado y lo sacudió en el aire; sin embargo, Otowe no era tan buen lector como para que le diera tiempo a comprender lo que había escrito en el papel.

—Dentro de unas semanas no habrá ningún helicóptero esperando en la aldea. Las embarcaciones con el cargamento para entrar en la mina están a punto de salir desde Puerto Moresby hacia Bouganville, y de allí, al norte de la isla sin levantar sospechas, y no puedo permitirme que sean avistadas desde el cielo.

—Pero las tribus no han aceptado el acuerdo.

—Querido amigo, las tribus están a punto de desaparecer.

—¿Y qué pasará con la aldea?

—¿Qué aldea?

Alain se encogió de hombros y, girándose para darle la espalda, puso rumbo a la andrajosa cabaña en la que se refugiaba a la espera de que cambiara su suerte con las tribus de Tierra Prohibida a las que ya había condenado a una muerte segura. Otowe lo observó, con el centro de su pecho contraído en un puño, y por su mente desfilaron todas las personas inocentes que perderían la vida y sus tierras por culpa de la ambición del hombre que se alejaba a paso firme: los nativos que se dispersaban por la isla ajenos al resto del mundo, sus amigos y vecinos, su propia familia, Makena y Anne, Awina, las religiosas y hasta ese pobre infeliz que habían rescatado en la playa. Todos acabarían pagando el precio del oro que se escondía en el corazón de la Isla de Sandy.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Santiago

No sé cuánto tiempo estuvimos dando vueltas por aquella jungla en la que era imposible diferenciar cualquier camino o vía por la que llegar a ninguna parte. Sin embargo, Evelyn avanzaba a paso seguro, como si llevara un mapa interno que la conducía hacia donde ella quisiera dirigirse. Yo, por el contrario, sufría la impresión del ignorante que observa el mundo que le rodea por primera vez y me quedaba abstraído en con todo cuanto se abría paso en mi campo de visión. Aquella isla parecía contener el secreto de la creación y yo me moría por inmortalizarlo.

Los ojos de Eveliyn se volvían a cada paso que yo dejaba de dar para seguirla, pero no parecía importunarse con mi lentitud, sino que, más bien, disfrutaba del espectáculo de alguien que miraba su mundo con otros ojos. Yo también la observaba a ella sin que se diera cuenta de que lo hacía, porque, de todo lo que me rodeaba; ella era, sin duda, el centro de mi curiosidad.

No era la primera vez que la miraba sin ser visto, pues a mundo la había espiado desde la ventana de la cabaña, cuando creía que estaba cumpliendo con mi reposo en aquella camilla que llegué a odiar con toda mi alma. Su forma de desenvolverse en una comunidad en la que desentonaba, su risa fresca y un poco escandalosa cuando estaba rodeada de niños, el amor que parecía tener por la pequeña de las coletas de colores, y su vulnerabilidad. Estaba enganchado de la pequeña fisura por la que, a veces, se colaban sus inseguridades, como la de culparse por la suerte de mi cojera o por haber salvado la vida de un hombre, aunque le hubiera costado dejarlo mutilado. Eran sus sombras las que quería captar a través de la lente de mi cámara, porque era justo ahí donde se escondía su belleza.

Aunque, si tengo que ser del todo sincero, no voy a esconder el hecho de que la doctora que me había salvado la vida me hacía gracia; me gustaba desde la nariz pequeña llena de diminutas pecas hasta la curva de sus labios, y esos ojos de duende que se escondían en cuanto

hacía contacto con los míos, esa forma enérgica que tenía de controlar su pequeño reino dentro de la aldea, y su carácter, que contrastaba con su juventud. No sabría decir cuántos años tenía entonces, pero estaba seguro de que había debido de crear aquella armadura con el objetivo de darse autoridad en un mundo en el que las mujeres estaban en clara desventaja.

Un viejo conocido de cuando sobrevivía en la playa apareció delante de mis pies o, al menos, debía de ser algún pariente cercano de la ardilla con cara de rata que, en aquellos días en los que deambulé solo, me regaló su compañía. De un salto, se encaramó al tronco de un árbol hasta llegar a la copa y, con la ayuda de sus patas delanteras, enroscó el cuerpo sobre unos frutos anaranjados de los que no dejó ni la semilla que se ocultaba en su interior.

—Ejem… —carraspeó Evelyn y yo le presté atención—. La aldea está a solo un par de kilómetros, pero creo que deberíamos descansar. No conviene que te esfuerces demasiado.

Iba a replicarle que estaba en perfectas condiciones, pero lo cierto era que hacia un rato que el pie había comenzado a dolerme. Me senté sobre una raíz protuberante que salía del suelo. Ella intentó buscar un lugar donde hacerlo guardando las distancias, pero entre sentarse en el suelo plano y lleno de hormigas, y quedarse de pie, no le quedó más remedio que claudicar y se dejó caer, resignada, a mi lado sobre el árbol.

Durante unos minutos nos dedicamos a observar el entorno en completo silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos, pero un golpe seco sobre mi cabeza me hizo soltar un alarido. El culpable había descendido por el tronco del árbol a la velocidad del rayo, dejando atrás el fruto que había tratado de llevarse consigo.

Evelyn comenzó a reírse, con las manos sobre la boca en un intento sobrehumano de no burlarse de mí y yo me llevé las manos a la cabeza, tratando de suavizar el golpe que aquella ardilla con parientes de alcantarilla me había propinado. La miré de lado y no pude evitar sonreír con aquella manera tan escandalosa y un poco extraña de reírse. Era como si alguien hubiese abierto una compuerta y nadie pudiera frenar esa secuencia de resoplidos, gruñidos y grititos que era su risa. Fue entonces cuando entendí que no acostumbraba a hacerlo, a soltar, a bajar la guardia, a relajarse.

—Así que te hace gracia, ¿no? No me parece muy ético, ¿sabes? Podría haberme matado y, en lugar de atenderme, la señorita doctora

se parte de risa.

Pareció que mis palabras la devolvieron a la Tierra, porque trató de controlarse y, con manos hábiles atrajo mi cabeza hasta dejarla recostada sobre sus piernas. Con los dedos, comenzó a explorar la zona que había quedado entumecida a causa del golpe, apretando sobre la piel con más fuerza de la necesaria. Sin embargo, todo lo que recuerdo era que tenía la cara completamente pegada a su entrepierna y el bochorno que sentía debía de haberme coloreado hasta la coronilla. En cuanto dejó de hacer contacto, me apresuré a levantar la cabeza y a fingir observar algo a lo lejos, por el lugar por el que mi amigo se había largado dejando atrás su botín.

No sé qué era lo que me había pasado, pero estaba muerto de bochorno por haber tenido la cara metida justo ahí, o casi, porque los pantalones cortos que llevaba tendían a subirse hacia arriba cuando se sentaba. Ella, sin embargo, no parecía darle importancia.

—Bueno, no creo que mueras hoy. Aunque no te lo creas, atender golpes de este tipo es a lo que más me dedico en esta isla; si no fuera por estos accidentes, me pasaría el día pelando patatas con sor Esperanza.

—Dios te libre del apretón de brazos de esa mujer —le dije, un poco más calmado y ella volvió a reírse. Me gustaba ser el causante de que desatase su alegría y me sorprendí ideando la forma de hacerla reír más a menudo—. Es tremenda, si no me alzó del suelo cuatro veces fue porque aparecieron los pescadores a darme su bienvenida.

Nos quedamos en silencio, dejando que la risa se aflojara hasta recuperar la normalidad, entonces la sentí volverse para mirarme y yo hice lo mismo, despacio, preguntándome si volvería a sentir ese calor en la piel.

—¿Cómo has acabado aquí, Santiago? Y no me digas que atravesaste los mares en un barco pirata o que luchaste contra el *Cracken* y acabaste naufragando, o que venciste al mismísimo Zeus. Dime la verdad.

—Ya te lo dije, iba de camino a Bali con mi mejor amigo cuando nos sorprendió la tormenta. Quería vender su casa y me pidió que hiciera las fotos.

—¿Y cruzas todo un océano para hacer unas cuantas fotos?

—Bueno, me quedé sin trabajo y mi mejor amiga me dio calabazas. Estaba pasando una de esas fases en las que te planteas qué has hecho con tu vida, entonces apareció Ricardo y supongo que nunca he sabido

decirle que no. Le debo todo lo que tengo, o… tenía. —Me emocioné, y los ojos se me llenaron de lágrimas. Para disimular, cogí unas piedras del suelo y me distraje tirándolas contra el tronco del árbol más cercano—. Soy de una ciudad al sur de México. Me mudé a Los Ángeles con ayuda de los padres de Ricardo. Pensé que conseguiría mi sueño de ser el mejor fotógrafo de la historia, pero supongo que la carrera por pagar el alquiler y no morir de hambre me bajaron de la nube.

Se quedó callada, con los brazos apoyados sobre las rodillas, con las manos entrelazadas y los dedos índice apuntando al labio inferior. Quise preguntarle en qué estaba pensando, aunque lo que en realidad quería pedirle era que se quedara quieta, justo en esa posición y sin mover un ápice la expresión de su rostro. Me temblaron los dedos de deseo por inmortalizarla.

—Y tú, ¿cuál es tu historia? —pregunté, porque me moría de ganas por saber cómo una chica como ella había acabado en un lugar como aquel, aunque eso supusiera que dejara de posar para mi cámara imaginaria y se volviera para mirarme.

—Nací aquí —dijo y yo la miré con más atención—. Mi padre fue uno de los antropólogos españoles que salieron de expedición hacia la misteriosa Isla de Sandy a finales de los años setenta. Cuando logró hacerse con la simpatía de las tribus, la fundación religiosa que los financiaba mandó voluntarios para evangelizar a los nativos y de ahí nació la aldea. Mi madre estaba estudiando medicina en Australia cuando leyó la noticia de que Isla de Sandy había sido contactada por primera vez y no se lo pensó dos veces antes de unirse a la aventura. Conoció a mi padre, nací yo y después… todo se complicó demasiado.

—¿Qué pasó después? —insistí y ella miró hacia el horizonte, quizá, conteniendo los recuerdos.

—Cuando cumplí los diecisiete, mi madre se empeñó en enviarnos a mi amiga Makena y a mí con mi tía a Australia para terminar mis estudios de manera oficial y poder hacer la carrera de Medicina. Yo creía que era una oportunidad para ejercer con ella, pero resulta que lo que quería era sacarme de la isla. Mi padre intentó contactar con los Khakhuas, ellos lo tomaron como una ofensa, como un intento de abandonar a sus dioses para adorar al nuestro, y se prepararon para atacar a la aldea. Mientras mi avión aterrizaba en suelo australiano, la tribu arrasó nuestras cabañas. Murieron muchos voluntarios, mi padre incluido, y los que sobrevivieron sirvieron de advertencia al resto. De

ese ataque nació un tratado que divide la isla en dos, estableciendo el límite que no debemos cruzar.

—Pero… —pregunté, intuyendo que la historia no había terminado.

—Pero llegaron los antropólogos franceses, y con ellos, las nuevas incursiones a Tierra Prohibida. La Fundación empezó a retirar a sus voluntarios y la ayuda nos llega a cuentagotas. Si no fuera por el empeño de los que quedamos, la aldea sería historia.

—Y, ¿cómo es que nunca antes había oído hablar de la Isla de Sandy?

—¿A quién le interesa una isla salvaje tan peligrosa que es imposible de colonizar? —Se encogió de hombros y se levantó del tronco—. Vamos, a los Asaro no les gustan las sorpresas, así que es mejor que lleguemos cuanto antes y encontremos a los cazadores por el camino; ellos avisarán al resto de nuestra llegada.

#

Mi corazón palpitaba con un ritmo preocupante, sudaba, mi temblor casi se podría haber confundido con una alteración de mi sistema nervioso; los ojos se me abrieron de forma tan exagerada que temí no ser capaz de volver a cerrarlos y fui incapaz de prestar atención a nada más que a toda aquella belleza que se coló en mi campo de visión haciendo que me cuestionara si no estaba delirando. Jamás, en toda mi vida, había sentido el síndrome de Stendhal, ni delante de las obras de arte más maravillosas que había tenido la suerte de visitar en uno de los viajes que hice a Roma para un reportaje de la revista, ni durante mi trabajo como fotógrafo, pero lo que contemplé en aquella aldea era pura y maravillosamente indescriptible.

El color verde de la vegetación se mezclaba con el marrón tostado de las pieles, el blanco de los dientes y el inusual cabello de aquella gente que no se molestaba en cubrir sus cuerpos, más que para adornar sus cuellos y brazos con collares y pulseras de cuentas de colores rojo, turquesa y negro. Supuse que estaban hechos con trozos de coral y piedra volcánica, pero, al mirarlos más de cerca, me di cuenta de que era todo un trabajo de artesanía. Los niños correteaban sin control por la aldea que, al contrario de lo que se podría pensar, estaba perfectamente coordinada por los adultos.

Evelyn tuvo que tirar con fuerza de mi brazo para que dejara de hacer el bobo y mostrara respeto ante el jefe de la tribu, que observaba con el rostro serio.

—Creo que quiere saber cómo estás —dijo Evelyn, y solo entonces me di cuenta de que el jefe de los Asaro evitaba hablar directamente con ella, lanzando las preguntas en mi dirección.

—Dile que estoy a salvo gracias a ellos. Siempre les estaré agradecido.

Contemplé con curiosidad cómo el jefe asentía a la traducción de Evelyn; sin embargo, no se dignó a mirarla en ningún momento mientras ella hablaba. Al contrario, parecía molesto por tenerla cerca. Ella se dio cuenta de mi contrariedad y solo sonrió, quitándole importancia; sin embargo, suspiró de alivio en cuanto apareció el chico de la aldea al que le faltaba un brazo y el jefe se alejó de ella para intercambiar un saludo amistoso con el otro nativo.

—No está bien visto que una mujer soltera hable con un hombre casado. Bueno, ellos no usan los términos casado o soltero, pero es algo como eso. Se supone que tengo que elegir a un hombre, o a varios, y ellos interceden con los otros en mi nombre, es así como se sabe que una mujer y un hombre se pertenecen. —Se encogió de hombros, pero evitó reír con mi gesto de consternación—. Supongo que habrá pensado que quiero coquetear con él, y teniendo en cuenta el carácter de sus tres esposas…

Se echó a reír y yo miré de nuevo en la dirección en la que el jefe se había apartado con el otro nativo. Miraban hacia mí y hacían aspavientos con las manos, señalando al cielo y a la Tierra, enfrascados en una conversación de la que no entendía absolutamente nada. Hacia la izquierda de aquel par que hablaba a gritos, unos hombres preparaban sus máscaras con barro de un pequeño charco. Las reconocí al instante como aquellas visiones que tanto me torturaron en el delirio de la fiebre. Ahora que las tenía cerca, no parecían tan terroríficas.

Me aparté de Evelyn y decidí acercarme un poco más, solo para que mi mente dejara de creer en seres de enromes cabezas y saciara su curiosidad. Sin embargo, en cuanto los hombres me vieron aparecer, deshicieron el círculo en el que estaban trabajando para dar un pequeño salto hacia atrás, como, si en lugar de mi persona, estuvieran contemplando al mismísimo Satanás. Fue entonces cuando me di cuenta de que todos en la aldea habían abandonado sus quehaceres

para prestarme una inusual e incómoda atención.

Otowe se disculpó con el jefe de la tribu para acercase un poco más a mí, y junto a él, Evelyn abandonó su quietud para colocarse también a mi lado. Estaban serios y me puse nervioso.

—¿He hecho algo malo? —pregunté sin que se notara el miedo que empezaba a paralizarme las piernas.

—Hemos preguntado por tu cámara de fotos. La tienen escondida en la cabaña del chamán, al parecer creen que tiene poderes mágicos —dijo Otowe, y por la seriedad de su rostro deduje que no sería una buena idea soltar una carcajada ante aquella idea tan estúpida.

—Al parecer, accionaron por accidente la pantalla de previsualización de las imágenes grabadas y ahora piensan que puedes atrapar a la gente dentro de ellas —dijo Evelyn, tan seria que me acojoné con sus palabras.

—Pero eso es absurdo, si me dejan explicarles lo que ocurre, ellos…

—No van a dejar que vuelvas a la aldea —me interrumpió Otowe y casi me atraganto con mi propia saliva—. El chamán cree que es peligroso dejarte deambular por la isla a tu antojo.

—No, de eso nada; me largo ahora mismo de aquí.

Intenté dar un par de zancadas en la dirección por la que habíamos llegado y algunos de los hombres de la tribu tensaron sus cuerpos, preparados para cortarme el paso en caso de que fuera necesario. Noté la mano de Evelyn sobre mi brazo, reteniéndome justo donde estaba y la miré, sin comprender por qué no estábamos ya huyendo de aquella gente.

—No van a dejar que te vayas, Santiago.

—Pero dijiste que son inofensivos.

—Pero también son muy supersticiosos.

—Entonces, ¿vais a dejar que me secuestren?

Miré a Otowe, que, a su vez, me miraba como si fuera un grano en el culo, y me di cuenta de que no iba a mover ni un solo dedo por ayudarme a salir de aquella situación. Después busqué a Evelyn con la mirada, pero esta estaba ocupada mirándose los pies.

—Supongo que esto es un adiós, ¿no? Muchas gracias por salvarme para nada, doctora. Vuelve a tu cabaña, ya puedes respirar tranquila porque te has librado de seguir aguantando al «el náufrago» —dije, y ella levantó la cabeza, molesta, y alzó la barbilla, desafiante.

—Es «el estúpido náufrago», y no, no pienso moverme de esta aldea sin ti.

—Awina, esto es un asunto entre los Asaro y él; en cuanto vean que no es nada de lo otro mundo, lo dejarán irse. No debes meterte en esto —dijo aquel tipo, por el que cada vez sentía más aprecio.

Evelyn, sin embargo, nunca fue de esas mujeres a las que le agradara que le dijeran lo que tenía que hacer, y, aunque la había ofendido con la duda, se acercó para cogerme de la mano y conducirme hacia la cabaña del chamán que ya nos esperaba en la puerta.

Miré hacia atrás a medida que ella avanzaba a paso seguro, abriéndose camino entre los curiosos que se morían por alzar las manos para tocarme, pero que se retiraban en cuanto me sentían cerca, como si el roce con mi cuerpo pudiera quemarles. A lo lejos vi cómo Otowe aprovechaba para desaparecer con la misma fugacidad con la que había llegado, dejándonos al amparo de la superstición de aquella gente.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Evelyn

Nadie sabe con exactitud la extensión de tierra que compone la Isla de Sandy, porque pocos son los que se han aventurado a explorarla sin morir en el intento. El número de tribus indígenas que vivían a ese lado del rio que nos separaba de Tierra Prohibida debía rondar los veinte, más las más de treinta y cinco etnias documentadas por mi padre al otro lado de la línea del tratado, aunque Otowe opinaba que era posible que existiera alguna etnia desconocida un poco más hacia el extremo norte, en un pequeño islote unido a la isla por una conexión de tierra que se esconde bajo el mar cada tarde, cuando sube la marea.

El caso es que, ni siquiera los que han nacido en la Isla de Sandy saben cuántas tribus la habitan, pero se estima que hay un idioma por cada una de ellas. Si consideramos que, bastante a menudo, sellan tratados casando a sus mujeres con hombres de tribus vecinas, se multiplica la riqueza de un lenguaje que deriva en dialectos y deformaciones de las palabras originales de cada tribu. Otowe es una de esas personas que han nacido con un don casi místico para descifrar otros idiomas, pero el muy cobarde y desagradecido decidió volver a nuestra aldea y dejarnos solos delante del guía espiritual de los Asaro, que no solo no hablaba como ellos, sino que, además, no parecía hacerlo en ninguna otra lengua conocida.

El hombre de piel apergaminada no despegaba los ojos oscuros de Santiago, el cual llegué a temer que se desmayara de terror dentro de aquella cabaña llena de «recuerdos de rituales y batallas» que los Asaro habían ganado en otros tiempos. Sobre el suelo, rodeando su cuerpo, aquel hombre de mirada inescrutable, había dibujado un círculo que encerraba al pobre náufrago en una espiral llena de signos y nudos sobre los que descansaban diferentes piezas dentales; todas ellas, según pude observar, de origen humano.

El olor de las hierbas que se quemaban en la tea humeante que tenía a sus pies producía un leve mareo que tendía a relajar el cuerpo

y a nublar la mente: sahumerio de adormidera. Aquel tipo estaba tratando de drogar a Santiago y tenía que lograr apartarlo del humo para impedir que consiguiera su propósito, pero el hombre sagrado de los Asaro ni siquiera parecía haberse dado cuenta de mi existencia; tenía los ojos puestos en el hombre que vino del mar.

Un niño de apenas diez años entró en la cabaña portando un tocado con una sola pluma azul sobre su cabeza que reconocí al instante, porque era la seña de identificación de aquellos que han sido escogidos desde el nacimiento para continuar con el legado espiritual de una tribu, y al parecer, en esto, todas coincidían. Se acercó a mí, sentándose entre aquel hombre y yo y me miró a los ojos; aun así, no se inmutó hasta que el otro le dio instrucciones para hacerlo.

—El Gran Guía Maone dice que no te tengas miedo. El Hombre Sombra no puede salir del círculo.

No entendí a qué se estaba refiriendo hasta que miré de nuevo el dibujo con el que había rodeado el cuerpo de Santiago. Aquel hombre creía que estaba reteniendo a un espíritu maligno en su interior y el solo pensamiento me habría hecho reír a carcajadas si no fuera porque hacer algo como eso podía despertar la ira de toda una tribu.

Ante una nueva orden, el niño se levantó del suelo y, con mucho cuidado, recogió un objeto que el chamán guardaba en una cesta de mimbre a los pies de una espantosa momia disecada y la puso junto a las rodillas del hombre sagrado. De su interior sacó dos cámaras de foto profesionales, dos piezas rectangulares negras que no reconocí y un juego de lentes que obraron el milagro de zarandear la conciencia de Santiago, que hizo el amago de cogerlas.

El hombre sagrado siseó una advertencia y levantó la tea para aumentar la humareda de aquello que producía letargo y dolor de cabeza. Con la mano que le quedaba libre, apartó las máquinas del círculo. Se dirigió al niño, que tan solo asentía, antes de coger una de ellas y levantarla a la altura de sus ojos.

—El Gran Guía Maone quiere que libere a los hombres que ha encerrado dentro de la caja. Pregunta si el ritual de liberación exige algún pago de sangre.

Miré atónita al pequeño, que no parecía alterado por lo que acababa de sugerir y volví la cabeza hacia el rostro blanquecino y aletargado de Santiago.

—Quiere que enciendas la cámara y liberes a la gente de las imágenes.

—Lo único que pienso hacer es coger mis cosas y salir de una vez por todas de esta isla llena de chiflados. Por Dios, esto se parece cada vez más a una mala secuela de *Lost*.

—¿De qué? —pregunté, aturdida.

—Déjalo… —Meneó la cabeza, quitándole importancia, y me di cuenta de que no estaba tan adormecido como temía; tan solo estaba paralizado por el miedo, pero, al ver sus cosas, supongo que sacó agallas de algún rinconcito de su cuerpo—. ¿No hay alguna forma de que entienda para qué sirve esto?

Miré a mis pies, porque no entendía absolutamente nada sobre las creencias de aquella tribu, que, intuía, no eran todo lo ortodoxas que cabría esperar, sino que, dependía del estado de ánimo de aquel hombre sagrado y, por tanto, poderoso. Miré al crío, que permanecía a la espera de alguna otra orden que el Gran Guía Maone tuviera para él y se me ocurrió una idea.

—¿Puedes quitarte el tocado? Mi amigo quiere mostraros cómo funciona su máquina. —El niño miró al hombre, asustado, pero este le ordenó que lo hiciera. Me volví hacia Santiago, que me miraba sin saber qué pretendía—. Hazle una foto y enséñasela después, así verá que el tocado no ha desaparecido dentro de la cámara. Y si esto no funciona… supongo que… ¿estoy encantada de haberte conocido?

Me encogí de hombros y él suspiró por toda respuesta, apretando los ojos, pero recogió la cámara que le tendía el guía y procedió a inmortalizar aquel objeto.

—¡Mierda! La lente está rota. —Y en un arranque de estúpida valentía se atrevió a hablarle a aquel hombre de forma directa y casi a gritos—. ¿Se puede saber qué habéis hecho?

—Dice que golpearon la máquina para romper la burbuja y sacar a la gente de su interior —traduje después de un intercambio bastante torpe entre aquel hombre contrariado por la furia de Santiago, el niño y yo.

Con bastantes aspavientos y mascullando algunas barbaridades, Santiago se preparó para hacer una foto con la que poder canjear nuestro viaje de regreso a la aldea. Cuando quedó satisfecho con la imagen, giró la cámara para mostrársela al guía, que miraba, espantado, en la dirección que iba desde el visor hasta el tocado que seguía, intacto, en el suelo.

Aprovechó la estupefacción de aquel hombre y, armándose de más valor del que lo creí capaz, alzó de nuevo la cámara, inmortalizándolo

en todos los ángulos que se le antojaron hasta quedar saciado de lo que fuera que le hubiera impulsado a hacer algo tan estúpido y temerario como aquello. Después, volvió a enseñarle las imágenes y aquel hombre extraño rompió en carcajadas, entonces alzó una mano, golpeándolo de forma amistosa en el hombro, señal inequívoca de que el peligro había pasado.

#

Los tambores llenaban de ritmo el atardecer junto a la hoguera, donde las mujeres Asaro freían trozos de cerdo y algunas patas de ave. En un cacillo de barro metido entre las brasas cocinaban algunas raíces que crecían en la selva; tubérculos parecidos a las zanahorias, pero de un sabor mucho más dulce, que constituían la base de nuestra alimentación.

Santiago había sido abducido por una marea de gente que quería probar la caja mágica con la que había inmortalizado al Guía Maone y, aunque lo miré varias veces con la intención de rescatarlo a la más mínima señal, parecía estar completamente en su salsa. Entonces me senté sobre un tocón de madera a observar el milagro que hacía que aquel hombre, que parecía tan común y corriente como cualquier otro, se transformara en el fotógrafo extasiado que tenía delante. Tuvieron que pasar varias horas y correr el aviso de que la cena estaba lista para que el Santiago que yo había conocido regresara a la vida; sin embargo, el brillo de sus ojos era completamente nuevo y eso llamó a mi curiosidad.

Se sentó junto a mí y con la ilusión de un niño me enseñó todas las fotografías que había estado haciendo.

—Resulta que la lente rota deja un efecto en la imagen que matiza el color. El resultado es como si un rayo de sol se hubiera colado dentro. Ese efecto se llama «aberración», y me gusta, le da carácter. —Después me miró, pero sus ojos se paseaban por mi rostro con un hambre tan feroz que hizo que el estómago se me encogiera—. Gracias por sacarnos de este apuro, ¿cómo sabías que podría funcionar?

—Porque la curiosidad es inherente al ser humano, viva donde vida y crea en lo que crea. A casi todos los nativos que aceptaron la convivencia con la misión les gusta conocer a la gente que viene de fuera, les causan tanto asombro como ellos al resto del mundo, y teniendo en cuenta que tienen poco margen para la diversión, que

aparezcas aquí con esa cámara y los hagas partícipes de todo eso… Bueno, creo que nunca lo van a olvidar, y ellos…

Sin previo aviso, Santiago me cogió la barbilla con dos dedos, moviendo mi cabeza hasta que mis ojos quedaron a su altura. Con el dorso de la mano, apartó un mechón rebelde que había quedado pegado a la sien por la humedad de la noche y se acercó tanto que creí que iba a besarme. El labio inferior empezó a temblar de manera imperceptible, pero cerré los ojos, esperando sentir aquellos labios carnosos que tantas veces observaba sin que él se diera cuenta. No ocurrió, y en mi rosto sentí el destello del *flash* de su cámara inmortalizando mi cara de estúpida. Estuve tentada de quitársela y estamparla contra el suelo.

Cuando me sentí preparada para abrir los ojos de nuevo, él ya volvía de recoger dos cuencos de comida y, sin mostrar más emoción que el hambre, se sentó de nuevo a mi lado.

—Toma, te he traído un poco de cerdo.

Cogí el cuenco y oculté mi vergüenza dentro de él, aunque el náufrago no parecía haberse dado cuenta de nada. Yo lo miraba de vez cuando, apurando el plato con ganas, celebrando haber salido de aquel lío con vida y sonreí en contra de mi propio enfado cuando lo vi chuparse los dedos y gruñir de placer.

El sonido de unas risitas femeninas al otro de las brasas llamó nuestra atención, y nos giramos a la vez para contemplar a tres chicas, de apenas veinte años, que no quitaban la vista de encima de Santiago y que parecían estar invitándolo al interior de la cabaña tras la que desaparecieron a la vez.

—Parece que te han salido algunas admiradoras —le dije, tratando de no sonar alterada por aquella muestra de interés en el hombre que tenía sentado a mi lado.

—Pues es una pena, porque no estoy interesado en el sexo femenino.

—Bueno, en ese caso, tengo que decirte que Otowe está soltero —dije, y él se echó a reír.

—No es eso.

Mi necesidad de saciar la curiosidad me llevó a abrir la boca para preguntarle, pero decidí que ya me había puesto lo suficientemente en ridículo aquella noche; sin embargo, él continuó.

—Es que estoy cansado, ¿sabes?

—¿De las mujeres? —dije, sarcástica.

—Sí, sois todas horribles.

Volvió a reírse a carcajadas y yo lo miré, enfadada, haciendo que se riera más fuerte. Cuando se calmó y se secó las lágrimas con la manga de la camisa, se retrepó en el suelo junto a mí y un gran bostezo anunció sus intenciones.

Los Asaro nos habían invitado a quedarnos aquella noche en su aldea, pero hacía tanto calor y en el cielo brillaban tanto las estrellas, que cuando los demás empezaron a recluirse en el interior de sus cabañas, nosotros decidimos quedarnos un poco más a la intemperie, viendo cómo las brasas de la hoguera se reducían con el paso de las horas hasta quedarnos casi a oscuras. Estuve a punto de darme la vuelta y quedarme dormida cuando su voz me detuvo.

—¿Nunca has sentido que estás esperando a que pase algo que nunca llega a suceder? Es una sensación extraña, como si estuviera buscando algo y no supiera, ni si quiera, qué es lo que he perdido.

Todos los días de mi vida, a cada segundo que pasaba sin nada que hacer en mi consulta, sin nadie que necesitara de mi ayuda, viendo cómo las horas, los días y los años se sucedían sin que mi vida cambiara lo más mínimo, sin que el destino tuviera mejores planes para mí que los de morir en aquella aldea luchando, encabezonada, por una causa que cada vez parecía más perdida.

—No —susurré.

Frunció el ceño, tal vez, decepcionado con mi respuesta, y aproveché que había volcado sus pensamientos hacia dentro para girarme e intentar que no se diera cuenta de lo que aquella sencilla pregunta había removido dentro de mí. Cerré los ojos y, a salvo en la oscuridad, me desprendí de una lágrima que amenazaba con provocar una tormenta.

Los Ángeles, Estados Unidos

Los Angeles News XXI
Informativos

A punto de cumplirse algunas semanas del hallazgo de los cuerpos sin vida de Ricardo Diosdado y los demás tripulantes del *jet* privado siniestrado frente a las costas de Filipinas, Alison McDougall, la esposa del piloto comandante al mando de la nave, presenta una demanda contra las autoridades californianas por la ocultación de pruebas en el transcurso de la investigación por esclarecer las circunstancias en las que ocurrió el desgraciado accidente que se cobró la vida de los cinco pasajeros del avión.

El bufete de abogados que trabaja para la viuda alega irregularidades en las pruebas arrojadas por la caja negra del aparato, así como en las declaraciones de la torre de control del Aeropuerto Internacional de Honolulú, que contradice que el siniestro haya sido causado por la mala praxis del piloto. Sin embargo, todavía no disponemos de más datos que esclarezcan las circunstancias reales en las que se produjo el lamentable siniestro.

La reapertura del caso puede suponer un revés en la carrera militar del padre del magnate musical, que podría haber usado sus propios medios para enturbiar el curso de la investigación que ha sido reabierta.

Pueden seguir esta y otras muchas noticias en nuestro canal veinticuatro horas.

Les mantendremos informados.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Evelyn

La vuelta a la rutina asentó el huracán de emociones que me había acompañado desde la aldea de los Asaro, cuando Santiago, de forma completamente inocente, dejó caer aquella pregunta que era el origen de todas mis preocupaciones, aunque eso no me impidió retomar las tareas que venía haciendo de forma habitual antes de que el náufrago irrumpiera en nuestras vidas, como tampoco le impidió a él crear una rutina que lo mantuviera ocupado.

Santiago consiguió acercarse a los pescadores y se le podía ver todas las tardes acompañando y ayudando en las tareas que estos hacían mientras les enseñaban palabras sueltas en el lenguaje nativo, casi todo tacos y palabras subidas de tono que Santiago repetía, inocente, desencadenando una cadena de carcajadas que contagiaba a toda la comunidad. Aunque también era habitual encontrarlo enfrascado en los quehaceres de la cantina, jugando con los niños en el descampado o manteniendo largas y al parecer, interesantes, conversaciones con sor Consuelo y sor Lucía, la única hermana de la aldea que era tan anciana que casi no podía valerse por sí misma.

La herida del pie izquierdo estaba prácticamente cicatrizada y, tan solo unas cuantas semanas después de su llegada a la aldea, pude quitarle los puntos y dejar de hacerle sus curas matinales. Sin embargo, una pronunciada cojera confirmaba mis temores: Santiago no volvería a recuperar la normalidad después de la lesión que casi le cuesta la vida. Verlo pasear apoyado en un bastón que el propio Atola había fabricado para él hacía que cada paso trabado se me clavara en el corazón, y esa pregunta sin respuesta se hacía, cada vez, más difícil de silenciar entre suturas menores, raspaduras o resfriados que curar.

Tan solo en la quietud de la noche me aventuraba a mirarlo de frente sin esconder ni reprimir nada de lo que me hacía sentir, como el remordimiento de haberlo dejado tullido, o las burbujas que nacían en el centro de mi estómago cada vez que recordaba el tacto de sus manos en mi cara, las veces que me hacía reír de aquella manera

incontrolable o la atracción instintiva que sentía al percibir su olor detrás de mí. Así que miraba sus ojos cerrados, sonriendo cada vez que se agitaba en sueños, soñando, quizá, con volver a casa, y mi sonrisa se apagaba y yo decidía darme la vuelta e irme a dormir.

Me despertaba al alba, mucho antes que el resto de los habitantes de la aldea, y me refugiaba en la cantina sin nada que hacer hasta que lo veía salir de la cabaña y yo ocupaba mi lugar en la consulta. Por las noches, después de la cena, me disculpaba con cualquier excusa con tal de aparecer justo en el momento en el que Santiago lograba conciliar el sueño y dejaba de mirarme con esos ojos marrones que parecían tener el poder de leer dentro de mí.

—¿Aún no piensas irte a dormir? —me increpó aquella noche Makena—. Me encanta que vengas a ayudarme con Anne, pero no se me escapa el hecho de que estás huyendo del náufrago.

Dejé el cuerpo dormido de mi ahijada sobre la cama de su madre y, tratando de ocultar cualquier rastro de emoción, me senté en el escalón de la cabaña junto a mi mejor amiga, que no quitaba los ojos de encima de la ventana de mi consulta, por la que se colaba la luz parpadeante de un candil y las sombras de aquel hombre se proyectaban contra las paredes.

—No seas ridícula, solo le estoy dando espacio. Este sitio no tiene nada que ver con él y no creo que quiera tenerme constantemente pegada a su espalda. Necesita tiempo para llorar al amigo que ha perdido y reponerse del accidente. No está aquí de vacaciones y estoy segura de que no deja de pensar en cuándo llegará el maldito helicóptero para devolverlo al mundo real.

Makena me pasó el vaso de zumo de fruta que había cogido de la cantina para mí y le di un sorbo, dando por zanjada la conversación sobre el náufrago. Se giró cuando Anne comenzó a removerse en sueños, pero volvió a prestarme atención en cuanto cerró los ojos de nuevo y recuperó la tranquilidad.

—Solo es un hombre, y no hay nada de malo en pasar un buen rato con un hombre que te gusta —dijo, sin tapujos.

—No pienso complicarme la vida por cinco minutos de sexo.

—Cinco minutos es apuntar muy alto, y este ya lleva, al menos, dos lunas sin apuntar a nada. —Se echó a reír, amortiguando el sonido con la palma de la mano y me dio un codazo que me sacó una sonrisa, hasta que me hizo la pregunta—. ¿Echas de menos a Liam?

La sola mención de aquel nombre provocó un vuelco en mi

corazón. No, no lo echaba de menos, porque no se puede retener a alguien que no quiso quedarse, así que lo liberé, en todas las formas en las que se puede liberar a quien se ha amado tanto, dejando que se marchara hasta de mi propio pensamiento. Después de tres años compartiendo nuestras vidas en la universidad, solo necesitó dos meses en la aldea para comprender que mi mundo y el suyo no discurrían por el mismo sendero.

—No, y no entiendo por qué lo mencionas ahora.

—Porque Santiago te mira de la misma forma en la que te miraba él, y creo que tú también te has dado cuenta.

—No digas tonterías.

—Evelyn, en algún momento de tu vida vendrá alguien que haga que esos barrotes tras los que te escondes se tambaleen, alguien por quien merezca la pena dejarlo todo y no mirar atrás. Alguien que te saque de aquí y…

—¿Qué estás diciendo? Jamás me iré de aquí; no, no pienso dejar desamparados a mis niños, a las hermanas y a todos vosotros. ¿Acaso tú no hiciste lo mismo? Renunciaste al padre de Anne por volver a casa.

Makena se levantó de una forma tan brusca que el vaso que sostenía entre las rodillas se estrelló contra el suelo, provocando un sonido hueco de la madera de caña contra la tierra apisonada y húmeda. Se apartó de la cabaña y, nerviosa, miró hacia el interior, tal vez para comprobar si Anne seguía dormida. Yo la imité, di un par de zancadas y me coloqué delante de ella; estaba alterada, dolida.

—No, yo no renuncié a él… Evelyn, simplemente me marché. Estaba muy asustada, lejos de mi casa y mi familia. Aquello fue demasiado para mí, siempre lo tuve mucho más difícil que el resto: los estudios iban mal, no dominaba aquel idioma, nuestros problemas para comunicarnos nos distanciaban cada vez más… Cuando me di cuenta de que estaba embarazada, llamé a la Fundación y ellos me ayudaron a regresar.

—Pero quieres esta vida, tú has elegido la aldea, la isla… tú me comprendes. Esta es mi realidad, mi mundo, el único en el que siento que tengo algo por lo que luchar. ¿A dónde iría? No soy de aquí pero tampoco soy de ninguna otra parte, estoy…

—No dejo de pensar en él —dijo, distraída—. No dejo de culparme por la forma en la que me fui, sin decirle nada. Todos los días miro a Anne y me pregunto qué habría pasado si me hubiera quedado; he

destruido su oportunidad para tener una vida mejor, le he robado su futuro.

—¿Qué dices? Es una niña feliz que puede tener el futuro que ella quiera.

—Eso no es verdad, Evelyn, y soy la prueba de que querer no siempre es poder. Me fui de esta aldea para vivir en un mundo completamente nuevo y extraño para mí, y ni todos los esfuerzos de sor María lograron equiparar mi nivel de preparación con el del resto. Sé que ahí afuera hay todo un mundo de posibilidades para ella y todavía me pregunto cómo fui capaz de regresar y condenarla a una vida como esta. En algún momento la aldea dejará de existir y entonces cualquier posibilidad de cambio para ella morirá para siempre. Es una niña, pero no pasará demasiado tiempo antes de que tenga que enfrentarme a las ofertas de matrimonio de hombres que le doblan la edad.

—No, eso no va a pasar, te juro que no lo permitiré —le dije, encaminándome hacia mi cabaña antes de que la discusión se nos fuera de las manos, como siempre que el mismo tema salía a relucir.

—No puedes tapar el sol con un dedo eternamente, Evelyn; algún día todo terminará, la Fundación se llevará a las hermanas, nosotros volveremos a nuestras costumbres y tú, ¿a dónde irás tú? Acéptalo, deja de ponerle barreras a Santiago o a cualquier otro y deja que te arrastre de esta isla.

—Iré a donde quiera que sea que me lleven mis pasos, y no necesito la protección de ningún hombre para hacerlo. Nací sola, y sola seguiré mi camino.

—Entonces, ¿vivirás negando tus sentimientos cada vez que conozcas a un hombre que te gusta solo por tu cabezonería? Porque el náufrago te gusta, Evelyn, por mucho que quieras hacerte la loca, te conozco; si hasta tengo mis dudas de que sor Esperanza no le esté tirando el anzuelo. ¡Joder! Si es que está buenísimo.

Apreté los dientes para no reírme de esa forma que tanto llamaba la atención o alguien saldría a apedrearme por haberlo desertado, pero me agaché a coger una ramita del suelo y se la tiré para que dejara de decir idioteces.

—Siempre puedes intentarlo tú.

—Pues a lo mejor lo hago —dijo sacándome la lengua.

Le dije adiós con los dedos y me fui a mi cabaña, donde hacía algunos minutos que ya no brillaba la luz.

Santiago no estaba dormido aquella noche cuando entré, de madrugada, en mi cabaña, sino que me esperaba sentado sobre su colchón, con una de sus cámaras de foto entre las manos. Arrugaba el ceño, prestando atención a las imágenes que iba pasando con el pulgar. Parecía disgustado por algo cuando reparó en mi presencia y su semblante cambió las arrugas de concentración por una sonrisa cálida que me hizo tragar saliva.

—Te estaba esperando. Ven, siéntate conmigo —dijo, haciéndome hueco en su propia cama y dando un par de palmadas sobre el colchón.

Tardé más de lo necesario en pensar si debía aceptar su petición, pero no había nada en su actitud que me hiciera pensar que quería probar a saltarse la regla número tres, así que, venciendo el miedo, me acerqué hasta él y me dejé caer a su lado, quitándome las pesadas botas para subir los pies al colchón, tratando de comportarme con él como lo haría con el propio Otowe.

Mi torpeza resultaba hasta ridícula, pues estaba segura de que se notaba la rigidez de mis movimientos en esa lucha casi imposible por conseguir que entre mi cuerpo y el suyo hubiera una distancia prudente. Pero no sabía cómo poner las rodillas, y las estiraba y las recogía como una tonta, hasta que me tambaleé, perdiendo el equilibrio y me caí al suelo. Solo pude oír su risotada antes de ponerme de pie, con la poca dignidad que aún me quedaba.

—¿Estás bien? —dijo, tratando de no reírse más de lo necesario, acercándome una mano para ayudarme, aunque ya no me hiciera falta.

—Perfectamente —dije, sentándome de nuevo, pero esta vez lo hizo dejando mis pies en el suelo.

Santiago resopló de impaciencia y, tirando de mi cintura sin previo aviso, me ayudó a colocarme a su lado con las piernas extendidas, con la mitad de mi cuerpo completamente pegado al suyo. Entonces, levantó la cámara, sin darme tiempo a reponerme de la impresión y empezó a enseñarme aquello que lo había mantenido despierto hasta tan tarde. Ladeó la cabeza, tanto que casi se recuesta sobre mi hombro con la excusa de compartir la pantalla.

«La madre que lo parió», pensé, pero suspiré, paciente e intenté no darle más importancia de la que tenía.

—Mira, todas las lentes están rotas, ¿ves? Las fotos han salido borrosas y, además, se lo han debido de pasar de lo lindo jugando con mi equipo, porque han agotado las baterías que traían puestas y solo me quedan las de repuesto. Aunque una de las lentes rotas ha obrado esta maravilla. —Señaló el surco que atravesaba la imagen de una niña Asaro que sonreía al objetivo dejando ver la falta de sus paletas superiores—. ¿No es increíble? Parece que el sol le toca la frente. Hay algunas más, echa un vistazo.

Las miré, una por una, y me parecieron tan maravillosas y fascinantes como si el mundo que había quedado congelado en aquellas imágenes no fuera el mismo por el que me movía cada día de mi vida. Verlo todo a través de su lente le dio un valor añadido a aquella isla virgen de rostros inexplorados y curiosos, de colores y formas extrañas, de vidas diferentes, y, sin saberlo, Santiago me dio motivos para seguir creyendo en lo que hacía, creyendo que no había para mí nada en ninguna otra parte que pudiera competir con la suerte que tenía de despertar cada día en aquel lugar, rodeada de todas aquellas personas que miraban el objetivo con los ojos limpios.

—Dentro de poco vendrá el helicóptero y me gustaría aprovechar la batería que me queda y fotografiar la isla. No dejo de darle vueltas a una idea en mi cabeza, es como si toda esta explosión de colores y contrastes me estuviera volviendo loco. No puedo dormir, no puedo comer… —Se encogió de hombros, arrancándome la cámara de las manos y pulsando el botón para apagarla y ahorrar energía; entonces bufó, risueño, y me dio un pequeño empujón con el hombro—. Ni siquiera tengo energías para enfadarme por el hecho de que me estés dando esquinazo.

—No te estoy dando esquinazo, yo, simplemente, yo… —balbuceé.

—Entonces, ¿me enseñarás la isla?

—Sabes que no puedo alejarme de esta consulta; además, es mejor que te acompañe Otowe. Con él estarás más seguro.

—¿Te refieres a ese que me mira como si fuera un gusano? ¿El mismo que me dejó abandonado a mi suerte con aquel hombre siniestro? No, no pienso volver a confiar en él. Además, nadie más quiere hacerlo, están todos demasiado ocupados y los pescadores no me dejan acompañarlos a faenar. —Me miró, poniendo cara de pena y casi me echo a reír.

—Está bien, pero solo cuando nadie me requiera en la consulta y no nos alejaremos más allá de los campos de cacao, ¿de acuerdo?

Sonrió satisfecho y, guardando las cámaras en su bolsa de neopreno, me dio las buenas noches y se giró para dormir sin pedirme que abandonara su cama. Me deslicé, despacio, y me refugié detrás de la mampara de la consulta para cambiarme de ropa, tratando de pensar por qué el maldito náufrago siempre conseguía salirse con la suya.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Makena

Makena esperó a que Evelyn se perdiera en el interior de su consulta para rodear su propia cabaña y encontrarse con el hombre que la esperaba detrás.

Se quedó rezagada en cuanto vio a su amante manteniendo una conversación privada con alguien más. Esta vez, Otowe venía acompañado y los riesgos de que los encontraran juntos eran demasiado elevados, porque al intruso que esperaba, tapado con una capucha, haciendo el imbécil de incógnito, lo hacían lejos de aquella isla, a la espera de verlo regresar cargado de provisiones y el dinero de la venta de aquellos sacos de cacao.

—Alain —lo saludó con acritud, en voz tan baja que el otro tardó en reaccionar.

—Makena —respondió con un tono más soberbio que de costumbre, porque ya casi había conseguido sus objetivos, porque ya casi podía sentirse dueño y señor de todo cuanto lo rodeaba—, espero que entiendas tu papel en todo esto y que mantengas la boca cerrada el tiempo necesario hasta que consigas salir de aquí con… tu hija.

—No, no entiendo mi papel en «todo esto», pero haré lo que sea necesario para regresar a Australia.

—¿Incluso mentirle a tu mejor amiga?

—Sí.

—Bien. —Alain se giró con la intención de volver a ocultarse en la selva, pero antes, se volvió hacia Otowe, dándole instrucciones para los próximos días que Makena no comprendió y dejándole una advertencia que sí procuró pronunciar en un perfecto español con acento francés—. Espero que sepas mantenerla calladita, nuestro trato está en juego, ya lo sabes.

Makena ahogó una exclamación y aguantó el aliento hasta que lo vio desaparecer más allá de las cabañas de adobe, donde los campos de cacao permanecían ocultos con el espesor de un centenar de árboles tropicales. No le gustaba que hablaran de ella en su presencia,

no le gustaba que le dieran órdenes, no le gustaba Alain.

—Menuda pieza —dijo, escupiendo sus palabras a los pies de Otowe.

—Cuando todo esto termine, no tendremos que verlo nunca más.

—No sabía que sus intentos de contactar con la tribu del norte eran un secreto que había que guardar.

—La Fundación no lo aprueba —dijo Otowe, saliendo del paso, e intentó redirigir la conversación y evitar que aquella mujer curiosa se pusiera a hacer preguntas—. ¿Cómo llevas el plan?

—Difícil, Evelyn no parece interesada en el náufrago y él… realmente no sé qué piensa él. Tal vez todo esto sea un error y esos dos no tengan nada que hacer.

—Eras tú la que tuvo la maravillosa idea de convencer a Evelyn para que se fuera con él, ¿recuerdas?

—No pienso dejarla aquí cuando la Fundación decida recoger a las hermanas y cerrar la aldea, pero no puedo contarle lo que sé y tampoco va a acompañarme; al menos, no así como así. Ella tiene libertad para irse, pero sé que nunca nos abandonará y, sin embargo, yo…

Se llevó las manos a la cara, avergonzada con todo lo que estaba haciendo a escondidas de su familia, avergonzada por ese ímpetu que siempre la había empujado a tomar decisiones que la mantuvieran apartada de todo lo que siempre conoció, la que le gritaba que su vida no podía resumirse a los campos de cacao, a la vida sin amor y a ver crecer a su hija en aquellas condiciones.

Otowe la rodeó con los brazos y la atrajo hasta su pecho, besándola en la cabeza, trató de consolarla, pero ella solo podía pensar en que estaba a punto traicionar a todos aquellos que la querían.

Los Ángeles, Estados Unidos

Leonor.

Habían pasado dos días desde que Leonor encontrara a aquel pintoresco vecino que decía conocer a su hijo tanto o más que ella misma. Al menos, había vivido lo suficientemente cerca de él los últimos años como para conocer todas aquellas cosas de su vida que se habían perdido en la distancia que los separaba y que no cabían en una llamada de teléfono de apenas veinte minutos.

En un coche descapotable que olía a cuero engrasado, la había acompañado a las comisarías de Policía más cercanas a los lugares en los que sabía que se movía Santiago y, aunque le resultaba un poco extraño saberse en compañía de aquel hombre de camisas estampadas, tenía que reconocer que sin él jamás habría sabido por dónde tenía que empezar su búsqueda.

Aunque de poco le sirvió su ayuda, pues todo lo que recibían eran excusas que alargaban un poco más el momento en el que pudieran encontrar a su hijo, ya fuera porque no habían cumplimentado la documentación necesaria, porque se hubieran equivocado de ventanilla, porque no estaba bajo su jurisdicción o porque buscar a un adulto independiente, sin problemas económicos o de salud mental, ni antecedentes, que no parecía estar envuelto en ningún caso de estafa, drogadicción o terrorismo parecía una tarea de guardería que nadie quería hacer.

Leonor llegó a aprenderse de memoria el interrogatorio de preguntas para las cuales no tenía suficientes respuestas: ¿dónde estaba su hijo la última vez que lo vio o supo de él?, ¿tenía problemas en el trabajo?, ¿padecía algún problema médico que pudiera causarle desorientación?, ¿sabe si tenía ideas recurrentes acerca de la posibilidad de cometer un suicidio?, ¿debía dinero a alguien?, ¿drogas?, ¿alcohol? Las mismas preguntas, pronunciadas por diferentes personas que le hacían cuestionarse si conocía al hombre que dejó salir de su casa con el dinero justo para buscarse la vida en un país tan grande que perderse no hacía saltar las alarmas del

sistema.

Pero aquella mañana, desayunando en el pequeño saloncito del hotel de carretera en el que pasaban la noche, el hombre que siempre sonreía al pronunciar su nombre y que nunca se quitaba el cigarro puro de los labios frunció el ceño en el primer gesto de preocupación que le había conocido. El motivo de su disgusto parecía provenir de las páginas grises de un periódico que había encontrado abandonado en el asiento, y del que no despegaba los ojos.

—¿Está usted bien, Carlos? —preguntó, preocupada, al ver que la reacción de aquel hombre no se tornaba en su habitual sonrisa.

—Nada, bueno… es solo que… —comenzó a balbucear— ¿Puedes volver a contarme todo lo que sabes del accidente de Ricardo Diosdado?

Leonor resopló, cansada de contar una historia que había repetido de memoria palabra por palabra, y más cansada aún de tener que contársela a ese hombre que, estaba segura, la había oído el número de veces suficientes como para saber cada detalle de sus sospechas. Aun así, comenzó por el principio, por ese día en el que no pudo atender la llamada de su hijo, por las veces en las que ella trató de contactar con él después, por el teléfono apagado y por la coincidencia con la fecha con el accidente. Carlos solo asentía, hasta que le preguntó lo que sabía acerca de los Diosdado y ella le respondió la misma retahíla que había soltado en todas las comisarías, que eran vecinos de toda la vida, que el padre de Ricardo trabajaba en la base militar de Colima, que no eran ricos pero que les iban muy bien las cosas, que fueron ellos los que habían hecho posible que Santiago pudiera buscarse la vida en los Estados Unidos, que les estaba muy agradecida por lo que habían hecho por ella misma y que nunca tendría vida para devolverles tanto, que sentía mucho lo que había ocurrido con Ricardo y que se compadecía de su dolor.

—¿Hasta qué punto confías en Antonio Diosdado? —preguntó el vecino de Santiago.

—Pues, todo lo que se puede confiar en un hombre honrado y respetuoso que no ha dudado en ayudar a mi hijo en todo lo que ha necesitado desde que perdió a su padre —respondió Leonor, ofendida por las dudas de aquel señor que la miraba de reojo.

Entonces, Carlos Fonseca le tendió el periódico que sostenía entre las manos. Poniéndose de pie, rodeó los asientos de tapicería floral que los separaban y se dejó caer a su lado; con el dedo índice iba

señalando la noticia a la par que traducía para Leonor.

—No puede ser, Antonio Diosdado nunca haría algo así.

—Pues en mi tierra se dice que si el río suena… —dijo Carlos, haciendo hincapié en la noticia que tenían delante.

—No me lo creo, es imposible.

Carlos negó con la cabeza y se levantó, rebatiendo las palabras de Leonor cogió el periódico y lo hice un rollo que guardó entre sus manos, después la apremió a terminarse el café y a acompañarlo de vuelta al coche.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó ella, contrariada.

—A buscar a la mujer del piloto.

—¿Por qué?

—Porque es la única oportunidad que tenemos de saber si Santiago iba o no en ese avión.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Santiago

No quería que aquella mujer posara para mí, quería capturarla en el balanceo natural del movimiento que su trabajo requería, con la navaja a punto de cortar una mazorca de color morado llena de granos de cacao. Llevaba un vestido amarillo, procedente, tal vez, de la pila de los donativos de la que salió la ropa que yo mismo vestía. Su tez morena, tersa y de apariencia suave contrastaba con el pelo negro sembrado de sutiles hebras más claras, suelto y largo, echado hacia atrás; los labios estaban curvados en una ligera y tímida sonrisa y el negro de los ojos brillaban con tanta intensidad que mirarla directamente provocaba un tipo de vértigo imposible de definir. Anudado con un pañuelo a la espalda, llevaba un bebé de solo unos meses que dormía la siesta, ignorando el mundo a su alrededor.

El verde de la selva, las demás mujeres que trabajaban esparcidas por los campos de cacao y los propios cultivos pusieron el fondo a toda aquella explosión de colores, y el halo de la lente rota le dio un toque tan original que, cuando contemplé el resultado en el visor de la cámara, el calor que se formó en el interior de mi pecho fue tan intenso que no pude evitar que las lágrimas cayeran de mis ojos. Estaba haciendo arte, puro y verdadero arte.

Ni en un millón de años podría haber soñado con la posibilidad de hacerme dueño de tanta belleza. Esos rostros no tenían que pasar por una sesión de maquillaje y no había filtro en el mundo que pudiera igualar todo lo que transmitían sin ser conscientes de ello: armonía, paz, felicidad, esfuerzo, trabajo duro, sacrificio, amor, vida…

Volví a visualizar la pantalla solo para comprobar que aquel regalo del destino no era infinito, pues la barra de la batería externa estaba cada vez más baja. Tenía que ser meticuloso y aprovechar al máximo mis recursos en mi búsqueda insaciable de la fotografía perfecta.

Guardé mi equipo en la maleta de neopreno y me giré en todas direcciones buscando a Evelyn, pero esta no aparecía. La llamé varias veces en voz alta, aunque ninguna de las cabezas que emergían de

entre las hojas anchas de aquellas plantas cargadas de mazorcas de cacao tenía el pelo del color de la cerveza, ni la nariz pequeña y surcada de pecas o los ojos verdes y redondos como la de las hadas del bosque.

Supuse que se había cansado de esperar a que la luz del atardecer fuera la adecuada y se debió de marchar a la aldea en algún momento de mi aburrida espera.

Me despedí de mis modelos improvisadas dándoles las gracias a todas y ellas me devolvieron una cadencia de risas tímidas que me hicieron sonreír como un tonto. Busqué con la mirada el sendero que me devolvería a la aldea, no demasiado lejos de donde me encontraba y empecé a desandar nuestros pasos, intentando recordar todos los elementos visuales que había ido memorizando por el camino para tratar de no perderme.

—Un tipo me deja tirado con un chiflado que momifica cadáveres como trofeos, y ahora la doctora me abandona a mi suerte en medio de un campo de cacao que parece más muerto que vivo. Bienvenidos a la isla de «me importas un bledo» y «búscate la vida». A ver si soy capaz de ir yo solo derechito a la olla, o igual me caigo de cabeza en un manglar cuajado de pirañas. Un momento, ¿hay pirañas en esta isla? —Paré en medio del camino y guardé silencio, tratando de pensar la respuesta—. ¿Qué más da? Seguro que encuentro algo mucho más letal capaz de matarme con solo escupirme en un ojo.

Arranqué una rama por el camino y me distraje rompiéndola en trocitos pequeños que tiraba por delante de mí, tal vez por aburrimiento o tal vez para asegurarme de que no había ningún animal peligroso acechándome entre las plantas.

Un pequeño roedor saltó de un árbol al oír el sonido del trocito que había dejado caer a unos pocos pasos de mí, pero, antes siquiera de haberme repuesto del sobresalto, una serpiente se lo tragó de un solo bocado. Me quedé quieto, dejando que la serpiente pasara de largo con su cena en la tripa y, en cuando la tuve lejos, apresuré el paso, arrastrado el lastre de un pie tullido.

Acabé olvidándome de las señales visuales para reconocer el camino y me perdí, aunque no duró demasiado, pues el característico olor de las letrinas confirmó que no estaba lejos de llegar yo solo a la aldea. Bordeé las franjas llenas de desechos humanos y descubrí la roca partida en dos a través de la que caía aquella cascada donde solíamos bañarnos. El sonido del agua salpicando la piedra con fuerza

me recordó las ganas que tenía de desprenderme del calor pegajoso y húmedo que me escocía en el cuello y no dejaba de llenarme la frente de gotas de sudor.

De un tirón, desabroché aquella camisa que me quedaba enorme, solté la mochila de las cámaras en el suelo y me deshice de ella para doblarla y dejarla sobre la roca más cercana a la laguna con forma de medialuna. Estuve a punto de hacer lo mismo con los pantalones, pero entonces oí a alguien tararear una canción de los Rolling Stones con más o menos acierto y supe que había encontrado a la doctora traidora.

No la avisé de mi llegada, pretendía darle un susto tan grande que se arrepintiera de todas las veces que me había estado dando esquinazo aquella semana, pero cuando bordeé las rocas y la tuve delante, el corazón me palpitó tan deprisa que creí que aquella visión lograría matarme de un infarto.

Estaba desnuda, con el pelo mojado y ondulado cayendo por la espalda y los hombros y el chorro de la cascada la envolvía en una bruma de humedad que subía desde la laguna, efecto del rebote de aquellas gotas que caían con tanta fuerza. Algunas ramas de un árbol que había nacido al margen de la roca partida tapaban su sexo y, con los brazos, ocultaba sin pretenderlo, los pechos desnudos. Estaba sonriendo, y por primera vez, su semblante no parecía la de una experta jugadora de póker, sino que estaba abierto de par de par, enseñando todo lo que hacía de Evelyn la persona que era en realidad.

Absorbí el aire, tratando de no morirme de la impresión de tener delante de mí la representación carnal de la mismísima Venus de Botticelli en un entorno salvaje y exótico; era un elemento fuera de lugar en aquella selva y sin embargo… Ni siquiera me di cuenta de cómo conseguí sacar la cámara sin hacer ruido ni ponerla en alertar, ni de cómo logré encuadrar la imagen, ajustando aquel rayo de la lente para que la atravesara tal como si el cielo se hubiera abierto para enfocarla solamente a ella.

El sonido del botón y el *flash* rompieron el momento de intimidad y lograron que sus ojos me buscaran entre las ramas, pero yo ya había logrado mi objetivo.

—Pero… ¡¿cómo te atreves?! ¿Acaso me estabas espiando? ¿eres una especie de pervertido en busca y captura? —Evelyn no dejaba de soltar preguntas llenas de rabia, cada vez más alterada por mi inesperada interrupción. Con pasos rápidos, recogió su ropa de la roca

donde la había dejado a salvo del agua y se puso los vaqueros aun chorreando y la camiseta del revés. Con un manotazo, me quitó la cámara de las manos y comenzó a sacar fotos de mi cara de imbécil—. ¿Te gusta? Vamos, Santiago, desnúdate para la cámara, vamos a divertirnos un rato.

—Yo, eh… lo siento, no quería… eh —Alzaba las manos, temeroso de que quisiera vengarse y acabase por tirar el equipo al fondo de la laguna, pero tenía demasiado miedo de acercarme en medio de su enfado y que terminara por darme un puñetazo—. Puedes borrarla si quieres.

—Por supuesto que voy a borrarla, pedazo de maníaco. Tú necesitas ayuda, ¿eh? Estás fatal si vas por ahí espiando a la gente y… —hablaba al tiempo que desplazaba las fotos en el visor de la cámara, hasta que encontró algo que le hizo callar y cerró la boca, abriendo los ojos—. Esto… esto es…

Se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas y miró aquella imagen sin parpadear, tragando saliva. El rosto de Evelyn adquirió diferentes tonalidades de rojo a medida que observaba su propia imagen inmortalizada en aquella obra de arte, y sin más, sin llegar a eliminarla ni amenazarme con arrancarme las pelotas, me devolvió el equipo y agachó la cabeza, ocultándolo de mi escrutinio.

—Evelyn… —Alcé la mano, tratando de tocarla para llamar su atención, pero ella alzó la suya, evitando que me acercara más—. Lo siento, no pretendía, yo no quería… Verás, no es interés sexual, es solo que… Joder, esa foto es increíble, ¡tú eres increíble! ¿Cómo no me había dado cuenta antes de cómo llenas la imagen? Deberías dedicarte a esto, eres … eres…

—Déjalo ya, ¿quieres? —Se levantó, rápida, y pasó por mi lado sin mirarme a la cara—. Vamos, ya casi anochece y la selva no es un buen lugar para que te sorprenda la noche.

La seguí, en silencio, avergonzado por mi intromisión y enfadado porque no fuera capaz de ver lo que yo veía. Intenté alcanzarla todo lo rápido que me permitía mi pie izquierdo, pero entre ella y yo había una brecha difícil de salvar. Evelyn no estaba enfadada, estaba profundamente dolida y no entendía por qué.

#

No la vi en la cantina aquella noche y volví a sentarme solo en la

esquina de una de las largas mesas donde se reunían los habitantes de la aldea para comer. Aunque la soledad en aquel sitio nunca duraba demasiado. A mi alrededor se formó un corro de curiosos que deseaban estar cerca del hombre al que el mar había decidido perdonarle la vida y, aunque después de algunas semanas ya deberían haberse cansado de mí, a medida que daba buena cuenta de mi ración de pescado, se sucedían las risitas, las miradas curiosas o incluso los intentos de los niños para que les contara más de aquellas historias sobre piratas, tiburones temibles, pulpos gigantes o pájaros de acero que surcaban el cielo. Sin embargo, mi atención se dividía entre el contenido de mi bandeja y la entrada de la lona, aunque por mucho que prestara atención, ninguna de las personas que se acercaban hasta allí eran Evelyn.

Terminé de comer y recogí las cosas para llevarlas de vuelta al mostrador de sor Esperanza, pedí una bandeja llena para llevar y me desprendí como pude del corro de niños que me acorralaron en la salida, suplicando que me quedara con ellos a jugar.

Cabía la posibilidad de que Evelyn hubiera cogido sus cosas y se hubiera ido a dormir a la cabaña de su amiga Makena, pero había luz saliendo por los huecos abiertos de su consulta y sus movimientos producían sombras en la pared. Entré sin anunciarme y se sobresaltó.

Estaba curando una herida profunda y bastante fea de la palma de la mano de un pescador al que, al parecer, se le había clavado el arpón mientras trataba de atrapar un pez demasiado grande como para dejarlo escapar. El hombre me saludó en cuanto traspasé la puerta, pero ella ni siquiera levantó la cabeza de la aguja con la que remendaba aquella sutura.

—Te he traído la cena —dije, sintiéndome un completo estúpido.

—Gracias, pero no tengo hambre —dijo, sin volverse ni mirarme—. Y tampoco tengo tiempo. Si no te importa, necesito intimidad para este hombre.

—A mí no me importa, Awina, el náufrago puede quedarse y… ¡ay!

Evelyn dio una puntada para que el pescador dejara de insistir, pero lo cierto era que no tenía ninguna intención de moverme de allí. Cogí un taburete y me senté a su lado, y pese a que me ignoraba o al menos lo intentaba, cogí el cuenco de comida y me lo puse sobre las rodillas.

—Abre la boca —dije.

—¿Cómo dic…? —Ni siquiera esperé a que estuviera preparada: le

introduje una cucharada de sopa de pescado y ella se apresuró a cerrarla y masticar antes de que se le saliera de la boca. El color de su rostro se volvió rojo como el fuego y se giró para seguir trabajando, un poco más torpe esta vez.

Nunca había conocido a nadie a la que las emociones se le salieran por los poros de la piel y eso para mí era como un chute de adrenalina que me instaba a buscarla una y otra vez, como si necesitara de esa droga y ella fuera la única proveedora disponible. No me arrepentía en absoluto de haberle hecho aquella foto, sino que me moría de ganas de hacerle muchas más, miles, millones más, porque había encontrado una musa y no estaba dispuesto a dejar que se escapara.

—Vamos, abre la boca ¡que viene el avión! —dije y el pescador se echó a reír. Supongo que no entendía aquella expresión, pero le di un tono tan infantil como universal que estaba seguro, había presenciado demasiadas veces.

—No tengo dos años, puedo comer sola.

Terminó de cerrar la herida del pescador y lo despidió con instrucciones para volver a hacerse las curas al día siguiente. Esperó a que saliera de la consulta y agarró el cuenco de sopa de mis manos, comiendo, con bocados rápidos, como si tuviera un problema personal con el contenido humeante. La miré comer en silencio, pero yo estaba perdido en el halo místico que rodeaba a Evelyn; entonces fui consciente de lo triste que parecía y me produjo una sensación de malestar indescriptible.

—Oye, lo siento, ¿vale? Lo siento muchísimo. Hacerte esa foto, desnuda… ha sido… —intenté disculparme, pero en mi interior no comprendía qué había hecho mal—. Estoy acostumbrado a ver a las modelos sin nada de ropa, para mí no es… No te estaba espiando, yo…

—Me da igual que me hayas visto desnuda, Santiago. Solo es un cuerpo.

—¿Entonces?

—No es asunto tuyo.

—Creo que sí.

Evelyn giró la cabeza y entonces sí me miró. A su altanería y soberbia habitual se le había añadido cierta tristeza que oscurecía sus ojos, haciendo que sus pómulos tendieran a hundirse hacia abajo; verla en ese estado fue como recibir una bofetada a mano abierta y sentí dolor, un tipo de dolor sordo y agudo al mismo tiempo, como el

de un corazón que se parte por la mitad. Cogí la cámara con manos temblorosas y comencé a pulsar los botones; mi parte artística se moría de horror por lo que pretendía hacer, pero el dolor de aquellos ojos me estaba destrozando.

—Voy a borrarla ahora mismo —dije y ella se levantó de un salto y me quitó la cámara de las manos antes de que lo hiciera.

—No, no lo hagas. Solo… no quiero volver a verla, ¿de acuerdo? —Me la devolvió como si le quemara entre las manos y se afanó en recoger las cosas con las que había estado suturando la herida—. Puedes quedártela, haz con ella lo que quieras, pero no vuelvas a enseñármela.

—Pero…

—Voy a salir a tomar el aire y no quiero que me sigas, ¿vale? —dijo—. No tienes que hacer nada, Santiago, solo dejarlo estar.

No me dio tiempo a preguntarle nada más, dio unos pasos hacia la puerta y desapareció en la dirección en la que su amiga Makena tenía su cabaña.

Me senté sobre mi colchón con la cámara en las manos, con el visor mostrándome a aquella Venus salvaje llena de contrastes, desnuda, en todos los sentidos en los que podía hacerlo, con los ojos brillantes, la sonrisa descarada, el pelo mojado sobre los hombros y esa libertad que gritaba cada poro de su cuerpo, pero también vi algo que no había observado hasta entonces: mi propia visión de ella reflejada en el objetivo. La cámara se apagó, completamente agotada, pero para entonces, ya había descubierto a la mujer que se ocultaba tras aquella bata de médico que le servía de barrera, y me gustaba, me gustaba demasiado.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Evelyn

Makena refunfuñaba algo por lo bajo, otras veces se tapaba la boca, riendo, mientras extendía en el suelo un colchoncillo fino que guardaba enrollado y colgado de un gancho en la pared. Yo trataba de no advertir su comportamiento, pero no lograba concentrarme en el juego de Anne sin prestar atención a los mohínes de su madre. Le había contado lo de la foto y ella parecía estar divirtiéndose de lo lindo con mi historia. Y yo estaba demasiado contrariada como para abordarla de frente, así que esperé a que Anne empezara a cabecear para dejarla sobre la cama e ir a sentarme en el descansillo de la puerta, aunque Makena se paseaba arriba y abajo, recogiendo las cosas con las que Anne y yo habíamos estado jugando.

—Oye, ¿se puede saber qué te pasa? —le dije, dando un par de zancadas para ponerme a su lado y ayudarla en la tarea, en vistas de que ella no pensaba sentarse conmigo.

—¿Qué me pasa a mí? ¿Qué te pasa a ti? Tienes a ese pedazo de tío todo el santo día detrás de ti, y pasas de él. Y ándate con ojo, que no soy la única a la que no le importaría lo más mínimo averiguar cómo se las gasta el náufrago. Estás fatal si no te largas con él antes de que te lo quiten —dijo, amortiguando una carcajada sobre el dorso de la mano.

—No todo el mundo quiere huir de su hogar, ¿sabes? —dije, furiosa por su insistencia, y el rostro divertido de Makena se tornó en asombro, y al asombro le siguió la vergüenza y la tristeza más oscura, pero cerró la puerta que había dejado entreabierta, y ocultó sus emociones en una sonrisa triste—. No entiendo por qué te empeñas en hacer que me vaya de aquí a toda costa, no entiendo por qué te preocupa tanto lo que pase entre el náufrago y yo. Solo es un hombre.

—Entonces, ¿vas a tomar los hábitos? ¿serás sor Evelyn y te encargarás de poner tiritas toda la vida? —dijo, riéndose tanto que las lágrimas les salían a borbotones—. No tienes madera para la castidad y creo que llegas tarde.

—Créeme que ese tipo de amor es lo último en mi lista de prioridades, te lo aseguro.

Makena dejó de secarse las lágrimas y volvió a mostrar el desconcierto y la desesperanza de antes; parecía abatida en su empeño de convencerme de algo de lo que ni ella misma estaba segura. Aquella conversación se estaba convirtiendo en una pérdida de tiempo y ni siquiera tenía ganas de rebatir, contradecir o argumentar las innumerables razones por las que nunca dejaría la aldea para marcharme detrás de un hombre y vivir a su sombra.

—Santiago no es Liam. ¿Y si esta vez no te rompe el corazón? —preguntó en voz baja.

—Santiago va a marcharse, tiene que regresar a casa… Claro que me rompería el corazón.

—La Fundación está a punto de cerrar esta aldea por mucho que no quieras saberlo, Evelyn, y cuando eso ocurra ya no estará sor Esperanza, ni sor María, ni sor Consuelo, ni nadie que ponga normas ni límites, tampoco tendrás quien te proteja. Eres una mujer que ya no tiene edad de elegir marido y este es un mundo de hombres. No tienes muchas opciones: o eliges el amor o eliges la supervivencia.

—Me elijo a mí misma, en cualquiera de mis dos mundos.

—Evelyn, nunca serás libre de elegir, ni en este mundo, ni en el otro. Solo espero que tu Dios te proteja cuando todos se vayan.

Terminó de recoger un cesto de mimbre que tenía a los pies y, dándome un suave empujón en el brazo, se despidió de mí para irse a dormir

Me quedé sola, decidiendo si abrir la boca o cerrarla e irme yo también a dormir, pensando en todas las cosas que me había dicho Makena, sintiéndome una estúpida por agarrarme con uñas y dientes a lo que todo el mundo sabía que estaba perdido, bloqueando a esa parte de mí que quería dejar de sostener un escudo contra todo el mundo y descansar, y obviando las cosas que aquella foto me había hecho sentir: atractiva, deseada, viva, mujer.

#

Los años que viví mientras estudiaba en Australia con mi tía fueron una consecución de momentos tristes. Nunca conseguí adaptarme a un mundo extraño, lleno de ruidos y de olores, de costumbres y normas que no eran las que yo conocía. Vivir en una ciudad donde la

población era de, al menos, diez veces mayor que la de la isla entera, hacía que me sintiera asfixiada, y caminar por el asfalto, buscando la sombra de los edificios a falta de árboles frondosos y de profunda y salvaje vegetación comenzó a pasarme factura. Las primeras seis semanas en casa de mi tía me dediqué a dormir en el jardín, en una tienda de campaña que había improvisado para no sentirme tan pequeña en una casa tan gigantesca como aquella. Las clases no tenían nada que ver con lo que habíamos vivido Makena y yo en la escuela de sor María, donde apenas fuimos media docena de chicos que fueron menguando con el paso de los años hasta que solo quedamos ella y yo. Por mucho que hubiéramos superado las pruebas de acceso a la universidad, nos sentíamos fuera de lugar en aquellos edificios atestados de chicos y chicas que nos miraban con curiosidad, como si hubiéramos salido de otro mundo.

A Makena le costó dos años darse por vencida y regresar a la seguridad de un hogar conocido, yo conseguí vencer todas mis resistencias con el único objetivo de regresar y tomar el relevo de mi madre. Ni siquiera hice la residencia en Medicina Interna, como tenía planeado; el día en el que mis compañeros celebraron que la universidad había terminado y lanzaban sus birretes al aire, yo cogía un avión con destino a Papúa Nueva Guinea para ir a la sede de la Fundación a rogarles que me embarcaran en el próximo helicóptero que saliera hacia la Isla de Sandy. Mi único error fue confiar en que Liam se adaptaría a mi mundo mejor de lo que yo había sido capaz de adaptarme al suyo.

Lo que empezó como una aventura, un cambio de aires lleno de oportunidades para aprender cosas que no se enseñan entre cuatro paredes, se convirtió en una decadencia de días iguales, de quejas interminables, de discusiones que iban ascendiendo en la medida en la que nuestro amor iba menguando, hasta que él pronunció las palabras mágicas: «O te vienes conmigo o me voy sin ti». Ni siquiera sé cómo pudo formular aquella frase, si ya sabía que el resultado sería verlo montar en el helicóptero de vuelta al lugar del que nunca debería haber salido, dejándome sola, con el corazón roto y la firme determinación de no dejar que nadie, jamás, volviera a hacerme escoger entre mi isla amada y ese otro tipo de amor.

Había pasado demasiado tiempo desde que Liam se fue de la aldea y ahora el mar me había traído a Santiago, como si el destino quisiera poner a prueba mi resistencia, como si tratara de burlarse de mis

decisiones dándome una nueva oportunidad para cometer los mismos errores, solo que esa vez no había nada que pensar. Él regresaría a casa y yo me quedaría en la mía. Y sí, trataba por todos los medios de no sentir nada, de vivir anestesiada a las sensaciones que me producía Santiago, porque yo lo sentía todo con el corazón, y el corazón me decía que la brújula que siempre había guiado mis pasos había empezado a mover las agujas en otra dirección, una en la que se encontraban los ojos castaños del hombre más sensible y extraño que había conocido nunca. Él era el motivo por el que me levantaba por las mañanas con ganas de dejar que me hicieran reír.

Pero hay una cosa que nunca le dije a Santiago, y es que yo sí sabía que él estaba apuntándome con el objetivo de su cámara, y lo que capturó en aquella imagen nada tiene que ver con un cuerpo al desnudo, sino con un par de ojos verdes que no saben esconder lo que sienten sin querer.

Santiago tenía que regresar a casa y ni yo ni nadie tenía derecho a ponerlo en la tesitura de tener que escoger entre su mundo y el mío.

Aunque las palabras de Makena se hicieron oír en mis oídos, confirmando todos mis temores: la aldea tenía los días contados y ni siquiera nuestros esfuerzos por salir adelante por nuestros propios medios, vendiendo cacao de una plantación que apenas lograba sobrevivir, conseguiría que siguieran manteniendo a las hermanas en la isla. Si ellas se iban, los niños no tendrían una escuela en la que estudiar, ni una cantina que les asegurara una alimentación completa al menos una vez al día, ni alguien que velara por sus derechos hasta la mayoría de edad, ni quien les hablara del mundo al otro lado del mar. Y si ellas se iban, ¿cómo conseguiría justificar mi trabajo en la aldea? ¿Quién me iba a suministrar los recursos que necesitaba para la consulta? Yo no pertenecía a la Fundación, ni siquiera compartía la religión que ellos profesaban, yo solo había nacido allí.

Makena tenía razón: el mundo que yo conocía estaba a punto de cambiar, porque, realmente, nunca se había alejado demasiado de sus raíces. Los nativos aceptaron la palabra del padre Clemente solo por la promesa de las mejoras que su aceptación incluía y porque era imposible estar cerca de aquel hombre y no amarlo con devoción, pero a la muerte del padre Clemente y la falta de voluntarios religiosos que quisieran ocupar su lugar, las enseñanzas católicas habían ido cayendo en el olvido, devolviéndoles un poco de la identidad perdida en el camino. Incluso las hermanas se habían ido mimetizando con la

cultura de aquella tribu deshilachada de sus raíces, hasta el punto de disfrutar de sus festividades ancestrales, de conocer a sus dioses y de seguir algunas de sus costumbres.

El mundo cambiaría pronto para mí, estuviera dispuesta a asumirlo o no.

#

Metí la cabeza debajo de los brazos, tratando de obviar los rayos de sol que indicaban que me había despertado más tarde de lo que podía permitirme, pero estaba demasiado cansada después de pasar la noche dándole vueltas a las cosas que no podía controlar. Aun así, hice el esfuerzo de ponerme en pie, recoger la cama que Makena me había prestado y dejarla colgada del gancho de la pared.

Ni ella ni Anne estaban dentro, así que imaginé que mi amiga estaba en los campos de cacao y la pequeña en la escuela, volviendo loca a sor María con sus preguntas para las que no todo el mundo tenía respuestas. Dejé la cabaña recogida, me abroché las botas y fui derecha a la mía, haciendo oídos sordos al hambre que hacía vibrar mi estómago. Había tomado una decisión: reconstruir la muralla que me mantenía a salvo, olvidarme de las cosas que había entendido mirando aquella foto y de las palabras de Makena, y empezar a contar los días que faltaban para que el náufrago se fuera.

En algún lugar de la selva en el límite con Tierra Prohibida
Isla de Sandy

Alain

Alain y algunos de los hombres que habían estado viajando con él los últimos meses hacia la isla, caminaban en fila india por el sendero que Otowe iba trazando delante de ellos, guiándolos en la oscuridad de la noche silenciosa, abriéndose paso en la espesura de la selva que conducía hasta el acantilado del Norte.

Debajo de aquella impresionante formación rocosa se encontraba la cala pequeña y estrecha por la que pretendían entrar las lanchas motoras cargadas con las herramientas básicas para comenzar la excavación en la mina. Si conseguían llegar y perforar a mano, aunque fuera la superficie, se harían con una cantidad de oro puro más que suficiente como para regresar a Papúa Nueva Guinea y comprar tantos favores como fueran necesarios hasta poder de penetrar en aquella isla siniestra y acabar, para siempre, con el aislamiento que protegía el corazón de aquella mina.

Caminaban con cuidado, sabiéndose en el límite del tratado que definía la vida de la muerte, sorteando el río Paraíso e internándose en sus aguas cuando la situación lo requería. El sudor del esfuerzo por la caminata se unía al miedo de saber que, en algún lugar entre aquella vegetación, alguien los podía estar observando. Apenas llevaban armas consigo y, de haberlas llevado, no serían tan rápidas como una flecha invisible clavada en la nuca.

Cuando el verde de los árboles se transformó en matorrales a ras del suelo y este acabó en el filo del precipicio del norte, respiraron, visiblemente aliviados por haber sobrevivido a la sombra invisible de los que se mimetizan con la naturaleza y todo lo ven. Miraron hacia abajo, reprimiendo un grito de alegría al descubrir que la primera de las embarcaciones había logrado encallar en la playa, y el haz de una linterna les dio la bienvenida.

Alain palmeó la espalda de Otowe en cuanto este abrió el camino por el desfiladero que conducía a la orilla, agradecido por toda la ayuda que su amigo, el hombre de un solo brazo, le estaba prestando.

—Acabas de firmar tu billete de salida de esta isla —dijo, y en la oscuridad de la noche, el hombre tullido, lo vio sonreír.

—Querrás decir nuestros billetes; Makena y Anne también están incluidas en el trato, recuerdas, ¿no?

—Amigo, serás libre para tener tantas mujeres como te dé la gana y tendrás dinero para llevar la vida que te mereces, ¿de verdad quieres arrastrar a la mocosa y a su madre contigo? —Alain alzó las manos en el aire, respondiendo al rostro de asombro de su amigo—. Está bien, está bien, como tú quieras: ellas también vendrán.

Otowe soltó el aire, maldiciéndolo en secreto y maldiciéndose así mismo por haber confiado en aquel demonio de ojos azules que se alejaba cada vez más de la imagen de hombre aventurero y amante de la naturaleza con la que había llegado a la aldea.

Alain dio un paso al frente, deseoso de bajar a la playa y asegurarse de que la mercancía había llegado intacta, pero Otowe detuvo su movimiento con el brazo que le quedaba libre, porque le había prometido a Makena que haría cuanto estuviera en su mano por ayudar a su mejor amiga.

—¿Sacarás tú a Awina de la isla? —le preguntó

—Awina ha tenido oportunidades suficientes para aceptar mi ayuda y quitarse de en medio antes de que todo acabe. Ella ha tomado su propia decisión, y yo, en cambio, he tomado la mía.

Los Ángeles, EEUU

Leonor

La búsqueda de la mujer del piloto no estaba resultando tan fácil como en un principio habían imaginado, y el permiso de turista de Leonor estaba a punto de expirar sin que hubieran reunido pruebas suficientes para demostrar que Santiago viajaba en ese avión.

Tenían sus esperanzas puestas en que las pruebas ocultas de la caja negra tuvieran la respuesta a todas sus inquietudes y que aquella mujer que luchaba por la transparencia en el «Caso Diosdado», como a la prensa le gustaba llamarlo, les brindara la ayuda que hasta entonces nadie les había prestado.

Llevaban varios días de negativas, de direcciones erróneas, de personal de oficina que se escudaba en la ley de protección de datos para no darles un teléfono al que llamar y la desesperación empezaba a pasarles factura. Habían tratado de localizarla usando las noticias que, de cuando en cuando aparecían en la prensa, pero el tiempo corría en su contra. En unas semanas tendría que regresar a Colima con las manos vacías, sin tener una respuesta clara de qué había sucedido con su hijo.

—Jamás lo encontraré —lloraba Leonor contra el hombro de Carlos Fonseca en la puerta de la tercera cadena de noticias locales a la que habían acudido a preguntar.

—Lo haremos, ya lo verá. Tenga un poco más defe.

—¿Y si se lo ha tragado el mar?

—Antes tenemos que comprobar que iba en ese avión, ¿no cree? Estoy seguro de que hay alguna forma de contactar con la mujer del piloto, solo que no la hemos encontrado aún.

—¿Y si Santiago está vivo y necesita que lo ayuden a volver? ¿Y si el tiempo corre en su contra y nosotros no hacemos más que perderlo? ¿Y si…?

Carlos Fonseca la frenó en seco, porque la desesperación de aquella madre amenazaba con cubrirle los ojos con el paño de la locura de quienes han perdido a alguien y no encuentran respuestas.

Agarrándola de los hombros, le pidió que se secara las lágrimas y le prestara atención; si alguien tenía que ser realista y contarle la verdad, entonces era mejor que ese alguien estuviera dispuesto a poner el otro hombro y dejarla llorar su pena.

—Escúcheme, Leonor, si Santiago iba en ese avión, puede estar segura de que lo que buscamos es su cadáver. Nadie sobreviviría a un accidente tan horrible como el que sobrevino al *jet* de Ricardo, ¿me entiende? Nadie sobrevive a la tormenta en el mar.

La búsqueda

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Santiago

Eveliyn regresó al día siguiente a la cabaña, y esa vez, hizo como si nada hubiera ocurrido, como si mi fiebre artística no hubiera sobrepasado la línea que había interpuesto entre ella y el mundo. Sin embargo, marcó la distancia que había entre los dos, aprovechó el tiempo de descuento para reforzar sus muros y la faceta de doctora profesional se había tragado por completo a la Evelyn que tanto me gustaba, la de las risotadas ridículas, la de la lengua mordaz y los ojos de duende.

No volvió a distanciarse físicamente de mí, sino más bien parecía querer aprovechar cada momento libre buscando mi compañía. Era el otro tipo de distancia la que me molestaba, porque yo quería llegar a ella de nuevo, ver a esa mujer de la foto, hacerla reír como antes, sacarla de quicio y robarle un beso, porque desde aquel día en la cascada no dejé de pensar en lo suaves y dulces que serían sus labios.

Nunca entendí por qué mantenía esa tensión en mi presencia, cuando tantas veces la había visto bajar la guardia, dejando entrever a alguien completamente diferente de la que me seguía en aquel momento a todas partes, enseñándome los mejores rincones de la isla, dejándome buscar el ángulo, la luz o el rostro perfecto, aguantando mis momentos de intimidad entre la cámara y yo.

—¿Te queda agua? —pregunté y ella dejó de caminar y me tendió la cantimplora que llevaba colgada del cuello.

Íbamos de camino al interior de la selva, hacia el corazón de la Isla de Sandy, cerca del río Paraíso, para visitar una aldea de pigmeos que vivían como un pequeño grupo de agricultores. La tribu estaba situada en una zona poco accesible que la mantenía virgen de cualquier contacto extranjero, inclusive, de las demás tribus que poblaban la isla. Pero eran personas pacíficas, hombres y mujeres tranquilos cuya población, cercana a la vejez, estaba en pleno descenso y cabía la posibilidad de que acabaran por extinguirse. Tener el privilegio de inmortalizar sus rostros me elevó a la categoría del hombre más

afortunado del mundo y no sé cuántas veces paré en el camino para darle las gracias a Evelyn.

Le devolví la cantimplora después de beber un poco de agua y me ofrecí, por enésima vez, a cargar con la mochila que llevaba a la espalda, llena de medicamentos, gasas, suero, latas de alimento enriquecido y cualquier cosa que pudiera necesitar en una de sus visitas rutinarias a las aldeas a ese lado del río.

—No te preocupes, estoy bien —decía siempre y, como para garantizar que decía la verdad, se agarraba de las asas de la mochila para erguir su postura encorvada por el esfuerzo y caminar con más determinación que antes.

—No pasa nada por dejar que otros te ayuden.

—No siempre estarás para ayudarme, y hago este trayecto al menos, dos veces al mes, así que…

Chasqueé la lengua y, caminando con toda la rapidez que me permitía el pie izquierdo, me puse a su altura, tan cerca que podría haberle robado ese beso aun a riesgo de haber recibido una bofetada. Sin embargo, alargué una mano para deslizar el asa de la mochila por su hombro y conseguí descolgarla del todo sin que ella moviera ni un solo músculo para impedirlo. Estaba completamente rígida y juraría que aguantaba la respiración al roce de mis dedos sobre la piel de su brazo.

—Pero ahora estoy aquí y no tienes por qué cargar tu sola con todas estas cosas. —Alzó los ojos y me miró, y el brillo de sus ojos me recordó a la Venus descarada y vibrante que sabía que vivía en su interior, pero no hizo nada para detenerme, tan solo soltó la mochila en mis manos y se dio la vuelta para seguir.

—Démonos prisa, una de las chicas más jóvenes de la aldea ha salido de cuentas y puede dar a luz en cualquier momento y, dada la tasa tan baja de natalidad que tienen, tengo que asegurarme de estar cerca cuando llegue la hora.

La vi retomar el camino por el sendero frondoso que ocultaba la pequeña vereda trazada por la mano del hombre, acelerando el paso, ligera de todo el peso que ahora soportaba sobre mis hombros.

#

Aquellos hombres y mujeres aceptaron de buen grado ponerse delante de mi objetivo, incluso se atrevieron a tocar la cámara y a

mirar el visor después de haber posado para mí. Se habían afanado con sus mejores galas, que consistían en una especie de maquillaje facial que cubría sus rostros de rojo, negro y azul.

Eran menudos y bajitos, tanto que parecían preadolescentes cuando lo cierto era que rondaban la tercera edad, y su rudimentaria y exclusiva forma de vida los excluía del mestizaje que ya había advertido entre los Asaro y los nativos de la propia aldea de Evelyn. Apenas había jóvenes y los niños se contaban con los dedos de una mano.

Guardé el equipo en la bolsa y comencé a buscar a Evelyn, que se había colado en el interior de una de las cabañas. Para evitar que volviera a irse sin avisar, decidí ser yo el que fuera a por ella, pero antes de acercarme siquiera a la puerta baja y angosta, apareció, agachada para poder pasar por debajo del dintel. Estaba roja de furia, con los labios torcidos en una mueca de desilusión y los ojos a punto de desbordarse en lágrimas.

—Oye… Evelyn, qué…

No parecía oírme, siguió caminando de forma enérgica hasta la frontera de la aldea con la espesura de la selva y solo entonces paró. La oí ahogar un grito y corrí a su lado.

—Han muerto, los dos han muerto. —La miré y ella respondió a la pregunta que no hice—. La madre y el niño han muerto en el parto. Solo tenía doce años… ¡joder! Les pedí que me avisaran cuando llegara la hora.

Con las manos temblorosas, deslizó una goma del pelo que llevaba sujeta en la muñeca y se lo recogió sobre la nuca, apartando los mechones del cuello sudoroso. Desvié la mirada para no advertir las gotas que rodaban por la piel y le empapaban la camiseta.

—¿Están…? —dije, mirando hacia el interior de la cabaña.

—No, hace días que quemaron los cadáveres. Estoy segura de que podría haberlos salvado, al menos a uno de los dos, pero esta gente es tan terca, obstinada y supersticiosa que prefieren dejar sus vidas en manos del destino, aunque les cueste la propia existencia.

—¿Acaso no estamos todos en manos del destino? —dije, intentando hacer una broma.

Se volvió para mirarme, y todo un abanico de colores se pasearon por su rostro. Le ocurría lo mismo cada vez que las emociones la sacudían con fuerza, fueran las que fueran.

—La medicina podría haberles salvado la vida, yo podría haberles

salvado la vida. El destino es una tontería, no existe nada ahí arriba o ahí abajo que determine cómo será tu vida, las cosas que llegarán a ti o las que dejarás ir, nuestra historia no está escrita en las estrellas, ni en ningún libro imaginario, ni en la palma de nuestras manos, ni ninguna otra chorrada que se te pueda ocurrir. Esto ha sido una negligencia humana, un error irreparable que ya no tiene vuelta atrás. —Agachó la cabeza y, suspirando, dejó ir los restos de su enfado—. Si has terminado, reparto las latas de comida y nos vamos.

Asentí, y abriendo la mochila, la ayudé a dejar latas de conserva con comida rica en vitaminas, hierro, calcio y proteínas con las que completar la alimentación escasa de aquellas personas en la puerta de cada una de las pequeñas casitas; sin embargo, ninguno de los habitantes del poblado hizo el amago de cogerlas.

—Cada vez más me pregunto qué hago en esta isla donde nadie me necesita. Vamos, no lleguemos tarde.

La dejé recoger la mochila casi vacía y, echando un último vistazo a aquella gente, aceleré el paso para seguir a Evelyn de regreso al interior de la selva.

#

Era mentira que nadie la necesitara en aquella aldea, lo supe en cuanto pisamos en descampado donde los niños jugaban al futbol y una marea de pequeñas cabecitas rodeó la cintura de Evelyn con los brazos extendidos. Eran sus niños, a los que mimaba como si realmente fueran sus hijos. Era con ellos con los que surgía la magia de la transformación, era con ellos con quienes los muros caían sin esfuerzos y la Evelyn que me dejaba ver se transformaba en la Awina a la que solo unos pocos privilegiados tenían acceso.

Los niños salieron corriendo, despavoridos, soltando risotadas y gritos de diversión mientras ella fingía volverse loca y corría tras ellos para hacerles cosquillas. Fue entonces cuando decidí, voluntariamente y a sabiendas de las consecuencias de traspasar la línea, sacar la cámara y gastar la única de las baterías externas que seguía medio llenas en aquellas fotos, porque siempre me recordarían al ser humano más maravilloso que vivía dentro de aquel centinela de acero que creía que tenía que protegerse del mundo, la que luchaba por alejarme y, sin embargo, no hacía más que atraerme como un imán, como si aquel día en el avión de Ricardo mi supervivencia estuviera guiada

por un destino invisible que me condujo hasta ella.

Me vio, apoyado sobre mi rodilla, apuntándole con el objetivo, pero esta vez sonrió a la cámara, porque ya no había forma de recoger la armadura del suelo para volver a colocársela, porque había encontrado a Evelyn en el lugar en el que siempre sería feliz: en el corazón de aquellos niños, en sus risas, en sus bromas, en sus travesuras y en la historia de sus vidas.

Porque sí, era probable que aquella gente quisiera seguir siendo fiel a sus creencias y a los designios del destino, pero la vida de ninguno de ellos fue la misma después de vivir al lado de una mujer que había decidido renunciar a todo y a todos a cambio de una vida de servidumbre.

Hice muchas más fotos de los rostros de los niños, con los ojos brillantes, las manitas sobre la boca desdentada, los rizos cardados de las niñas y las coletas de colores de Anne. Fotografié a sus padres, regresando del mar con las redes cargadas de peces, y a los ancianos de la aldea recostados sobre el tronco de un árbol observando el pasado, el presente y el futuro de aquel lugar, con el sol perdiéndose entre los árboles de hojas anchas, menguando detrás de la única montaña que presidía el corazón de la isla. Capturé, sin saberlo, a las que serían las últimas hermanas de aquella misión religiosa, con sus hábitos celestes, sonriendo en la lejanía de la cantina, esperándonos a todos para cenar y, cuando creí que había terminado, Evelyn resurgió entre la polvareda del suelo y los cuerpecitos revueltos para regalarme un retrato de la más pura y sincera felicidad.

Comenzó a llover, de la forma en la que lo hacía en la isla: abrupta, abundante y rápida, pero nadie corrió a ponerse a salvo del agua, sino que, extendiendo los brazos, giraban sobre sus piernas con la cara mirando hacia las nubes, dejando que la lluvia les empapara el rostro y les llenara la boca. El movimiento de sus cuerpos, las gotas de agua cayendo con fuerza, los colores de sus pieles en contraste con la tierra roja de la isla, el pelo rubio de Evelyn y el verde selvático quedaron para siempre atesorados en mi poder. Entonces no sabía lo que aquellas imágenes significarían para mí, porque tan solo veía la belleza cromática y la felicidad del momento; solo en la lejanía y la distancia que nos separó fui realmente consciente de todo lo que había dejado atrás.

Guardé el equipo casi agotado en la bolsa de neopreno, rezando para que durase un poco más antes que vinieran a recogerme en

helicóptero, y el recuerdo del mundo que había dejado atrás me sacudió como una bofetada, y la realidad en la que vivía en esa isla se mezcló con los recuerdos de mi verdadera vida, y quise que el tiempo pasara más lento, y quise quedarme más tiempo, solo un poco más, porque lo sentía, porque había tenido que sobrevivir a una tormenta para encontrar lo que ni yo mismo sabía que quería.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Evelyn

Los habitantes de la aldea habían comenzado, de forma sigilosa, una transición hacia el mundo que habían conocido antes de que la Fundación sentara las bases de un campamento cristiano de ayuda humanitaria entre ellos. Eran pequeños detalles casi imperceptibles, inocentes, que deshacían los lazos que habían mantenido con las religiosas durante los más de cuarenta años en los que habían convivido juntos, como que los padres de David comenzaran a llamarlo por su nombre nativo o que los ancianos se hubieran empezado a reunir con asiduidad para tratar temas ajenos a la Fundación.

Pero para alguien que hubiera notado aquellos cambios, tampoco habrían pasado desapercibidos otros detalles, como la presencia de cazadores de las tribus de Tierra Prohibida a ese lado de la línea del tratado, camuflados entre los árboles, vigilando sin ser vistos, esperando algo que solo ellos sabían que iba a ocurrir, acechando a un peligro que solo ellos veían.

Yo, por supuesto, no fui consciente de todos estos detalles, hasta que cruzamos la línea de las cosas que ya no tienen marcha atrás.

Aquellos días en la aldea se vivía un ambiente de efervescencia, felicidad y esperanza, fruto de la primera gran cosecha que habíamos logrado arrancar a aquella plantación de cacao abandonada. La primera que podía representar un cambio real para la aldea.

Sor María podría adquirir nuevos libros, material para escribir y planos en los que la Isla de Sandy estuviese debidamente representada. Sor Esperanza podría empezar a introducir alimentos que no se encontraban entre los que se recolectaban, pescaban o cazaban dentro de la isla, como las especias, las legumbres y otros cereales que hicieran que nuestra alimentación fuera un poco más completa, como el trigo, con el que podíamos elaborar algo tan básico como el pan. Sor Lucía, que se encargaba de reciclar ropa, calzado y juguetes procedentes de las donaciones, podría empezar a comprar

suelas para arreglar los zapatos de los niños más pequeños, Sor Consuelo podría contar con algunos ahorros para emergencias y yo soñaba con material nuevo para mi consulta, como las espátulas de Thierry, un aparato que conseguía agrandar el canal de parto para que las niñas no tuvieran que morir al dar a luz a un bebé demasiado grande.

Aquellas ilusiones sirvieron para acallar la voz de mi conciencia, que no dejaba de susurrarme que aquello solo era una cortina de humo, que nada de lo que arrancáramos a la tierra podría parar el desarrollo de los acontecimientos que acabarían con la aldea cerrada y la Fundación replegando velas. Hasta la inminente marcha del náufrago había dejado de provocarme dolor de estómago.

Pero era al final del día, cuando nos dábamos las buenas noches para irnos a dormir, cuando la nostalgia por perderlo venía a visitarme, porque, sin yo quererlo, había descubierto a un amigo en aquel hombre de piel canela y ojos marrones, porque, sin pretenderlo, lo había dejado verme como realmente era y le había abierto puertas que había jurado que jamás volvería a abrir, como las del deseo, las ganas de tocar a alguien más y algo mucho más profundo que me negaba en rotundo a aceptar, como la sensación cálida de mi estómago cuando lo sentía cerca, o el cosquilleo que me incitaba a reír de pura felicidad cuando pasábamos tiempo juntos, o sus bromas, que siempre me arrancaban risas de esas de las que tanto me avergonzaba, las únicas que eran de verdad.

Había decidido regalarle todo lo que yo era antes de que se fuera para siempre, porque quizá, en el fondo, lo que quería era que nunca se olvidara de mí, que al mirar un mapa del mundo supiera que, en aquella isla remota y olvidada, tenía a alguien que nunca se olvidaría de él.

—Buenas noches, Santiago —le dije antes de darme la vuelta para dormir; sin embargo, él parecía sumido en sus propios pensamientos, tanto que tardó en responder.

—Buenas noches —dijo, al fin, con el ceño fruncido y sin darse la vuelta, y yo me incorporé para mirarlo un poco más.

—¿Estás bien? —pregunté, haciendo girar la rueda que avivaba la mecha del candil.

—Acabo de darme cuenta de que mi aventura tiene fecha de caducidad —respondió, y su voz hizo oscilar la llama, que hizo bailar nuestras sombras contra el techo de paja.

No me miró a los ojos, se refugió en aquellas formas oscuras que titilaban al compás del movimiento del candil, y sentí el nudo que siempre acudía a retorcerme las entrañas. Sor Consuelo había calculado que el próximo helicóptero aterrizaría en la isla en tan solo una semana, porque este siempre aparecía con la puntualidad de un reloj en cuanto las provisiones empezaban a tocar el fondo del saco. Tragué saliva, fingí una sonrisa e intenté darle ánimos mientras me sacudía los cristales rotos del corazón.

—Pues tendremos que aprovechar el tiempo y hacer un *tour* extendido por la maravillosa y paradisíaca Isla de Sandy —dije, fingiendo un entusiasmo que no sentía. Al menos logré convencerlo de que mi felicidad era real, porque vi cómo me miraba y sentí los mismos cristales rompiéndose dentro de su corazón—. Debes de echar mucho de menos a tu familia.

—Mi familia, después de la muerte de Ricardo, se reduce a mi madre, y si ella piensa que estoy muerto… —Sus ojos me enfocaron, por fin, pero la intensidad de su mirada encendió una alarma de peligro dentro de mí, así que procuré neutralizar mi rostro de nuevo, bloqueando cualquier intento de penetrar en las capas de las que no estaba dispuesta a desprenderme—. ¿Alguna vez has deseado dos cosas opuestas hasta el punto de que conseguir una de ellas haría que el otro deseo se anulara para siempre?

—No. Yo siempre he querido lo que tengo, no deseo nada más que despertarme cada mañana viviendo entre los míos y haciendo las cosas que hago —volví a mentir y él pareció profundamente decepcionado—. Creo que es hora de dormir, mañana te llevaré a ver el río Paraíso y tenemos que ir con suficiente tiempo como para que los cazadores de las tribus que no firmaron el tratado nos localicen, se den cuenta de que venimos de la aldea y nos dejen en paz. Es un lugar peligroso.

—¿Y qué lugar no lo es? —dijo, en apenas un susurro.

Esta vez, la forma en la que se concentraba en mis labios me hizo tragar saliva, ahogar un suspiro de puro placer y darme la vuelta para dormir, sintiendo que a solo dos pasos de mi propia cama tenía todo cuanto quería y no me podía permitir. Porque sí, yo también había pedido dos deseos, y el que tiraba de mí en la dirección a su boca anulaba completamente a aquel al que me aferraba con todas mis fuerzas.

Una semana, solo quedaba una semana. Entonces no habría nada

que elegir.

#

El río Paraíso tenía un afluente ancho, pero poco profundo, que surcaba de pequeñas playas ambos lados de la tierra por la que discurría. Corría con una velocidad que hacía que, transitarlo, fuera a ratos una tarea difícil e incluso peligrosa; sin embargo, no era la primera vez que lo atravesaba a nado, agarrándome a las raíces de árbol que sobresalían por encima de las piedras que surcaban el fondo del agua. El recorrido de aquellas aguas terminaba muriendo junto a los manglares del Este, formando una laguna de agua dulce que se mezclaba con el agua salada del mar. Era allí adonde quería llevar a Santiago, porque creí que no debería abandonar la isla sin encontrar el barco pirata donde Anne daba rienda suelta a sus aventuras desde que él llegó a la aldea.

—¡Joder! Está helada —se quejó Santiago, con los dientes apretados, mientras se adentraba en el río hasta la cintura—. Y creo que he pisado un sapo, puaj…

Empecé a reírme de esa forma estridente que tanto me costaba controlar, y unos pájaros alzaron el vuelo desde la copa del árbol en el que estaban recluidos, chillando, lanzado protestas por mi inoportuna intromisión. Miré a mi alrededor, aterrorizada por haber puesto en alerta a algún cazador que no nos quisiera merodeando cerca y me mordí el labio, para aguantar la risa y lograr que mis dientes dejaran de castañear.

—Para haber navegado a la deriva en el mar, te quejas demasiado.

—Me he acostumbrado a lo bueno, a tener la barriga llena, la tierra firme bajo mis pies y a una doctora que no deja de prodigarme cuidados y mimos —dijo, guiñándome un ojo.

—Bueno, tampoco te pases, no hago nada que no hiciera con mis niños, salvo porque tú eres tres veces más cabezota y desobediente. ¿Te he dado permiso, acaso, para jugar al futbol con ellos? Tu pie no está tan fuerte como para que lo destroces contra un balón.

—No, pero aparte de ver cómo arreglan los pescadores sus redes, huir de sor Esperanza y buscarte por toda la aldea, no tengo gran cosa que hacer.

—Podrías jugar al ajedrez con el viejo Atola —dije, riéndome de él.

No respondió, así que me giré, pero, en lugar de seguirme, había

desaparecido. Miré en todas direcciones, con el corazón encogido de terror; era imposible que hubiera desaparecido sin hacer ruido.

—Santiago —lo llamé, en apenas un susurro—. No tiene gracia, ¡Santiago!

Estaba empezando a asustarme de verdad cuando emergió delante de mis narices, soltando una gran bocanada de aire y arrastrándome, de la mano, hacia el fondo del río. Cuando fui capaz de reponerme de la impresión y salir a flote, oí su risa atragantada por el agua que caía por su rostro y sentí deseos de ahogarlo.

—Pero a ti, ¿qué te pasa?

—¿Nunca haces nada divertido solo por el placer de hacerlo? Estaba muerto de frío; ahora, al menos, mi cuerpo tiene la misma temperatura arriba que abajo.

—Eso no suena demasiado bien —le dije, escurriéndome el pelo y poniendo distancia antes de que se le ocurriera volver a sumergirme.

—Vamos, doctora, no es para tanto.

—Se te olvida que estamos en territorio peligroso. Tus risotadas pueden poner en alerta a cualquier que no nos quiera merodeando por aquí.

Continué a nado hasta la orilla opuesta, por donde seguiríamos a pie dos kilómetros más hasta llegar al barco abandonado. Cuando logré tocar la playa de piedras con las manos, tomé impulso y me separé de él, dándole la espalda para no mirarlo con la ropa adherida al cuerpo y el pelo completamente echando hacia atrás, dejando que las gotas de agua se colaran por el cuello de su camisa.

—Sabes tan bien como yo que, si alguien nos quisiera muertos, ya no estaríamos aquí. Tú misma lo dijiste: todas estas tribus quieren lo mismo, que los dejen en paz, y nosotros no pretendemos buscar problemas. ¡Eh! —comenzó a gritar y me volví para fulminarlo con la mirada—. ¿Me oís? ¡No queremos problemas!

De un par de zancadas me coloqué delante de él y le tapé la boca con la mano, silenciando una disculpa que sonaba completamente falsa. Lo sentí temblar bajo mis dedos, ahogando las risas, y quise matarlo, pero el brillo de sus ojos se clavó en los míos y yo también comencé a temblar, porque fui consciente de lo cálidos que eran sus labios bajo el tacto de mis dedos, de lo cerca que estaban nuestros cuerpos, del cambio en el ritmo de su respiración y de la intensidad con la que todo a nuestro alrededor se fundía hasta desaparecer del universo. Bajé la mano e intenté disimular, pero era completa y

dolorosamente consciente del color de mis mejillas. Él se dio cuenta, pero no hizo nada por disimular la mueca de deseo que le hizo morderse el labio inferior.

—¿Estás loco? —le reprendí, de nuevo y él se echó a reír.

—El viejo Atola me daría una paliza nada más terminar de alinear a los peones. ¿Quién le enseñó a jugar así? Barrería a cualquier profesional, estoy seguro.

—Fue mi padre. Ellos eran grandes amigos; de hecho, fue el primer humano con el que contactó cuando llegó a la isla. No hablaban el mismo idioma y cada cual era un extraño para el otro, pero supongo que hay cosas que son universales, como el gusto por los regalos. Mi padre les ofreció un poco de chocolate y les gustó tanto que aceptaron cada uno de los encuentros posteriores con los antropólogos a cambio de tabletas enteras.

—Vendieron su identidad a cambio de chocolate —dijo, de repente y yo me giré para mirarlo.

—Aceptaron ayuda humanitaria para su pueblo.

—Pero ellos no necesitan a nadie.

—¿Sabes que fue mi padre, con ayuda de la Fundación, el que paralizó los intentos de colonización de esta isla? ¿Sabes que los países que rodean la isla querían comprarla para dividirla en parcelas de lujo? ¿Quieres que te cuente lo que pretendían hacer con el pueblo nativo o te haces una idea? Sin la Fundación, ellos estarían condenados a adaptarse a las exigencias de un progreso para el que no están preparados —dije, enfadada por lo que sus palabras insinuaban —. Vamos, no me gustaría que nos cogiera la noche de regreso a la aldea.

No dijo nada, solo me siguió con la cabeza agachada, sorteando las piedras del camino y algunas ramas caídas de los árboles. No fue hasta que nos adentramos de nuevo en la espesura selvática cuando volvió a hablar. Parecía estar inmerso en una batalla por comprender algo que no entendía, pero yo ya había visto antes aquel gesto, y, en el fondo, ya lo esperaba.

—¿Es por eso por lo que no quieres salir de aquí? —dijo, con cautela.

—Sí, en parte, ese es el motivo. Pero la realidad es que no hay un mundo ahí afuera al que quiera regresar.

Arrugó el rostro, como si una bala de cañón le hubiera impactado en el vientre y no pudiera hacer nada por evitar el dolor, pero asintió

y me siguió a través del camino.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Santiago

Las palabras de Evelyn echaron por tierra aquella fiebre de locura que me había secuestrado los días previos a los que serían mis últimos días en la isla, y me juré que por mi propio bien y por el suyo dejaría de comportarme como un adolescente en plena explosión hormonal y seguiría siendo para ella el amigo que había conseguido adentrarse un poco más en su interior.

Recuerdo que, días antes de aquella excursión por el río, no había podido dejar de pensar en que volvería a casa y ella se quedaría allí, en que me iba a ir sin haberme atrevido a acercarme a ella de la forma en la que tanto deseaba, pero la realidad era otra bastante diferente y eso era lo que me impulsaba a aprovechar el tiempo con ella, no para conseguir el deseo ferviente de tenerla entre mis brazos, sino para llenarme el corazón con su presencia antes de que el destino nos volviera a separar para siempre.

El destino… No dejaba de dar vueltas en mi cabeza sobre los designios de un destino que, primero me arroja a la desgracia más absoluta para después darme justo lo que más necesitaba y no tenía, porque Bella tenía razón en todo, porque me había conformado con una vida cómoda, una vida llena de seguridad, pero vacía de todo lo demás, una vida a la que tendría que volver para perder, de nuevo, aquello que había encontrado por puro azar.

Evelyn vivía en el epicentro de mis preocupaciones, porque sabía que una parte de mí jamás la olvidaría, que siempre me quedaría suspendido en la incertidumbre de las cosas que nunca llegan a comenzar, esperanzado en encontrar en otros rostros todo lo que aquella cara de duende me hacía sentir.

Su mundo y el mío no tenían nada que ver, nuestros caminos estaban destinados a estar separados para siempre, porque a la Isla de Sandy ya no se puede volver, o puede que sí, pero arrastrado por una tormenta, una de ojos verdes y cabellos rubios que se empeñaba en llevarme por aquella isla para enseñarme todos sus rincones, y fue

precisamente en aquel río que entendí que le pertenecía a la tierra salvaje, que no era sin la isla al mismo tiempo que la isla no era sin ella.

Aquel día comprendí, que si había albergado la más mínima esperanza de convencerla para que siguiera mis pasos, debía abandonarla de inmediato, dejarla en paz en el mundo al que se aferraba con todas sus fuerzas y olvidarme de ella; quizá, nuestra historia, sucedería en otra vida.

#

El sol aplastante de la tarde había secado nuestras ropas antes de que cruzáramos la espesura de la jungla que anunciaba que habíamos llegado a los manglares. No volvimos a hablar después de haber abandonado el río y la corriente que nos había mantenido en un estado relajado y distendido había dado paso a la distancia y la cautela.

Caminábamos con cuidado; yo miraba al suelo para evitar que el pie, aletargado por la lesión, se enredara en alguna raíz de todas las que sobresalían de la tierra formando nódulos cuando la voz de Evelyn me hizo detenerme.

—No hagas demasiado ruido o una avalancha de zorros voladores nos pasará, planeando, sobre la cabeza —dijo, señalando con el dedo a las familias de animalillos de apariencia terrorífica que colgaban boca abajo en las ramas de los árboles—. Mantente lejos del agua y no tendremos que lamentar un encontronazo con los cocodrilos. Y… ahí está nuestro destino.

Se hizo a un lado y pude contemplar el navío de madera ennegrecida por el paso del tiempo que descansaba, encallado, entre los retorcidos troncos de los árboles. La naturaleza lo había adoptado como una parte más de aquella selva: sobre la cubierta, llena de tablas podridas, crecía la vegetación como si en realidad aquello no lo hubiera creado la mano del hombre. El inmenso cascarón estaba volcado sobre la tierra, con los mástiles desnudos, sin rastro de las velas que en algún momento del pasado lo habían llevado hasta allí.

—Sor María dice que es probable que sea uno de los barcos que salieron de expedición a las Indias entre mil quinientos y mil seiscientos, después del descubrimiento de América, pero yo tengo dudas de que se hubiera conservado así de bien después de tantos

años.

—¿Podemos entrar?

—Hay un agujero en el cascarón en la parte de atrás, pero no esperes gran cosa; en lugar de una bodega llena de tesoros hay una bolsa de arena de la playa y esqueletos de roedores. Si quieres, podemos echar un vistazo; supongo que te gustaría hacer más fotos antes de volver.

No me miraba y no supe a ciencia cierta qué era eso que le atravesaba los ojos cada vez que hablaba de mi regreso al mundo civilizado al que pertenecía, pero una parte de mí deseaba que Evelyn no quisiera que me marchase de allí.

Me acerqué al cascarón rodeando el barco, con la mochila de las cámaras preparadas para abrirlas y enfocar cualquier cosa que llamara mi atención. Evelyn tenía razón: no había nada que mereciese la pena encontrar en la barriga del navío más que sombras que se proyectaban bajo el sol de la tarde. Me senté en el tocón de una palmera muerta y saqué la cámara y supe en qué quería gastar la última de las baterías.

Miré a Evelyn, que se había quedado de pie junto a la apertura de la bodega, con los brazos en jarras y el sudor empapando de nuevo su frente, y de un salto me levanté para acercarme a ella y poner el equipo de fotografía en sus manos.

—¿Qué quieres que haga con esto? —preguntó, insegura y con un latido de risa en la boca que me hizo desviar la mirada antes de atentar contra mi buena suerte y besarla en los labios a traición.

—Quiero que me enfoques a mí, que me veas como yo te veo a través de la lente. Creo… creo que es lo justo.

Su rostro se encendió y, con las manos algo temblorosas, aceptó el encargo. Con la mirada, buscaba mi aprobación para activarla y aprender a manejarla. La rodeé hasta ponerme a su espalda y coloqué mis manos sobre las suyas, enseñándole a encuadrar las imágenes y a accionar los botones adecuados. Estábamos muy cerca, separados tan solo por la fina tela de nuestras ropas, y sentía su respiración contra mi pecho y el calor que emanaba de su piel contra la mía. Volví a aspirar aquel aroma a frutos prohibidos, intentando no dejarme llevar por el deseo de acariciarla bajo la ropa, de repasar el lóbulo de su oreja con la lengua y besarla hasta el delirio.

—Solo tienes que apretar aquí, el resto de las funciones están preestablecidas —dije contra su cuello y oí cómo tragaba saliva.

Antes de volverme loco del todo, me aparté para colocarme delante

del objetivo y cerré los ojos para que hiciera conmigo lo que quisiera.

—Posa para mí, Santiago —me dijo, burlona, y yo solo los abrí de nuevo y la dejé ver lo que escondía en ellos, deshaciendo la risa de sus labios y llenando sus ojos con un brillo de deseo difícil de esconder.

Sin mediar palabra, me deshice de mi ropa, y me mostré de la misma forma en la que la había fotografiado a ella, dejando que posara la mirada tímida y avergonzada por cada rincón de un cuerpo que había conocido de memoria como doctora, pero que ahora se atrevía a mirar como mujer.

Evelyn me rodeó, apuntando con la cámara desde distintos ángulos y yo solo la miraba, desnudándome también por dentro, dejando que se quedara de mí la parte más importante, aquella que estaba seguro de que nunca abandonaría la isla, aquella que siempre se quedaría con ella. Ella me devolvía la mirada, sin apartar sus ojos de los míos, enzarzados en una conversación sorda a nuestros oídos, pero inherente a la piel de dos cuerpos que habían empezado la danza de acortar la distancia, atraídos por el calor, el deseo y las ganas de pertenecerse. Sin darnos cuenta, estábamos a escasos centímetros el uno del otro y las manos de Evelyn habían bajado hasta los costados, dejando de apuntarme con la única arma que sabía que podía matarme, porque, después de aquello, ya no podía ser más vulnerable.

Di un paso hacia delante, decidido a dejar de aguantarme las ganas, decidido a cogerla por la cintura y despojarla de todas las capas que aún seguían apartándola de mí. Alcé las manos, rodeé su rostro con ellas y posé mis labios sobre los suyos en un beso que ella aceptó abriendo la boca y dejándome saborearla. Pero nuestra respiración entrecortada se vio interrumpida por un alarido de voces humanas que hacía retumbar la selva a escasos metros de donde nos encontrábamos.

—¿Qué es eso? —dije, aún contra sus labios.

—No lo sé, pero será mejor que nos marchemos. —Puso distancia, como si de repente se hubiera dado cuenta de lo que estábamos haciendo y se agachó, rescatando mi ropa del suelo para ayudarme a vestirme—. No podemos volver por el río, es el camino más lento y tenemos que regresar antes de que lo que sea que esté ocurriendo nos alcance.

Me terminé de abrochar el pantalón y me apresuré a recuperar los equipos de fotografía y a ponerlos a salvo dentro de la mochila. Entonces la seguí por el lado contrario por el que habíamos llegado, adentrándonos en la zona peligrosa de los pantanos.

—¿Qué crees que está pasando? —pregunté, siguiendo su paso acelerado a través de la vegetación hacia las pozas de agua estancadas que olían a muerte.

—Quienes sean están en el lado salvaje de la alianza, y cualquier cosa que ocurra en Tierra Prohibida es imprevisible.

Caminábamos a paso ligero, poniendo especial cuidado sobre el lugar en el que poníamos nuestros pies. A medida que íbamos avanzando, la temperatura iba descendiendo y una sensación de humedad comenzaba a meterse en los pulmones, dificultando la respiración y flaqueando nuestros pasos.

La zona pantanosa empezaba a ganar terreno a la tierra firme y tuvimos que trepar por el tronco de varios árboles bajos para cruzar aquel entramado de manglares repletos de criaturas salvajes que, estoy seguro, no nos quitaban ojo de encima. Mi pie izquierdo era un tremendo impedimento en la necesidad de huir a toda prisa, y a medida que aumentábamos la velocidad, también lo hacía mi cojera y mi torpeza. El dolor era tan agudo que tenía la frente empapada de sudor pese a sentir los dedos del frío húmedo en la espalda. Recordé mis días en la playa, la soledad y el miedo a no saber qué estaba pasando e intenté superar la limitación de mi pierna y salir de allí con Evelyn.

Estábamos a punto de llegar al otro lado, justo a la playa donde los Asaro me encontraron hecho un ovillo. Ya solo teníamos que atravesar un recodo de matojos salvajes que ejercía de barrera natural entre la selva y la arena fina que anunciaba que el mar estaba cerca, pero a tan solo unos pasos de abrirnos camino a través de las ramas puntiagudas, las manos de Evelyn se quedaron petrificadas al contacto de algo que había escondido entre la maraña de espinos.

—No puede ser… —susurró y yo me adelanté para mirar lo que ella veía.

En el interior de aquellos setos había escondido un arsenal de sacos de arpillera repletos de frutos de cacao podridos por la humedad y el paso del tiempo. Solo necesité ver la cara de Evelyn para saber que esos sacos eran los mismos que tanto esfuerzo les había costado recolectar meses atrás. Temblorosa, giró sobre sus talones, siguiendo el curso de los matorrales que se perdían, sumergidos en las aguas pantanosas. Cogió una rama partida y la introdujo en el manglar, pinchando con fuerza, pescó una de aquellas mazorcas llenas de granos en descomposición.

—Esto es… —le temblaba la voz y estaba a punto de echarse a llorar por la impotencia y la rabia que contenía la visión de un trabajo y un esfuerzo tirados a la basura—. No sé qué está pasando, pero sí sé quién puede responder antes esto. Vamos, la aldea está a menos de un kilómetro de aquí.

Salimos de los manglares siguiendo un estrecho sendero que se había formado con el paso de los pescadores en sus idas y venidas del mar a las cabañas a las que nos dirigíamos en aquel momento. Evelyn iba a la cabeza, dando grandes zancadas, con la mandíbula apretada en un gesto de ira incontenible.

Solo cuando llegamos a la aldea y sus manos se cerraron sobre el brazo mutilado de Otowe, tirando de él en dirección de la privacidad de su consulta me hice a la idea de que aquello no pintaba demasiado bien.

En algún lugar al otro lado del río Paraíso

Tribus indígenas

Algunos representantes de las tribus que no habían firmado el tratado se reunían al otro lado de los manglares, justo donde el río Paraíso moría convertido en una laguna de aguas mezcladas. No eran amigos, no vivían en paz; sin embargo, dejaron de lado sus propios conflictos para unirse en la lucha contra un enemigo mucho más grande y peligroso: el hombre blanco que había pisado sus tierras sin permiso, que había llenado su selva de mercenarios y que se dirigía, en aquel momento, hacia la mina de oro más grande del planeta.

Los Tolai, los Yali, los Moni, los Korowai, los Asmat… Todos tenían las miras puestas en aquella incursión hacia las entrañas de una tierra virgen que estaba a punto de ser saqueada. El jefe de los Moni, Wasako, parecía haberse quedado en un segundo plano, contemplando, con atención, el murmullo de voces que se mezclaban, ansiosas, tratando de llegar a un acuerdo sobre cómo y cuándo atacar.

—El hombre blanco ha faltado a su palabra, debemos atacar ahora, antes de que sea demasiado tarde. —Se escuchaba entre ellos.

—No hicimos nada cuando llegaron los otros, y ahora hemos perdido la mitad de la isla.

—Sabemos que están en las minas, ¿por qué no vamos ahora y los atravesamos con las lanzas?

—Porque el hombre blanco nunca viene solo —dijo el gran jefe Wasako y los demás se volvieron para mirarlo. Esperó un tiempo prudencial, hasta que los intérpretes de cada pueblo fueron capaces de traducir sus palabras—. Hace dos días capturaron a los habitantes del islote que las mareas separan de la isla. Nadie sabe cómo han podido llegar hasta ellos, pero Alowa ha visto humo a través de las copas de los árboles y se han oído los gritos de sus habitantes incluso a este lado de la playa. No sabemos cuántos hombres han venido con el demonio Alain, pero si los han capturado, deben de ser muchos.

—Destruirán nuestras aldeas, se llevarán a nuestras mujeres —gritó el jefe de los Yali— Si los dejamos llegar hasta el final, estaremos perdidos. Debemos planear el ataque, tenemos que conquistar el sur, destruir los poblados de los traidores y echar a los extranjeros de aquí.

Los hombres que se reunían en círculo vitorearon las palabras de Akila, pero no el jefe Wasako, que aún recordaba la sangrienta lucha en la que los Khaukhuas acabaron con más de la tercera parte de la población del sur de la isla. Tenían que luchar por la libertad de aquella tierra virgen, pero también por la supervivencia de un pueblo diezmado por las enfermedades, las constantes disputas internas y la evolución.

—Un pueblo que no está unido es un pueblo fácil de vencer —dijo, y todos callaron para oírlo—. Tenemos que cruzar el río y pedir ayuda a las tribus del sur, solo así podremos sacar al hombre blanco de nuestras tierras.

—Fueron ellos los que dejaron que esos hombres llegaran hasta aquí e impusieran sus leyes y sus dioses.

—Deberíamos quemar sus aldeas, matarlos a todos por su traición.

El murmullo enfurecido creció hasta convertirse en una algarabía de voces que clamaban por incendiar las cabañas de los isleños del sur, por haber sido débiles a las tentaciones del hombre extranjero, por haberles permitido entrar.

El jefe Wasako guardaba silencio, observando a los demás hombres, siendo testigo de cómo se forjaba el destino de la Isla de Sandy.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Evelyn

Otowe no opuso resistencia, aunque prácticamente lo arrastré al interior de mi cabaña y fue esa actitud pasiva la que dio una pista sobre la posibilidad de que mis sospechas no fueran infundadas. Cuando entramos los dos y lo solté del brazo, se limitó a mirarme fijamente, como si esperase algo más, una bofetada, tal vez. Abrió la boca para hablar, pero yo no tenía paciencia ni humor para escuchar sus excusas.

—Los sacos de cacao, explícame por qué están en los manglares —grité.

—No eran de buena calidad y Alain decidió dejarlos allí para evitaros la humillación de que nadie los quisiera.

—Eso es mentira, nos han pagado por esos sacos, yo misma me encargué de recibir y clasificar los recursos que nos enviaron con lo que ganamos vendiendo el cacao.

—Alain pagó esas cosas.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Porque quiere tanto como tú que esta aldea siga funcionando, Evelyn; porque hace tiempo que la Fundación ha dejado de mirar hacia la isla y él sabe lo importante que es todo esto para ti. Él te quiere, haría cualquier cosa por ti.

Lo miré sin saber qué decir, salvo que todo lo que salía de su boca sonaba como una grabación en un contestador automático. Sabía que Alain no se iría a Papúa sin meter las manos en los asuntos de la aldea; tan solo deseaba que llegara el maldito helicóptero para tener la oportunidad de soltar una buena bofetada, pero en el rostro apropiado.

—¿Y qué hacemos con la cosecha que ya hemos recogido? ¿Tirarla al río? ¿Quién diablos se cree que es ese tío para decidir por nosotros?

—Yo solo soy el mensajero, Evelyn.

—Y, por lo que veo, también te cuenta sus confidencias. —Otowe agachó la cabeza e intentó mirar hacia la puerta con la expectativa de

escabullirse a través de ella.

—Somos amigos —respondió, pero se tomó un tiempo considerable en hacerlo, como si le costara pronunciar aquellas palabras.

—Pues deberías elegir mejor a tus amistades. —Me hice a un lado para dejar que se fuera, pero antes de que saliera por la puerta, me volví y lo miré a los ojos—. Yo también era tu amiga, no sé en qué momento lo has olvidado.

No dijo nada, pero su silencio estaba cargado de palabras hirientes, porque lo sabía, sabía que mis amigos, aquellos con los que había crecido y con los que había compartido toda mi vida se alejaban de mí. La primera vez que noté esa distancia acababa de poner los pies en la isla después de haber pasado todos esos años en Australia, pero entonces confundí aquella frialdad con el dolor por la pérdida de tantas personas en el ataque de los Khakhuas, el primero que recibían desde que habían contactado con mi padre y su equipo.

Esperé hasta asegurarme de que estaba completamente sola, me llevé el puño a la boca y ahogué un grito de impotencia mientras mis lagrimas resbalaban por la cara y llenaba de gotas el suelo de tierra apisonada. Ya no podía mirar hacia otro lado y pretender que el mundo que conocía antes de marcharme era el mismo en el que me encontraba en ese momento, porque, ahora más que nunca, lo sabía, y reconocerlo hacía que fuera real.

#

Me costó varias horas recuperarme del impacto por las cosas que en ese momento sabía, como que el cacao que cosechamos con tanto esfuerzo no valía nada, que no teníamos recursos que vender para afrontar la temporada de tormentas, que Otowe me había traicionado y que Alain tendría que escucharme de una vez por todas. Pero era la otra verdad la que más me estaba matando: tendría que salir de la cabaña y contarles a todos que la plantación era un completo fracaso, que nuestros esfuerzos por ser independientes no habían dado su fruto.

Me limpié las lágrimas y salí con decisión, arrastrando con mi cuerpo la cortina de flecos que impedía que penetraran los insectos. Había anochecido completamente y la luz de la cantina abarrotada de gente me alumbró el camino hasta ellos. Haciendo a un lado la gruesa lona de la carpa, entré y me tomé solo un minuto para mirarlos a

todos antes de arruinarles la noche.

Los niños estaban sentados, todos juntos, en una larga mesa junto a sus padres. Devoraban una de sus cenas favoritas: cerdo con salsa de mango y arroz salvaje. Reían, con esas voces chillonas que tanto ponían a prueba la paciencia de sor María y se contaban historias entre ellos sobre el mundo fuera de la isla. Miré a sus padres, mis amigos, descansado de una jornada agotadora, otra más de cada día de sus vidas, pero estaban felices y reían entre ellos, presos de una hermandad que los convertía en un todo al que yo nunca podría pertenecer.

Miré a las religiosas, que se afanaban en rellenar los platos porque había sobrado comida y ese día podíamos repetir, y me perdí en las arrugas de aquellos rostros amables y pacientes que habían decidido entregarse a servir a los demás, que habían dejado la seguridad de su mundo para aterrizar en uno completamente salvaje en el que habrían de dejarse la juventud y ver morir a muchas de sus compañeras.

En un extremo de la mesa que ocupaban los más ancianos, encontré a Santiago en compañía de Makena, ambos habían dejado de lado sus cenas para prestarme atención, pues eran los únicos que se habían dado cuenta de mi presencia. No había ni rastro de Otowe y eso me apenó, aunque en el fondo sintiera rabia cada vez que recordaba nuestra conversación. Poco a poco, el murmullo de voces y risas se fue acallando, en la medida en la que todos se daban cuenta de que estaba allí. Carraspeé para ofrecer una excusa por mi comportamiento y contarles, de una vez por todas, la verdad. Sin embargo, no lo hice, tan solo los saludé en voz baja y pasé por el mostrador para recoger mi plato y sentarme junto a Makena.

—¿Todo va bien? —preguntó, pero no me miraba directamente, sino que lo hacía alrededor de mí, intentando no cruzarse con mis ojos.

—Solo estoy cansada, nada más. ¿Por qué está todo el mundo de tan buen humor? —pregunté, haciendo que mi amiga dejara de fijarse en los restos secos de las lágrimas sobre mis mejillas y se volviera para mirar a los demás.

—¡Oh! Los ancianos han decidido adelantar la fiesta de la cosecha para que coincida con la despedida de Santiago. Será dentro de dos días y sor Consuelo calcula que el helicóptero podría aterrizar al día siguiente.

No dije nada, pero saboreé sobre mis labios los restos de un beso

que había quedado olvidado y entonces, con mucha cautela, me giré para mirar al náufrago. Daba vueltas al contenido de su plato, pero no levantó la cabeza para mirarme. Estaba segura de que se había arrepentido de aquello que había estado a punto de pasar en el barco, porque, al fin y al cabo, ¿no estaba deseando marcharse sin mirar atrás?

Comí de mi plato como si no estuviera profundamente enfadada, triste, asustada y rota e intenté, sin éxito, entablar alguna conversación acerca del tiempo, lo productiva que había sido la pesca aquella semana o la cantidad de trabajo que tenía en la consulta y, cuando me cansé de hacer la imbécil entusiasmada con una fiesta que acabaría por partirme en dos, me disculpé con ellos y regresé a la cabaña.

No encendí el candil de la mesilla de noche, pero no me hizo falta la luz para entender que Santiago me había seguido con tan solo diez minutos de diferencia, solo que, cuando entró, yo ya estaba metida en la cama y la mosquitera me servía de escudo. No tenía ganas de mirarlo a la cara y recordar lo cerca que habíamos estado con aquel beso.

—¿Estás bien? —preguntó después de un largo tiempo en silencio.

No dije nada, solo me limité a hacerme la dormida, dándole la espalda para que no pudiera leer en mi rostro todas las cosas horribles que sentía dentro y, al final, se dio por vencido. Lo escuché revolver las sábanas de su cama y correr la mosquitera, dando un largo suspiro se acomodó antes de decidir que lo mejor que podía hacer era quedarse dormido y dejar que el día llegase a su fin.

—Buenas noches, Evelyn. Yo…

No continuó con su discurso, pero no me hacía falta, ya sabía lo que vendría a continuación: una excusa por aquel beso y una ristra de disculpas que aplacaran su conciencia antes de largarse para siempre. Me arrebujé aún más en la sábana y cerré los ojos hasta quedarme dormida.

#

Al despertar aquella mañana me di cuenta de que no tenía nada que reprocharle, que era solo un pobre náufrago que estaba deseando regresar con su familia y dar explicaciones de lo que había ocurrido con el avión de su mejor amigo, que él sí tenía una vida que lo estaba

esperando y que no había nada en la isla de Sandy que pudiera retenerlo. Me di la vuelta, esperando encontrar valor para hacerle entender que aquel beso no había significado nada para mí, pero Santiago no estaba en su cama.

Miré por la ventana, pero todo el mundo se había ido ya a trabajar y la aldea estaba sumida en la tranquilidad que solo aparecía cuando todos estaban ocupados. Reconocí a la chica que se dirigía hacia mi consulta con las manos sobre el vientre y me apresuré a vestirme y preparar la camilla para hacerle un reconocimiento. En cuanto traspasó el umbral, el rostro demudado y las ojeras bajo los ojos me indicó que algo no iba bien.

—Por favor, túmbate, Solae, pareces cansada —le dije, y mientras la ayudaba a acomodarse, aproveché para tomarle el pulso—. ¿El bebé te deja dormir bien?

Asintió, pero no me miró a los ojos mientras le palpaba el vientre en busca de signos vitales en el feto. Parecía más delgada que la última vez que la vi y temí que no estuviera alimentándose lo suficiente. Meses atrás, mientras recogía cacao en la plantación, había tenido una hemorragia que puso en peligro su embarazo y le había ordenado que guardara reposo hasta que llegara el momento de dar a luz, pero parecía que algo no marchaba como debía.

—Este elefantito está hecho todo un guerrero —le dije, después de que me asestara dos buenas patadas que me hizo recuperar el aliento que había estado conteniendo—. Es posible que salgas de cuentas dentro de un par de semanas. Voy a levantarte el vestido para escuchar el corazón.

Me giré para coger el fonendoscopio obstétrico, regalo, al parecer, del idiota de Alain, y lo acerqué hacia la piel tersa del vientre, pero entonces vi las manchas rojas que lo cubrían completamente y las heridas de uñas que lo cruzaban de lado a lado.

—¿Qué es esto?

No respondió, solo ahogó un suspiro que desató una tormenta de lágrimas. Hizo el amago de levantarse de la camilla, pero le pedí que no lo hiciera y, cogiendo el taburete, me senté a su lado y esperé a que se decidiera a hablar.

—Perdóname, Awina, perdóname. —Me cogió las manos y las besó, dejando las lágrimas resbalar sobre el dorso.

—¿Por qué habría de perdonarte, Solae? —pregunté con cautela.

—Porque te desobedecí. Después de que me dijeras que tenía que

quedarme en casa, fui a ver a Maone para que me hiciera una poción que me diera fuerzas y protegiera al bebé.

—¿Y qué fue, exactamente, lo que te dio? —dije, con mucho más tacto que antes para que la chica no se asustara y decidiera salir huyendo, pero por dentro estaba hirviendo de rabia por la intromisión de aquel viejo Asaro que no tenía ni el más mínimo reparo en engañar a la gente con sus pócimas y sus supersticiones.

Solae sacó un saquito del bolsillo de su vestido y me lo puso en la palma de la mano. Con tranquilidad, deshice el nudo del cordón que lo cerraba y eché un vistazo a su interior. Las hojas secas se deshicieron al tacto de mis dedos, pero el olor seguía siendo inconfundible incluso en aquel estado: hojas del árbol lira, tóxicas e irritantes para los humanos, pero salvo los picores y la irritación que le habían provocado en la piel, no podía hacer mucho más.

—¿Se va a morir mi bebé? —preguntó Solae con la voz atragantada por el miedo.

Negué con la cabeza y alcé la mano para coger un bote con ungüento de grasa de palma. Se la puse en la mano y cerré los dedos sobre él, quedándome el saquito de hojas para mí.

—Deja de bañarte con esto y deshazte de todo lo que te quede en casa. Ponte grasa en la piel y no vuelvas a rascarte. Vuelve tu aldea, y sigue descansando.

Solae se apresuró a vestirse y salió de la consulta soltando hipidos de llanto que solo servían para enfurecerme aún más. Aquella semana tendría que haber recibido la visita de, al menos, siete de las mujeres embarazadas que teníamos en la aldea y algunas más de aldeas vecinas que solían venir a mi consulta por voluntad propia, pero la triste realidad era que Solae era la única de las siete que había aparecido.

De pronto lo vi mucho más claro: la gente a la que consideraba mi propia familia ya no me quería allí.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Makena

No se sentía orgullosa por andar espiando a su amiga a hurtadillas, pero el día que llegó de aquella excursión con el náufrago y arrastró a Otowe hacia el interior de su cabaña, Makena decidió que había llegado la hora de resolver algunos de los interrogantes que Otowe no había querido aclararle acerca del plan de huida de Alain.

Tuvo que hacer un esfuerzo por pensar en lo que había pasado, pues la conversación pasaba del español a la lengua nativa, con palabras en el idioma que hablaba Alain, y se aceleraba a medida que el enfado de Evelyn iba en aumento. Estuvo a punto de delatarse al entender lo que había ocurrido con los sacos de cacao que tantos esfuerzos le habían costado a ella y las demás recolectoras, pues, de buena gana habría interrumpido la conversación para darle una buena paliza al idiota de su amante.

Sin embargo, logró contener la furia y convertirla en un discurso con el que pretendía enfrentar a Otowe de una vez por todas. Por eso lo siguió aquella mañana hasta el interior de la selva, pero empezó a arrepentirse en el momento en el que se vio cruzando el río Paraíso en dirección a Tierra Prohibida. Nunca había pisado aquel lado de la isla sin compañía y, desde luego, jamás se habría adentrado por los lugares por los que veía avanzar a su amigo, que se movía con total soltura.

Por un momento le perdió la pista, fue justo después de salir del agua y entretenerse en escurrirse el pelo que le llegaba hasta la cintura, pero se adentró en la espesura salvaje guiándose tan solo de su intuición. Sintió miedo al comprender que se había perdido y que podía estar siendo vigilada por alguno de los cazadores de las tribus enemigas, aquellos a los que no les importaría cazarla a ella. Estuvo demasiado tiempo dando vueltas en círculo, buscando de nuevo el margen del rio, pero mientras más avanzaba, más perdida estaba.

Fue el ruido de una discusión en francés lo que la puso en alerta, pues, si bien no entendía aquellas palabras, sí reconocía las voces de

Alain y Otowe. Se acercó con cautela, abriéndose paso para llegar a ellos, pero, cuando fue capaz de distinguirlos entre las ramas de los árboles, se quedó agachada junto a unos matorrales, escuchando lo que parecía una acalorada discusión.

La conversación no parecía pasar a ninguno de los idiomas con los que estaba familiarizada, así que no le quedó más remedio que buscar un recoveco entre los matojos para echar un vistazo sin que ellos supieran que estaba allí. Lo que en un principio había confundido con un manantial resultó ser una apertura en la roca de la montaña que presidía la Isla de Sandy, y aunque estaba, al menos, a medio kilómetro, pudo ver la actividad que surgía del interior: hombres blancos custodiaban, armados con metralletas, el trabajo que realizaban los nativos de alguna de las tribus que poblaban la isla.

Los miró con los ojos llenos de horror, parecían agotados y aturdidos e incluso algunos estaban heridos y enfermos. Llevaban en sus manos sacos llenos de piedras amarillas que resplandecían con la luz del sol mientras recibían los gritos de los hombres blancos que les instaban a continuar a pesar del peso que parecían estar soportando.

Cerró los ojos y lloró, y en el centro de su pecho se derramó el líquido amargo de la tristeza de ver sufrir a los suyos, porque, aunque no reconocía los tatuajes tribales de aquellos nativos, pertenecían a la isla y estaba segura de que también su propio pueblo acabaría sufriendo la misma desgracia.

Fue entonces cuando comprendió que tenía que sacar a Anne de la aldea cuanto antes, pero eso suponía que no podía contarle a nadie lo que había descubierto. Se arrastró a gatas hasta que creyó que estaba lo suficientemente lejos como para que nadie pudiera oírla y ahogó un grito lleno impotencia y rabia, porque ya había tomado una decisión, porque no había alternativa que la salvara de traicionar a su pueblo.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Santiago

Desaparecí al día siguiente y estuve lejos de Evelyn y la aldea hasta bien entrada la tarde. No podía mirarla a los ojos sin sentir el deseo de volver a besarla, de acogerla entre mis brazos y dejarla descansar de todo el dolor y la rabia que había visto en ella aquella noche en la cantina, pero ya la conocía lo suficiente como para saber que su mecanismo de defensa, cada vez que daba un paso hacia mí, era regresar cuatro pasos hacia atrás.

Yo recordaba ese beso como si lo viviera cada vez que cerraba los ojos, deleitándome en las cosas que me había hecho sentir, preguntándome una vez más por qué había tenido que encontrarla en aquella isla para volver a perderla para siempre. En tres días cogería un helicóptero de regreso a la civilización, a la vida que me estaba esperando y ella no vendría conmigo.

A veces, libraba una batalla en mi cabeza, buscando la excusa perfecta para convencerla de abandonarlo todo y seguirme hasta casa, pero no existía una forma de hacerlo sin ser consciente de lo terriblemente egoísta e injusto que sería si le pidiera lo único que sabía que podía hacerle daño. La había encontrado, a ella, entre todas las personas del mundo y no quería perderla, aunque sabía que sería justamente eso lo que iba a ocurrir si conseguía que viniera conmigo. Tarde o temprano se arrepentiría de haberlo sacrificado todo por mí y buscaría la forma de regresar.

Aquella mañana la contemplé mientras dormía, con el rostro en completo estado de relajación por el sueño profundo. Quise acariciarle de nuevo la cara, quise besarla, tumbarme a su lado y despertarla con un susurro en el oído, uno que dijera sin palabras cuánto la echaría de menos, cuánto me costaría olvidarla, cuánto vacío me esperaba en mi regreso a una ciudad llena de rostros entre los que no me encontrarían sus ojos verdes.

Pero la dejé dormir tranquila y llevé el peso de mis pensamientos de regreso al mar. No tenía una idea exacta de cuánto tiempo había

transcurrido desde el accidente; podían ser horas, minutos, semanas, años o incluso días; solo el mar tenía la respuesta.

Acompañado de los pescadores que salían a faenar antes de que lo hiciera el sol, llegué hasta la orilla de la playa, en el extremo opuesto de aquella en la que me había salvado de morir ahogado, me senté en la arena aún fría y húmeda, e intenté poner la mente en silencio mientras observaba el sol saliendo por el horizonte, llenando el mundo con rayos de colores púrpuras. Pero mi mente hizo el recorrido hacia atrás, llenándose de recuerdos de lo que había sido mi vida en los últimos meses, mezclando dos escenarios completamente opuestos, completamente incompatibles, y me pregunté cómo haría para sobrevivir en un mundo que nunca volvería a ser igual para mí.

Regresaría a casa, tranquilizaría a una madre que a esas alturas debía de estar desolada por la pérdida, contaría al mundo lo que ocurrió con el avión de Ricardo y después, ¿qué?, ¿caminaría por las calles asfaltadas sin echar de menos hacerlo completamente descalzo?, ¿lograría conciliar el sueño en una ciudad que nunca quería irse a dormir?, ¿seguiría fotografiando a mujeres bonitas en estudios oscuros?, ¿besaría a otra mujer sin morirme un poco al recordar el único beso que le había robado a Evelyn?

Algo se arrugó en el centro de mi pecho y lo volví a sentir, aquella angustia despiadada, aquel oleaje de calor amargo que me decía, a gritos, que aquello no era para mí. Me sequé una lágrima que había caído de mis ojos sin que me diera cuenta, mientras contemplaba a los pescadores extender sus redes lejos de la orilla, subidos en aquellas canoas estrechas con las que se adentraban en el mar, y estuve seguro de que una parte de la persona que había sido hasta ese momento había muerto para siempre en aquel accidente de avión, que al regresar nada sería como antes, ni yo sería el mismo de entonces ni el mundo seguiría girando igual.

El viejo Atola, que solía acompañar a los pescadores, se acercó con paso lento para dejarse caer a mi lado en la arena y yo me deshice de la humedad de mi rostro, avergonzado. No dijo nada, solo se quedó ahí, mirando cómo el sol ocupaba su lugar en el cielo, y yo lo contemplé con disimulo. Nunca acertaría la edad de aquel hombre que, pese a tener el pelo cano y múltiples arrugas en la piel, conservaba vestigios de un cuerpo que en otro tiempo debió de ser grande y fuerte. Estaba sonriendo, perdido en la tarea de contemplar a los pescadores rescatando las redes llenas de peces.

—¿Echas de menos tu hogar? —me preguntó, con esa cadencia de sonidos en un idioma que no era el suyo y estuve tentado de mentirle.

—Lo cierto es que lo no sé.

—Esta isla tiene el don de quedarse con el alma de quienes la habitan —dijo, con los ojos rebosantes por la luz del sol.

—Eso es porque no hay nada ahí afuera que se parezca a este lugar —respondí, recordando, una vez más, lo cerca que estaba de volver a casa.

—Sin embargo, los que se van nunca regresan.

No dijo nada más, solo me dio una fuerte palmada en el hombro antes de quedarse sumido en la tarea de contemplar a los pescadores, pero yo regresé una y otra vez a aquellas palabras que retumbaron en mis oídos hasta el día que subí al avión que me devolvió a la ciudad de Los Ángeles, y me persiguió mucho más allá y durante mucho más tiempo, hasta que creí que no sería capaz de soportarlo.

#

Regresé a la aldea cuando lo hicieron los pescadores, ayudándoles como pude a arrastrar la canoa hacia el interior de la selva. Los niños, que jugaban con la pelota en el solar desierto, dejaron de dar patadas y corrieron a abrazar a sus padres. Todos menos la pequeña Anne, y no me pasó desapercibida la forma, casi cohibida, en la que miraba al resto de sus compañeros de juego. Fue entonces cuando me fijé más en sus diferencias, como en el color canela de su piel, más semejante a la mía que a la de su propia etnia, o en los rizos casi rubios que se apretaban en sus coletas de colores, o en los ojos en tonos caramelo que no se parecían a los de su madre ni a los de ninguno que hubiera visto en aquel lugar. Me acerqué hasta ella y la levanté en volandas, sentándola, a horcajadas sobre mis hombros y la escuché reír, con ese sonido que arrancaba sonrisas involuntarias.

—El pirata más peligroso de los mares del Sur ha capturado a la princesa Anne, ¿qué puedo hacer con ella? Jum, veamos… —dije, bajándola hasta el suelo y dándole una vuelta de la mano—. ¿Llevarla a mi barco, tal vez?, ¿dejarla formar parte de mi tripulación? O ¿echarla a los tiburones?

—Dejarla en paz —dijo una voz a mi espalda y me giré, sin poder evitar que mis ojos acabaran apuntando en dirección al muñón de un brazo amputado—. Ya debería estar en casa para ayudar a su madre

con las tareas, y no perdiendo el tiempo contigo. Ya va siendo hora de que aprenda sus quehaceres.

No respondí, no jugaba en casa, no podía reaccionar ante su cara de gilipollas amargado sin que el resto de la tribu me pidiera cuentas, así que lo dejé pasar, pero vi con desagrado cómo Anne se retiraba cuando él le dio la única mano que le quedaba y enfiló ella sola el camino de regreso. La seguí con la mirada, hasta que tropecé con Evelyn saliendo de su consulta; se había quedado observando la escena a lo lejos, con los brazos extendidos y los puños cerrados, expectante, como todos, ante la forma en la que podrían desarrollarse los acontecimientos, pero yo no pensaba formar un escándalo, aunque intuyo que a él no le hubiera importado partirme la boca.

Negué con la cabeza y lo dejé mirarme con cara de besugo mientras trataba de darme prisa para llegar a tiempo de encontrarme con ella antes de que se fuera a la cascada a bañarse, como hacía cada tarde, pero ella se puso en movimiento en el mismo momento en el que me vio hacerlo a mí y sus grandes zancadas solo perseguían el objetivo de poner, cuanta más distancia entre los dos, mejor.

Aun así, seguí su paso ligero que no se detenía para ver dónde me quedaba yo, y llegué a la cascada justo cuando dejaba sus cosas en el suelo y se disponía a quitarse la ropa. En lugar de deshacerse de la camiseta, se dio la vuelta y me enfrentó. Ni siquiera la vi venir, ni fui capaz de predecir el beso que dejó sobre mi boca: duro, rápido, mortal.

—Ya estamos en paz —dijo cuando se retiró, dejándome con el corazón acelerado—. Y ahora, si no te importa, me gustaría tomar un baño a solas.

—¿Se puede saber qué le pasa a todo el mundo en esta isla? —dije, sin entender nada.

—Estamos nerviosos, no todos los días se celebra una cosecha abundante y se manda a un náufrago de regreso a casa. Supongo que, en tu mundo, eso equivale a la Super Bowl y a Acción de Gracias.

Intenté disimular una sonrisa, porque en el fondo me encantaba sus brotes de sarcasmo, pero en el centro de mi pecho algo volvía a hacerse pedazos. Sabía que las palabras de Evelyn solo perseguían el objetivo de tapiar el agujero que se había abierto en la barrera que se interponía entre ella y yo, y supe que era así como había encontrado la fórmula para despedirse de mí sin sufrir las consecuencias.

La miré a los ojos y ella sostuvo la mirada; no podía engañarme,

estaba tan destrozada como yo, así que decidí seguirle el juego, por ella, por mí, porque sabía que no tenía derecho a marcharme y a dejarla con el corazón roto, porque no quería que me recordara así.

—No, qué va, eso equivale, como mucho, a una cena copiosa delante del televisor viendo a Tom Hanks darle gritos a una pelota en una isla desierta —dije y ella soltó una de sus sonoras carcajadas.

—Vaya un plan más patético.

—Sí… la verdad es que suena deprimente —dije, bajando la voz y mirando al suelo, sintiendo las ajugas del dolor en mi pecho.

—Oye, Santiago, creo que… creo que es mejor si hacemos como que no ha pasado nada, ¿de acuerdo?

—Nada, no ha pasado nada en absoluto, no sé de qué me hablas —dije alzando las manos y ella sonrió, triste.

—Pero no borres esas fotos, estabas muy *sexy*—dijo, riendo de nuevo, dejando que se ahogara un suspiro.

—¿Sabes qué? —dije al tiempo que comenzaba a retirar mis pasos para dejarla sola y volver a la aldea—. Pienso mandarte una copia.

—Genial, te apuntaré el código postal para que el cartero no se equivoque y la acabe enviando a la isla de al lado.

Sonreí antes de girarme del todo y darle la espalda, justo a tiempo para que no viera las lágrimas que caían por mi rostro y regresé al campamento, dejando los restos de mí mismo en el camino que me separaba de aquella laguna, de su cuerpo desnudo y sus labios de fuego.

Los Ángeles, Estados Unidos

Tribunal Superior de Justicia.

Una mujer con la cabeza en alto y los ojos al suelo se había instalado aquel día bajo la bandera que ondeaba junto a las columnas de la sede del Tribunal Supremo del Condado de Los Ángeles. En sus manos aferraba con fuerza una pancarta escrita de su puño y letra que le ayudara a gritar lo que nadie, hasta ese momento, había querido oír.

Dos días atrás había recibido la carta del juez, desestimando cualquier intento de reabrir el Caso Diosdado, condenando la verdad a la única que parecía prevalecer e imponerse. Pero ella conocía a su marido, como también conocía a Ricardo Diosdado y su caprichoso comportamiento. Por eso estaba allí, colocándose de espaldas a la puerta, sosteniendo la pancarta contra su pecho.

Sabía que la prensa no tardaría en llegar, atraída por el circo del proceso judicial contra Bernard Holly que estaba a punto de retomarse y que ya duraba demasiado tiempo. Esa fue su única baza en aquel juego de poder en el que ella no era nadie, así que, haciendo uso de sus escasos recursos, decidió agarrarse a la última bala que le quedaba en la recámara: una cadena que la unía al árbol más cercano a la puerta, una huelga de hambre y silencio para lograr ser escuchada.

La mujer de aspecto impecable y pelo rubio recogido en un moño sobre la nuca levantó la mirada hacia el horizonte, contemplando el amanecer en una ciudad que no se había detenido ni un momento desde aquel desgraciado accidente y, sosteniendo más fuerte el cartel, se preparó para soportar las largas horas de espera. Al menos llamaría la atención de la prensa; al menos, su hija sabría que no se había dejado comprar, que había luchado por conocer la verdad.

Las primeras cámaras de las principales cadenas de noticias del país empezaban a colocarse frente a las puertas del tribunal, pero mientras esperaban a que llegaran los actores que debían testificar contra Bernard, apuntaron improvisadamente hacia aquella mujer tan desesperada como para encadenarse al tronco de un árbol. A ellos se sumaron muchos más, al menos, una treintena de cadenas de

televisión que filmaban con curiosidad las palabras de aquella pancarta.

«Mi marido no era un asesino, mi marido fue asesinado. Reabran el Caso Diosdado».

Ese día, toda California se despertó con aquella sentencia grabada en la retina de sus ojos, mientras una mujer de mirada triste y corazón roto miraba a las cámaras buscando una respuesta.

Una extraña pareja recorría la ciudad en un descapotable pasado de moda con asientos de cuero y olor a tabaco, buscando las mismas respuestas acerca de la desaparición de un joven al que parecía habérselo tragado la tierra. La mujer, que guardaba entre sus manos un pañuelo húmedo con las iniciales «C.F.» había decidido darse por vencida y volver a la ciudad de la que quizá nunca debería haber salido. Pero el hombre, un tipo que usaba sombrero incluso cuando el sol aún no se había puesto sobre el Monte Lee, tomó la decisión de parar a repostar en la gasolinera, invitando a su acompañante a un café cargado y a un pedazo de pastel de manzana al que ninguno pudo prestarle atención, pues las noticias del día los había atrapado: una mujer encadenada frente al tribunal de justicia, una pancarta y una sentencia.

El pastel de manzana se quedó olvidado sobre el mostrador de acero de la cafetería junto a un billete de diez dólares, porque el hombre y la mujer que en ese momento volvían a la carretera habían encontrado aquello que tanto habían perseguido sin éxito.

Una chica abandonó los estudios de grabación después de una intensa tarde de rodaje. Hero Smith tampoco había acudido aquel día al trabajo; estaba en la ciudad, enfrentándose, de nuevo, a aquel hombre que quiso arruinar su carrera. Ella sacó su *smartphone* para conocer el veredicto sobre aquel juicio que parecía no acabar nunca cuando sus ojos se quedaron suspendidos sobre un trío de personas encadenadas, en silencio, frente a las puertas del Tribunal de Justicia. Dos mujeres y un hombre sostenían pancartas contra su pecho; «nada que pudiera interesarle a nadie», se dijo, pero entonces, se fijó con más atención en el hombre de sombrero anticuado, y el mosaico de imágenes de su cabeza le escupió el recuerdo del vecino de Santiago. Solo entonces, sus ojos se fijaron en las palabras del cartel que sostenía: «Estamos buscando a Santiago Rivera, reabran el Caso Diosdado».

Comenzó a temblar, porque reconoció a la mujer de pelo rubio

recogido en la nuca como la esposa del piloto más famoso de los últimos días, aquel que había atentado contra la vida del magnate musical más importante del momento. Pero no es eso lo que la hizo agarrarse al muro más cercano, sino recordar la última llamada que le hizo Santiago, aquella en la que no pudo entender sus palabras por culpa del ruido de las hélices de un avión, y muchas llamadas más, las que se quedaron sin responder y las que ella no recibió de vuelta.

Con manos aún temblorosas, y solo para asegurarse de que no se trataba de un error, volvió a llamar al teléfono de Santiago solo para probar suerte, pero como las otras veces, nadie descolgó para darle una explicación por esos casi tres meses de silencio. Después llamó a todos los lugares donde sabía que podía encontrar a Santiago, pero nadie supo decirle dónde podía estar: «Hace tiempo que no aparece por aquí, señorita Bella», «… Aproximadamente tres meses desde que fue despedido y no…», «Aquí no vive nadie que se llame Santiago, señorita, por favor, dejen de llamar preguntando por él».

La chica se disculpó con la directora de la película que acaba de terminar de rodar para pedir un taxi que la llevara al aeropuerto con destino a Los Ángeles, porque, si alguien sabía dónde estaba Santiago, esa era ella.

Más allá del río Paraíso, en el límite con Tierra Prohibida

Alain

La tierra se desgranaba en sus propias manos dejándole saborear los frutos dorados directamente de sus entrañas, aquella isla era tan productiva y generosa que el esfuerzo de arrancarle el oro era prácticamente nulo, pero, claro, no eran sus brazos los que cavaban en el interior de la cueva, ni era su sudor el que mojaba el suelo de tierra oscura.

A su espalda, sus hombres controlaban que aquellos piojosos salvajes no tuvieran energías para sublevarse, como tampoco lo hicieron cuando los encontraron, casi por casualidad, aquella noche en la que desembarcaron las herramientas en la costa norte. Nunca habían tenido contacto con nadie de fuera de aquel islote, ni siquiera se habían atrevido a cruzar antes el sendero que los unía a la isla principal cuando las mareas se encargaban de sacarlo a flote; los habían cogido completamente desprotegidos, pero eran fuertes y estaban acostumbrados al trabajo duro. Cavar aquella montaña no debía suponer ninguna tortura para ellos.

Alain sonreía, porque por fin tenía en sus manos aquello que tantos quebraderos de cabeza le había ocasionado; todo camino estaba justificado si la recompensa era la gloria de haber descubierto aquella riqueza. Volvería a casa con las manos llenas y su nombre llenaría de titulares los principales periódicos del mundo, porque él, un simple antropólogo al que nadie, salvo una institución religiosa, había querido financiar, no solo había descubierto a una nueva tribu sin documentar en aquella isla de mala muerte, sino que, además, había dado con el yacimiento de oro más grande del planeta.

Después de aquello lo tendría todo: la posibilidad de seguir descubriendo la riqueza de la Tierra, la reputación que le habían negado sus propios colegas, y dinero suficiente como para no tener que aceptar las normas de aquellas monjas. Sin un código moral que

lo frenara, el estudio en profundidad de aquellos seres primitivos podía catapultarlo a la cima de su carrera, y todavía podría retirarse por todo lo alto.

Ya había firmado un acuerdo con una constructora de lujo para despejar la isla, enviar a los nativos a una reserva en el norte y dejar vía libre para las mansiones de lujo que iban a empezar a construir en solo unos años.

Sonrió con ironía cuando recordó que no lo había conseguido todo; no se llevaría a la chica, pero eso no era un problema para él, después de todo, ¿quién querría cargar con aquella mujer terca y obstinada que no tenía reparos en burlarse de él?

—¡Míster Alain! ¡Míster Alain! —gritaba, a lo lejos, uno de sus hombres—. ¡Es Maurice! Lo hemos encontrado en la orilla del río.

—¿Y? —preguntó, sin mirarlo a la cara.

—¡Es horrible! Esos salvajes le han cortado la cabeza, pero… pero… no encontramos el cuerpo, míster Alain —dijo, entre sollozos; aquel hombre que no dejaba de sudar por la carrera y el miedo.

Se giró, molesto por aquella interrupción, molesto porque aquellos simios no dejaban de causar bajas entre su reducido grupo de mercenarios. Tendrían que darse prisa, coger todo el oro que fueran capaces de transportar en las lanchas y regresar a Papúa Nueva Guinea.

—¿Dónde está Otowe? —preguntó, con una calma inusitada.

—¿Otowe? Pues… hace días que no le vemos, míster. ¿Cree que lo han podido coger también a él?

No, estaba seguro de que a él nadie le haría daño en aquel lugar, por eso lo escogió como guía y confidente de sus planes; por eso y porque estaba desesperado por salir de la isla arrastrando a aquella mujer y a la mocosa consigo, pero la discusión por los sacos de cacao le había hecho entender dos cosas: que las mujeres siempre lo estropean todo y que hay cosas que el dinero o las promesas no pueden comprar.

Los dedos de Alain se cerraron sobre la pepita de oro del tamaño de una moneda que tenía en la palma de la mano y, apretando la mandíbula, masculló una maldición. Lo último que le faltaba era que ese estúpido manco se atreviera a traicionarlo.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Evelyn

Nunca entenderé al amor, por qué motivo nos idiotiza y nos pone en la tesitura de convertirnos en instrumentos, en puros fetiches que se mueven por impulsos animales. Se dice que, cuando nos enamoramos, el corazón lo ocupa todo, que el corazón habla más alto y fuerte, suplantando a nuestra propia voz, aquella que nos advierte que podemos estar equivocados. Aquella tarde en la laguna, el corazón tomó prestados mis labios para dárselos a alguien más y, desde entonces, mi boca sabía a la del náufrago. Le dije que sería mejor olvidarlo todo, pero es que yo no quería olvidarme de él.

Cuando terminé de darme aquel baño, no dejé de buscar excusas para volver a dormir con Makena sin que ninguno de los dos sospechara que el motivo era el miedo que sentía de estar cerca de Santiago y no ser capaz de controlar mis ganas de besarlo de nuevo, de estar con él, a solas, en sus brazos.

La excusa perfecta se presentó cuando el hombre de Solae llegó aquella tarde a la puerta de mi cabaña para anunciarme que se había puesto de parto. Apenas tuve tiempo de preparar un maletín con todo lo necesario para atenderla, y rezaba para que no se le hubiera ocurrido ingerir ninguna otra pócima de aquel viejo chiflado le hubiera dado o estaría perdida. Si el niño era tan grande como parecía en función de cómo era el padre, cabía la posibilidad de que el trabajo de parto sufriera complicaciones.

Con el maletín en una mano y un montón de toallas bajo el brazo, despedí a Santiago en la puerta de la cabaña, pero apenas tuve valor para mirarlo a los ojos.

—¿Te vas? —preguntó en cuanto cruzó el umbral.

—Una de mis embarazadas ha roto aguas y tengo que atenderla.

—Te acompaño— dijo de repente y echó mano a coger las toallas que llevaba en equilibrio.

—Lo cierto es que su marido puede ayudarme. Verás, la aldea de Solae está a varias horas a pie, y tengo que darme prisa —dije,

tratando de no hacerle entender que su forma de caminar podría hacernos perder tiempo, sin embargo, pareció entenderlo pues agachó la cabeza y asintió—. Volveré por la mañana, no te preocupes, estaré bien.

Salí de forma apresurada, siguiendo a un hombre ansioso por conocer a su hijo que me apremiaba a darme prisa, y ni siquiera tuve valor para mirarlo de nuevo antes de irme.

Entre dos pequeños manantiales que corrían paralelos al río Paraíso, había una pequeña aldea de lo que en un origen fueron pigmeos, pero cuya sangre se había ido cruzando con nativos de otras tribus de la isla desde hacía varias generaciones. Antes de que fueran contactados por primera vez, sufrieron una fuerte intoxicación por aguas contaminadas que dejó la aldea con menos de dos tercios de la población original. En ese momento, el problema surgía al casar a aquellas mujeres menudas con hombres de tribus donde la estatura era incluso mayor a la de los occidentales. Solae había tenido la mala suerte de elegir al hombre más guapo de los Asaro, pero también al más corpulento, y no podía permitirme perder el tiempo y llegar tarde al parto.

Llegamos a la cabaña en la que dormía junto a su esposo cerca de la madrugada, y el corrillo de ancianas que rodeaban a la chica se resistió a dejarme pasar. Sabía la opinión que tenían aquellas mujeres acerca de mi trabajo y de mí misma, pero no se atreverían a negar mi presencia allí, pues sabían que, de complicarse el parto, solo yo podría salvarlos a los dos.

Solae ya estaba colocada de cuclillas y, por su aspecto y la forma en la que respiraba, deduje que el momento de pujo estaba cerca; sin embargo, me quedé en segundo plano, preparada para intervenir solo si fuera necesario. Aquellas mujeres sabían parir solas y no escatimaban en oportunidades para recordarme que yo solo era un estorbo.

El tiempo avanzaba lento y las contracciones parecían eternas, pero no me permitían palparla para comprobar la dilatación, por lo que no tenía ni idea de si aquella chiquilla estaba preparada para traer al mundo a un enorme guerrero.

Me dediqué a permanecer apartada, mirando de soslayo el montón de paquetitos de ritual que había esparcidos por la habitación, y recé a sus dioses y cuales quieran que fueran los míos para que aquel parto terminara bien.

Cuando el sol empezó a teñir de color el azul pálido del amanecer, hice a un lado a aquella mujer metomentodo que no me dejaba acercarme a Solae y me dispuse a atenderla. El pujo había comenzado, pero algo no iba bien: el niño tenía la cabeza atascada en el canal de parto, nada que no pudiera solucionar con una simple y superficial incisión que me acarreó una sarta de insultos en su lengua que agradecí no entender.

Solo cuando el recién nacido descansó sobre el pecho de una madre viva y en perfecto estado de salud, se dignaron a darme las gracias.

—Después bien que os beneficiáis de la recogida de cacao, para eso soy bienvenida, ¿eh? —les dije en español, pero sabía que no entendían nada de lo que les estaba soltando con una espléndida sonrisa.

Me ahorré el discurso acerca de las artes curativas del Gran Mentiroso Maone, pues no quería ofender al marido de Solae ni a su familia, y recé para que aquellos puntos se secaran pronto y se olvidaran de sus pócimas y sus hierbas. No es que estuviera en contra del uso de plantas para curar, pues estas eran, prácticamente, el único recurso con el que contaba cuando el helicóptero regresaba a la aldea sin nada con lo que abastecer mi botica; era simplemente que aquel tipo no tenía ni la más mínima idea de lo que hacía, y eso siempre resultaba peligroso.

El marido se ofreció a acompañarme de regreso a la aldea, pero rehusé a aceptarlo cuando entendí las ganas locas que tenía de abrazar a su mujer y conocer a su hijo. Al fin y al cabo, llevaba toda la vida transitando el camino entre las tres tribus vecinas: los Asaro, pigmeos y nuestra aldea.

Caminé a paso ligero, cansada y un poco molesta por la forma en la que me habían tratado, pero, mientras seguía el camino, recordé que aquella noche se celebraría la fiesta de la cosecha, y que, al día siguiente, Santiago sería historia. Un peso aún más incómodo se asentó en mi vientre y me mordí el labio para no echarme a llorar como una idiota más de todas las que se habían encaprichado del dios del mar.

Pero a mi mente no dejaba de acudir el recuerdo de aquel beso, de aquel abrazo a piel desnuda que me dejó la necesidad incrustada en mi propia piel. Ni sus ojos marrones llenos de vida, su sonrisa torcida, la forma en la que siempre intentaba llegar a mí, lo feliz que me hacía el simple hecho de verlo despertar a solo unos pasos de mi cama y

todas las excusas que buscábamos los dos para estar siempre juntos.

Mi vida sería exactamente igual cuando el náufrago regresara a su hogar, pero yo no, yo nunca sería la misma. Porque iba a dejar que el amor se escapara de nuevo, y esta vez sabía que era mi última oportunidad.

#

El silencio y la tranquilidad de la selva contrastaba con el ambiente dentro de la aldea, donde cada habitante estaba afanado en los preparativos de la fiesta que se celebraría aquella noche, y en la que odié tener que participar, por todo lo que significaba y por todas las cosas que no podía contarles, como que la cosecha no traería grandes cambios, porque básicamente nuestro cacao no servía para nada.

Sobre una de las largas mesas de la cantina que los hombres habían sacado a la calle, descansaban cinco grandes casuarios de cabeza azul y pluma negras que alguien había traído para el banquete, y las mujeres ya preparaban los utensilios con los que pretendían despedazarlos para el fuego. Sor Esperanza daba órdenes a los que se ofrecieron a echarle una mano en la cocina y paseaba feliz y orgullosa como un pavo.

Los niños tenían el día libre y se paseaban por la aldea jugando al escondite, agachados en corro sobre la tierra para jugar a las chapas o echando la siesta junto a los árboles bajo la atenta mirada de los ancianos.

No vi a Santiago por ninguna parte, pero, al buscarlo a mi alrededor, encontré a Otowe hablando con Makena y me pareció que la forma en la que lo hacían, con una intimidad fuera de lo común, era, cuanto menos, extraña. No recordaba que esos dos se soportaran más allá de lo imprescindible, pero entonces entendí que había cosas que mi amiga no me contaba, como que, al parecer, tenían un lío. Esperé a que se fuera para acercarme a ella, pero, en cuanto me vio, se inventó miles de excusas para no tener que quedarse a solas conmigo. No le di importancia, o no tenía tiempo para pensar en ello, porque vi a sor Consuelo entrando en su cabaña y la seguí.

Estaba repasando el libro donde llevaba la contabilidad de la aldea, que no era otra que los sacos de cacao que habíamos logrado recolectar, el precio al que se había vendido cada uno de ellos y las cosas que habíamos comprado gracias a ellos. Me mordí la lengua

para no acabar contándole dónde estaban nuestros sacos ni quién los había pagado, pero entonces se dio cuenta de que estaba allí y su semblante se ablandó en una enorme sonrisa.

—Evelyn, querida, estaba revisando algunas cosas y me he dado cuenta de que hace cuatro meses que no pides nada para la consulta. —Volvió a coger los libros y un papel en el que había estado haciendo cuentas—. Si esta cosecha va a ser tan rentable como promete, tendrás que hacer inventario y empezar a anotar todo lo que necesitas.

La miré con el alma en vilo, sintiendo un tremendo retortijón en el estómago porque no quería mentirle acerca de la cosecha y lo que conseguiríamos por ella. Estaba deseando que llegara el helicóptero para acorralar a Alain y ajustar las cuentas con él, pero hasta entonces no debía dar la voz de alarma.

—¡Oh! Bueno, lo de siempre, vendas, algodón, vacunas trivalentes y… —La miré a los ojos, rezando para que no se diera cuenta de que le ocultaba la verdad—. Cuando venga Andrés le pasaré la lista, no se preocupe. Hermana, ¿qué diría si… si…?

En cuanto se percató de mi nerviosismo, dejó los libros sobre la pequeña y modesta mesita sobre la que solía trabajar y la rodeó para ponerse delante de mí y cogerme la mano entre las suyas. En su rostro se veía la dicha de los buenos tiempos que creía que estaban por llegar y casi me atraganto con la saliva buscando las palabras adecuadas. En el camino de regreso a la aldea, había tomado una decisión, algo un tanto desproporcionado que, en ese momento, me pareció que sería la única solución para salvar la aldea del abandono.

—He decidido seguir el camino de Dios e ingresar en la orden religiosa, hermana. Me gustaría que escribiera una carta al obispado anunciando mi intención de convertirme en novicia.

No dijo nada, tan solo me observó detenidamente; creo que intentaba averiguar si le estaba tomando el pelo.

—Te miro y no puedo creerme que te hayas convertido en toda una mujer. —Sus ojos estaban anegados por la admiración y el corazón me dio un pequeño vuelco—. Tu padre estaría muy orgulloso de ti, Awina, «la que ayuda», la que siempre antepone a los demás a sí misma. Sin duda estás hecha para la entrega y el sacrificio, pero me temo que Dios tiene otros planes para ti.

—Pero… —traté de decirle.

—Hay muchas formas de servir a Dios, mi niña, y tu camino no discurre en esa dirección. —Alzó la mano para que no intentara hablar

y volví a cerrar la boca—. ¿Crees que estoy ciega? ¿Crees que no me doy cuenta de que nadie quiere pasar aquí su tiempo? Hace años que libro una batalla con la Fundación para que no nos retiren los fondos y nos envíen de regreso a España, pero el tiempo corre en nuestra contra, los años pasan y nosotras no es que seamos más jóvenes, ¿no? Supongo que es esto lo que te ha hecho tomar una decisión un tanto precipitada, pero quiero que sepas que valoro mucho tu entrega. Eres una buena mujer, pero deberías empezar a buscar tu camino lejos de esta isla.

—Pero ellos nos necesitan.

—Ellos no necesitan a nadie, querida —dijo, y una maraña de arrugas le enterró los ojos al sonreír.

Agaché la cabeza, triste, porque había perdido la batalla incluso antes de abrocharme los cordones de las botas, triste porque no había un lugar para mí lejos de aquel que era mi hogar, triste porque no sabía qué hacer con mi vida.

—Mañana, cuando el helicóptero parta de vuelta a Papúa Nueva Guinea, nadie te reprocharía que ocuparas una plaza en él. Nosotras hemos jurado permanecer aquí… morir aquí, pero tú todavía tienes oportunidades. Aprovéchalas.

Ahogué un sollozo mientras sus manos se desprendían de las mías con un suave apretón que no necesitaba de palabras, y mi primer pensamiento pasó por recordar los dos ojos marrones que me habían robado la calma.

Norte de la Isla de Sandy

Tribus indígenas

El hombre blanco había sido sentenciado, los jefes de las tribus del otro lado del río habían tomado la decisión de atacar a aquellos que habían empezado a llegar en lanchas, en medio de la noche, para continuar con el saqueo que aquel demonio había iniciado. Habían conseguido eliminar a algunos de ellos, pero el hombre blanco planeaba regresar a casa con las lanchas llenas de aquello que con tanto empeño arrancaban a la Tierra y ellos no iban a permitirlo.

El jefe Wasako se giró para mirar al hombre de un solo brazo que los ayudó a conocer los planes del demonio extranjero, y asintiendo le otorgó el reconocimiento que habría de salvarle la vida.

Aquella misma noche, mientras en la aldea se encendiera la hoguera de la cosecha y los tambores celebraran la despedida del náufrago, Alain estaría celebrando su propia fiesta, una en la que el alcohol templase los nervios de sus hombres para que dejaran de contar historias sobre cabezas arrancadas y corazones devorados. Y mientras ellos durmieran, embriagados por el licor, él estaría adentrándose en el mar de la costa norte, tomando una de las lanchas que ya estaban preparadas para la huida y trasladándola hacia la playa en la que encontraron a aquel maldito náufrago. Porque no era tan estúpido como para no saber que las tribus los estaban observando.

Estaba seguro de que aguardaban el momento para matarlos a todos antes de que pudieran abandonar la isla, solo que él tenía planes mejores, y ni siquiera el manco estaba al tanto de ellos. Ya lo había decidido, no podía confiar en él.

En el corazón de los manglares, al otro lado del río y lejos del barco abandonado, vivía una de las tribus más sangrientas, oscuras y despiadadas de la Isla de Sandy. Nadie sabía exactamente quiénes eran, pero algunos aventureros e incautos aseguraban que se escondían entre las copas de los árboles, vigilando a los espíritus del mal que, a menudo, se adueñaban de los cuerpos de los hombres,

haciéndoles enloquecer, enfermar e incluso traicionar a sus dioses. Ellos también preparaban una batalla, una cacería para eliminarlos a todos, sobre todo, a los espíritus arrojados por el mar. Habían aprendido a no confiar en nadie, ni siquiera a los nacidos bajo el mismo sol, pues todos eran susceptibles de ser enemigos.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Santiago

Estaba nervioso, por momentos inquieto por volver a casa, por momentos triste por tener que hacerlo y enfadado conmigo mismo por no ser capaz de aclarar las cosas con Evelyn. Que teníamos que hacer como que aquello no había ocurrido era de las cosas más absurdas que había oído en mi vida, porque no pasaba un minuto de mi tiempo sin que quisiera repetir aquel beso.

Aquella mañana me levanté temprano después de una noche inquieta esperando a que Evelyn regresara de la aldea de los pigmeos y mientras pasaba el rato decidí preparar el equipaje para mi regreso a casa: la mochila de neopreno con mis dos equipos de fotografía. No tenía nada más en aquella isla y, sin embargo, sentía que me lo dejaba todo allí: el corazón, el pensamiento y las ganas.

No quería formar parte de ninguna fiesta en mi honor y tampoco quería tener que despedirme de nadie, pero al mismo tiempo, ansiaba el regreso con el dolor sordo de los que no quieren regresar. A veces creía que sería capaz de aceptar la locura de abandonarlo todo y quedarme en aquella isla, pero me acordaba de mi madre, de la angustia que tuvo que soportar todas esas semanas sin saber qué había ocurrido con mi padre, y sentía que debía partir inmediatamente para encontrarla y decirle que estaba bien, que había sobrevivido. Pero si tengo que ser sincero, no tenía ni la más remota idea de qué haría después con mi vida.

Cogí la mochila de neopreno y abrí y cerré la cremallera por enésima vez, tratando de reconducir unos pensamientos que siempre acaban paseando por la ladera de unos labios que sabían a fruta. Por eso la visita de Makena me pilló completamente desprevenido.

Las cuentas de madera de la cortina que tapaba la puerta de la cabaña sonaron cuando la mejor amiga de Evelyn la hizo a un lado para pasar al interior. Venía sola, y parecía alterada.

—Evelyn no ha regresado aún —le dije, sin saber muy bien cómo comportarme en su presencia.

Makena sacudió la cabeza y las cascadas de cabello negro se movieron sobre sus brazos tatuados y sus pechos semidesnudos. No quería mirarla de frente, pero ella no tenía reparos en hacerlo y, después de dar un par de vueltas a mi alrededor, se cruzó de brazos y me enfrentó, con total descaro, con total imposición.

—Tienes que sacar a Evelyn de la isla —dijo, en esa mezcla de español con acento y algunas palabras distorsionadas—, debes convencerla para que se vaya mañana contigo y no regrese nunca más.

—¿Por qué habría de venir conmigo? Apenas nos conocemos, podría ser cualquier cosa menos lo que parece que soy, ¿qué motivo podría darle para abandonar todo lo que conoce? —le hice las mismas preguntas que tantas veces me había hecho ya, mientras me hacía el dormido y contemplaba a Evelyn en la soledad de la noche; tal vez trataba de saber si ella tenía la respuesta.

—Os gustáis, os he visto, sé que os habéis besado, Evelyn no es tan buena fingiendo como para ocultarme algo así. Y si acaso me estoy equivocando y se trata de un beso sin importancia, igualmente tienes que sacarla de aquí. Llévatela, no me importa si no la quieres, solo sácala de aquí.

—Eso es un poco injusto para tu amiga, ¿no? ¿Le has preguntado a ella qué quiere hacer? Porque creo que el plan no va a funcionar si ella se opone.

Negué con la cabeza de nuevo, no pensaba convencer a Evelyn de nada que ella no quisiera hacer, pero entonces dio un par de zancadas y me encaró, tan cerca que tuve que retirarme.

—No me importa lo que ella quiera, tiene que irse. Las cosas van a cambiar en esta isla, y cuando lo haga, ella estará en peligro.

Se fue tan rápido como había venido y me dejó aún más sumido que antes en todas mis preocupaciones. Que quería salir de aquella isla y llevarme a Evelyn conmigo era una fantasía en la que no me atrevía ni a pensar; el problema era: ¿estaría dispuesta a abandonarlo todo para seguirme a mí?

#

Supe que había regresado por los niños, que se agolpaban en la puerta de sor Consuelo tramando una emboscada que la hizo caer al suelo con todos ellos revueltos en una nube de cosquillas en cuanto cruzó el umbral. Entonces oí esa risa que ya no me parecía tan

ridícula, porque tenía el don de poner mi mundo patas arriba. Salió de entre las manos extendidas hacia ella y comenzó a perseguirlos por toda la aldea, mientras ellos reían, se escondían y la provocaban para que fuera a buscarlos.

La miré, con el corazón latiendo a mil pulsaciones por segundo, la sonrisa involuntaria llenándome la boca y el estómago suspendido en un pellizco traicionero, y la imaginé en mi mundo, paseando por las calles de Los Ángeles de mi mano, despertando conmigo en mi moderno apartamento y posando de nuevo para mí. Acudiendo a las fiestas a las que solía ir, entablando conversaciones con la gente con la que solía rodearme, haciendo amigas entre las modelos a las que solía fotografiar y sosteniendo una copa de vino mientras reía de cualquier estupidez que hubiera soltado el estirado de turno; fue entonces cuando la Evelyn que yo conocía, la del sarcasmo multiplicado por mil, la de la ropa desgastada por el uso y sus múltiples dueños, la que se peinaba con dos trenzas que se deshacían a medida que pasaban las horas y no se preocupaba por ocultar cualquier imperfección de su rostro, la que no necesitaba nada de lo que mi mundo acomodado pudiera ofrecerle, comenzó a desfigurarse en mi memoria convirtiéndose de alguien que no era. Si sacaba a Evelyn de aquella isla, estaría muerta. Quería a Evelyn en mi vida, pero quería esa versión de ella, no la que tenía que voltearse la piel para encajar conmigo.

Se dio cuenta de que estaba allí, contemplándola como el estúpido que era, maldiciendo a la casualidad que unió su camino con el mío, deseando haberla encontrado en otro lugar, en otra vida. Me saludó en la distancia, moviendo los dedos de la mano y yo le devolví el saludo, sin atreverme a acercarme a ella y que contemplara en mi rostro todo lo que burbujeaba en mi interior. Salió corriendo de nuevo, persiguiendo a cuanto chiquillo se le ponía por delante y yo reí observando el alboroto que formaban.

—No puedes irte de esta isla hasta que no hayas aprendido a hacer fuego como Dios manda —dijo la voz de una mujer a mi espalda y, por la palmada que soltó, supe que se trataba de sor Esperanza—. Vamos, hoy eres el invitado de honor, hoy prenderás el fuego de la hoguera.

#

El sonido de los tambores me recordaba a las fiestas de mi pueblo, cuando las cosas eran tan sencillas como compartir la comida con los vecinos, jugar en la calle hasta bien entrada la noche y bailar con mi madre al son de alguna canción mil veces versionada.

Los nativos lucían sus tatuajes de gala y adornos hechos con conchas de mar y corales. Las mujeres adornaban su pelo con flores y los hombres llevaban tocados hechos con las plumas negras y azules de los casuarios. Un fuego enorme ardía en el centro de la aldea, y no pude evitar acordarme de aquellos días en la playa, contemplando las hogueras de los que, hasta entonces, eran solo unos desconocidos para mí.

La comida pasaba de mano en mano, la bebida espirituosa que se destilaba al margen de la aldea corría como el fuego, coloreando las mejillas de algunas de las hermanas que trataban, en vano, de disimular. Los niños bailaban descalzos, vestidos para la ocasión con faldones de paja que se movían en todas direcciones con sus piruetas y saltos mortales, las mujeres cantaban y los hombres las miraban desde la trinchera, sabiendo que aquella noche no dormirían solas.

Yo había pasado la tarde dándome un baño en la laguna, despidiéndome de aquella selva a la que estaba seguro de que regresaría en todos mis sueños. Pero me había colocado la misma ropa de siempre, aunque solo fuera por llevarla puesta una última vez. Como única concesión a la moda, había dejado que las mujeres me pusieran un collar de caracolas alrededor del cuello y me tatuaran los brazos con arcilla blanca, como si fuera un cazador más de alguna de las tribus que vivían en la isla.

No encontré a Evelyn después de verla jugar con los niños y supuse que necesitaba tiempo para seguir alejándose de mí, despidiéndose del náufrago más pesado del mundo, uno que nunca se iría del todo, pero cuando la noche se cerró sobre nosotros, la vi llegar con su amiga Makena, la misma que me miraba con los labios apretados, instándome a callar. Estaba increíble, con el pelo suelto cayendo alrededor de sus hombros y los ojos brillantes como las brasas de la hoguera, y tragué saliva deseando que aquella noche no terminara nunca.

—Y todo esto por un náufrago —dijo, simulando estar horrorizada —. Me pregunto qué harían si viniera a la isla al mismísimo Elton John.

—Espero que cualquier cosa que no sea servirlo de cena.

—¿Vas a irte creyendo en esos cuentos sobre caníbales?

—Bueno, solo espero que este trozo de carne no sea del náufrago que llegó antes que yo.

—¡Oh!, pero antes de ti no hubo nadie —dijo, y la voz se le quebró lo suficiente como para que me diera un vuelco el corazón—. Voy a echarte de menos, Santiago.

Rompiendo la resistencia que me había impuesto aquella tarde viéndola jugar con los niños, deslicé una mano hasta ponerla a la altura de la suya.

—Ofréceme una tregua, olvida quién soy, cómo he llegado hasta aquí o dónde estaré mañana. Concédeme el poder de hacerte bailar toda la noche, reír como si no existiera el mundo y olvidarte de todo lo que no sea esta fiesta.

Mantuve la mano extendida, sin saber bien si aceptaría el trato o me mandaría a hacer puñetas, pero sus dedos se alzaron en el aire y sostuvieron los míos con tanta fuerza que el temblor de sus manos se disimuló entre las mías.

—Vamos, enséñame a moverme sin hacer el ridículo, ¿o es que treinta años en esta isla no te han enseñado nada?

Se echó a reír a carcajadas, desnuda de cualquier armadura, desprotegida de cualquier escudo y fue simplemente Evelyn, Awina para todo el que estaba cerca de su corazón, una mujer cualquiera en un lugar como otro, sosteniendo mi mano, enseñándome a moverme al son de la música. Bailamos, imitando a los nativos, sacudiéndonos con violencia alrededor de los tambores, y seguimos haciéndolo mucho después, cuando los hombres y las mujeres se fueron dispersando, cuando los niños sucumbían al sopor del sueño y las hermanas se habían retirado para no acabar mareadas por la bebida y el calor.

Ya no quedaba nadie que pudiera ser testigo de ese hombre y esa mujer que bailaban alrededor de las brasas de un fuego que se consumía lentamente porque no querían que llegara la hora de la despedida. Pero una fina línea violácea en el horizonte anunció que el amanecer estaba a punto de sorprendernos y frené en seco y detuve sus pasos para no se cayera por la fuerza de la inercia. Ella alzó los ojos y me miró, refugiándose en mis brazos para recuperar el equilibrio.

—Ojalá no te hubiera conocido nunca —dijo, cambiando la risa por una expresión de terror.

—Ojalá no me odies por lo que estoy a punto de hacer.

Puse mis manos sobre sus mejillas y la besé, un beso apretado y desesperado que se convirtió en una invitación a morder su boca, a acariciar su lengua y sentí el latigazo en el ombligo que me hizo perder los papeles y tirar de ella en dirección a su consulta.

En cuanto cruzamos el umbral, sus manos me quitaron la camisa de encima y yo le desabroché el pantalón. Quería subirla sobre mi cintura, pero estábamos tan borrachos de deseo y amor que caímos los dos al suelo y, entre besos, reímos, y nuestra risa se convirtió en lágrimas, y nuestras lágrimas nos abrieron el apetito para comernos a bocados, para acariciarnos el cuerpo y saciar la sed.

Quería probarla, saborear la fruta prohibida que vivía en su interior, empaparme de su olor salvaje y dejarle la impronta del mío. Cuando sus dedos se cerraron sobre mis cabellos y la sentí reprimir un grito, subí sobre su cuerpo y ella me rodeó la cintura con las piernas; entonces comenzamos una danza diferente, suave al principio y mucho más desenfrenada al final, como dos locos que han perdido el compás de la música y solo obedecen a los impulsos del corazón. Sus dedos se agarraron a la piel de mi espalda y sentí los jirones desprendiéndose cuando todo terminó, mezclando el dolor de un arañazo con el placer más absoluto que pude experimentar.

Rodé sobre su cuerpo y tiré de su cintura para que se acomodara sobre mí, entonces la abracé contra mi pecho, acariciándole el desorden de sus cabellos revueltos, besando el sudor de su frente y susurrándole hasta que nos quedamos dormidos.

Puerto Moresby, Papúa Nueva Guinea Sede de la fundación católica Los Hijos de Dios

Andrés

El piloto voluntario de llevar víveres a la aldea de la Isla de Sandy no sobrevolaría los cielos aquella mañana de sábado y esto era algo que nunca había ocurrido desde que llegara a la Fundación para formar parte de la cadena de ayuda humanitaria que tenían desplegada a lo largo de todo el Pacífico. Una carta de sor Consuelo, entregada por el propio Alain antes del último vuelo, pidiéndoles un par de semanas más para la recogida del cacao fue el causante de que esa mañana Andrés tuviera tiempo suficiente para ir desde Boroko hasta la zona turística para tomar uno de los mejores cafés que había probado en su vida, mucho mejor que aquella agua sucia que caía de la máquina expendedora de la casa sede de la Fundación en la que dormía y trabajaba.

Sentado delante de una humeante taza con dos dedos de espuma de leche, observaba, distraído, las noticias que la televisión escupía entre anuncios: el precio de la gasolina volvía a subir ese mes, un nuevo terremoto azotaba la costa este de Japón, las negociaciones para la independencia de la isla de Bouganville avanzaban favorablemente después de más de dos décadas de conflictos, en cabo San Agustín habían comenzado las tareas de búsqueda y rescate del fotógrafo mejicano-estadounidense Santiago Rivera después de que el Caso Diosdado hubiera sido reabierto, una familia de nativos gana la lotería nacional…

El televisor continuaba arrojando los titulares más destacados del día; sin embargo, Andrés ya no miraba a la pareja de campesinos sonrientes que sostenía el boleto premiado entre las manos, sino que se había quedado congelado en la fotografía del hombre al que, en

aquel momento, debían de estar buscando por las costas rocosas de Filipinas. Porque él sabía que no iban a encontrarlo allí, porque el hombre de las fotos no estaba muerto, sino en la aldea de la Isla de Sandy a la que ese día él no tenía órdenes de volar.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Makena

En cuanto dejó a Evelyn en compañía del náufrago, Makena emprendió la tarea de localizar a Otowe entre los miembros de la tribu. Lo encontró apartado del resto, alejado de la fiesta y la alegría que había contagiado a su pueblo. Parecía discutir consigo mismo, mientras miraba hacia el interior de la selva, nervioso.

—¿Qué haces? —quiso saber Makena.

—Me has asustado… —Otowe se adelantó para besarla, pero sus labios estaban rígidos.

—¿Cuándo? —quiso saber ella y él decidió que no podía seguir ocultándole sus planes.

—Ha habido cambios. No podemos abandonar la isla; al menos, no con Alain.

—¿Cómo dices?

—Escucha, no puedo contarte nada. Esta vez, vas a tener que confiar en mí. Alain es… es…

—Sé perfectamente lo que hace Alain, pero es el único billete que tengo para sacar a Anne de aquí, así que dame una buena razón para no dejarte tirado e ir a buscarlo ahora mismo.

Otowe la miró, tratando de decidir si sería capaz de cumplir su promesa, pero no podía decirle lo que sabía. En aquella isla no había paredes que contuvieran el vuelo de un secreto y no podía arriesgarse a que alguien más supiera lo que les aguardaba a Alain y a los hombres que habían venido con él. Bajó los ojos hacia el suelo y repitió las órdenes que Alain le había dado para ella, porque tenía un plan y Makena era suficientemente predecible como para que saliera bien.

—Mañana, mientras los demás esperan al helicóptero, nosotros estaremos cruzando hacia Tierra Prohibida, solo que nadie vendrá esta vez. Nadie puede avistarnos desde el cielo mientras subimos a las lanchas y salimos de Sandy.

—Gracias. Nos vemos al amanecer.

Makena se dio la vuelta para volver a la fiesta, sin reparar en lo fácil que había sido acallar las dudas de Otowe, tranquila porque al día siguiente, mientras sus vecinos dormían, borrachos, ellos estarían rumbo a la salvación.

Fue por la mañana, justo antes de que el sol empezara a ponerse en el horizonte, cuando el cuerpo inerte de uno de los dos hombres con los que había pasado la noche rodó sobre ella aplastándole el brazo, cuando corrió a vestirse para reunirse con su hija en la cabaña en la que debería haber dormido. No le había contado sus planes de abandonar juntas la isla, pero ya tendrían tiempo de hablar cuando estuvieran sentadas en la lancha que las llevaría de regreso al padre que nunca había conocido.

Era temprano, demasiado temprano como para que los habitantes de la aldea se despertaran de la borrachera de la fiesta y se dieran cuenta de que planeaban una huida. Tuvo la tentación de volverse a buscar a Evelyn para obligarla a irse con ellas, pero recordó los besos que la había visto intercambiar con el náufrago y sabía que no sería prudente aparecer por la cabaña. Tal vez, el plan de que saliera de allí por su propio pie al lado de aquel hombre pudiera funcionar por sí solo.

Con prisas por ponerse en marcha, entró en la cabaña y buscó a su hija detrás de la tela de tul que las libraba de la picadura de los insectos nocturnos, pero, al hacerla a un lado, descubrió con horror que la cama estaba vacía.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Evelyn

Abrí los ojos molesta por el rayo de sol que entraba por la ventana de mi consulta. Estaba en el suelo, desnuda, y los brazos de Santiago me envolvían la cintura. Giré la cabeza, despacio, tratando de no despertarlo y lo miré. Una sonrisa tímida me coloreó las mejillas. Recordé que hacía tan solo unas horas había estado pensando en formar parte de la Fundación como una religiosa más y me dieron ganas de echarme a reír, pero el recuerdo de lo que me esperaba aquella mañana me hizo guardármelas en el corazón.

En solo unas cuantas horas, el helicóptero de la Fundación llegaría a la aldea y se llevaría al náufrago para siempre, y tan solo su corazón y los recuerdos permanecerían en aquel lugar. Santiago no era de la isla, él tenía que regresar a casa.

Me moví lo justo para salir de debajo de su abrazo prisionero y recuperé la camiseta del suelo. Las palabras de sor Consuelo no dejaban de retumbar en mi cabeza y las manecillas de un reloj imaginario sonaban fuertes a cada minuto que pasaba esperando a que tomara una decisión. Tic, me voy de la isla; tac, no puedo hacerlo; tic, tac, tic, tac…

Me puse de pie y me asomé a la ventana, solo para comprobar lo que ya sabía: que todos seguían en la cama durmiendo y recuperándose de la fiesta. Ni siquiera las religiosas se habían despertado aún y las brasas de la hoguera estaban esparcidas, frías y grises, por el centro de la aldea.

Un puñado de gallinas que corrían despavoridas por los alrededores de la cabaña me asustó con su cacareo y me golpeé la cabeza con el dintel, pero cuando me giré para mirar, el náufrago seguía dormido. Fue entonces cuando el corazón empezó a tamborilear al son de las agujas del reloj y recuerdo quedarme ahí, justo en el alfeizar de la ventana, mirando en las dos direcciones en las que apuntaban las agujas de mi corazón, con un pie dentro de una vida a la que no estaba segura de poder adaptarme y con el otro en una aldea que era

todo mi mundo, pero que había comenzado a despedirse de mí.

Seguí paseando la mirada por el rostro tranquilo de Santiago, intentando convencerme de que podía dejarlo todo y seguirlo a donde quiera que fuera él, aunque nunca fui de esas mujeres que lo dejan todo por amor a un hombre y nunca había entendido cómo el amor podría pedirte algo así.

Renunciar a lo que eres, a lo que quieres, solo por amor, me parecía un acto de egoísmo desproporcionado, y sin embargo…

El náufrago comenzó a moverse, buscándome en sueños y en solo unos segundos abrió los ojos y me miró. El latigazo de emociones que vino a quedarse en mi vientre me hizo creer que podía hacerlo, que podía marcharme de allí sin mirar atrás. ¿Y si no funcionaba? ¿Podría volver a mi casa? ¿Y si salía bien? Podría terminar los estudios, trabajar en un hospital donde la gente quisiera mi ayuda y tal vez, solo tal vez, aprender a vivir una vida que no era del todo para mí.

—Cuando llegue el helicóptero, ¿qué dirías si decido irme yo también? —le pregunté.

Se irguió hasta quedarse sentado y se puso la camisa que estaba tirada a su lado en el suelo. Entonces, me miró y, aunque trataba de mostrarse serio y neutral, el amago de una sonrisa le bailaba en los ojos. Me contempló en silencio y lo dejé vagabundear por mi cuerpo, observándome como si me viera por primera vez. Me mordí el labio para que no me temblara por el conflicto interno que se estaba librando en mi interior y él cerró los ojos y suspiró.

—Te diría que sería el hombre más afortunado de la Tierra si vinieras conmigo. —Solté un suspiro de alivio, pero él alzó la mano instándome a escucharlo—. Pero sé que no quieres hacerlo, así que nunca te lo pediré.

Me acerqué hasta que mis pies rozaron los suyos y él jugó con ellos, acariciándome con sus dedos. Despacio, alzó la mano y yo le di la mía, y con un suave tirón me acercó hasta su cuerpo y me abrió los brazos para que descansara en su regazo. Me acunó como se acuna a un niño y sus labios sembraron de besos mi pelo y mi frente. Noté la humedad de sus lágrimas sobre mi piel y le di permiso a las mías para que deshicieran el nudo de mi pecho.

—Volveré, Evelyn, te prometo que volveré a por ti.

Silencié sus mentiras con un beso de despedida y el llanto me ahogó la garganta. El siguió meciéndome, besándome, llenando de calor un corazón tan frío como el mío. No queríamos movernos, no

queríamos deshacer el nudo de nuestros cuerpos, pero lo busqué de nuevo, me senté sobre su cintura y me moví al compás de su corazón, lento, suave, como cuando saboreas algo que te gusta demasiado y no quieres que se acabe.

Nunca antes había hecho el amor con el corazón encogido por la pena, ni con el rostro surcado de lágrimas. Nunca antes había usado mi cuerpo para decir adiós. Volvió a abrazarme al final, dejándome descansar sobre su pecho y simplemente nos quedamos ahí, esperando a que las horas pasaran y el helicóptero viniera a separarnos.

—¿Qué es lo que más has echado de menos de tu mundo, Santiago? Aparte de tu familia —le pregunté para evitar que volviera a quedarse dormido.

Se lo pensó un momento, entonces entornó los ojos, sonrió y dos preciosos hoyuelos le marcaron las mejillas. En ese instante supe que ese sería uno de los recuerdos a los que más recurría en los días en los que me quedé sola.

—El tabaco desde luego, no. Tantos años intentando dejarlo y en solo un par de meses me he olvidado de él. —Se echó a reír, pero se acarició los labios, quizá en un acto reflejo de la necesidad de fumarse un cigarrillo—. Creo que los gofres. Sí, los gofres con sirope de caramelo salado y nata que sirven en la cafetería de la calle Green. Y tú, ¿echas de menos algo de cuando vivías en Australia?

—Absolutamente nada —dije, con determinación.

—¿Ni siquiera a tu familia?

—Mi familia se compone de una madre tan independiente y volátil que nunca está en casa y una tía soltera a la que le pone nerviosa tenerme cerca, aunque creo que lo que en realidad le ponía nerviosa eran mis costumbres y manías adquiridas en la maravillosa Isla de Sandy —dije, haciendo una reverencia con las manos.

—¿Cómo cuál? —quiso saber. Aprovechó que me había movido para meter el brazo por debajo de mi espalda y arrebujarse más contra mí, hasta que su mejilla quedó pegada a la mía.

—Podría pasarme un día entero enumerando la lista de cosas que odiaba de mí —dije, y se me quebró la voz al hacerlo porque me di cuenta de que no tendríamos un día entero. Perdí el interés por seguir con aquel juego en el que tratábamos de espantar la tristeza, pero me tragué el nudo de la garganta y continué—: comer con las manos, dormir en el exterior, usar el baño con la puerta abierta, llenarle la cocina de plantas medicinales que encontraba por el campo, andar

descalza y supongo que tampoco le hacía gracia que me paseara desnuda por la casa, sobre todo cuando tenía visita.

Se echó a reír, sentí su estómago temblar pegado al mío y busqué más su calor y me apoderé de cada gesto, sensación, olor, tacto o sabor que pudiera regalarme por última vez. Pero entonces oímos las voces de los demás habitantes de la aldea y la realidad nos sacudió hasta despertarnos de ese limbo en el que nos habíamos refugiado.

—¿Ha llegado la hora? —preguntó y sentí su corazón acelerado congelando mi cuerpo.

—Creo que sí.

Cerré los ojos y rompí el abrazo, entonces me puse de pie y terminé de vestirme antes de darle la mano para ayudarlo a levantarse. Lo contemplé mientras se vestía, despacio, desganado, venciendo sus dudas, venciendo la ansiedad que le ensombrecía el rostro cubierto de lágrimas secas. Se acercó a mí y me dejó un beso suave sobre los labios; quise retenerlo, secuestrarlo, quedármelo solo para mí, ser egoísta y mala persona y robárselo al mundo, pero sabía que las cosas no funcionaban así.

—Será mejor que no les hagamos esperar —dije, y él asintió.

#

Santiago no tenía nada que llevarse con él, salvo la mochila con las cámaras de foto y la ropa prestada de las donaciones. Por lo demás, podía dar gracias a la vida por haber sobrevivido a un accidente mortal y no haber perdido nada más que la movilidad de su pie izquierdo. Regresaba a su casa, con su madre, pero sabía que había pérdidas que no se contaban entre lo material. Nunca volvería a ver a su amigo Ricardo y tampoco nos volvería a ver a ninguno de nosotros.

En el tiempo que estuvimos en el pequeño descampado que servía de helipuerto, lo vi pasear la mirada por encima de cada uno de los habitantes: los pescadores, con los que había acabado haciendo buenas migas, sor Esperanza, que ya le había dado más de un apretón, Atola, que le había fabricado un precioso bastón tallado en madera para que se lo llevara de recuerdo, las chicas jóvenes que coqueteaban a menudo con él y los niños, aquellos traviesos que seguían creyendo que Santiago era un pirata que había naufragado en una de sus aventuras en el mar.

Tan solo no avisté a Anne y a Makena, y supuse que les había

costado levantarse después de pasar toda la noche bailando. Esperaba que se dieran prisa o Anne no se perdonaría no haberse despedido de su héroe. A Otowe no lo vi, pero creo que Santiago no lo echaría demasiado de menos.

Estaba nervioso, lo sabía porque a menudo clavaba los dedos en la piel de mi mano y yo le acaricia el dorso intentando tranquilizarlo. Lo miré y él hizo lo mismo, y no tuve que decirle nada para que su rostro cambiara las arrugas de preocupación por una sonrisa triste y un beso tierno en la sien que se convirtió en un abrazo desesperado del que ninguno podía desprenderse.

Fue ese el momento en el que me di cuenta de la magnitud de lo que estaba a punto de perder, y no quería hacerlo, no quería perder al náufrago. No estaba segura de si me acabaría arrepintiendo de mis decisiones, pero algo tenía claro: no quería alejarme de él. No podía. Cerré los ojos, ahogué un suspiro, conté hasta tres y lo miré de nuevo.

—¿Y si me voy contigo? —dije, tímida, y él me soltó para mirarme de nuevo, con los ojos entornados y el miedo temblando en los labios —. Es decir, si subo a ese helicóptero contigo y…

—Joder, ¡sí! Te quiero, Evelyn, no sabes cuánto te quiero. —Cogió mi cara entre las manos y me besó, fue entonces cuando el corazón me explotó de felicidad y sonreí contra sus labios.

Santiago me soltó cuando se dio cuenta de que todos nos estaban mirando y pasamos el resto del tiempo esforzándonos por no parecer nerviosos, pero el tiempo pasaba y el helicóptero no llegaba.

—¿Estás segura de que tendría que venir hoy? —pregunté a sor Consuelo, que se paseaba nerviosa, mirando el cielo.

—El último sábado del mes contando tres meses, justo hasta donde alcanzan las provisiones. Siempre ha sido así, llueva, haga tormenta o luzca el sol, ya lo sabes. Pero quizá se les ha hecho tarde o haya algún contratiempo, o…

—¡Evelyn!

Giré la cabeza y encontré a Makena corriendo desde el extremo del descampado sobre el que se concentraba toda la aldea. Estaba nerviosa, asustada y parecía que había estado llorando.

—¿Has visto a Anne? No la encuentro por ninguna parte.

—Tranquila, Makena, seguro que está jugando con… —Miré a mi alrededor, tratando de comprobar que no faltaba ningún niño y me di cuenta de que la única que no estaba era ella—. ¿Has mirado en el barco?

—No, he ido hasta la aldea de los Asaro, pero no había pensado en el barco. —Se dio la vuelta para marcharse en dirección a los manglares y le sostuve el brazo para que frenara—. Espera, voy contigo.

Me moví, dándole a mis piernas la orden de salir corriendo, pero en el otro extremo de mi cuerpo, una mano me sostenía con fuerza. Lentamente, me giré para mirarlo y el corazón se me rompió al ver la súplica de sus ojos. Tuvo que luchar consigo mismo para soltarme y dejar que me fuera y entonces entendí que lo que había encontrado en el náufrago era mucho más grande que unos ojos bonitos o una sonrisa descarada. Todo, Santiago lo tenía todo.

—¡Eh! —le dije, sonriendo—, no te atrevas a subir a ese helicóptero sin mí. Vuelvo pronto, te lo prometo.

Me guiñó un ojo y una lágrima se escapó rodando por su cara, y yo le di un beso antes de seguir a Makena hacia el corazón de la selva.

Fue a medio camino cuando sentimos cómo todo estallaba: los gritos de guerra que procedían desde un lugar indefinido más allá de la línea del tratado, el sonido de armas de fuego rompiendo la barrera del silencio, voces en demasiados idiomas y una llamarada de fuego que lamía los árboles hacia el sur de la isla, demasiado cerca de la aldea donde me había dejado la mitad de mi vida. Las aspas de un helicóptero, aproximándose para tomar tierra, nos sorprendió preguntándonos qué demonios estaba ocurriendo, cuando una veintena de pájaros abandonaron la copa de los árboles, graznando, tan asustados como nosotras.

—¡Corre! —dijo Makena—, No seas idiota, Evelyn, ¡corre! Ve a por Santiago y vete de esta maldita isla.

—Anne… —dije, susurrando por la angustia.

—Yo me ocupo de ella, ¡corre!

Y fue exactamente lo que hice: correr, pero en vez de salir de la isla, bajé hasta el corazón del mismísimo infierno.

Los Ángeles, Estados Unidos

Los Ángeles News XXI
Informativos

Las tareas de rescate del fotógrafo Santiago Rivera han comenzado hoy alrededor de las doce de la noche, hora de la Costa Oeste californiana, tras ser localizado con vida en una pequeña y desconocida isla en el mar de Salomón, al noreste de Papúa Nueva Guinea.

Un voluntario de la fundación religiosa Los hijos de Dios ha dado esta misma mañana la voz de alarma después de que el escándalo por el Caso Diosdado haya dado la vuelta al mundo y la fotografía de archivo del sexto pasajero del *jet* siniestrado haya salido a la luz.

La madre de Santiago no ha querido hacer declaraciones sobre si va a emprender acciones legales contra el que fuera amigo íntimo de la familia Rivera por la ocultación de las pruebas que podrían salvar la vida del fotógrafo, tampoco ha querido responder a las preguntas que la prensa lleva formulándole desde que se encadenara frente al tribunal de justicia del Condado de California junto a la mujer del piloto y un hombre sin identificar.

La declaración de una testigo, al parecer, amiga de Santiago y la presión ejercida por las redes sociales, que se hizo eco de esta protesta, consiguió que el juez encargado del caso diera la orden para acceder a la caja negra del *jet* privado en el que viajaba el desparecido empresario musical junto con su tripulación y un sexto pasajero que su propia madre identificó como Santiago Rivera Quintana.

En estos momentos, un helicóptero de la propia Fundación se dirige hacia la salvaje e inexplorada Isla de Sandy, donde fue visto con vida por última vez. Mientras, una marea de personas se congrega frente a la sede del Tribunal de Justicia para brindar apoyo a la madre del fotógrafo, que no ha aceptado moverse hasta que su hijo regrese a casa. Miles de velas brillan esta noche en oración por la vida del náufrago mientras mantenemos el alma en vilo esperando las noticias del equipo de rescate encargado de buscarlo en una isla marcada por la leyenda negra del canibalismo y la barbarie.

Seguiremos informando en directo, pero, antes, no se pierda un nuevo capítulo del *talent show Lluvia de talento*, producido por el desaparecido Ricardo Diosdado y que hoy emite un programa especial en memoria del magnate musical.

En el corazón de la Isla de Sandy

Makena y Alain

Makena no se quedó para comprobar si su amiga había tomado el rumbo hacia el helipuerto, porque el murmullo de una batalla no muy lejos de donde se encontraban le aceleró el pulso y templó sus nervios hasta que fue capaz de concentrarse en su único objetivo: encontrar a Anne y ponerla a salvo de lo que quiera que estuviera pasando.

—¡Anne! ¿Dónde estás? Por favor, Anne, ven con mamá, ¿sí? —gritó por el camino que llegaba hasta el cascarón de madera abandonado, pero nadie respondía a sus súplicas.

Cuando estuvo tan cerca que la sombra de los mástiles se proyectaba sobre ella, dio un rodeo, buscando el agujero que dejaba las tripas del navío al descubierto, porque ese era el sitio favorito de Anne para ir a jugar y para esconderse de sus tareas. Se asomó a la apertura en sombras y entonces sintió un tirón del brazo que la hizo pasar al interior.

—No grites, no hagas ruido, no te muevas —dijo la persona que la había rodeado hasta taparle la boca con una mano.

—¡Mamá! —susurró Anne desde algún lugar dentro de aquel barco y ella se removió, soltándose sin demasiada dificultad porque, con un solo brazo, Otowe no tenía cómo retenerla en contra de su voluntad.

—¿Qué haces? ¿Por qué has traído a Anne hasta aquí? ¿Por qué no estamos cruzando la isla para reunirnos con Alain?

—Silencio, Makena, no grites.

—¿Qué está pasando?

Otowe esperó hasta que Anne llegó a los brazos de su madre, donde se refugió y entonces le contó todo lo que sabía.

—Los nativos va a matar a Alain y los suyos, Makena, no van a haber viaje, no vamos a salir de aquí.

—Pero ¿qué dices? ¿cómo sabes eso? —preguntó Makena; sin embargo, el rostro de Otowe era suficientemente expresivo como para

saber lo que había hecho—. Eres un traidor, nos has vendido, nos has condenado a mi hija y a mí, ¡miserable!

Makena cogió a Anne de la mano y echó a correr hacia el exterior del cascarón, pero Otowe fue más rápido que ella y le bloqueó el paso.

—En este momento, un helicóptero se aproxima a la aldea y no pienso perder la oportunidad de rogar al piloto para que Anne pueda abandonar la isla con Evelyn y el náufrago.

—No puedes hacer eso, Makena.

—¿Por qué no?

—Porque he visto a los Kkhakhuas dirigirse hacia allí.

—¡Evelyn! ¡Los niños! Tengo que… —El grito de horror se ahogó en la garganta de Makena mientras se tapaba la boca con las manos, temblando de terror.

—Me temo que ya es tarde —dijo Otowe y la atrajo hasta su hombro, donde Makena enterró el rostro, ahogando su pena.

#

Alain había dejado la lancha escondida entre las raíces de un árbol cercano a los primeros manglares de la playa y había regresado a tiempo a la mina para reunirse con los mercenarios antes de partir hacia el acantilado del norte, solo que él no iría en aquella dirección. Desde la playa Sur podría hacer el viaje hasta Papúa mucho más corto, pero corría el riesgo de ser descubierto antes de tiempo, pues la única forma de llegar a la playa de manera segura era rodeando la aldea por la plantación de cacao, y sin una noche de borrachera que ocultara su presencia, tenía que andarse con ojo.

Ya había abandonado la mina con el pretexto de ir a buscar a Otowe cuando escuchó los primeros gritos de los hombres que lo habían acompañado en aquella aventura. Podría decir que el corazón se le congeló por la tristeza de haber usado a su equipo de cebo, pero lo único que sentía era miedo de que aquellos hombres primitivos pudieran encontrarlo a él también. Con una mano en el bolsillo, jugó distraído con las pepitas de oro que había llevado consigo, miró hacia arriba y trató de calcular la hora con base en la posición del sol; tendría que darse prisa o toda la aldea lo vería atravesar la plantación de cacao.

Se volvió sobre sus pasos y abrió un camino entre la espesura con los brazos; tenía que crear atajos que le hicieran más rápida la huida,

aunque el cuerpo se le hubiera llenado de arañazos y hubiera tropezado varias veces hasta caer de bruces. Conocía aquella isla como la palma de su mano y podía permitirse salirse de los caminos conocidos; además, con las tribus ocupadas en aniquilar a los suyos sabía que no había muchas posibilidades de verse sorprendido.

Pero entonces, el sonido de las aspas de un helicóptero irrumpió en el cielo despejado, y miró hacia arriba, sin poder creer que fuera a tener testigos de su pavorosa huida después de todo. Soltó una maldición en francés que hizo que los pájaros empezaran a chillar en la copa de los árboles, ¿acaso no había entregado aquella carta falsificada él mismo? Desde el cielo, el panorama de hombres armados contra nativos furiosos y las lanchas escondidas sería más que evidente y solo faltaba que el piloto diera la voz de alarma pidiendo ayuda.

Sumido en la desesperación de saberse encerrado en una ratonera, no fue consciente de dónde ponía los pies cuando un bulto en movimiento tropezó con ellos y cayó a la tierra hecho un ovillo. Mientras contemplaba aquel contratiempo que gemía en el suelo, metió la mano en el bolsillo de su pantalón y acarició la gran pepita de oro que había arrancado de la mina, y fue entonces cuando vio la solución a sus problemas delante de sus propios ojos, porque podría usar ese helicóptero para salir de la isla de forma mucho más rápida que en aquella vieja y destartalada lancha.

—¿Alain? —preguntó la mujer que había caído a sus pies.

—Bendita mi suerte, Awina, bendita mi suerte…

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Santiago

Miré de nuevo a todos aquellos rostros mientras esperábamos a un helicóptero que, al parecer, ya llegaba con retraso y me aseguré aún más la bolsa con los equipos fotográficos donde había capturado la esencia de aquella isla. Aún no sabía qué haría con las fotos, pero cada vez que despertara añorando los sonidos, colores y aromas de aquella aldea, podría verlas de nuevo y regresar a todos ellos.

Miré el sendero por el que había desaparecido Evelyn y rogué para que el helicóptero siguiera retrasándose y ella no tardara en encontrar a su ahijada, aunque si tengo que ser sincero, una presión en el estómago me decía que nada de aquello iba a salir bien.

Estaba absorto, tratando de solapar a la voz de mi conciencia con la ilusión de saber que no regresaría solo, cuando el sonido de un objeto volando a gran velocidad atravesó el silencio en el que nos habíamos sumido y uno de los pescadores cayó al suelo de rodillas. Mientras nos preguntábamos qué había pasado, el olor a quemado de las columnas de humo procedentes de la aldea nos pilló por sorpresa. Nos estaban atacando, pero nadie parecía entender quiénes, ni desde dónde y mucho menos, por qué.

Todo lo que ocurrió después es algo que todavía vive en mis pesadillas, no en esas que te causan las películas de terror, sino las de saber que el demonio existe y no vive en los infiernos.

Nadie sabía hacia dónde tenía que correr para huir del ataque y las pocas armas con las que contaban los pescadores se había quedado en la aldea que, en ese momento, estaba siendo engullida por las llamas. Estábamos completamente desprotegidos, en medio de un descampado que nos hacía muy difícil ocultarnos del enemigo invisible.

A la orden de sor Consuelo, agrupamos a los niños en el interior de un círculo humano formando escudos, inútiles piezas de atrezo que fueron cayendo al suelo conforme las flechas nos alcanzaban. Fue entonces cuando se oyeron los alaridos que preceden a un ataque y al menos medio centenar de hombres bajaron de las copas de los árboles

con sus rudimentarias armas en alto, dispuestos a acabar con todos nosotros. No sabía quiénes eran, pero por el terror de los nativos y el rostro macilento de las religiosas comprendí que no se trataba de ningún clan amigo.

Nos habían rodeado y nos miraban con atención; yo también lo hacía, repasando con curiosidad las plumas negras de sus trajes de guerra, los collares hechos con piezas dentales, el pelo enmarañado que les llegaba por debajo de la clavícula, los rostros pequeños con los ojos desproporcionadamente grandes, barbilla casi inexistente y boca de gruesos labios que los acercaban más a nuestros desaparecidos antepasados que a cualquier nativo que hubiera visto dentro y fuera de aquella isla. Los miré a los ojos y por un momento sentí que eran ellos los que tenían miedo de nosotros.

—Los Kkhakhuas —susurró el viejo Atola a mi lado, y la voz le tembló por el terror.

—¿Qué quieren de nosotros? —pregunté y el rostro inexpresivo de Atola me dio una idea de lo que pretendían.

—Cazarnos.

Un escalofrío de terror me atravesó como un rayo, extendiendo el frío por todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Entonces fui plenamente consciente de todo lo que me había ocurrido y que mi accedente no me había dejado varado en ningún paraíso, sino en el lugar más peligroso del planeta: una isla que ni siquiera figuraba en los mapas, tal vez, como advertencia de que hay lugares que nunca deberíamos pisar.

Miré a los hombres de la aldea y vi la determinación en sus rostros; los superábamos en número, pero la mayoría eran ancianos y niños que no podían hacer nada por defenderse; aun así, me di cuenta de que aquella gente no estaba dispuesta a dejarse atrapar, no sin luchar primero. Agachándose, fueron cogiendo cualquier cosa que pudieran encontrarse tirada en el suelo y que les permitiera herir al contrincante, ya fueran piedras o palos. Yo solo tenía mi bastón, pero estaba dispuesto a usarlo para defender la vida.

Unos cuantos de los nuestros se adelantaron, tratando de cogerlos desprevenidos en su observación, y las hachas de los Kkhakhuas los hicieron pedazos delante de nuestros propios ojos. Me doblé por la cintura de forma involuntaria y vomité lo poco que quedaba en mi estómago de la cena de la noche anterior, intentando no mirar los miembros cercenados esparcidos por el suelo. A aquel horror le

sucedieron muchos más ataques en los que ellos también perdieron miembros en sus filas, ya fuera por linchamiento, por emprenderla a pedradas con alguno o con sus propias armas arrebatadas o abandonadas en la batalla.

Yo corría de un lado a otro, arrastrando el pie inútil, tratando de proteger el grupo de los niños y a las religiosas junto con los ancianos que no se habían enzarzado en la pelea; los demás, toda una tribu de hombres y mujeres, nos defendían de aquellos demonios de ojos vidriosos. Entonces, el sonido de un helicóptero aproximándose a la tierra acalló el estruendo de la lucha y nos hizo mirar a todos hacia arriba. Debió de ser eso lo que nos salvó de los salvajes, que miraban al cielo con el rostro desencajado por el miedo, apuntando con sus inútiles armas a aquel pájaro de lata inmune a las flechas.

Aproveché la pausa de aquel sinsentido para buscar a Evelyn por el lugar por el que se había marchado, pero no aparecía por ninguna parte. El helicóptero planeaba sobre nuestras cabezas, pero no se decidía a tomar tierra en medio de aquel campo de cuerpos inertes, personas heridas y niños asustados.

—¡Awina! —Oímos gritar a los niños.

Giré la cabeza, buscándola, pero lo que vi me dejó helado, desarmado y temblando: un hombre que no había visto antes la sostenía por el cuello mientras miraba hacia el helicóptero con los ojos entornados. Di un paso adelante, pero me di cuenta de que estaba armado y agarré más fuerte aquella piedra inútil que llevaba en la mano sabiendo que no sería capaz de acertar a darle ni a un elefante con ella.

El tiempo se detuvo en un plano tan irreal que volví a preguntarme si no estaba delirando, muerto y arrojado a un agujero del tiempo, en el purgatorio padeciendo algún castigo por mis pecados o si me había envenenado con aquellas vainas que encontré y que en realidad nunca había abandonado la playa.

El helicóptero aprovechó que la batalla se había detenido para acercarse un poco más a la pista de aterrizaje y el tipo que sostenía a Evelyn se movió en su dirección, arrastrándola con él, apretando el brazo alrededor de su cuello y apuntando con el arma en la dirección en la que nos encontrábamos los demás.

—Ni un paso o la mato, ¿de acuerdo?

—¡Alain! —gritó sor Consuelo y su voz sonó rotunda y autoritaria; sin embargo, no obró el efecto esperado. Aquel tipo la miró con

desprecio y la apuntó con el arma.

—Cuando el helicóptero tome tierra, nadie, ¿me oís? Nadie me impedirá subirme a él o las balas volarán sobre vosotros.

Apreté el puño y miré hacia los nativos de la aldea, que estaban tan destrozados que no podían ni siquiera proteger sus propias vidas, después miré a los salvajes de los Khakhuas, tratando de averiguar por qué no le lanzaban a él una maldita flecha, pero se habían quedado tan petrificados como el resto y me di cuenta de que realmente actuaban movidos por el miedo que tenían a lo nuevo y desconocido que había a su alrededor.

El helicóptero parecía bailar en el aire, tratando de acercarse cada vez más a tierra. Desde la puerta abierta, un hombre ataviado con un arnés parecía a punto de saltar al vacío. Me eché hacia atrás, porque sabía lo que pretendía: descender enganchado a una polea para rescatarme sin que el piloto tuviera que aterrizar.

No pensaba irme de aquella isla sin Evelyn, pero el hombre de la pistola no dejaba de apuntarle a la cabeza.

—No dispares, ¡por favor! No lo hagas —le rogué—. Déjala en paz y sube a ese helicóptero si es lo que quieres.

—¿Y cómo sé que no es un truco? —dijo.

—Porque no quiero subir. —Me encogí de hombros y traté de sonreír, pero el tipo estaba tan asustando que apretó aún más a Evelyn —. En realidad, llevo todo el día buscando una excusa para no tener que irme. Solo tienes que soltarla y correr cuando bajen a rescatarme. Confía en mí, te prometo que no haré ninguna tontería.

Parecía dudar, pero al menos contemplaba el trato. Arriba, en el aire, un hombre daba instrucciones ayudado de un megáfono para que me apartara del resto y me agarrara al que pretendía sacarme de allí. Lo hice, pero con los ojos buscaba al hombre que también las había oído y se apresuraba a tomar una decisión.

Las cosas ocurrieron demasiado rápido y todavía recuerdo ese momento y me atormentan las dudas de si hice todo lo podría haber hecho o si fui tan estúpido que lo eché todo a perder.

El hombre que sostenía a Evelyn la empujó en dirección a mis brazos, pero antes de llegar a mí, los khakhuas parecieron despertar de su letargo y, como si hubieran fijado su objetivo sobre un demonio en concreto, acudieron en avalancha y rodearon al hombre que acababa de dar un paso en busca del punto de rescate hacia el que descendía el ocupante del helicóptero. Se oyeron disparos y alguno de

aquellos hombres cayó al suelo, pero eran más y estaban furiosos y asustados, y no hay nada más peligroso que el miedo.

Aquella avalancha encarnizada supuso una barrera infranqueable entre Evelyn y yo, y cada vez que pienso en aquel momento y me imagino la escena en mi cabeza buscando las posibilidades que tenía para llegar a hasta ella y sacarla de allí conmigo, me castigo y me maldigo por no haber podido hacerlo mejor.

El operario de rescate descendió hasta el suelo aprovechando el linchamiento del hombre armado y mi aturdimiento por no ser capaz de encontrar a Evelyn entre la maraña de brazos y cuerpos enfurecidos. Grité su nombre en vano, pues solo se oían los horribles gritos del hombre armado y, mientras trataba de encontrarla entre la gente, unas manos lograron colocarme el arnés alrededor de la cintura hasta sentirme suspendido en el aire. Me moví, rechazando el contacto, pero los brazos de aquel hombre despiadado se deslizaron con destreza por mi torso, bloqueando mis movimientos.

A medida que ascendía, podía ver el panorama bajo mis pies. Una cabeza era porteada en volandas entre manos enfurecidas mientras otros devoraban partes arrancadas del cuerpo de aquel al que los demás habían llamado Alain, y en aquella estampa del horror, una melena rubia corría, despavorida, en la dirección en la que se encontraban los heridos.

Grité su nombre con tanto esfuerzo que me quedé sin voz, pero ella no me oía, nadie podía hacerlo con el murmullo de las aspas y el horrible sonido de aquellos salvajes devorando a su presa.

Mientras el suelo se hacía pequeño bajo mis pies, mis ojos no se apartaron de Evelyn y su frenética lucha por salvar a los heridos. En un instante que me pareció eterno, volvió la cabeza y fijó sus ojos en mí, solo lo suficiente como para asegurarse de que había conseguido salir a tiempo de aquel infierno.

Escuchaba el sonido de las aspas y me parecía tan irreal como la aventura que había vivido en aquella isla. Surcar el cielo de nuevo y saber que iba a regresar al mundo real no cambiaba nada, porque todo había cambiado ya. Yo no volvía a casa, yo estaba en esa isla, esperando a que Evelyn subiera al helicóptero conmigo.

La isla se convirtió en una mancha verde bajo mis pies, pero mis ojos no se despegaban de un punto lejano que se había perdido hacía mucho. El hombre que me había rescatado daba el aviso por radio informando de lo que había visto en la Isla de Sandy y yo lo oía todo

opacado por el propio ruido de mi cabeza: había abandonado a Evelyn.

Volví a gritar y la mente se me nubló de rabia e impotencia. Temblaba de terror e hiperventilaba por saberme encerrado sin poder hacer nada más que mirar hacia abajo. Fue entonces cuando noté el pinchazo de aguja en el brazo y todo se volvió oscuro.

#

Desperté arropado por una manta, tumbado en una camilla de una sala de control de la fundación para la que trabajaba Evelyn. Un paramédico acudió a atenderme y en unos minutos me vi rodeado de médicos que trataban de averiguar en qué estado me encontraba. Aunque había conseguido salir ileso de aquella pesadilla, había perdido, al menos, diez kilos en el tiempo que viví en la Isla de Sandy, pero, salvo el pie izquierdo, no había nada por lo que tuviera que ser atendido de urgencia.

Bostecé con sopor, mareado aún por las drogas que me habían hecho dormir y traté de apartarlos a todos de mí. Mi salud no me preocupaba lo más mínimo, tan solo quería estar atento a cualquier noticia que pudiera llegar por radio.

El helicóptero que me había sacado de la isla había regresado inmediatamente después para tratar de averiguar en qué estado se encontraban los habitantes de la aldea, además de llevar equipos de asistencia médica para los heridos.

Yo permanecía en una camilla con los brazos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, rezando para que todos estuvieran a salvo y la imagen de cada uno de ellos apareció en mi mente, pero el horror de las últimas horas se interponía a su recuerdo, nublando mi conciencia, apretándome el nudo del pecho.

Un hombre que no había visto antes entró en la sala en la que nos encontrábamos todos a la espera de recibir noticias del piloto que me trajo de vuelta y se paró a escasos metros de la camilla. Supongo que en algún momento se planteó tenderme la mano, pero la suciedad de mi cuerpo y mi aspecto harapiento lo echaron para atrás. Paseó la mirada sobre los voluntarios de la Fundación Los Hijos de Dios y, tras darles las gracias en español, se dirigió a mí en un perfecto inglés.

—Buenas tardes, señor Rivera, mi nombre es Ambroise Miller y vengo en representación de la embajada de los Estados Unidos. Tengo

buenas noticias para usted, esta misma noche será enviado de regreso a California.

—Lo siento, señor Miller, pero eso no será posible. Estoy… estoy esperando a alguien —dije, aunque en realidad no estaba seguro del todo.

—Me parece que no lo entiende. —El hombre sacó un documento del portapapeles que llevaba en una mano y me lo tendió—. Es una orden emitida por el Tribunal de Justicia del Condado de California, deberá comparecer ante un juez a la mayor brevedad posible.

—¿Estoy detenido o algo por el estilo? —pregunté, alzando las cejas y el tipo agachó la cabeza—. Pues si la respuesta es que no, podrían esperar al próximo vuelo de vuelta a Los Ángeles. Como ya le he dicho, estoy esperando a alguien.

—No habrá próximo vuelo, señor Rivera. —Miré al hombre con cara de escepticismo y el color de su piel, roja por la rabia, me dio una idea de cuánto estaba probando su paciencia—. Quizá usted esté acostumbrado a los vuelos privados, señor, pero actualmente hay una política a nivel mundial que restringe los vuelos internacionales. O sube a ese avión por las buenas o me temo que tendrá que ser deportado por las malas. Tiene cuatro horas para arreglar sus asuntos; después, un coche de la embajada de los Estados Unidos lo escoltará hasta el aeropuerto. Buenas tardes.

No me dio lugar a replicar sus órdenes porque abandonó la sede de la Fundación con la misma rapidez con la que había llegado. Cerré los ojos y volví a rezar, pero esta vez para que el helicóptero regresara a tiempo con Evelyn en su interior. Sin embargo, pasaban las horas y nada parecía cambiar. Las agujas del reloj de la sala donde me encontraba sonaban al ritmo de mi propia desesperación sin que recibiéramos noticias de la aldea.

A tan solo una hora de que se cumpliera el plazo que me había dado el señor Miller, una interferencia de radio nos puso a todos en alerta.

—Sede central, aquí voluntario Álvarez, ¿me recibe? Cambio —sonó la voz del piloto del helicóptero que había regresado a la aldea y la respuesta desde la fundación fue inmediata.

—Voluntario Álvarez, aquí sede central, esperamos noticias. Cambio.

—Sede central, hay treinta heridos de consideración moderada y estamos tratando de determinar el número de cadáveres. Cambio.

—Voluntario Álvarez, ¿cómo se encuentran las compañeras? Cambio.

—Sede central, se encuentran ilesas. Los nativos de ambos lados del río se hicieron con el control de la situación y han logrado… neutralizar a los khakhuas. Cambio.

Respiré, aliviado por la noticia, pero cuando creí que no sería capaz de soportar tanto formalismo estúpido, me levanté de la camilla y me acerqué hasta le emisora y, antes de que nadie pudiera impedírmelo, me hice con el control del transmisor.

—¿Evelyn? Evelyn ¿Estás ahí?

—Eh… —la voz vacilante del piloto se coló al otro lado, pero no le dejé tiempo para pensar en cómo proceder ante mi intromisión, sino que repetí la pregunta—. Espera un momento.

No sé cuánto tiempo pasó desde que el piloto me dejara esperando, pero a mí me parecieron años enteros hasta que la señal de radio volvió a manifestarse por medio de interferencias.

—Santiago, estoy aquí —dijo Evelyn al fin.

Suspiré, di las gracias al cielo y agarré el transmisor con fuerza, apretando la mandíbula para que no se notara la ansiedad de mi voz.

—¿Cuándo…? ¿Cuándo regresáis, Evelyn? Hay un avión que nos puede llevar a Estados Unidos esta misma noche —aguardé, conteniendo la respiración, aunque creo que en el fondo ya sabía la respuesta.

—Lo siento Santiago, no puedo ir contigo.

—¿Qué…? ¿Qué dices? Vamos, Evelyn… por favor.

—Me necesitan.

—Estás en peligro, ¡joder! Todos en esa maldita isla lo estáis —grité, pero no obtuve respuesta—. Está bien, veré cómo puedo hacer para regresar allí.

—No quiero que lo hagas —dijo, y a continuación cogió mi corazón y lo rompió en miles de pedazos—. Escucha, Santiago, creo que nos hemos precipitado, ¿vale? Esto que ha pasado tal vez haya sido una equivocación. Creo… creo que lo mejor es que regreses y me olvides. Yo… yo no te quiero. —Hizo una pausa, pero en mi cabeza su voz seguía diciendo todas aquellas palabras hirientes—. Regresa a casa, continúa con tu vida y olvídate de mí. Cambio y corto.

Tendí el transmisor al voluntario que controlaba la radio de la sede y me giré para que no me viera llorar. Estaba abatido, destrozado, furioso y triste. Por primera vez en mi vida me habían roto el corazón

y el dolor que sentía era demasiado intenso para soportarlo. Volví a sentarme sobre la camilla de la que no me debería haber movido y esperé con resignación a que fueran a buscarme.

Isla de Sandy, Pacífico Norte

Evelyn

Estrujé el transmisor de la radio en mis manos antes de devolvérselo a Andrés de mala gana; entonces, cuando me aseguré de que la voz de Santiago no volvía a aparecer al otro lado, salí corriendo y me escondí en lo que quedaba de mi consulta: solo un habitáculo chamuscado de paja, barro y escombros. Me senté en el suelo, aún caliente,y lloré, por haberlo dejado irse así, por todas las mentiras que le había contado, por todo lo que había pasado en la isla y porque el corazón me dolía a reventar. Habíamos perdido a demasiadas personas aquel maldito día, pero yo también lo había perdido a él. Aunque, si tengo que ser sincera, no me arrepentía de lo que había hecho; simplemente, no quería a Santiago en un lugar donde podría estar muerto en cuestión de segundos. Grité con el puño metido en la boca para que nadie me oyera y recogiendo la determinación del suelo, me puse de pie y volví al trabajo, lo único que sabía recomponerme cuando estaba tan rota que creía que no podría seguir.

Habíamos montado un hospital de campaña en la cantina, el único lugar de la aldea que había sobrevivido al incendio, y Makena se había puesto a mi servicio, atendiendo a los heridos. También los sanadores de otras tribus se prestaron a la tarea de curar los cuerpos quemados o heridos y las mentes perdidas en el horror de ver a los khakhuas destrozarnos otra vez.

Fuera, en algún lugar en el corazón de la selva, los jefes de las tribus debatían un acuerdo sobre el futuro de la isla que los mantuviera a salvo de demonios blancos como aquel que había tratado de vendernos y destrozar nuestra tierra. Sabía que, si se aprobaba el tratado, podrían acabar cerrando todo el territorio y decidir echarnos a nosotras, las extranjeras a sus ojos, para evitar un nuevo enfrentamiento y una posible nueva invasión, pero sencillamente no tenía tiempo de pensar en nada de aquello. Me debía a mis pacientes y estos se contaban por veintenas.

Los muertos yacían lejos de la aldea, cerca del descampado donde

jugaban los niños, apilados para ser quemados en pocas horas. Cuando Santiago abandonó la isla, los nativos de las tribus del norte aparecieron por la aldea, supongo que buscando lo que quedaba de Alain. Lo que sí encontraron eran a la tribu fantasma que sembraba el pánico entre ellos y, sin más dilación, los acorralaron hasta acabar con sus vidas. Después, contaron lo que habían visto en las minas, lo que Alain había estado haciendo a espaldas de la Fundación y lo que ellos mismos habían hecho con los mercenarios que habían viajado con él desde Papúa. No podía creer que algo como aquello hubiera pasado delante de nuestras narices y nadie supiera nada. Bueno, eso no era exactamente así.

—Evelyn, te estábamos buscando. La anciana Cora ha empeorado.

Terminé de salir de la consulta para atender a Makena, que traía algunas vendas en las manos para los heridos a los que estaba atendiendo. La miré a los ojos, sin poder creer lo que ahora sabía de ella, y ella evadió el contacto, porque había una grieta entre nosotras que no se podía cerrar.

Cuando el caos pareció encauzarse a manos de los jefes del norte, Otowe apareció por el Este con Makena y Anne, que se soltó de su madre para refugiarse entre mis brazos. Fue entonces cuando ella se derrumbó delante de mí y me contó todo lo que habían estado tramando a mis espaldas. No pude culparla, si yo hubiera tenido una hija en aquella isla alejada del mundo y una mínima posibilidad para sacarla de allí, también habría hecho lo mismo. Sin embargo, no fui capaz de perdonar a Otowe, y el silencio fue lo único que encontré para no decirle todo lo que pensaba al que un día había sido mi mejor amigo.

Me había quedado sola, los había perdido a ellos también y ya no podía confiar en nadie. Mi presencia en la isla tan solo se sostenía por el cuidado de los heridos que tenía a mi cargo, pero cuando todo volviera a la normalidad, ¿qué? No estaba segura de si los nativos tomarían la decisión de expulsarnos a todas, pero hasta que ese día llegara, mi deber estaba en el hospital de campaña.

—Veré qué puedo hacer por ella —dije.

—Oye, Evelyn…

—En el helicóptero tienes más cajas con vendas y algunas botellas de yodo. Andrés te dará lo que necesites —la corté antes de que se deshiciera de nuevo en disculpas que ya no creía.

Volví sobre mis pasos y me perdí dentro de la carpa buscando a

Cora, una de las mujeres más ancianas de la aldea que había sufrido quemaduras en las piernas al intentar apagar el fuego golpeándolo con las ramas de un árbol joven. Levanté las vendas que Makena acababa de poner sobre las heridas y comprobé lo que ya sabía por el olor: eran tan graves que no tenía nada para curarlas.

Había vivido demasiadas veces la misma historia como para saber cómo acabaría. Me senté a su lado y tapé de nuevo las heridas después de aplicar suero sobre ellas, pero ni siquiera este estaba suficientemente frío. Me llevé las manos a la cabeza, intentando retener la ansiedad, porque necesitaba mis nervios intactos, pero la derrota y la impotencia parecían dispuestos a discutirlo conmigo.

—Un día duro, ¿verdad?

Levanté la cabeza siguiendo el rastro de la túnica azul celeste que bailaba a mis pies y encontré la cara siempre amable de sor Consuelo, que decidió sentarse conmigo. Llevaba el delantal blanco teñido de sangre y los ojos perdidos en el recuerdo de la tragedia. Solo habían pasado unas horas, menos de medio día, y parecía que aquello había ocurrido en otra vida. Pasó un brazo por mis hombros, abarcando todo cuanto quedaba de mí y no pude resistirme más y me eché a llorar sobre su hombro.

A los muertos en la pelea entre clanes hubo que añadirle algunas víctimas colaterales del fuego, como la anciana que se había quemado las piernas. Los demás heridos fueron atendidos con lo que teníamos y estábamos a la espera de verlos evolucionar o, por el contrario, de seguir sumando víctimas.

La tribu de los khakhuas había sido reducida después del ataque y las religiosas habían planeado pedir ayuda a la Fundación para atender a los que quedaban escondidos por el bosque, que debían de ser niños, mujeres y ancianos. Si nos aceptaban, era probable que acabaran viviendo en la aldea; si no, serian reubicados en otros clanes.

Nadie se fue a dormir aquella noche y por la mañana solo éramos espectros dando tumbos de herido en herido. Makena apareció con una jarra del café que Andrés había traído para nosotras y lo cogí entre las manos como si me hubiera entregado un tesoro, a pesar del sabor amargo y de que apenas era más que un poso que solo ensuciaba el agua caliente.

No dijo nada y yo tampoco hice el amago de comenzar una conversación que acabara en una discusión acalorada acerca de las mentiras, de la traición y de la amistad que ya no nos unía. Solo me

crucé de brazos y cerré los ojos un momento, tan solo para descansar.

Las aspas del helicóptero me sorprendieron cuando empezaba a caer en uno de esos sueños pesados a los que no les importa que ni siquiera te hayas podido sentar y abrí los ojos para ver cómo Andrés empezaba a prepararlo para marcharse aquella tarde de vuelta la Fundación.

—Podrías haberte ido con él —dijo Makena.

—¿Sabes? Estoy cansada de que todo el mundo trate de librarse de mí. Esta es mi casa, aquí está mi trabajo.

—¿Acaso no quieres volver a ver a Santiago?

—Santiago ya no existe. Ha vuelto a su mundo, yo solo he sido un accidente. —Levantó una mano para replicar y yo aproveché para darle la jarra vacía y sacudirme el delantal que me había prestado sor Esperanza, porque toda mi ropa estaba manchada o rota.

—¿Y si los jefes cierran la isla? ¿A dónde vas a ir?

—Ya cruzaremos ese puente.

Le di la espalda para buscar a sor María y asegurarme de que ningún niño andaba merodeando por el campo de cadáveres, pero a lo lejos, atravesando la plantación abandonada de cacao, vi aproximarse a los jefes del norte y supe que habían tomado una decisión. Un dolor agudo se me clavó entre las costillas y, por primera vez desde que empezara todo aquello, sentí miedo.

#

Miré a mi alrededor tan solo para asegurarme de que no dejaba nada que pudiera necesitar, pero lo cierto era que todo lo que quería se quedaría en la isla, detrás de una muralla invisible e insalvable que nunca más podría atravesar.

Los jefes se habían reunido con las hermanas y estas había recibido el mensaje comunitario que nos pedía, amablemente, que cerráramos la Fundación y regresáramos a Papúa Nueva Guinea. Ninguna se lo tomó como un agravio personal, a pesar de que habían dedicado sus vidas enteras a cuidar de los nativos; por el contrario, entendieron que era la única forma de preservar a las que eran las últimas tribus salvajes del planeta en un entorno que no había sufrido la transformación de la evolución humana.

Yo era la única que se resistía a recoger sus pocas pertenencias y regresar a casa. Mientras paseaba por la consulta en la que ya no había techo que me resguardara, daba vueltas entre las manos al fonendo que encontré en el suelo y repasaba de nuevo el juramento

por el que cambié una vida llena de oportunidades por la ayuda humanitaria que prestaba en la isla. Esas palabras fueron el único equipaje que llevaría siempre conmigo, uno que no podía deshacer en otro lugar y que no cabían en los armarios de la casa de mi madre.

A través de la radio del helicóptero, fuimos testigos de cómo las autoridades papúas nos ordenaban salir de la Isla de Sandy, que desde aquel momento quedó clausurada y declarada como una de las islas del Pacífico más peligrosas del planeta.

Las hermanas volverían a España, donde tendrían la retirada que tanto se habían ganado: una vida tranquila en un convento perdido entre las montañas de Aragón, en el que recibirían los cuidados que tanto necesitaban.

Yo volví a Australia, a una casa que nunca fue mía, con una madre que casi era una extraña para mí a la espera de que la dirección de la Fundación me eligiera un nuevo destino. Si tengo que ser sincera, contemplé montones de veces la posibilidad de coger un billete hacia Los Ángeles para buscar a Santiago, pero le había roto el corazón, lo había empujado de regreso a una vida de la que yo no formaba parte, porque sabía que nunca encajaría a su lado, por más que me doliera el corazón recordando todos los días que vivimos juntos.

Aunque no volvía completamente sola: Makena y Anne habían conseguido un permiso temporal para salir de la isla y la Fundación estaba buscando un trabajo para ella que le permitiera darle un hogar definitivo a Anne y la oportunidad de ir a la escuela.

—Te estamos esperando, Evelyn. —La sentí llamarme desde la puerta desvencijada.

Asentí y terminé de coger las cosas que había decidido llevar conmigo. Fue así como salí para siempre de la tierra que me había visto nacer.

Los Ángeles, Estados Unidos

Los Ángeles News XXI
Informativos

Esta mañana, un avión con origen Puerto Moresby ha aterrizado en el aeropuerto de Los Ángeles. Se especula que en su interior viaja el superviviente del *jet* siniestrado el pasado mes de abril en el Pacífico norte a consecuencia del tifón que asoló las Islas Salomón a su paso. Nuestros equipos se encuentran a la espera de que la Policía dé la orden para escoltarlo hacia el hospital universitario en el que se preparan para atenderlo. Nuestros reporteros ya esperan a las puertas del hospital para darnos todos los detalles del estado de salud en el que se encuentra el superviviente.

Le recordamos que el señor Rivera es el único pasajero que ha sido encontrado vivo después del siniestro que le costó la vida al empresario Ricardo Diosdado, y que deberá prestar declaración ante el juez para esclarecer los hechos que dieron lugar al terrible accidente y que podría suponer un giro en el proceso judicial contra el señor Diosdado por ocultación de las pruebas que incriminaban a su hijo como causante del mismo.

La madre del fotógrafo y un amigo de la familia esperan en el aeropuerto a que se produzca la orden que le permita bajar del avión.

Por lo pronto, permanecemos a la espera de que se desarrollen los acontecimientos y podamos darles nueva información sobre un caso que ha conmocionado al mundo.

El mundo real

Los Ángeles, Estados Unidos

Los Ángeles News XXI
Informativos

Cientos de periodistas de todo el mundo aguardan la llegada a la sala de prensa del único superviviente del accidente del *jet* en el que perdió la vida el empresario musical Ricardo Diosdado. Santiago Rivera Quintana, que ha comparecido esta misma mañana antes el juez encargado del procedimiento judicial abierto contra la familia Diosdado por ocultación de pruebas y difamación, se prepara para responder a las miles de preguntas que los periodistas de todo el mundo tienen preparadas para él.

Es un acontecimiento sin precedentes que será emitido en directo para los espectadores de todo el mundo que esperan, con atención, conocer la increíble historia de supervivencia de este fotógrafo que tuvo la suerte de naufragar hasta la desconocida isla de Sandy y salir ileso de uno de los territorios más peligrosos del planeta.

Señoras y señores, el protagonista de esta rueda de prensa acaba de hacer acto de presencia en este momento y se dispone a ocupar su lugar en el atril que ya está preparado para escuchar su historia. Viene acompañado de su madre y su vecino, Carlos Fonseca, un desconocido actor del cine *western* de los años setenta que cayó en el olvido demasiado joven y que ha sido el principal apoyo de Leonor Quintana en la búsqueda frustrante de su hijo.

Santiago presenta buen aspecto a pesar de haber estado sobreviviendo en las duras condiciones de una aldea nativa coordinada por la fundación católica de origen español Los hijos de Dios, que esta semana también ha sido noticia tras ser clausurada su labor humanitaria en la Isla de Sandy, declarada reserva natural protegida por la ONU, blindando cualquier intento de contacto con las tribus nativas que la habitan y que siguen siendo un verdadero misterio para la humanidad.

Ahora les dejamos con la rueda de prensa que tanto estaban

esperando. Les seguimos informando en directo.

Los Ángeles, Estados Unidos

Santiago

Cuando estaba en la isla, cuando viví en la playa sin más compañía que la de mi amiga la rata, recuerdo que idealizaba una y otra vez cómo sería mi regreso a Los Ángeles. Era solo un juego que me inventé para mantener la esperanza de poder salir de allí y no perder la cabeza por haber sobrevivido a un acontecimiento tan traumático como surrealista.

Ni en un millón de años imaginé un regreso envuelto en la tristeza y desesperanza que me acompañaron de vuelta, como tampoco imaginé que desearía con todas mis fuerzas que el avión volviera a estrellarse para caer justo en el lugar del que me habían rescatado. Si cerraba los ojos, los veía a todos ellos en una secuencia de rostros, risas, voces, colores y emociones que terminaban regresando una y otra vez a aquellos ojos de duende que me habían roto el corazón.

No, yo no era tan estúpido como para creerme las palabras de Evelyn, solo que no había tenido valor para hacer lo que ella asumió como su deber: separarnos para siempre y regresar al mundo real al que cada uno pertenecía. Porque ella no era un recuerdo que llevar en la maleta de regreso a casa, ella era una astilla que se me había clavado en el corazón, de esas que son imposibles de extirpar.

Salí del avión entre un aluvión de *flashes* contenidos en la distancia por una valla metálica y un cordón policial, el mismo que me escoltó hasta el hospital, donde no me esperaba nada que ya no supiera: no iba a volver a recuperar la completa movilidad de mi pie izquierdo y no tenía más rasguño que aquel que llevaba en el corazón. Alcé los ojos de la tapicería de la camilla en la que estaba tumbado para prestar atención a la doctora que me pedía, amablemente, que firmara el alta hospitalaria y mis dedos se quedaron amarrados al bolígrafo que me tendía.

—Si pasadas cuarenta y ocho horas notase algún mareo, desvanecimiento o pérdida del apetito, deberá trasladarse de nuevo para un estudio exhaustivo, pero de momento, y dado los resultados

de los análisis, creo que puede marcharse a casa. Señor Rivera, ¿me está prestando atención?

Me había quedado prendido del fonendo que colgaba del cuello de la doctora, atrapado en el recuerdo de otra doctora no muy distinta de la que tenía en frente, atrapado en los recuerdos de un lugar que nada tenía que ver con el hospital en el que me encontraba. Fue entonces cuando me di cuenta de que todo lo que había vivido me acompañaría para siempre. Firmé el alta y volví a casa, pero la imagen de aquel fonendo también se fue conmigo.

Regresé a la ciudad en la que ya no me quedaba nada, salvo una habitación de hotel donde aguardaban, con impaciencia, las únicas personas que entonces eran mi mundo: mi madre, mi vecino y mi mejor amiga.

Abrir la puerta de aquella habitación supuso el choque de realidad definitivo que me despertaba del sueño que había vivido y, aunque me habría encantado mostrar la felicidad que mi familia se merecía, no pude evitar derrumbarme en los brazos de mi madre como un niño herido. Me rodeó con sus brazos siempre fuertes y me acunó hasta que los dos nos caímos al suelo por la inercia del movimiento, el agotamiento del corazón y el alivio de poder tocarnos de nuevo.

Carlos Fonseca y Bella pasaron por nuestro lado sin hacer ruido, dándonos la oportunidad de reencontrarnos en la intimidad de una habitación a solas, pero sentí el apretón que me dejaron en el hombro al salir como una muestra más de lo afortunado que era por todo lo que tenía. Cuando nos dejaron solos, me separé del rostro lleno de lágrimas de mi madre y la besé en las mejillas húmedas. No podía dejar de mirarla y pensar en lo cerca que había estado de no volver a hacerlo nunca más.

—Hijo, hijo de mi corazón…

Sus manos pasearon por mi cara y sus dedos se detuvieron en cada cicatriz o rasguño, apuntándoselo en el alma como una herida propia de las muchas que ya portaba en mi nombre. Hundió un dedo entre mis costillas que me hizo reír, pero que a ella le surcaron el rostro de arrugas de preocupación por mi extremada delgadez. Me miró a los ojos tanto tiempo y de una manera tan intensa que estoy seguro de que no necesitó hacer ninguna pregunta para saber que el hombre que había regresado de aquella aventura no era el mismo que ella conocía.

—No volveré a dejarte, mamá, no volveré a olvidarme de ti.

—Shhhh, calla, tonto, eso no tiene importancia ahora; ya estás

aquí, ya estás a salvo.

—¿Lo estoy?

Me cogió la cara entre las manos, obligándome a no bajar los ojos al suelo y me mesó el pelo hasta recogerlo detrás de las orejas. Me sentí como un niño de nuevo y no pude evitar echarme a llorar entre sus manos.

—Lo estarás, Santiago, encontrarás la forma de hacerlo.

#

Cuando mi madre se marchó de la habitación y me dejó solo para que pudiera descansar, lo primero que hice fue buscar un espejo para mirar mi reflejo en él. Solo habían pasado tres meses desde la última vez que lo hice, pero el cambio que me trasmutó por dentro había dejado su marca en el exterior también.

La pérdida de peso me dejó las mejillas aún más marcadas de lo que recordaba, y los ojos descansaban sobre sombras violáceas que oscurecían los iris marrones. Tenía el pelo enmarañado y la barba había crecido como un vergel descontrolado. Con el dedo índice, acaricié la cicatriz de la frente contra la que impactó el extintor que me cegó los ojos y las múltiples manchas solares que las quemaduras habían dejado sobre la frente, los pómulos y nariz. Deslicé el dedo hacia los labios y cerré los ojos, rememorando todos los besos que también se habían quedado tatuados en ellos.

Traté de darme una ducha con agua caliente, pero me resultaba tan desagradable que giré el regulador hasta que estaba tan congelada como el agua de una cascada. Ríos de tierra y porquería salieron de mi cuerpo en forma de pompas de jabón y me quedé mirando cómo se arremolinaban sobre mis pies y se marchaban por el desagüe de regreso al mar.

Me tumbé sobre la cama mullida de una habitación en completo silencio, pero lejos de cerrar los ojos y rendirme al placer de la comodidad, la buscaba a ella con los brazos extendidos. El sonido de la puerta me sacó de mis pensamientos y me acerqué a abrirla.

—Hola —dijo tímidamente Bella en cuanto la dejé pasar.

Ninguno de los dos sabía cómo comportarse, si fundirnos en un abrazo, dejar que la distancia se llenara con el tiempo o hacer alguna broma que rompiera el hielo que llevaba dentro del corazón. Al final, tomó la decisión de acercarse hasta mi pecho para darme un abrazo y

yo simplemente lo acepté, intentando no comparar el calor de Bella con el de Evelyn, el olor de su perfume con el de la tierra salvaje y la fruta madura. Entonces se apartó y me miró de la cabeza a los pies, con esa intuición que solo le he conocido a las mujeres de mi vida y lo supo sin necesidad de palabras.

—¿Has encontrado el amor en esa isla? —Sonrió, pero sus ojos habían perdido el brillo que tanto le caracterizaba.

—Sí, pero tú tenías razón: el amor te destroza.

—No, Santiago, yo no te dije que el amor te destroza; simplemente, duele.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo. —Me acarició la cara recién afeitada y hundió un dedo en la cavidad de mis mejillas haciendo que se me escapara una sonrisa—. ¿Me hablarás de ella?

—Algún día.

El sonido de un teléfono me sobresaltó y juro que tardé al menos cinco largos segundos en identificar de dónde había salido el ruido. Toda una vida rodeado de sonidos y solo tres meses para olvidarme de ellos.

Bella se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y se apresuró a descolgar. Solo soltaba un monosílabo «sí» de vez en cuando, como respuesta a lo que su interlocutor le iba diciendo.

—Era tu vecino, dice que, si estás preparado, el coche que te llevará al juzgado te espera abajo.

—Fantástico —dije, abatido por tener que sentarme delante del padre de mi mejor amigo y reconocer que fue su conducta imprudente la que nos llevó al ojo de la tormenta.

—No estás solo, Santiago, yo siempre estaré contigo —Bella me pasó una mano desde la nuca hasta el mentón y pegó su frente a la mía—, aunque esta vez será mejor que definamos nuestra amistad y dejemos de jugar a estropearla, ¿no crees?

Me eché a reír, triste, pero aliviado de no haberla perdido a ella también. Respirando fuerte, cogí el traje de chaqueta que me habían dejado en la habitación y me preparé para traicionar la memoria de Ricardo.

Bella me dio la mano para acompañarme hasta la entrada del hotel y el brillo de sus ojos volvió a su lugar en cuanto salimos a la calle y señaló, ilusionada, el cartel de un futuro estreno en el que su imagen ocupaba un lugar destacado junto a Hero Smith.

—¿En serio? Vaya, veo que tú también tienes cosas que contar.

—¿Creías que eras el único que ha estado viviendo una aventura? —dijo, mirándose la punta de los dedos con chulería y sonreí de verdad por primera vez desde que descendí del avión en Los Ángeles —. También he conocido a alguien, no es nada serio aún, pero me gusta, me gusta mucho. Se llama Peter, es ayudante de cámara, y es… maravilloso.

—No sabes cuánto me alegro, te lo mereces.

Le di un último abrazo, cálido y sincero, sabiendo que aquel día perdí la oportunidad de convertirme en su chico, pero que ahora había ganado a la hermana que nunca tuve y la sentí ahogar un suspiro sobre mi hombro. Le lancé un beso antes de abrir la puerta del coche, donde ya me esperaban mi madre y mi vecino Carlos, y pusimos rumbo al último lugar de la Tierra en el que hubiera querido estar.

#

Asistir a aquel juicio me hizo revivir todas las historias que atesoraba en la memoria con el nombre de mi mejor amigo. Nuestra infancia, marcada por una desigualdad social difícil de compensar por la ayuda que sus padres nos prestaban de vez en cuando, nuestros primeros secretos, las trastadas que hicimos en el colegio, el entierro de mi padre donde me prometió que nunca me dejaría solo y aquel día en el que llegó a mi casa para rogarle a mi madre que me dejara acompañarlo hasta los Estados Unidos de América en busca de un destino mucho más grande que, estaba seguro, nos estaría esperando.

Nada me había preparado para mirar a su padre a los ojos y hablarle del hijo que no llegó a conocer, de las consecuencias que su éxito había traído a su vida, de los problemas que parecían comérselo a medida que aumentaba su cuenta corriente, o de cómo amenazó de muerte al piloto del avión que debía llevarnos hasta la Isla de Bali y que valieron para dar el Caso Diosdado por cerrado, ganando una indemnización que nunca me devolvería a mi mejor amigo, no al que se quedó atrapado en el avión en el fondo del mar, sino al que viajó a mi lado en otro vuelo preguntándose qué le depararía el destino.

Sus padres salieron del juzgado sin pararse a mirarme por última vez y yo me pregunté qué sentido tenían los miles de dólares que se suponían que debían enmendar todo el daño recibido.

—Gracias, y… siento mucho que hayas tenido que pasar por todo

esto.

La mujer del piloto me apretó las manos antes de meterse en el coche que la esperaba para llevarla a casa ante la mirada reprobatoria de los Diosdado y yo volví al hotel para descansar antes de la rueda de prensa que me habían preparado.

Podría haberme negado a responder ante la prensa, pero sabía que era la única forma de conseguir que me dejaran en paz y poder reconstruir mi vida en el punto en el que estaba entonces.

Hice recuento de lo que tenía en ese momento: un montón de dinero que no quería y las memorias de mis equipos fotográficos llenas de imágenes que habían volado conmigo de vuelta, y fue entonces cuando supe lo que quería hacer con ellas.

Los Ángeles, California

Los Ángeles News XXI
Informativos

Santiago no sabía que sentiría el suelo abrirse bajo sus pies cuando subió a aquel atril y le devolvió la mirada a los cientos de fotógrafos y periodistas que esperaban, anonadados, expectantes, curiosos por contemplar a un náufrago como él, alguien que había vuelto de entre los muertos y que podía contar su historia, porque eso era lo que todos esperaban: un relato de la crueldad de la vida salvaje, de la desesperanza que encontró en un mundo incivilizado y del miedo a la muerte que está intrínsecamente unido al miedo a lo desconocido.

Tragó saliva y se preparó para la primera pregunta que no quería responder, porque su mente estaba a miles de kilómetros de aquella sala, y su corazón, tan destrozado que hacer el viaje de vuelta a sus recuerdos terminaría acabando con él.

—Alan Menzies, de *The New York Discover* —se presentó el primer reportero—. ¿Qué fue lo primero que pensó cuando despertó en aquella isla?

Santiago tardó unos minutos en asimilar lo que el reportero le había preguntado, pues su mente estaba en la orilla del mar que le había dado una segunda oportunidad y cerró los ojos, sintiendo el frío de las olas romper contras sus piernas cansadas de las corrientes que lo llevaron a la deriva.

—Pensé que estaba muerto, pensé que…

—Leo Sanders, de *The Eventual News*, ¿es cierto que Ricardo Diosdado tenía problemas con el alcohol y las drogas y que esto pudo ser el detonante de su conducta imprudente?

—Mara Santos, de *The Daily Californian*. ¿Es cierto que la aldea donde estuvo refugiado fue asaltada por una tribu de salvajes caníbales?

—Josefine Red, de *The California Newspaper*, ¿confirma usted que la isla fue asediada por traficantes de oro?

Santiago giró la cabeza, sobresaltado por la interrupción, y una avalancha de preguntas sin control se sucedieron en cascadas, embotando sus sentidos.

—¿Estuvo usted en las minas de oro?

—¿Fue testigo de la matanza caníbal antes de escapar en helicóptero?

—¿Participó usted en la batalla entre las tribus?

—Hace unas horas se conocía la noticia de que la Fundación ha evacuado a sus religiosas y a la doctora que trabaja con los nativos en la aldea, pero ¿hasta qué punto estaban debidamente respaldadas por la Fundación Los hijos de Dios? ¿Es cierto que malvivían abandonadas a su suerte?

Santiago tomó aire y giró la cabeza en busca del reportero que le había proporcionado aquella información, quería preguntarle qué sabía acerca de las hermanas y de Evelyn, pero una secuencia de preguntas atropelladas volvió retumbar entre las cuatro paredes de aquella sala de prensa.

—Lo siento, no puedo, yo…

A Santiago le fallaron las fuerzas y el temblor de las manos indicaban que estaba a punto de derrumbarse por la angustia de no saber qué había ocurrido con Evelyn.

—Vamos, chico, me parece que ya has tenido suficiente. No le debes ninguna explicación a nadie.

Su amigo y vecino, Carlos Fonseca, le tendió una mano que le sirvió como vía de escape de aquel absurdo que nada tenía que ver con la búsqueda de la verdad de lo que había acontecido en su historia de supervivencia en la isla y, aceptando seguirlo hasta el exterior, se perdió con él y su madre en el interior del coche que lo llevó de regreso al hotel donde encontró el refugio que tanto necesitaba.

Townsville, Australia

Evelyn

Nunca había estado tanto tiempo sin nada que hacer, sin ninguna urgencia, por mínima que fuera, que precisara de mi atención y mi cuidado. Nunca había encontrado tanto silencio a pesar del ruido que me sumía en la desesperación de saberme encerrada de nuevo en una cárcel de asfalto y ladrillo, ni los días fueron tan largos y agotadores por el esfuerzo de intentar responder a la pregunta que no parecía tener respuesta: y ahora, ¿qué?

Había regresado a casa de mi madre, una casa que siempre estaba en silencio, en la que los espejos del recibidor me devolvían la imagen de una mujer que debía ser yo, pero que era tan distinta a aquella otra que quedó atrapada en la lente del hombre que había salido de su vida para siempre.

Los días se sucedían iguales, sentada junto a un teléfono que nunca llegó a sonar, esperando un nuevo destino, una nueva oportunidad para darle sentido a mi vida, esperando a que llegara el día en el que despertara sin haber estado soñando con la aldea, mis niños y Santiago.

Mi madre me ahorró tener que contarle lo que había pasado en la Isla de Sandy porque todo lo que tenía que ver con ese lugar le producía una migraña tan grande que se pasaba días enteros encerrada en su habitación, recuperándose del dolor de los recuerdos o escapando de mi presencia porque le recordaba demasiado a mi padre y todo lo que se dejó en aquella aldea. No me extrañó en absoluto que cogiera sus maletas y se fuera a visitar a alguna amiga en una zona demasiado alejada de Australia como para que el tiempo separadas estuviera justificado. Ya no nos necesitábamos, ya no nos conocíamos lo suficiente.

A veces recibía la visita de Makena y Anne, y pasábamos la tarde entre tareas escolares y silencios cargados de añoranza. Makena había empezado a trabajar por las mañanas y a estudiar por las noches, pero no había encontrado el valor necesario para buscar al padre de Anne y

contarle que tenía una hija y, aunque tratamos de recuperarnos del impacto de las mentiras, nuestra relación nunca fue la misma.

—Tienes que llevarte dos manzanas del cesto y contar las que quedan, ¿ves? —Anne borraba el resultado erróneo con el ceño fruncido, llena de rabia porque odiaba las matemáticas, su nuevo colegio o los zapatos con lazos apretados que su madre le había comprado—. Eh, no te preocupes, ya le cogerás el truco.

Makena bebía una taza de café que le ayudara a soportar las horas que pasaría estudiando aquella noche mientras yo me hacía cargo de la pequeña. Hacía tan solo dos horas que había terminado su jornada como camarera de piso en un hotel a las afueras de Townsville y la observé masajearse las sienes para despejar el cansancio acumulado. No tenía nada que reprocharle y a menudo sentía pena al verla luchar con uñas y dientes por sacar a Anne adelante ella sola.

Nuestras miradas se encontraron y se dio cuenta de que la estaba observando en la distancia, ella tan solo sonrió, triste y cansada porque la vida fuera de la isla tampoco pintaba mejor que dentro de ella.

—Creo que es hora de que me vaya a la biblioteca —dijo, soltando la taza dentro del fregadero—. Anne, haz caso de Evelyn, ¿de acuerdo? Come lo que haya para cenar y ve pronto a la cama, ¿quieres? Mañana hay que madrugar para ir a la escuela.

La despedí con la mano mientras ella besaba la cabecita de rizos de su hija y salió por la puerta para volver a su rutina.

—Oye —le dije a Anne en cuanto nos quedamos a solas—, ¿qué te parece si pedimos *pizza*? Si tienes que comerte lo que yo prepare para cenar, es posible que acabes con dolor de tripa.

Anne se echó a reír y yo le devolví la sonrisa, alargando la mano para coger el teléfono de la barra de la cocina donde tenía la base. Entonces me fijé en el periódico que mi madre había dejado abandonado antes de irse y aparté los ojos del titular que anunciaba el rescate forzoso de un náufrago, una isla llena de salvajes y un yacimiento de oro.

#

A menudo salía de casa para hacer la compra, para recoger a Anne del colegio o simplemente para convencer a mi cerebro de que las coordenadas de mi vida habían cambiado para siempre. Reconozco

que los primeros días me perdí por las calles llenas de gente y que el ruido de los coches me mantenía en un estado de alerta que me impedía respirar del todo, que muy a menudo, buscaba la playa como una forma de sentir que de alguna manera estaba conectada al lugar donde nací y que miraba al mar sabiendo que en el otro extremo de aquel océano había un hombre del que no conseguía olvidarme.

Había seguido a Santiago a través de las noticias que a veces llegaban a mis manos y sabía que estaba a salvo en su mundo real, que probablemente había empezado de cero en el punto en el que lo dejó todo y que, tarde o temprano, se acabaría olvidando de mí para siempre.

No me arrepentía de haberle dicho todo lo que le dije, de haberle destrozado el corazón porque estaba segura de que entonces no malgastaría su tiempo tratando de buscarme, pero a veces cerraba los ojos y el recuerdo de su risa, sus ojos, sus manos hacían que me diera un vuelco el corazón. Lo echaba de menos, pero estaba segura de que yo también olvidaría lo que pasó en la isla.

Ante el silencio de la Fundación, comencé a buscar trabajo entre los hospitales de la ciudad e incluso me planteé salir de Tonwsville y probar suerte en cualquier otro sitio donde hubiera una plaza para una doctora de aldea humanitaria que no estaba familiarizada con el instrumental moderno ni con la burocracia, y que no había terminado la residencia en Medicina. También me planteé hacerlo, pero mantenía la esperanza de encontrar un nuevo destino en alguna otra aldea que se pareciera, aunque solo fuera un poco, a la mía.

Aquella tarde, recuerdo que acababa de dejar a Anne en la residencia para mujeres en la que vivía con su madre cuando llegué a casa y me encontré con el buzón lleno con el correo de la semana. Lo mismo de siempre: propaganda, algunas facturas que pagar, recibos del banco y un sobre con remitente escrito a mano que consiguió centrar mi atención sobre el resto de los papeles que llevaba en la mano.

Entré en casa, me preparé una taza de té y me senté junto a la mesa del comedor por la que entraba la luz de la tarde mirando aquel paquete abultado dirigido a la señorita Evelyn Saavedra Miles sin atreverme a deslizar un dedo por la solapa y ver lo que se ocultaba en su interior. Estaba sellado con el escudo de la Fundación y contuve el aliento, esperando encontrar mi nuevo destino.

Con decisión, rompí el papel y volqué su contenido sobre la mesa:

un sobre y una postal redirigidos a mi domicilio a través de la sede de la Fundación a la que fueron a parar. No había carta que los acompañara ni rastro de un nuevo llamado a prestar mis servicios, y eso avivó aún más mi curiosidad.

Elegí la postal en primer lugar, y una sonrisa enorme me pilló desprevenida mientras leía las palabras de sor Esperanza desde el otro lado del mundo.

> Querida Evelyn, te escribimos desde el aburrimiento más absoluto de un convento retirado de la mano de Dios, que espero, me perdone por semejante herejía, con la esperanza de que nos escribas contándonos que tal te va la vida por Australia. No pasa un solo día en el que no nos acordemos de ti y deseamos, de todo corazón, que la vida te trate como te mereces y que recuperes, aunque solo sea un poco, de todo el amor que has dado sin pedir nada a cambio. Los siervos de Dios siempre son recompensados, mi niña. Mantén la fe.
>
> Con cariño sor María, sor Lucía, sor Consuelo y una servidora.
>
> Nunca te vamos a olvidar y espero que nunca nos olvides a nosotras.

Sonreí, feliz por haber recibido aquella postal y le di la vuelta para recrearme en el paisaje montañoso cubierto de nieve donde estaba el convento en el que entonces vivían.

Pero sobre la mesa había un sobre sin abrir, uno que había sido dirigido originalmente a la dirección de la Fundación en Puerto Moresby y que no llevaba remitente. Lo abrí, curiosa por conocer su contenido, y de su interior cayó sobre la mesa otro sobre plano de un tamaño menor con un solo nombre: «Awina».

Frené los dedos temblorosos, porque de alguna manera sabía lo que había dentro de aquel sobre. A la carcajada de incredulidad le siguió un torrente de lágrimas amargas en cuanto tuve entre mis manos aquella foto de Santiago junto a la cubierta de un barco tan destrozado que era imposible saber a ciencia cierta a qué siglo pertenecía.

Repasé con los dedos su rosto de facciones duras, sus ojos castaños que contaban lo que pudo haber sido nuestra historia de amor y me llevé la foto a los labios para dejarle un último beso antes de guardarlo todo el cajón de mi corazón reservado a Santiago, el náufrago que vino arrastrado por las corrientes marinas, el hombre

que sobrevivió a una tormenta para traer el huracán que acabaría cambiando mi vida para siempre.

Cogí el sobre para guardarla dentro de él y mis dedos palparon una tarjeta de papel grueso y rectangular que se había quedado atascado en una esquina y, rompiendo el papel para sacarla sin estropearla, leí las letras impresas de lo que parecía una invitación.

> La Fundación Terra Viva, en colaboración con el fotógrafo Santiago Rivera Quintana y la Fundación católica para la ayuda humanitaria Los hijos de Dios, se complace en invitarle a la inauguración de la exposición fotográfica Origen en sala principal de exposiciones del Museo Internacional de Fotografía de Nueva York.

Abrí los ojos y la boca en una expresión de sorpresa incontenible y una sensación de caída libre se instaló en mi vientre. Bajé la mirada hacia la tarjeta para comprobar la fecha de la exposición: cuatro de septiembre de 2021. Quedaban, exactamente, tres semanas.

Ese fue el momento en el que lo sentí, el tambor despavorido de un corazón que anhelaba volver con él, el reloj interior que me indicaba que la cuenta atrás para volver a girar la brújula de mi vida había comenzado.

Nueva York, Estados Unidos

The New York Times.

Esta semana, en nuestra agenda cultural nos hacemos eco de la inauguración de una de las exposiciones fotográficas más esperadas del año. El evento, que tendrá lugar en el Museo Internacional de Fotografía, acogerá el trabajo del fotógrafo Santiago Rivera Quintana, conocido mundialmente por haber sobrevivido al accidente del *jet* en el que el productor musical Ricardo Diosdado perdió la vida.

Santiago Rivera fue arrastrado por las corrientes marinas hasta la pequeña Isla de Sandy, una formación selvática al noreste de Papúa Nueva Guinea y que actualmente ha sido declarada una de las islas del Pacífico más peligrosas del planeta, siendo nombrada por la ONU como reserva de las últimas tribus de la Tierra que no han tenido contacto con el mundo exterior.

La aventura que casi le cuesta la vida le dio la posibilidad de acercarse a las distintas tribus que conviven en la isla, consiguiendo el único banco de imágenes que existe en la actualidad.

En homenaje los pueblos nativos, el artista ha decidido donar la recaudación de la exposición a la Fundación Terra Viva, encargada de la preservación y protección de la vida salvaje, así como a la fundación Los Hijos de Dios, que presta su ayuda humanitaria a lo largo de todo el Pacífico.

La exposición ocupará una de las salas principales del museo y se espera una gran afluencia de público atraído por la increíble historia de supervivencia del hombre que ocupa el lugar tras el objetivo de su cámara.

Desde la sección de cultura y vida social permaneceremos atentos al trabajo de este fotógrafo que arranca pisando fuerte y que, estamos seguros, no dejará indiferente a nadie.

Los Ángeles, Estados Unidos

Santiago

Cuando la locura de los medios de comunicación cesó ante la evidencia de que no iba a volver a intentar ponerme delante de un micrófono, empezaron de dejarme tranquilo y a llenar titulares especulando lo que fue mi vida en la Isla de Sandy y cómo era mi vida en Los Ángeles antes de que me arrastrara la tormenta.

Fue muy divertido ver a Cristine en aquel programa de televisión ensalzando mi labor como fotógrafo para la revista en la que trabajaba, como todas aquellas fotos que alguien me hizo mientras sacaba la basura, acompañaba a mi madre a conocer la ciudad o regaba las plantas del apartamento de Carlos Fonseca en el que me refugié mientras decidía qué hacer con mi vida.

Incluso había recibido una espeluznante oferta de la marca que fabricó la mochila de neopreno para grabar un anuncio en el que se me veía sobreviviendo en el mar con ella a la espalda. Aunque me negué, no fue necesaria ninguna campaña de *marketing* para aumentar sus ventas: la historia real de mi supervivencia fue prueba suficiente para los millones de personas que corrieron a hacerse con una.

Había tratado de buscar a Evelyn desde que me enteré de que había sido evacuada de la isla, pero no había ni rastro de ella. Solo una escueta columna en un periódico internacional relataba el cierre de la aldea y la extradición de las hermanas a tierras españolas, pero de ella nada se sabía. Había encontrado la dirección de la sede de la Fundación en Puerto Moresby, pero me costó demasiado tiempo conseguir atravesar la barrera del miedo y escribirle mandándole aquella foto, sin ningún tipo de esperanza de que fuera a llegar a sus manos.

Sabía que su madre y su tía vivían en Australia y que cabía la posibilidad de que se hubiera refugiado con ellas, pero yo la conocía lo suficiente como para temer que hubiera cogido sus cosas y se hubiera marchado a otra aldea de ayuda humanitaria, y si eso era así, no iba a ser tan fácil seguirle la pista.

Durante los primeros días después de oír el desenlace de los acontecimientos que acabaron con la Isla de Sandy blindada, me engañé con la idea de que solo quería saber que se encontraba a salvo, pero tuve que rendirme a la evidencia de que estaba desesperado por volver a verla, sentirla, oler su piel y amarla de nuevo. Así, le escribí cartas que nunca enviaba, y miraba su foto sin poder creerme que la hubiera perdido para siempre.

Carlos Fonseca y mi madre miraban con tristeza y preocupación la papelera de bolas de papel escritas a mano que se acumulaban a diario debajo de la mesa del comedor donde pasaba los días tratando de encontrar una salida porque me había quedado atrapado en la Isla de Sandy y de allí, como ya me advirtió el viejo Atola, no se puede salir.

—¿A dónde vamos hoy?

Preguntaban a diario solo con la intención de sacarme de aquel mutismo en el que me había sumido y yo los dejaba arrastrarme por Los Ángeles como un turista más, como si no la conociera con los ojos cerrados, poniendo el piloto automático que solo respondía con monosílabos a las preguntas de Carlos o a las exclamaciones de sorpresa de mi madre cuando paseábamos por Hollywood y creía reconocer a alguna de las estrellas que tanto admiraba.

Fue Bella la que me sacó de ese estado de ensimismamiento cuando me preguntó si podía echarle un vistazo a las fotos que seguían ocupando la memoria de los equipos fotográficos sin que hubiera decidido qué quería hacer realmente con ellas.

Estábamos solos, en el apartamento del que fuera mi vecino. Mi madre y Carlos habían ido a una función de teatro en Nueva Era y Bella se presentó justo cuando estaba decidiendo si poner una película en la tele o irme directamente a la cama sin cenar.

—¿Hoy no quedas con Peter? —le pregunté después de que el chico que nos trajo la comida china desapareciera por las escaleras.

—Está filmando una escena en Malibú, de esas malditas que parecen imposibles de acabar por algún inconveniente del destino. Creo que esta es la quincuagésima vez que lo intentan —dijo y se echó a reír. La miré a los ojos y sonreí, porque vi el brillo de la ilusión y las ganas que la hacían verdaderamente hermosa entre todas las modelos con las que había trabajado—. Deja de mirarme así, ¿quieres?

—Así, ¿cómo?

—Como si quisieras abrir mi cabeza y colarte dentro de ella. Me pregunto si con Evelyn hacías lo mismo —preguntó, metiendo las

manos en la bolsa para sacar los fideos de su interior.

—¡Oh! No, ella… ella era un libro abierto. Se les veían las intenciones a mil yardas de distancia —dije y me eché a reír recordando los colores de sus mejillas.

—Querrás decir que ella *es* un libro abierto. Sigue viva, en algún lugar del mundo y vuestra historia no tiene por qué haber acabado.

—Ni siquiera empezó —respondí, y hacerlo en voz alta hizo que el pellizco del vientre se hiciera un poco más doloroso.

—La echas de menos, ¿verdad?

No dije nada, solo me quedé con las manos metidas en los bolsillos de la sudadera que llevaba puesta y me dediqué a mordisquearme la comisura de los labios solo para frenar las ganas que tenía de gritar por la impotencia de no poder ir a buscarla.

—¿Puedo ver las fotos que hiciste en la isla?

Me encogí de hombros por toda respuesta y cogí la mochila con las cámaras que había dejado sobre el sofá, porque no dejaba de mirar aquellas imágenes en una especie de castigo autoinfligido que solo servía para levantarme la piel. Abrí la cremallera y cogí uno de los equipos al azar.

Contenía las imágenes que saqué de los Asaro y aquellos extraños pigmeos que estaban al borde de la desaparición. El rosto de Bella se movía entre el asombro por lo desconocido, la curiosidad por conocer culturas inexploradas y el respeto por algo tan ancestral como original a los ojos del hombre moderno. Fue entonces cuando la idea que había tomado forma durante aquella absurda rueda de prensa se materializó en mi cabeza.

—Origen —solté con el aliento que había estado conteniendo.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, pero sin despegar los ojos de las imágenes.

—Que tengo trabajo por delante y que necesito tu ayuda.

#

Despedí a Carlos y a mi madre en el aparcamiento cuando el sol aún no había terminado de salir. Carlos la iba a acompañar de regreso a casa en su descapotable en una ruta por carretera que prometía ser, cuanto menos, curiosa.

Ataviado con su mítico sombrero, una de sus camisas más horribles y su cigarro puro apagado entre los labios, ayudó a mi madre a meter

la maleta en el coche y, cerrándole la puerta como todo un caballero, lo rodeó para sentarse en el lado del piloto, dispuesto a poner rumbo hacia donde los llevara la inercia. Tenían tiempo suficiente para cruzar la frontera, conocer los mejores lugares de México, renovar el visado de turista de mi madre y regresar para coger un avión que nos llevara a todos a Nueva York, lugar en el que se iban a exponer las imágenes de la Isla de Sandy.

Bella me ayudó a buscar el contacto de una de las fundaciones más importantes del planeta, encargadas de proteger la vida de los nativos que quedaban esparcidos por el mundo; yo me hice cargo de levantar el teléfono y hacer una llamada a la sede de Papúa Nueva Guinea desde donde operaba la fundación para la que trabajaba Evelyn con el corazón encogido por los recuerdos y sin caer en la desesperación de implorar un teléfono, una dirección o un punto señalado en un mapa que me diera una idea de dónde se encontraba.

Ambas fundaciones me ayudaron a darle forma a una exposición que tenía el objetivo de mostrar al mundo la riqueza y la diversidad de una tierra que no había sido contaminada por el hombre y, sin poder creer que me hubiera atrevido a dar aquel paso, me vi con solo seis semanas por delante para digitalizar aquellas imágenes que no dejaba de contemplar en el visor de mi cámara de fotos y poner en marcha una exposición única en el mundo.

Tenerlas en mis manos, darles forma, potenciar los colores, las sombras y buscar un nombre para cada una de ellas que pudieran resumir lo que sentí al apretar el botón y capturar la belleza en su estado más puro sirvió para terminar de romper con el hombre que había sido hasta ese momento y convertirme en el que cuenta esta historia. Uno que tuvo el coraje y el valor de meter las únicas imágenes que no llevaban mi autoría en un sobre junto con una invitación que no sabía si llegaría a alguna parte o se quedarían deambulando por el mundo hasta acabar en la basura.

Tenía seis semanas para convertirme en el hombre que siempre quise ser, seis semanas para conseguir llegar hasta Awina, donde quiera que esta se hubiera escondido.

#

Mi madre me había ordenado el pelo detrás de las orejas por tercera vez aquella noche y es que creo que no encontró otra forma

más discreta de calmarse los nervios y cerciorarse, como hacía desde que regresé, de que no estaba soñando. Se había puesto un magnífico vestido negro con el que le prometí cumplir aquellas promesas que le hice antes de abandonar mi hogar y cruzar la frontera hacia los Estados Unidos en busca de mi suerte. Lo que no sabía entonces era que aquella noche estaría tratando de coger un vuelo en lugar de pasear con ella por las calles de Nueva York.

Carlos Fonseca había cambiado sus camisas llamativas por un sobrio traje de chaqueta y llevaba la cabeza al descubierto, mostrando una cabellera oscura muy inusual para alguien que debía de rondar los setenta años. Estaba eclipsado por el ambiente dentro de la galería de fotos del museo, las imágenes a gran escala y las copas de champán que volaban a bordo de las bandejas del servicio de *catering*.

Bella le enseñaba la exposición a Peter, con quien había formalizado una relación que la hacía tan feliz que era imposible capturar todos esos sentimientos con la lente de una cámara de fotos. La miré, colgada de su brazo y sonreí, feliz porque hubiera encontrado el amor y hubiera sido capaz de conservarlo.

—¿Estás nervioso? —preguntó después de dejar que su novio diera vueltas, embelesado con la belleza salvaje que se exponía en las paredes.

—No, es solo que… —dije, alzando la vista, mirando de nuevo hacia las puertas de cristal que daban acceso a la sala.

—Oye, Santiago, es muy posible que no haya recibido esa carta, ¿vale? No te obsesiones y disfruta de la noche —dijo, dándome una suave palmada en el hombro—. ¡Eh! Que no todos los días se expone en un lugar como este. Anima esa cara.

Traté de sonreír, pero los ojos se me iban hacia las puertas, hacia el reloj que llevaba colgado de la muñeca y hacia la sala apartada en la que había decidido montar aquel pequeño homenaje a la mujer más extraordinaria que había tenido la suerte de conocer nunca.

Cuando comprendí que no acudiría a la cita, decidí refugiarme en aquellas imágenes que tomé de ella. Estaba en todas partes, reflejada en los ojos de los niños que la buscaban sin cesar para provocar su risa, en la piel arrugada de los ancianos que dependían de sus cuidados, en cada rostro de las hermanas con las que compartía la misión y en aquella imagen al desnudo que la convertía en una diosa en medio de la selva.

—¿Sabes? Ya se han habilitado los vuelos internacionales, y podrías

coger un avión que te lleve a Australia, digamos… ¿esta misma noche? —dijo Bella a mis espaldas y me giré para mirarla, sorprendido.

—Y una vez en Australia será tan fácil como pegar en la puerta de la primera casa que encuentre y preguntar por ella, ¿no? Tampoco es que sea un país tan grande.

—Pero ya estarás en el camino y, ¿acaso tienes otra cosa mejor que hacer que buscar al amor de tu vida? —La miré, pensativo y una sonrisa se fue formando en su rostro a medida que cambiaba la expresión del mío—. ¡Corre! Yo me quedo al cargo de la sala, me disculparé en tu nombre, pero vete, ¡ahora!

—Estás loca.

—Y tú estás loco si no te vas ahora mismo —replicó, señalando la puerta de cristal.

Tamborileé con los dedos sobre el mango del bastón en el que me apoyaba, pensando en que no iba a solucionar nada con aquella estampida, porque aquello era una completa locura, fruto de un impulso del corazón. Pero entonces volví a mirar a Evelyn en aquella imagen que presidía el anexo de la sala y decidí que ya había perdido demasiado tiempo agarrándome a una vida segura que nunca me había hecho feliz.

Di media vuelta, rodeé a mi madre por la cintura y la hice volar por los aires antes de estamparle un beso y salir a la calle en busca de mi destino. Levanté la mano y llamé al primer taxi que se aproximaba por la acera, y mientras se detenía para que pudiera subir a bordo, me giré para despedirme de aquel tipo estirado que me miraba a través de la lona de la fachada y que, en algún momento de mi vida, debía de haber sido yo.

Townsville, Australia

Evelyn

Di vueltas a aquella invitación entre mis manos un tiempo indefinido que se me antojó eterno. Estaba dividida en dos posibles finales: en uno de ellos me contemplaba corriendo hacia el aeropuerto más cercano para ir a Nueva York y regresar junto a Santiago; en el otro, me olvidaba de él y continuaba buscando un lugar en el que empezar de cero. El ruido de aquel reloj imaginario marcaba el tiempo de descuento para tomar la decisión correcta y las dos mitades de mi corazón habían empezado a luchar por ganar la batalla.

Nunca podría volver a mi amada isla, pero cabía la posibilidad de recuperar al estúpido náufrago que llegó para revolver mi mundo y arrastrarme hacia la orilla contraria de un océano tan inmenso como lleno de historias tan increíbles como la nuestra.

—No me puedo creer que tengas que pensarlo tanto, Evelyn.

Decía Makena cada vez que me veía perdida en el mundo que se volcaba hacia dentro de mis pensamientos, dando vueltas y más vueltas a aquella oportunidad que me brindaba la vida de volver a recuperar lo que tanto deseaba tener.

Miraba sus fotos cada noche antes de irme a dormir, tratando de averiguar qué tenía de particular aquel hombre como para estar luchando por ganar la batalla que me hiciera coger mis maletas e ir a buscarlo a los Estados Unidos, pero lo cierto era que, por mucho que siguiera dudando, mi corazón hacía tiempo que había decidido.

Quedaba tan solo una semana para la exposición cuando me armé de valor y cerrando los ojos decidí arriesgarlo todo ante la idea de recuperarlo y empezar juntos una historia que se había quedado detenida en una despedida involuntaria. Cabía la posibilidad de que todo saliera mal, pero, aunque a mi parte racional le costaba entender lo que estaba a punto de hacer, tenía que intentarlo.

Fue entonces cuando recibí una carta de la Fundación llamándome a formar parte de un equipo de médicos que iba a ser destinada a la Isla de Bouganville en solo unos días y las fichas del juego volvieron a

la posición inicial en la partida de mi vida.

Las dos cosas que más amaba habían vuelto a encontrarse de frente y yo solo podía quedarme con una.

Antes de que me diera tiempo a arrepentirme, levanté el teléfono para llamar a la residencia en la que vivía Makena y conseguir que me ayudara a prepararme para el viaje de mi vida.

#

Dudé mientras me despedía de Makena y Anne en la puerta del taxi que me llevó al aeropuerto, dudé mientras la voz de megafonía llamaba a bordo a los pasajeros del vuelo con destino a Nueva York que estaba a punto de despegar, y mientras surcamos el cielo para cruzar el océano que era toda mi vida, mis ojos se perdían a través de la ventanilla con la esperanza de no arrepentirme en cuanto tocáramos tierra en un país tan desconocido para mí como aquel que acababa de abandonar.

¿Y si estaba enfadado porque le había dicho que no lo quería? ¿Y si había rehecho su vida y yo había malinterpretado aquella invitación que me había enviado? ¿Y si no llegaba a encontrarlo jamás en medio de tantas personas? ¿Y si el hombre que encontraba en aquella ciudad era terriblemente diferente de aquel del que estaba enamorada?

Demasiadas preguntas se sucedían en una bola que no hacía más que escalar la empinada cuesta del miedo, haciendo que mis movimientos fueran lentos, inseguros y torpes.

Recuerdo haber estado sentada sobre la cama de una habitación de hotel, con un magnífico vestido verde botella que encontré en el escaparate de la primera tienda con la que tropecé, sintiéndome una extraña en un mundo extraño y preguntándome si no estaría metiendo la pata, mientras el reloj seguía corriendo y pasaba la hora en la que debería haber acudido a la exposición.

Al final descolgué el teléfono y llamé a la única persona que me quedaba en el mundo.

—Por favor, dime que no estás pensando en coger un avión de regreso a casa —respondió Makena al otro lado.

—¿Qué estoy haciendo?

—Cariño, o sales ahora mismo de donde quiera que estés escondida o te juro que me hago el viaje de ida tan solo para arrastrarte hasta ese museo. ¿De acuerdo?

La escuché reírse a carcajadas al otro lado de la línea y el labio me tembló por contener una risa histérica en medio de un mar de lágrimas.

—Tengo miedo —le dije.

—¿Y quién no? Voy a echarte de menos, Awina. Sé feliz, te lo mereces.

Oí cómo la llamada se cortaba al otro lado de la línea y me quedé mirando la puerta cerrada de mi habitación. Contando hasta tres, me puse de pie y salí al pasillo buscando las escaleras para llegar hasta la calle.

El primer coletazo del miedo que sentí en las entrañas me sorprendió bajando del taxi que me dejó a las puertas del Museo internacional de fotografía de Nueva York, pero nada se compara a la angustia de haberlo estado buscando por toda la sala sin llegar a encontrarlo. Quizá había llegado tarde, quizá había sido todo un tremendo error.

Deambulé por todos los espacios, con la añoranza clavada entre las costillas cada vez que volvía a la isla a través de los ojos de todos aquellos a los que siempre amaría, y las risas de mis niños inmortalizados en aquellas imágenes me hicieron reír y llorar por la impotencia de saber que nunca más volvería a verlos.

La inercia de mis pasos me llevó a la pequeña sala en la que Santiago había recogido todas las fotografías que me había hecho, incluida aquella en la que me bañaba desnuda debajo de una catarata y los colores se agolparon en mi rostro cuando me miré a los ojos en aquel retrato. Porque, a pesar de que juré entregar mi vida a servir a los demás, en el fondo siempre fui una mujer que también anhelaba ser amada.

Cuando me cansé de buscarlo sin éxito, salí de la sala aceptando la derrota de haber llegado tarde, pero yo había llevado la fotografía que le hice guardada en el bolso y, sentada en las escaleras de piedra a la luz de la noche, decidí que tal vez, mi castigo por haberlo dejado marchar debiera ser el de perseguirlo a lo largo y ancho todo del planeta, incluso, de regreso a la isla a la que era imposible volver.

Y sin saber muy bien qué hacer, y borracha de esperanzas, paré aquel taxi en medio de la calle.

—¿A dónde le llevo, señorita? —preguntó el hombre a través de la ventanilla.

—Al origen de las tormentas en el mar.

—¿Cómo dice? —dijo, mirándome por encima de sus gafas para averiguar si estaba chiflada o solo le tomaba el pelo.

—Al hotel Hilton Garden —dije, carraspeando para disimular mi euforia.

Estuve a punto cerrar la puerta del vehículo cuando un brazo la detuvo a riesgo de golpearse con el impacto, y me giré con cautela, con el corazón atrapado en el puño del miedo que no dejaba de estrujarlo.

—Al JFK, por favor —dijo la chica de revista que me había reconocido delante de mi imagen en el museo—. Si eres quien creo que eres, debes saber que llegas tarde, aunque no demasiado. ¡Corre! Santiago ha ido a buscarte.

Me guiñó un ojo antes de cerrar la puerta y dejar que el taxi arrancara hacia mi nuevo destino, y yo solo pude cerrar los míos y desear que la vida no me hubiera castigado por todo el tiempo que había malgastado pensando en las cosas que el miedo nunca me dejaría hacer.

#

Pagué el taxi con un billete de cien dólares sin detenerme a coger el cambio, supongo que esa fue la prueba que tuvo aquel hombre para tratar de convencerse de que, en realidad, sí que estaba chiflada.

Muerta de miedo, deambulé por las afueras de la terminal sin atreverme a dar el paso y mi cerebro tuvo el tiempo suficiente como para que la angustia de no saber qué estaba haciendo me estrujara de nuevo. Era una lucha constante con mi corazón y esa voz que siempre me decía que los sueños no eran reales, que el amor siempre dolía y que yo no estaba hecha para el mundo civilizado en el que pretendía quedarme, pero entonces lo vi y todo lo demás no me importó lo más mínimo. La aventura de la vida había llevado a mi padre hasta la Isla de Sandy y la aventura del amor me había llevado hasta Santiago.

Estaba de espaldas y parecía concentrado en el panel de salidas, que no dejaba de parpadear anunciando los destinos disponibles. El corazón me tembló al darme cuenta de que él también había apostado todo lo que tenía al capricho del destino y me acerqué con cautela, tratando de no asustarlo con el ruido ensordecedor que hacía mi corazón a cada paso que acortaba entre nosotros. Cuando estaba tan cerca que podía tocarlo con la punta de los dedos, cerré los ojos y

aspiré su olor, y aguantando el aliento decidí que había llegado la hora de que supiera que había logrado atraerme hasta él.

—Dicen que el Caribe es un buen destino para aquellos que no se deciden.

La sorpresa le hizo enderezar la espalda y, aunque no se giró para mirarme, pude sentir la risa en su voz.

—Puff, demasiado turístico. Estaba pensando en algo más salvaje.

—¿Te refieres quizá a alguna isla perdida del mapa?

Santiago se dio la vuelta y clavó sus enormes ojos castaños en los míos. Los colores se agolparon de nuevo en mis mejillas y él soltó una carcajada antes de rodearme con los brazos y acercarse hasta mi oído.

—Me refiero a la mujer más extraña, increíble, bonita, libre y sarcástica que he conocido en mi vida.

Rozó el lóbulo de mi oreja con los labios cuando se retiró para mirarme de nuevo y el mundo a nuestro alrededor se volvió extraño, como un escenario de atrezo ajeno a nosotros dos. Volví a sentir la punzada de miedo que siempre acompañaba a las dudas y él se acercó hasta dejar un beso suave y tierno sobre mis labios.

—No tengo ni idea de lo que voy a hacer con mi vida, pero hay algo que tengo jodidamente claro: la respuesta a todas mis preguntas siempre serás tú. —Me rodeó por la espalda y apoyó la cabeza sobre mi hombro; entonces, señaló el panel que teníamos delante y todos esos destinos en los que podríamos crear un mundo para los dos—. Solo elige un lugar y yo te seguiré.

Sentí el miedo liberando a mi corazón oprimido, las cosquillas en el vientre que casi me hicieron volar y esa risa escandalosa que amenazaba con escapar de mis labios, y girándome para mirarlo, lo besé una y mil veces, dando gracias al mar por haberlo arrastrado hasta mí.

Nueva York, Estados Unidos

The National Ethnography

El artículo de esta semana está dedicado al fotógrafo de vida salvaje Santiago Rivera Quintana, nominado al premio Pulitzer por su trabajo como documentalista de las tribus más alejadas y vulnerables del planeta, declaradas en peligro de extinción por la Fundación Terra Viva para la que trabaja junto a su esposa, la doctora hispano-australiana Evelyn Saavedra.

El matrimonio, que ha accedido a concedernos una entrevista en exclusiva, se encuentra de regreso a Nueva York, donde se celebrará la gala de premios, después de haber pasado los cinco últimos años de sus vidas prestando servicio en la República Centroafricana, concretamente en Abong Mbang, donde han permanecido en estrecha convivencia con los pigmeos Baka.

Se conocieron hace diez años en la Isla de Sandy, una reserva natural protegida donde conviven las últimas tribus caníbales del Pacífico, y llevan nueve de ellos recorriendo el mundo en su lucha activa por preservar a los pueblos nativos y sus tierras.

La doctora Saavedra acumula varios premios y reconocimientos por la prestación de servicios médicos en las aldeas más desfavorecidas de las selvas africanas, indonesias y centroamericanas, logrando frenar la extinción de algunas de las tribus más antiguas del planeta. Su trabajo ha quedado documentado por la Organización Mundial de los Derechos Humanos y los pueblos indígenas, siendo una de las más respetadas en el campo de la Medicina y los retos que la evolución epidemiológica supone para estos pueblos vulnerables.

La próxima semana conoceremos a los ganadores del premio Pulitzer y desde esta revista queremos desearle toda la suerte del mundo a esta peculiar pareja y su dedicación a una labor tan loable como necesaria.

Agradecimientos

Como siempre, agradezco a mi familia por ayudarme a escribir esta historia que me ha costado tanto, tantísimo esfuerzo encuadrar entre horarios imposibles y dos niños pequeños a los que cuidar. Gracias, chicos, por el alboroto y el caos fuera de mi despacho, porque me ayudó a no salirme por la tangente, a aprovechar bien el tiempo y a centrarme en lo esencial.

Gracias a mi hijo mayor, Óliver (sí, con tilde, le he contado a todos que tu nombre lo lleva) porque todas las ideas locas que se me ocurren para mis historias nacen de las interesantes conversaciones que mantengo contigo. Cuando seas mayor, pídeme que te cuente cómo nació *El origen de las tormentas en el mar*; las risas están aseguradas.

A mi hijo pequeño, Hugo, por borrar con deditos regordetes palabras del manuscrito que no hacían más que estorbar. Tenías razón, eran ideas pésimas.

A Fran, el origen de mis tormentas y el mar que me da la tregua, pero también la tempestad. La aventura de mi vida empezó el día que nos arrastró la corriente.

A Cristina y a Jéssica (@buceandoentrehistorias y @_entierrafirme), las dos presidentas de mi pequeño club de fans, por las risas, las horas hablando de libros, por las palabras siempre amables hacia mi trabajo, por hacer de altavoz entre mis novelas y el mundo, por vuestra opinión sincera, por estar siempre detrás. Os debo unas tapas, cervezas y un abrazo enorme.

A muchas de mis autoras favoritas que también son compañeras de letras, por los consejos, por estar ahí en un mundo solitario como el nuestro, por regalarme las novelas que consiguen hacerme soñar e inspirarme, por hacer una pequeña piña en la que nos cuidamos unas a otras. Gracias.

A Gala, editora de Colección Mil Amores, porque leyó la *Bilogía Km.0* y apostó por mi talento aún cuando ni yo misma lo supe hacer. Gracias por darme esta oportunidad, nunca sabrás lo que supone esto para mí.

A todas mis lectoras y a todos mis lectores, por sumarse al carro de las cuatro locuras que se me han ocurrido esta vez, por la voz crítica, pero por los halagos también. Sois vosotros la parte más importante de esta ecuación, no lo olvidéis nunca. Vuestras valoraciones, reseñas y

comentarios marcan todas las diferencias, nos impulsan a seguir, nos ayudan a corregir, a pulir y a dar forma para mejorar y, desde luego, nos da la razón para seguir adelante.

Gracias a todos. Nos vemos en las letras.

¿Te ha gustado este libro?

Entonces no te puedes perder estos otros títulos de

COLECCIÓN milamores

Nuevas páginas en blanco

Rose B. Loren

«Un accidente mortal, una pérdida irreparable y una esperanza que llega cuando todo parece perdido. Un viaje de la vida en un libro precioso, inspirador y transformador»..

Leer ahora

Índice

El origen 9
La tormenta 15
La isla 79
La búsqueda 257
El mundo real 375